







EL VIAGERO

UNIVERSAL.

QUADERNO XVI.

EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

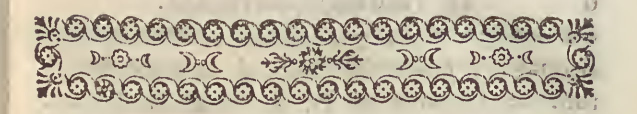
OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO VI.

CON LICENCIA.
Madrid, en la Imprenta de Villalpando,
AÑO 1796.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

Ó

NOTICIA DEL MUNDO

ANTIGUO Y NUEVO.

CARTA LXVII.

El Japon.

Este vasto Imperio, el mas antiguo de los que se conocen despues del de la China, fue descubierto casualmente por un navío Portugués, que fue arrojado por una tempestad á sus costas el año de 1542. Los Portugueses hallaron una benigna acogida en los Japoneses, quienes les dieron todos los socorros y auxîlios que necesitaban, y les franquearon todos sus puertos, con los mayores privilegios para el comercio, del qual sacaron al principio inmensas riquezas.

El Imperio del Japon está situado en-

tre los 31 y 42 grados de latitud septentrional, y entre los 157 y 175 de longitud. Se extiende al N. E. y al E. N. E.: su anchura es muy irregular, y estrecha en comparacion de su largo, que en linea recta, sin comprehender todas las costas, tendrá por lo ménos doscientas leguas.

Despues de muchos dias de navegacion, descubrimos las primeras islas del Japon, llamadas *Gotho*, habitadas únicamente por labradores. Luego que las descubrimos, cada qual de nosotros tuvo que entregar al Capitan sus libros de devocion, y demas insignias religiosas, con todo el dinero que podia provenir de Europa. Se hizo inventario de lo que pertenecia á cada uno, y todo se metió en un cofre viejo para ocultarlo de los Japoneses. Esta precaucion es muy necesaria; porque registran á todos los pasageros para ver si llevan escondidos rosarios, medallas, libros, ó imágenes de la cruz, ó de algun Santo; y se castigaria como delito capital el llevar algunas de estas insignias de religion.

Los Holandeses á fuerza de perfidias é infamias fueron los que mas contribuyeron á hacer odiosos á los Portugueses, Españoles, y á todos los Católicos en el Japon; haciendo creer al Cubo, que la predicacion del Evangelio era un medio político de los Portugueses y Españoles para

usurparle el Imperio. Lograron con estas calumnias el efecto que intentaban: el Japon se cubrió de sangre de Católicos: los Portugueses y Españoles fueron arrojados para siempre de aquel Imperio, y los Holandeses quedaron dueños de aquel comercio exclusivo. Pero les duró poco esta felicidad: tres años despues, en 1641 fueron despojados de la libertad y privilegios: se les destinó á estar presos en la isla artificial de *Decima*, que se comunica por un puente con Nangasaqui, y se les sujetó á las mayores ignominias y befas, no permitiéndoseles mas trato que con los Comisarios del comercio.

Entramos, en fin, en una ensenada, rodeada de altas montañas, de islotes y de rocas que la defienden de los vientos. Este se llama el puerto de Nangasaqui, situado en la parte de la Isla de Ximo, la mas próxîma á Europa, y la mas conocida. Saliéronnos al encuentro diez y ocho barcos Japoneses, y nos conduxeron hasta la prision Holandesa, no tanto por honrarnos, como por observarnos: dos Comisarios del Gobierno pasaron á nuestra embarcacion, acompañados de ministros, intérpretes y soldados. Pidieron la lista de las mercaderías, el nombre de los pasageros, su edad, patria y empleo: yo me califiqué cirujano del navío, y pasé por

Holandés. Despues nos hicieron varias preguntas sobre las circunstancias de nuestro viage, y escribieron todas nuestras respuestas. Leyéronnos unas ordenanzas de policía, á las quales nos obligaron á sujetarnos durante nuestra permanencia en el Japon, y fixaron copias de ellas en el navío, y en varios parages de la isla. Entre otras cosas se mandaba, que ningun Holandés pudiese salir del navío para entrar en la ciudad, ni salir de ésta para volver á bordo, sin licencia expresa firmada por un Oficial Japon, que debe renovarla siempre que se pasa de un lugar á otro. Al contrario, los Comisarios encargados de la visita del navío encierran á los Holandeses en su casa, despues de haberlos contado uno por uno; y por la mañana usan siempre de la misma precaucion, y hacen iguales pesquisas para ver si alguno se ha escapado.

Algunos dias despues de nuestra llegada, estos mismos Comisarios arreglaron el tiempo y el modo de descargar las mercaderías. Segun las iban trayendo, las exâminaban, cotejándolas con la factura que se les habia entregado, y abrian algunos fardos de cada especie para asegurarse de la fidelidad de la factura. Despues los encerraron en los almacenes de la Compañía Holandesa: los Comisarios se queda-

ron con las llaves, y pusieron su sello sobre la puerta; quedando allí depositadas las mercaderías hasta que el Gobierno tuviese á bien señalar el tiempo de la venta. Quando se hubo determinado el dia, se fixaron listas de todos los géneros, y se vendieron en almoneda en un gran salon destinado para este uso.

Nuestro Director está haciendo sus preparativos para pasar á Jedo; entre tanto yo empleo la poca libertad que me permiten los Japoneses, en estudiar su caracter, observar sus costumbres, y sobre todo, en exâminar la ciudad de Nangasaqui, donde me hallo actualmente. Tendrá esta ciudad unos tres quartos de legua de largo, con una anchura casi igual: debe su aumento á los Portugueses, porque no era mas que una aldea reducida quando tomaron posesion de ella, y la hicieron el emporio principal de su comercio. Desde entonces empezó á concurrir á su puerto gran número de navíos estrangeros: tambien los mismos Japoneses, atraidos de la ganancia, vinieron á establecerse en ella, y de este modo Nangasaqui se aumentó considerablemente, y se hizo una de las ciudades mas florecientes del Japon. Habiendo sido despues arrojados los Portugueses de esta ciudad y de todo el reyno, Nangasaqui decayó mucho de su esplendor, y

actualmente es muy mediana su poblacion. Sus habitantes son por la mayor parte artesanos y jornaleros, con algun número de mercaderes. Sin embargo, su puerto es todavía el punto de reunion de todos los que tienen permiso para comerciar en este Imperio. Sobre las montañas que le rodean hay cuerpos de guardia, desde donde avisan de todo lo que descubren en el mar. La ribera está defendida con algunos fortines.

Nangasaqui no está rodeada de murallas, sus calles son estrechas é irregulares, el piso desigual, y las casas baxas y de mal aspecto, pero muy aseadas, y bien distribuidas en lo interior. No tienen mas que un quarto baxo, ó quando mas, un desvan, que solo sirve de almacen. Aquí, como en la China, ninguna ventana cae á la calle, y la fachada de las casas particulares no tiene mas adorno que una puerta estrecha: en las de los artesanos y mercaderes se vé ademas una pieza en donde trabajan, ó tienen manifiestas sus mercaderías. Estas casas son de madera cubierta de barro, y de tablas. Los quartos no tienen mas puertas que unas mamparas, y en las ventanas no hay mas defensa que unos encerados de papel. Los techos y suelos de las habitaciones son de madera de cedro, ó de pino; extienden

por el suelo esteras finas, y el techo lo adornan con papel pintado ó dorado. Estas mismas esteras sirven de camas y sillas, ó por mejor decir, los Japoneses no tienen sillas ni camas, ni comodidad alguna de este género, porque acostumbran, como la mayor parte de los Asiáticos, á sentarse en el suelo, y á dormir sobre esteras ó alfombras. Todo lo interior de las casas está pintado y barnizado, y en todo se advierte el mayor aseo y limpieza.

Hay algunos edificios notables en Nangasaqui, como son los arsenales, los templos, y los palácios de los Gobernadores, que ocupan un espacio considerable, y dominan á toda la ciudad. Los templos dedicados á los antiguos dioses del pais, y á los ídolos estrangeros, cuyo culto ha sido traido de los paises vecinos, son aquí muy numerosos, bien construidos, y consagrados no solamente á los usos religiosos, sino tambien á las diversiones públicas. Hay en ellos jardines espaciosos, donde han construido salones separados del templo en que están los ídolos; en estas piezas, y en los parages amenos que las rodean, se celebran las diversiones y las fiestas solemnes. Los Holandeses habitan en una isleta, situada en el puerto, donde están como encerrados: esta especie de prision no tiene mas que seiscientos pies de largo,

con doscientos de ancho. Está prohibido á los barcos de la ciudad el abordar á este parage, y usan de tantas precauciones como si allí guardasen á unos reos. Los Chinos que viven tan estrechos como los Holandeses, tienen sus habitaciones sobre un cerro, en un parage diametralmente opuesto: su habitacion está rodeada de una muralla, y no pueden salir de este recinto sin licencia expresa de los Magistrados.

Á pesar del caracter suspicaz y disimulado de los Japoneses, he logrado á fuerza de obsequios y rendimientos grangearme la confianza de algunos de ellos. No he conocido nacion mas sensible á las demostraciones de estimacion, ni que se entregue á la amistad con mas sinceridad, quando creen que no hay peligro. La costumbre de tratar por tanto tiempo con los Holandeses los ha hecho ménos maliciosos y mas sociables, y por esta causa tengo la proporcion de conversar familiarmente con personas, que yo tenia por inaccesibles: hasta los mismos Bonzos me admiten á su trato. Las materias de religion son el objeto mas comun de nuestras conversaciones, y hemos tratado muchas veces con franqueza sobre la del Japon. Tres son las principales que se conocen en este Imperio; la primera, y la que se tiene por mas pura, se llama *Sintos*, la qual dá culto á los an-

tiguos dioses del pais, que segun la superstición de esta nacion, creen que gobernaron el Japon por muchos millones de años. La segunda se llama *Budsdo*, y consiste en la adoracion de los ídolos estrangeros, la qual fue introducida en estas islas á principios de nuestra Era. La tercera, llamada *Siuto*, es un sistema fundado sobre las luces naturales, que tiene por objeto la práctica de la virtud, sin dar culto á ninguna divinidad.

La religion de *Sintos* es un misterio para el pueblo: sus Sacerdotes no la revelan sino á sus discípulos, y éstos al iniciarse en ella, se obligan con juramento á no descubrir nada de sus arcanos. Este juramento es relativo principalmente al origen del mundo, que en el Japon es cosa de mucho misterio. Su historia de los primeros tiempos no contiene mas que la relacion de los combates de los dioses contra gigantes, dragones, y otros monstruos que dicen asolaban la tierra. Varias ciudades y aldeas de este Imperio han tomado su nombre de estas acciones memorables, que dicen acaecieron en sus cercanías. Conservan en los templos las espadas y las armas de estos dioses ó heroes, que habiéndose hecho célebres por sus grandes proezas, el pueblo lleno de admiracion los deificó, y les erigió templos. De

aquí procede aquella serie numerosa de divinidades, que los Sintoistas dividen en varias clases, y los adoran con el nombre de *espíritus inmortales*. Consideran á estos héroes no solo como los genios tutelares de la nacion, sino tambien como sus fundadores y primeros Reyes. La historia de estos dioses es toda la ciencia teológica de los Japoneses.

El *Dairi*, que es el supremo Sacerdote del Japon, tiene la facultad de deificar así á algunos hombres célebres, permitiendo á los pueblos que los adoren y les erijan templos. La ceremonia de la apotheosis se executa con mucha pompa, y se asigna al nuevo dios la parte de poder que ha de tener sobre los hombres. Como cada dia se aumenta el número de estas divinidades, y á cada una se le debe erigir un nuevo templo, no hay ciudad en que el número de las pagodas no sea casi igual al de las casas. Es costumbre conservar en una caxa los huesos, las armas, y las obras de manos que el nuevo dios hubiese executado. El Dairi no solo tiene el privilegio de hacer dioses, sino que él mismo es un objeto de veneracion y de culto para los Sintoistas. Como se supone que desciende por linea recta de las antiguas divinidades de la nacion, y que ha heredado sus virtudes, y el caracter au-

gusto de sus abuelos, se le venera como á su viva imagen, y le dan casi el mismo culto. Creen tambien, que todos los dioses del pais tienen sumo respeto á su persona; que mantienen con él un trato intimo; y que le visitan una vez cada año por Noviembre ó Diciembre. Los Japoneses llaman á este tiempo la *visita de los dioses*, como los antiguos Egipcios y Griegos, que creian que sus dioses baxaban todos los años á Ethiopia, y permanecian allí por doce dias, como habreis visto en la Iliada de Homero. En este tiempo, todas las ciudades de Ethiopia y de Egipto se ponian en movimiento: no se veia mas que procesiones y romerías por todas partes, con las estatuas de los dioses en triunfo. Los Japoneses hacen todo lo contrario, pues cierran los templos, suponiendo que el cielo ha quedado vacío, y que todos los dioses baxan por todo aquel mes á residir en casa del Dairi, que cuida de tenerles una mesa expléndida para que se regalen.

Los Sintoistas no admiten la transmigracion de las almas; sin embargo, se abstienen de matar y de comer los animales que son útiles al hombre, teniéndolo por crueldad é ingratitud. Tienen alguna idea de la inmortalidad del alma, y de un estado futuro de felicidad ó infelicidad; pero les hace muy poca mella, y reducen

todas sus esperanzas y temores á los bienes y males de esta vida. Creen que hay otra vida, pero no admiten la eternidad de penas en el infierno, pues segun ellos, los malos vuelven á este mundo para purgar sus pecados. La práctica de su religion es muy suave, pues no se admite en ella ninguna mortificacion, diciendo que sus dioses gustan mucho de verlos alegres, y gozando de los placeres. El único objeto de los Sintoistas es ser felices en esta vida, y sin embargo, su religion es la ménos seguida en el Japon. Tienen algunas ceremonias legales, que por la mayor parte se dirigen á la limpieza del cuerpo: consisten principalmente en no mancharse con sangre, en abstenerse de comer ciertas carnes, y en no tocar los cadáveres. Los que están manchados con alguna impureza de esta especie, no pueden sin delito entrar en los templos, ni visitar los lugares Santos. Quando le cae á alguno una gota de sangre sobre el vestido, está impuro por siete dias. La muerte de un pariente causa una mancha, cuya purificacion es mas ó ménos larga á proporcion del grado de parentesco. El que come carne de ciertos animales domésticos, tiene tambien necesidad de purificarse. En esta religion no se admiten mas diablos que las almas de las zorras; porque estos anima-

les hacen grandes estragos en el Japon, sistema de donde el Jesuita Bougeant quizá habrá tomado sus absurdas ideas sobre el alma de las bestias.

La celebracion de los dias solemnes es otro punto esencial de la religion de los Sintoistas, en los quales se destinan principalmente á visitar y obsequiar á sus amigos, siendo todo alegría y regocijo en estas fiestas, sin mas ceremonia de religion que el visitar los templos. Hay tres fiestas principales cada mes, y otras mas solemnes que se celebran cinco veces al año con mucha pompa. La del año nuevo dura varios dias, en los quales se cumplimentan y regalan unos á otros, como entre nosotros por la Natividad. El año empieza para los Japoneses en la luna nueva que sigue despues del 5 de Febrero, entre el solsticio de invierno, y el equinoccio de primavera, y así varía este principio como la Pasqua entre nosotros.

Hay una fiesta destinada particularmente para las muchachas, otra para los muchachos, otra para los niños, y otra en fin que se emplea únicamente en los placeres de la mesa, en juegos, danzas, y espectáculos: el regocijo, la disolucion, y los excesos duran entónces por muchos dias. Cada qual se esmera en convidar á sus amigos, y aun se admite en estos

banquetes á los desconocidos, y hasta á los estrangeros. Esta fiesta se parece en el libertinage á los Saturnales y Bacanales de la antigua Roma. Aunque pertenece esta fiesta principalmente á la religion de los Sintoistas, sin embargo, como todos los Japoneses son muy dados á las diversiones, y placeres, de aquí es que todas las sectas la han adoptado.

La romería de Isje es otro artículo de la religion de Sintos: Isje es una Provincia del Japon, célebre por el nacimiento del dios mas antiguo y poderoso del Japon. Esta nacion pretende que allí fue la primera habitacion de sus mayores, y la cuna de la especie humana. Los devotos van á esta provincia una vez al año, y todos deben hacer este viage, por lo ménos una vez en la vida, para conseguir felicidades en este mundo, y la eterna en el otro. El término de su romería es una pagoda que llaman *el templo del gran Dios*, que es el mas venerado y famoso del Japon; y sin embargo, no hay cosa mas sencilla y pobre que este edificio, construido de madera y cubierto de paja. Todo su adorno consiste en un espejo, que para los Sintoistas es símbolo de la perspicacia y pureza de la inteligencia suprema.

Cerca de allí sobre un collado hay

una cueba que los peregrinos nunca dexan de visitar, porque dicen que allí se escondió su gran dios, quando privó al mundo de la luz: allí les muestran un ídolo sentado sobre una vaca, al qual llaman *la representacion del sol.* Los Japoneses conservan estos edificios en toda su sencillez, como una imagen de la suma pobreza de los primeros hombres, y en casi todas sus solemnidades y usos tienen algo que recuerde esta antigua indigencia del género humano. El templo de Isje está rodeado de una infinidad de capillas, la mayor parte tan baxas, que apenas caben de pie los ministros que las cuidan. No son Sacerdotes los que tienen este cuidado, sino legos, que sin embargo tienen sus superiores y trages particulares que los distinguen de los otros seglares. Su adorno de cabeza es un gorro prolongado, que se atan por debaxo de la barba con cordones de seda mas ó ménos largos, segun la clase del que los lleva. Están obligados á inclinarse delante de las personas de clase superior, hasta que la punta del cordon toque á la tierra. Estos ministros en las materias de religion están sujetos al Dairi, pero en los demas asuntos obedecen, como todos los Sacerdotes del Imperio, á los jueces legos.

Es cosa bien estraña, que los Sacer-

dotes del Japon, que son muy pobres, y están precisados á exercer los mas viles ministerios para subsistir, hayan abandonado á los seglares la direccion de los templos de Isje, de donde pudieran sacar la mayor ganancia, ya por las grandes rentas con que están dotados, ya por las limosnas de los peregrinos que van allí en tropas continuamente. Aseguran que las mugeres están libres de toda incomodidad durante esta romería, lo qual fingen para evitar el desprecio y horror que causarian á los demas peregrinos, por no contraer una impureza legal. Esta romería se hace en todos los tiempos del año, pero el mayor concurso es por los meses de Marzo y Abril, que es la estacion mas amena en el Japon: en ella se ven personas de todos sexôs, edades, y estados, excepto los Grandes Señores que rara vez la hacen en persona: la mayor parte de éstos se contentan con enviar substitutos, á exemplo del Emperador, que envia todos los años una embaxada solemne. Las personas de inferior clase creen que no se pueden exîmir de este acto de religion: unos van á caballo, otros en literas, y la mayor parte á pie. Los pobres llevan su cama al hombro, esto es, una estera de paja: en una mano llevan un bordon, y una hortera colgada de la cintura; en la qual

reciben las limosnas, porque en esta romería se mantienen únicamente de las limosnas de los demas peregrinos. Se cubren la cabeza con un sombrero de paja, en el qual, y en la hortera, llevan escritos sus nombres, el lugar de su nacimiento, y el parage de donde vienen, para que en caso de morir, puedan reconocerlos, y dar parte á los Magistrados de las ciudades.

Entre este gran número de peregrinos hay algunos que se distinguen por rarezas muy notables: unos van en quadrillas cantando y tocando un instrumento como guitarra por todo el camino: otros caminan desnudos en tiempo del mayor frio, sin mas que un poco de paja atada al rededor de la cintura. Estos últimos van solos, y casi siempre corriendo; no piden limosna, y se alimentan con mucha miseria. Quando un peregrino marcha para esta romería, cuelga á la puerta de su casa un cordel guarnecido de papel cortado, para advertir á los que hayan contraido una impureza legal; que no entren: el que despreciase esta advertencia, dicen que se expondria á accidentes muy funestos, y á tener muy malos sueños. Esta precaucion no basta para el feliz suceso de la romería, pues ademas es preciso que observe la mayor pureza por todo el ca-

mino, y aun debe abstenerse del débito conyugal. Las mugeres no deben permitir que se acerquen á ellas los hombres, ni aun sus maridos; y para persuadirlos á la mas estrecha observancia de esta abstinencia, cuentan fábulas tan absurdas como ridículas, de castigos que han experimentado los que la han quebrantado.

Quando el peregrino llega al término de su romería, visita todos los templos y capillas, y concluidas sus estaciones, le entregan una caxita en que dicen se contiene el perdon de sus pecados. La meten baxo la copa del sombrero para defenderla de la inclemencia del ayre, y quando llegan á sus casas, la guardan en un nicho particular. La virtud de estas caxitas no dura mas que un año; pero los Japoneses las conservan siempre con cuidado. Se vende una cantidad prodigiosa de estas caxitas á los que no pueden ir á esta romería, lo qual es un manantial de riquezas para los impostores que las reparten.

Hay tambien en el Japon una especie de ermitaños que hacen profesion de vivir en soledad; otra especie de estos solitarios vive en comunidad, y cada una de estas sectas tiene un superior en Meaco: el objeto de su profesion es pelear en defensa de sus dioses, en caso necesario. Practican las mayores austeridades; pasan su vi-

da viajando de montaña en montaña: todos los años tienen obligacion de trepar por una muy alta y llena de precipicios, preparándose para esta romería con ayunos y penitencias. Se encuentra freqüentemente á algunos de estos fanáticos pidiendo limosna con mucha importunidad al rededor de los templos: esperan á los caminantes en los pasos estrechos, y no es facil reusar á tantas instancias alguna limosna. Su trage es lo mismo que el de los legos, pero añaden algunas distinciones: llevan á la espalda un zurron en que meten su ropa, libros y dinero. Estos miserables son muy dados á la mágia: pretenden que pronunciando algunas palabras misteriosas y formando ciertas figuras, pueden descubrir los autores de un hurto, adivinar lo venidero, explicar los sueños, y curar las enfermedades. Hay algunos de estos ermitaños, que aseguran saben el arte de rejovenecer á los viejos, porque la fábula de la fuente de la juventud es de todos tiempos y paises.

Hay otra Sociedad muy antigua, y que merece mucha distincion en este pais, que se compone de ciegos de todas edades y estados, cuyo origen refieren de este modo. »Un hijo de un antiguo Emperador del Japon se enamoró de una Princesa, que mutuamente concibió la mayor pasion por él. Estos dos amantes gozaron por al-

gunos años de los placeres de un amor mutuo ; pero su felicidad no fue duradera. La Princesa murió , y el Emperador penetrado del mas vivo sentimiento , perdió la vista á fuerza de llorar. Para consolarse de estas dos desgracias , y quizá para inmortalizar á su amada , estableció una Sociedad en donde no se habian de recibir sino ciegos , por lo qual no se les vé mendigar por las calles como en los demas paises. Por espacio de muchos siglos esta Sociedad fue muy floreciente , pero actualmente ha decaido mucho ; lo qual ha procedido de haberse establecido otra Sociedad de ciegos , en la qual entran todos los Grandes Señores que pierden la vista. En un tiempo en que los Japoneses estaban divididos en dos facciones , un General de exército tuvo la desgracia de perder una batalla y quedar prisionero : queriéndole obligar el Príncipe vencedor á entrar en su servicio , el General le respondió : „Lo mas que puedo hacer por tí, „es arrancarme los dos ojos que me exci„tan á matarte , pues no puedo mirarte „sin sentir deseos vivos de quitarte la vi„da para vengar á mi Soberano." Diciendo estas palabras , se arrancó los ojos , los puso en un plato , y los presentó al Monarca. Habiéndole concedido la libertad , se retiró de aquella Corte , y fundó la

segunda Sociedad de ciegos. Esta Sociedad se mantiene honradamente con su industria, y con trabajos propios de su estado. Muchos de ellos se aplican á la música y á la poesía, lo qual les franquea la entrada en las casas de los Grandes en calidad de ingenios. En efecto, aseguran que los anales del Imperio, la historia de los hombres célebres, y los títulos de las familias antiguas, no son monumentos mas seguros que la memoria de estos ciegos: sus conocimientos forman una tradicion histórica, la qual nadie se atreve á impugnar. Tienen sus academias en donde se graduan y ponen en verso y música las acciones mas memorables de los héroes de sus pais. Los emplean tambien en ciertas solemnidades, en las fiestas públicas, en las ceremonias religiosas, y en las bodas. El que es admitido en esta Sociedad, no puede ya salirse de ella: el superior de todos reside en Meaco, donde goza de una renta considerable: los demas viven esparcidos por el Imperio. Toda la Sociedad es gobernada por un Consejo compuesto de diez ancianos, que tiene facultad de vida y muerte, pero es preciso que la sentencia sea confirmada por el Presidente del Tribunal supremo de Meaco. Este Consejo envia á las provincias algunos superiores, que tienen la comision de velar so-

bre los individuos de esta Sociedad.

La secta de Budsdo tuvo su origen en la India, desde donde se extendió á Siam, á la China, y al Japon, con diferentes nombres. Cuentan mil fábulas de su fundador, y su historia varía segun los diferentes paises en que su culto se halla establecido, pero en todas partes concuerdan en darle los honores divinos. Los Indianos le llaman Vistnú, los Siameses Somonacodon, los Chinos Foé, los Japoneses Buds, ó Siaka. Algunos de sus discípulos recopilaron sus mejores máxîmas, y los principales artículos de su religion, y en lo sucesivo ellos tambien fueron admitidos en el número de sus dioses, dándoles tanto honor como á su maestro, y colocándolos en los mismos templos. El culto de Siaka fue traido al Japon por los mismos Sacerdotes que le llevaron á la China: hizo aquí pocos progresos por muchos siglos, pero despues ha prosperado tanto, que es al presente la religion mas floreciente del pais, en términos, que hasta los mismos Sintoistas han adoptado los puntos mas esenciales. Uno de los mas principales es el dogma de la vida futura, el fin del mundo, y el desprecio de la vida presente. Estos principios mal entendidos por los Japoneses, los arrastran á acciones en extremo crueles contra sí mismos. Emprenden penitencias excesi-

vas ; se anegan metiéndose en barcas agujereadas, se precipitan de lo alto de las rocas, se encierran entre quatro paredes, se hacen despedazar metiéndose debaxo de las ruedas de los carros, y otros delirios de esta naturaleza. Sus oraciones se reducen á locuras y raptos furiosos ; sus humillaciones son unos abatimientos indignos, sus penitencias furores de freneticos. No me detendré en el por menor de esta secta, que tiene por fundamento la transmigracion, de donde resultan todas las conseqüencias bien notorias de esta antigua supersticion. Sin embargo, admiten un paraiso y un infierno, y para evitar el uno y conseguir el otro, se arrojan sus sectarios á unos extremos tan bárbaros de rigor. Todo lo que os he dicho de los furiosos sectarios de la doctrina de Foé, es muy inferior á las inhumanidades que practican los adoradores de Siaka.

Los Bonzos del Japon, que son los Sacerdotes de la secta de los Budsoistas, son reputados por tan hipócritas, y corrompidos como los de la China, pero son aquí mas respetados. El pueblo los venera como á santos, y por consiguiente tienen un mando absoluto sobre todos los que se entregan á su direccion : el crédito que suponen tienen estos impostores con sus dioses, les grangea el mayor respeto. Tienen

un superior á quien reputan por infalible: de él dependen todos los Bonzos, los Sacerdotes, y todas las Sociedades particulares. Los Bonzos están divididos en varias congregaciones, y hacen profesion de la mayor regularidad: se dice que en secreto se desquitan de este rigor aparente, y aun se les supone la mayor corrupcion. No hay artificio ni fraude que no usen para enriquecerse, apropiándose por estos medios las mayores riquezas.

Los adoradores de Siaka tienen sus fiestas particulares como los Sintoistas: una procesion de carros llenos de figuras simbólicas vá con mucha pompa al templo de su dios para sacarle en procesion por la ciudad. La manceba de este dios marcha por otra parte, y encuentra á la esposa legítima, la qual se muestra zelosa: entónces el pueblo afecta mucha afliccion, derrama lágrimas, cada uno finge que toma partido por alguna de ellas, pero en fin se acomodan, y cada divinidad se retira por su parte. En otra fiesta pasean un ídolo á caballo, con la espada en la mano, acompañado de pages que llevan su arco y flechas, y seguido de un carro vacío, al qual el pueblo dá adoracion como si el dios fuese en él. Los Bonzos van cantando himnos, y el concurso grita y repite por todo el dia: *mil años de pla-*

ceres : mil millares de años de regocijo.

Entre las diferentes fiestas que se celebran en el Japon, he aquí una que os parecerá harto cruel. Unos hombres armados se presentan en una explanada, y cada uno lleva al hombro la figura del dios, cuyo culto sigue, y cuya preferencia defiende á costa de su vida. Luego que llegan, se forman en varios esquadrones, y empiezan el combate á pedradas; despues echan mano de las saetas, lanzas y alfanges, y se embisten con el furor de enemigos. Por consiguiente, este es el palenque adonde acuden todos los que tienen que vengar alguna injuria particular, logrando su intento baxo la máscara de religion. El campo de batalla queda cubierto de muertos y heridos, sin que la justicia pueda tomar la mano en impedir ó castigar estas muertes.

La tercera secta conocida en el Japon con el nombre de *Siuto*, es la de los Filósofos Moralistas que enseñan, que el supremo bien del hombre consiste en el placer que halla el alma en obrar virtuosamente, y que es preciso ser justo, urbano, buen ciudadano, y conservar su conciencia pura. No admiten mas que un dios, dueño del universo, y sin practicar ningun culto determinado, se reducen á darle gracias por sus beneficios. Siguen la doc-

trina de Confucio, cuya memoria es tan venerada en el Japon como en la China. Honran á sus antepasados como los Letrados Chinos, y tienen la mayor condescendencia con las demas sectas. Esta doctrina tenia antiguamente gran número de partidarios, principalmente entre los sabios y los cortesanos, y hubiera sido la dominante en el Japon á no haber sido introducida la idolatría en aquel pais. Entónces se vieron los Siutistas precisados á ceder al fanatismo que se esparció por todo el Imperio: una secta tan enemiga del entusiasmo no era propia para agradar á aquellos insensatos, que asesinaban á los que no imitaban su frenesí. Aseguran que estos Moralistas gustaron mucho de la doctrina del Christianismo, y contribuyeron con ardor á los rápidos progresos que hizo el Evangelio en el Japon: lo cierto es que esta secta cayó con la Religion Christiana, y se ha obligado á los que la seguian á declararse por alguna de las dos que están autorizadas en el Imperio. Para no ser comprehendidos en la persecucion que se suscitó contra el Christianismo, y salvar su vida y haciendas, tuvieron que colocar cada qual en su casa un ídolo del pais. La vista y el culto forzado de estos ídolos, los han ido atrayendo insensiblemente á la idolatría, y esta secta ha perdido casi to-

do su crédito. A mediados del siglo pasado un Señor principal del Japon quiso restablecerla; pero como el culto de los ídolos empezaba á ser despreciado, los Sacerdotes concibieron los mayores recelos de que les faltase su subsistencia. Sus gritos llegaron hasta el trono, y con sus negociaciones volvieron á sepultar el Siutismo en la obscuridad y en el olvido.

El establecimiento del Christianismo en el Japon es la época mas notable de su historia, y su conversion es la parte mas brillante de la predicacion de San Francisco Xavier. Este Santo tuvo la gloria de hacer triunfar la verdera Religion en un pais tan fanático por sus supersticiones: pero lo mas admirable es, que supliendo el zelo de los nuevos Christianos á la escasez de Misioneros, nuestra religion fue conocida y abrazada en poco tiempo en algunas provincias, adonde ningun Predicador habia podido penetrar. La Ley de Jesu-Christo fue anunciada en todo el Imperio, á pesar de los esfuerzos de los Bonzos contra una doctrina, que haciendo su profesion inutil y despreciable, los hacia pasar por ignorantes é impostores. Otros muchos motivos se oponian al establecimiento de nuestra Santa Religion y á sus progresos; pero á pesar de todos ellos, los Japoneses, por curiosidad natural, y por el fas-

tidio de las opiniones quiméricas de sus diferentes sectas, se movieron al principio á dar oidos á la doctrina del Christianismo: la paciencia, el desinterés, la virtud de los Predicadores Evangélicos, les hicieron reconocer la falsedad de las acusaciones de los Bonzos. Bien pronto se vió que hasta los Príncipes abrazaron nuêstros dogmas: cada dia se hacian conversiones asombrosas: se veia á los niños instruir en la religion á sus padres y familia, Bonzos, que convencidos de la verdad del Evangelio, abjuraban sus errores, y otros muchos milagros de la gracia.

Todos estos progresos no podian ménos de irritar á los Ministros de los ídolos, y practicaron los medios mas perversos para impedirlos. Conmovieron á los Príncipes, inspirándoles terror por los trastornos que acarrearia la mudanza de religion, y lisonjeando sus pasiones, que el Christianismo procura reprimir. Excitaron tambien guerras sangrientas, que se concluian siempre con perjuicio del Christianismo. Por todas partes se veia derramar sangre de Christianos, sediciones, rebeliones, violencias, asesinatos: mil exemplares de heroismo de parte de los nuevos Christianos, que renovaban los primeros siglos de la Iglesia; pero de tiempo en tiempo se veian tambien trayciones, y apostasías.

Se refieren varios motivos de esta persecucion, los quales ponderan mucho algunos escritores. Dicen que un Portugués no quiso ceder el paso á uno de los principales Señores del Japon; que los Jesuitas rehusaron volver á un heredero una casa que les habia dado un Grande del Imperio &c., pero ninguno de estos motivos era suficiente para causar una persecucion tan sangrienta. Lo mas cierto es que los Holandeses, envidiosos de las ganancias que sacaban los Portugueses del comercio del Japon, y deseando hacerlo ellos solos exclusivamente, hicieron al Cubo creer que los Reyes de Portugal y de España intentaban despójarle del Imperio por medio de la Religion Christiana: que esta religion hacia á los hombres cobardes y desobedientes á sus Soberanos, y para prueba de ello, le aconsejó un Holandés que mandase á qualquier Christiano se abriese el vientre, lo que executan los Japoneses con la mayor prontitud á la menor insinuacion del Emperador. En efecto, hizo venir á un Christiano Japonés, mandóle que se abriese el vientre, y él lo rehusó hacer porque lo prohibia la Religion: esto era mas que suficiente para autorizar la calumnia del Holandés. A esto se añadió el fanatismo de los Bonzos; de suerte que éste y la sórdida codicia de los Holande-

ses fueron los dos principales resortes para mover las sospechas de un tyrano usurpador, y causar una persecucion tan cruel, sin recurrir á otros motivos de tan poca entidad, aunque tambien no dexarian de contribuir.

La fortaleza de los Christianos irritó mas la severidad del Gobierno, pero lo que mas contribuyó á hacerlos odiosos en este Imperio, fue la calumnia de una conspiracion contra el Monarca que reynaba á la sazon. Atribuyeron este proyecto á un Portugués, al qual quemaron públicamente. Entónces los Japoneses renunciaron á todo comercio con los estrangeros, y el Emperador en una junta general de sus Grandes, dió aquel famoso edicto, que prohibe á todos sus vasallos el salir del reyno sopena de muerte. En los demas artículos se prevenia, que ningun estrangero sería admitido en el Japon, que se echase de todo el Imperio á los Portugüeses y Españoles, que todos los Christianos del pais, y los que propagasen su doctrina fuesen puestos en prision, y que se daria un premio considerable al que denunciase á un Sacerdote Católico.

Entónces empezó la persecucion mas terrible que jamas ha padecido la Iglesia de Jesu-Christo: inventaron suplicios atroces, desconocidos de los antiguos persegui-

dores. Permitidme, Señora, que pase en silencio todas sus circunstancias, pues su simple relacion os causaria el mayor horror. Tan bárbara crueldad irritó á los Christianos: cerca de quarenta mil de ellos, viendo que iban á quitarles la vida en el fuego, en cruzes, en los tormentos mas horribles, y no pudiendo, á pesar de su sumision, conseguir que los dexasen tranquílos en algun rincon retirado, resolvieron vender bien cara su vida á sus verdugos. Se retiraron á una fortaleza vieja, resueltos á defenderse hasta el extremo: el Soberano los sitió para exterminarlos, y lo consiguió con el auxîlio de los Holandeses, que fueron causa de que pereciesen en esta ocasion quarenta mil inocentes, que creian en el mismo Dios que ellos, y que eran perseguidos únicamente por esta creencia. Tan cierto es que el interés sórdido del comercio ha corrompido las costumbres de esta nacion hasta un extremo que causa horror á la humanidad. Desde esta época el Japon quedó cerrado para los Católicos Romanos, y principalmente para los Portugueses. Estos enviaron Embaxadores al Emperador del Japon con una comitiva numerosa para aplacarle; pero al llegar á Nangasaqui, fueron presos y muertos. Algunos Misioneros han intentado en varios tiempos introducirse en esté pais, pero con

muy poco suceso, porque están tan bien guardadas las entradas, que es casi imposible penetrar. Los pocos, que con muchas dificultades se han introducido, han perecido allí de varios modos.

El servicio odioso que hicieron en esta ocasion los Holandeses al Emperador del Japon, les ha valido el permiso exclusivo de entrar en este pais. Pero ¿con quántos abatimientos y ultrages pagan esta prerogativa? Estos Soberanos de Batavia y de las Molucas se dexan tratar en el Japon como los mas viles esclavos, y sufren todos los insultos que se les antoja á los Japoneses. Les ponen guardia de vista, y los espian como reos: en los primeros tiempos les hacian jurar quando llegaban al Japon, que no eran del pais ni de la religion de los Portugueses, y hay quien afirma que los obligan al *Jesumi*.

Debo explicaros aquí, Señora, lo que es el *Jesumi*, ceremonia exêcrable, inventada por los Japoneses para acabar de destruir la Religion Christiana en su Imperio: he aquí en lo que consiste esta práctica sacrílega. En los lugares en donde presumen que hay todavía Christianos, hacen todos los años una lista exâcta de todos los habitantes: los Comisarios de los barrios van de casa en casa, acompañados de dos hombres que llevan un Crucifixo

y una imagen de la Santísima Virgen. Hacen venir á todas las personas de la casa, y las obligan à ir pisando estas santas imágenes, sin que nadie pueda dispensarse de esta ceremonia sacrílega. Luego que han recorrido todos los barrios, los mismos Comisarios hacen el Jesumi, y sellan el proceso de toda esta expedicion. Los Holandeses dicen que sus comerciantes no están sujetos á esta abominable profanacion.



CARTA LXVIII.

Continuacion del Japon.

Estamos para partir de Nangasaqui para Jedo, y no me queda tiempo mas que para enviaros lo restante de mis conversaciones con los Japoneses. Creo, les dixe, que dais mucha antigüedad á vuestro Imperio: en Europa creemos que sois una colonia de la China; y no atribuyéndose los Chinos mas razonables una antigüedad que pase de quatro ó cinco mil años, ¿cómo es que vosotros llenais vuestra cronología de tan prodigioso número de siglos? ,,Esto consiste, me respondió uno de ellos, en que nosotros tenemos nuestras quimeras como todos los pueblos del mundo; pero nosotros tenemos tambien, como los Chinos, escritores sensatos que señalan el reynado de Sin-Mú por la primera época cierta de nuestra historia. Este Príncipe fundó nuestra Monarquía dos mil y quinientos años hace, esto es, casi por los mismos tiempos en que vuestro Rómulo puso los primeros fundamentos del Imperio Romano. No me preguntes ninguna particularidad sobre esto, porque nuestros anales

se reducen á tablas cronológicas, que no contienen mas que los nombres y la genealogía de nuestros Emperadores. A la verdad, en ellas está señalado con bastante exâctitud el principio y el fin de sus reynados, pero es muy poco lo que dicen de su vida y gobierno. Los Historiadores que nos hacen descender de la China, cuentan sobre esto un suceso harto singular. Dicen que un Emperador de la China, deseoso de prolongar su vida, y encaprichado con los secretos de la piedra filosofal, creyó que no era imposible inventar una bebida que le hiciese inmortal. Comunicó esta idea con su médico; éste le advirtió que los simples propios para componer aquel brevage, se hallaban en algunas de las islas vecinas; pero que estas plantas debian ser cogidas por manos puras é inocentes, pues de otra manera no tendrian virtud. Añadió, que era preciso enviar á esta empresa trescientos mancebos, y otras tantas doncellas de costumbres puras; que habian de ser de tierna edad, pero de bastante robustez para aguantar las fatigas del viage. El Emperador aprobó este pensamiento, y encargó al médico que él mismo conduxese aquella colonia. Llegaron con felicidad al Japon, pero en vez de ocuparse en buscar los pretendidos simples, se establecieron en una

de estas islas. Es probable que escogerian la de Niphon, como la mas considerable, y que poblarian desde luego la Provincia de Isje, que tenemos por la cuna de nuestros progenitores. Por esta causa hacemos freqüentes peregrinaciones á esta provincia, así como los Mahometanos van á la Meca.

»Lo que mas admiran los Holandeses en nuestra historia, es que desde Sin-Mú, nuestro primer Monarca, hasta el Príncipe que reyna actualmente, esto es, por espacio de dos mil y quinientos años, el Imperio no ha salido de una misma familia. Nos aseguran, que habiendo corrido todas las naciones del universo, no han encontrado en ningun pueblo otro exemplo de igual sucesion. Es verdad que nuestros Reyes se han dexado despojar de una parte de su autoridad; pero los descendientes de Sin-Mú han conservado siempre el título de Emperadores, con un poder absulto en materias de religion. Despues de la revolucion, que dió un nuevo Señor á este Imperio, nuestra Monarquía es gobernada por dos Soberanos, uno Eclesiástico, que no hace nada, llamado *Dairi*; el otro Seglar, que lo hace todo, llamado Cubo: he aquí lo que causó la desunion de estos dos poderes.

Despues de haber gobernado el Japon

con una potestad ilimitada en lo espiritual y temporal, los sucesores de Sin-Mú, mas aficionados á las dulces prerogativas del Sacerdocio, que codiciosos de los derechos penosos de la Soberanía Real, dividieron el Imperio en varios Gobiernos, y confiaron su administracion á diferentes Señores. (1) Estos Gobernadores se fueron dispensando poco á poco de la obediencia que debian á su Príncipe, se apropiaron la Soberanía, y formaron una liga entre sí para la comun defensa. Bien pronto se hicieron guerra unos contra otros, y despedazaron el Reyno con sus divisiones. Para restablecer la tranquilidad en sus estados, el Emperador que reynaba á la sazon, dió el mando de sus exércitos á uno de sus Grandes: éste no se cuidó de restablecer la autoridad legítima, sino de elevarse á la suprema dignidad. Luego que hubo sojuzgado á los enemigos de su Soberano, reunió en su persona todo el poder que ellos habian tenido dividido, y quitó al Dairi el entender en los negocios políticos.

»El tyrano que estableció el sistema ac-

(1) Esta primera mudanza que hicieron los Dairis en la forma de gobierno, sucedió hácia el siglo 11 de la Era Christiana; y de esta mala política resultó que el Japon tuvo tantos tyranos como Gobernadores.

tual de gobierno en el Japon, fue Taycosama, que de soldado llegó á ser General, y de aquí se alzó con el poder Soberano. Derrotó y exterminó á los demas Grandes que le disputaron el Imperio, y despojó al Dairi de la Soberanía. Estableció su tyranía con leyes atroces, de que no hay exemplar en ningun pueblo del mundo. Este cruel tyrano fue el primer perseguidor de los Christianos, á lo qual le induxo su infame política, fomentada por las calumnias de los Holandeses y Bonzos. Contribuyó tambien mucho para este odio contra el Christianismo el haber sido Christiano uno de los mas principales Gobernadores que le resistió, y faltó poco para que le impidiese erigirse en déspota del Japon.

„Reconocemos, pues, aquí dos Emperadores; el primero goza en la realidad de toda la autoridad Soberana; el segundo de todos los respetos. Como se ha continuado incensándole, y nada le queda de la Soberanía sino este vano aparato, ha tenido que darse por contento. No ha sido derribado del trono, pero ha cesado de reynar. Vé con una insensibilidad que se ha fixado con la costumbre y necesidad, otro trono delante del suyo, ménos idolatrado en lo exterior, pero en donde reside todo el poder. Una de las prerogativas de este Monarca espiritual

es instalar y confirmar al Cubo á cada mutacion de Rey. Hace el nombramiento para todas las dignidades de religion, y recibe los obsequios del Cubo, que cada cinco años le hace una visita solemne, como un vasallo á su Soberano, al mismo tiempo que le tiene en un verdadero cautiverio.

»No hay cosa mas magestuosa y costosa que estas visitas. El Cubo tiene su residencia en la capital, y el Dairi en la santa ciudad de Meaco, distante de Jedo como unas sesenta leguas. Se emplea todo un año en los preparativos de este viage: ademas de una infinidad de grandes ciudades capaces de dar alojamiento á toda la comitiva del Cubo, hacen construir en el camino veinte y ocho casas magníficas á igual distancia unas de otras, en cada una de las quales el Cubo halla una nueva corte, nuevos oficiales y soldados, y todo lo necesario para la comitiva de un Emperador poderoso que vá á rendir homenage con un exército á un hombre, que en la realidad es vasallo suyo. Todas estas diferentes escoltas se reunen en Meaco, y componen un exército tan considerable, que es preciso plantar tiendas de campaña en las calles, en las plazas, y aun fuera de la ciudad para alojar á los soldados. El Cubo se presenta al Dairi con este aparato de grandeza, y le hace exteriormente algu-

nos homenajes, mas gloriosos para el vasallo formidable que los ofrece, que para el Monarca impotente que los recibe. Para dar mas pompa á esta ceremonia, los dos Príncipes juntan sus comitivas, y atraviesan de este modo la ciudad santa: todas las calles por donde han de pasar están cubiertas de arena blanca, y de talco pulverizado, que forman un camino llano y plateado. Junto á las casas en toda la longitud de las calles construyen balaustradas para colocar en ellas dos filas de guardias. La fiesta comienza ántes de amanecer: primeramente desfilan los criados de ambos Soberanos con los regalos que deben hacerse uno á otro, y van escoltados por algunas compañías de soldados. Despues vienen magníficas sillas de manos, adornadas de festones, conducidas cada una por quatro hombres vestidos de blanco, precedidos de otro que lleva un soberbio parasol, ocupadas por Señores y Señoras de calidad. Tras ellos sigue una numerosa cabalgada, llevando cada caballo dos criados á la brida, y otro lleva un parasol: á cada ginete acompañan ocho criados. Despues aparecen tres carrozas, cuya brillantez y riqueza exceden á todo lo mas soberbio que se ha visto en este género: el oro y la pedrería que las cubre por todas partes, deslumbran la vista. Van tira-

das de toros negros, y cada toro es conducido por quatro hombres: en estas carrozas van las mugeres del Dairi, y las siguen otras veinte y tres para las concubinas y criadas. Otra cabalgada de setenta y dos caballos marcha de dos en dos, precedida de una tropa de Señores de la primera calidad. Despues se vé la carroza del Cubo, mas soberbia que las tres de que he hablado: la siguen los Príncipes de su sangre, hijos, hermanos (si los tiene), y quatrocientos soldados bien armados y vestidos, que cierran la comitiva de este Monarca. Inmediatamente detras viene una infinidad de carrozas y sillas de manos escoltadas por gran multitud de nobles y gente de á pie y á caballo, con músicos que aturden con el estruendo de sus voces é instrumentos. El palanquin del Dairi aparece despues, conducido por cinqüenta caballeros, y rodeado de sus guardias: todo lo mas precioso de la naturaleza y el arte se halla reunido en este magnífico palanquin. De este modo llegan al palacio donde el Dairi es servido por espacio de tres dias por el Cubo y sus hijos: ellos mismos le guisan la comida, y despues de haberle hecho magníficos regalos, se despiden de él con todas las demostraciones del mayor respeto.

»Nada iguala á la singular veneracion

que todos tenemos á la persona sagrada de este Monarca espiritual. Le consideramos como á un Dios, á quien la tierra no es digna de poseer, ni el sol de alumbrarle: profanaria su santidad si sus pies tocasen al suelo, ó se expusiese al ayre abierto. Unos hombres vestidos de blanco le llevan en hombros, y apenas se digna de favorecer con sus miradas á los que le rodean. En fin, es tal la santidad de su persona, que no debe dexarse cortar el cabello, la barba ni las uñas, y así es preciso aguardar á que esté durmiendo para cortárselas sin que lo advierta. Cada dia se le sirve en baxilla nueva, y la rompen inmediatamente que acaba de comer, para que no cayga en manos de los legos, porque creemos que se le hincharia el cuello al que se atreviese á usarla. Lo mismo sucede con sus vestidos; el que se pusiese alguno de ellos, al punto quedaria castigado con una hinchazon dolorosa de todos sus miembros.

„En la habitacion de este Príncipe hay trescientos sesenta y seis ídolos, que por su turno hacen la centinela al rededor de su cama: si duerme mal, se dá de palos al ídolo que ha estado de guardia, y se le arroja de palacio por cien dias. En fin, el Dairi es tan venerado entre nosotros, que el pueblo tiene por sagrada el agua con que le laban los pies, la qual se recoge

y guarda, sin atreverse á emplearla en usos profanos.

»La dignidad de este Príncipe es hereditaria, y segun el curso ordinario, pertenece al primogénito. A falta de varones suceden las hembras, y aun ha habido ocasiones en que las hembras han obtenido este trono. Quando acaece alguna altercacion sobre la sucesion á esta dignidad, los Sacerdotes son los que deciden: á veces el padre la renuncia sucesivamente en varios de sus hijos, para que sus madres tengan el consuelo de verlos revestidos de este supremo poder. Estas renuncias se executan con el secreto mas profundo: un Dairi hace demision de su empleo, ó muere, sin que nadie tenga la menor noticia: aun la Corte de Jedo lo ignora, hasta que el sucesor ha sido instalado.

El Cubo cede al Dairi para su subsistencia las rentas de la ciudad y territorio de Meaco con algunas otras pensiones: pero el Dairi saca aun mayor ganancia del privilegio que tiene de conferir y vender los títulos de honor, no solamente á los particulares sino tambien al mismo Cubo, que le ha dexado esta prerogativa de la soberanía. La mayor parte de las riquezas que saca el Dairi de la distribucion de estos títulos, se emplea en sostener la pompa de este Monarca titular, porque es máxîma de

esta Corte el infundir respeto con semejantes demostraciones de esplendor, ocultando su pobreza baxo la máscara de la magnificencia, y supliendo con el fausto la verdadera grandeza que le falta. Esta pompa brilla especialmente en todo lo que tiene relacion con la persona del Dairi: sus casamientos, el nacimiento y la educacion del Príncipe hereditario &c. van acompañados de un mágnifico aparato. Quando se ha de elegir nodriza para el Príncipe, juntan ochenta mugeres de las mas hermosas del reyno, y las presentan á la madre, á las mugeres, y á los nueve parientes mas cercanos del Dairi: las obsequian por espacio de un dia, y las dan títulos honoríficos, que conservan por toda su vida. Al dia siguiente desechan la mitad de este número, despidiéndolas con ricos regalos. Al tercer dia aumentan los títulos honoríficos á las quarenta que han quedado, y de ellas escogen diez, las quales últimamente se reducen á tres, despachando á las otras colmadas de dones. Al cabo de algunos dias escogen una de las tres, á la qual dan la dignidad de nodriza del Príncipe con otros muchos títulos de honor. Para dar la posesion de este empleo, la introducen en el quarto del Príncipe, al qual tiene en brazos una de las primeras Señoras de palacio, que le alimenta los primeros dias despues de na-

cido: echan un poco de leche en la boca del niño, y despues le ponen en los brazos de la nodriza.

»El Dairi, siguiendo la costumbre de sus predecesores, se casa ordinariamente con doce mugeres, pero una sola tiene el título de Emperatriz, y ésta es siempre la madre del Príncipe heredero. Vive en el mismo quarto que su marido, y las demas habítan en los palacios cercanos. Cada una de ellas dispone todos los dias un banquete magnifico en su habitacion, adonde hace venir músicos y danzarinas; y luego que el Dairi declara en que parage quiere comer y pasar la noche, reunen todas estas comidas, juegos y diversiones en el palacio de la esposa, adonde debe ir el Monarca.

»La comitiva del Dairi es muy numerosa, aunque escasa la renta que dá á sus palaciegos, pero la esperanza de lograr alguna de las muchas rentas que tiene facultad de repartir, atrae á muchos á su servicio. El estudio de las ciencias es la principal ocupacion de los Señores de su Corte, la qual se compone únicamente de gentes destinadas al Sacerdocio, que se creen descendientes de nuestros dioses. Este origen infunde una vanidad intolerable en esta canalla, que desprecia altamente á los demas, aunque se abate á mendigar sus socorros. Los mas principales de estos viven á costa age-

na, y los inferiores se abaten á los oficios mas viles para poder mantenerse. De esta clase de descendientes de los dioses salen los superiores de los Bonzos, que se reparten por las provincias: hacen llevar delante de sí dos alfanges, y se portan con tanto fausto y orgullo, como si ocupasen los primeros empleos del reyno. Se abstienen de toda comunicacion con el pueblo, y ocultan su ignorancia baxo el aspecto de reserva y circunspeccion. Los superiores generales de los Bonzos deben residir en Meaco, porque esta ciudad es considerada entre nosotros como un Santuario. Pero á pesar de su gran poder, los Bonzos están sujetos á la autoridad del Cubo en los asuntos civiles, y sus delitos capitales son castigados con pena de muerte, aunque no tan rigurosa como la de los legos.

"Todos los palaciegos del Dairi y los demas Bonzos toman el título de Señores: el trage propio de su estado se compone de unos calzones anchos y una bata con cola larga: su gorro es negro, y su forma es diferente segun la dignidad de las personas, y asì se reconoce por el vestido el grado que cada uno de ellos ocupa en la Corte. Las mugeres tienen tambien un trage particular, que las distingue de las demas."

Despues de haberme instruido en todo lo perteneciente á la Corte del Dairi, me

preguntó nuestro Japon: „¿qué concepto tienes ahora de mí? Bien sabes que nuestra reserva con los estrangeros debe ser extremada, y que nos obligamos con juramento á guardar con ellos un secreto inviolable en materias de política y de religion. No quisiera, pues, que tu desprecio fuese igual á mi confianza, por lo qual voy á explicarte la naturaleza de este juramento. Por mi parte fue involuntario, y yo no adoro ni respeto á los dioses ó espíritus á quienes puse por testigos de mi promesa. Este es el modo de pensar de la mayor parte de mis compatriotas sobre esta especie de obligacion: el temor del castigo es el único motivo que los detiene. Por otra parte, nosotros gustamos del trato y familiaridad con los Europeos, y no tenemos ménos deseo de saber su historia, que vosotros la nuestra.

Despues de esta confesion ingenua le hice varias preguntas sobre el gobierno del Japon, y sobre la Corte del Emperador seglar, en donde mi buen amigo habia residido algun tiempo. „Ya te he insinuado, me dixo, en qué consiste el poder del Cubo, que se distingue del Emperador de la China, en que este es juntamente Rey y Supremo Sacerdote de su nacion. El nuestro, como ya he dicho, no tiene mas poder que el temporal, pero su autoridad es absoluta y des-

pótica, empleando á un mismo tiempo la política y la fuerza para sostener un trono que le debe su establecimiento y conservacion. Los Príncipes y Magistrados del Reyno dependen de este Caudillo del Estado en tanto extremo, que puede, sin mas motivo que su capricho, desterrarlos, confiscarles sus bienes, despojarlos de sus empleos, y quitarles la vida. Este Monarca reside en Jedo, rodeado de inumerables Cortesanos, y de los principales Señores del Imperio: unos están empleados en servir á su persona, otros vienen de tiempo en tiempo á rendirle homenage, pues hay una ley inviolable que los obliga á residir en la Corte á lo ménos por seis meses al año. Antes de que lleguen á Jedo, registran su bagage unos Comisarios Imperiales, que tienen órden rigurosa de no permitir se introduzcan armas en la capital. El Emperador se esmera en exercitar continuamente su obediencia y sumision: les cercena los estados para debilitarlos, y hace las bodas de todos los individuos de su Corte. Las mugeres que los Cortesanos reciben de su mano, son tratadas con mucha distincion: las construyen palacios, y las señalan una familia numerosa de criados y criadas para que las sirvan. Estas criadas que son de las principales casas del Reyno, se obligan á servir por cierto número de años,

y despues las casan tambien segun su calidad.

»La guardia del Cubo se compone de cerca de seis mil hombres: su exército en tiempo de paz, ascenderá á cien mil infantes, y veinte mil caballos. En tiempo de guerra, cada Señor le suministra cierto número de soldados, proporcionados á su renta, y entónces el exército se compone de mas de trescientos mil hombres. Esto es mas que suficiente para hacerse respetar un Príncipe, que solo trata de contener á sus vasallos en la obediencia, y que no piensa en conquistar. Estas tropas están bien vestidas y armadas: los de á caballo llevan un dardo, una carabina, un alfange, y un arco; los de á pie dos alfanges, una pica, y un fusil. Cada cinco soldados tienen un cabo que los manda, y cada treinta un Oficial superior: doscientos y cinqüenta soldados forman una compañía, y cada una de éstas es gobernada por dos Capitanes y un Oficial general.

»Para contener al Pueblo y á los Grandes en su deber, el Emperador tiene en todas las ciudades principales fuertes ciudadelas, cuyos Comandantes deben ser de una fidelidad experimentada. Mantiene por todo el reyno espias que le avisan de todo lo que pasa. Con pretexto de honrar

á los Grandes, los obliga á que traygan á todos sus hijos varones á criarlos en la Corte á vista del Monarca, el qual los guarda como prendas de la fidelidad de sus padres. No se permite que estos Señores formen entre sí enlaces estrechos, ni que se hagan freqüentes visitas, y mucho ménos se dá lugar á que con sus riquezas y poder causen recelos al Soberano. El Emperador, para empobrecerlos, suele ir á vivir por algunos dias en sus palacios, y los gastos enormes á que obliga este favor extraordinario, apuran en breve tiempo los tesoros del favorecido. Qualquier Grande que construye un palacio, debe hacer en él dos puertas, una para el uso ordinario, y otra mas grande y mas adornada para solo el Monarca quando se digne visitarle. Este favor se anuncia tres años ántes, y todo este intervalo se emplea en hacer los preparativos: todo lo que ha de servir en esta ocasion, debe estar marcado con las armas del Emperador. En fin, quando este Príncipe forma alguna empresa considerable, la encarga á una porcion de estos Grandes, los quales están obligados á executarla á su costa.

„La Corona temporal del Cubo es hereditaria como la del Dairi, y las rentas del Cubo consisten en las tierras propias de este Monarca, que son casi la mitad del Ja-

pon, y en los derechos que se cobran en su nombre sobre el comercio estrangero y las minas. Se cobran muy pocos impuestos de los habitantes de las ciudades, y éstos solamente recaen sobre los propietarios de las casas, siendo proporcionados á la extension del terreno que ocupa cada dueño. Solamente la Ciudad de Meaco está esenta de todo tributo: todos los años se paga un impuesto en todo el reyno, del trigo, arroz, y todas las producciones de las tierras cultivadas.

"El Cubo tiene baxo su mando varios Príncipes subalternos que gobiernan sus provincias, y á quienes conserva el título y pompa de la Soberanía; pero éstos son unos Reyes de teatro, que viven en la mayor dependencia, y están expuestos á los caprichos del Monarca. Por lo demas, ocupan un lugar muy distinguido en el Estado, y muchos de ellos tienen dominios muy extensos. Administran la justicia, y mandan las tropas en sus provincias; pero deben venir todos los años á Jedo á dar cuenta de su gobierno.

"El gasto anual del Monarca en su Corte, rentas y gages de sus criados y oficiales, asciende á mas de trescientos millones de reales. Dan á este Príncipe el título de Emperador, porque dependen de él como vasallos todos los Señores del Ja-

pon; entre los quales, como he dicho, hay algunos que tienen el título de Rey. Quando sale de su palacio hace que le acompañen estos Reyezuelos, y otros Señores, que para complacerle, aprenden algunas habilidades útiles ó propias para su diversion: unos aprenden música y poesía, otros medicina, ó la pintura. Detras sigue una tropa de jóvenes escogidos de la nobleza mas distinguida: precede al carro del Monarca gran número de sus guardias, y lo restante de esta tropa vá detras. Esta marcha se executa con tanta gravedad y buen órden, que no se oye una palabra en todo el concurso. Las calles están barridas y cubiertas de arena, y las puertas de las casas abiertas, sin que nadie se asome á ellas ni á las ventanas; y si alguno se descubre, las guardias le obligan á ponerse de rodillas hasta que haya pasado el Rey.

„El Imperio del Japon está dividido en seiscientos ó setecientos Señoríos, poseidos por los principales del Estado. Estos Señores administran justicia en sus gobiernos baxo la autoridad del Emperador, y vienen todos los años á pasar seis meses en la Corte, como ya he dicho, recurso sagaz de la política de este déspota para tenerlos esclavizados.

„El Cubo tiene noticia individual de todo lo que hacen estos Gobernadores, por

medio de una persona que les asocia con pretexto de que se asesoren con ella, pero en la realidad para que sirva de espia. Quando les envia este asesor, les escribe una carta concebida en estos términos: „Sé que „tienes muchas tierras y gran número de „vasallos, y por consiguiente necesitas de „un sugeto que cuide de tus negocios. La „persona que te entregará esta carta, podrá „aliviarte en esto; sírvete de ella, y esti- „ma el cuidado que de tí tengo: yo salgo „por responsable de su fidelidad." Estos espias son personas que han servido al Emperador desde su juventud, de cuyo talento y fidelidad está bien asegurado. Ademas de las pruebas que pueden haberle dado de su fidelidad durante el tiempo de su servicio, se asegura por una escritura que le hacen firmada con su sangre. Por medio de éstos sabe el Emperador todo lo que pasa: forman un diario muy puntual de lo que observan en la conducta de los Grandes, y éstos nada emprenden sin su consejo é intervencion. Por esta razon estos hombres tienen la mayor autoridad en las provincias, y mucho valimiento con los Señores á quienes espian, porque necesitan de su valimiento para mantenerse en la gracia del Soberano.

„Las Ciudades Imperiales que son del Señorío inmediato del Emperador, como Je-

do, Osaka, Sacai, Nangasaqui &c., son gobernadas por unos Ministros que el Emperador envia. Hay dos en cada ciudad, y á veces tres en Nangasaqui, por causa de la importancia de esta ciudad, siempre llena de estrangeros. Estos Gobernadores mandan por su turno, y mientras que el uno está en el exercicio de su gobierno, el otro tiene su residencia en la capital hasta que recibe la órden de ir á relevar á su compañero, con quien mantiene una correspondencia seguida. Dá parte á los Ministros de los asuntos de gravedad que deben tratarse en el Consejo, les dá cuenta de su gobierno, y procura grangearse su proteccion con regalos. Durante todo el tiempo que un Gobernador esté exerciendo su empleo, le está prohibido con las penas mas graves el recibir á ninguna muger en su palacio, ni aun á su esposa, la qual debe quedarse en la Corte con sus hijos, para ser responsable de la fidelidad de su marido. Las rentas fixas de estos Gobernadores son poco considerables, pero las utilidades eventuales le recompensan abundantemente. En pocos años adquieren grandes tesoros, pero tienen que repartirlos con el Soberano y sus Ministros. Su familia se compone de gran número de dependientes, que son casi todos de clase distinguida, y cada uno de ellos debe tener varios cria-

dos que le sirvan. La puerta del palacio está siempre guardada por cinco ó seis hombres armados de un alfange y un baston: la cierran á las quatro de la tarde, y no se abre sin órden expresa. Hay otros guardias en lo interior del palacio, encargados de escribir los nombres de todas las personas que entran, y esta lista se presenta todas las noches al Gobernador. El poder de éste es absoluto, y de él dependen todos los negocios: el comercio, la justicia, la guerra, todo vá á parar á su Tribunal, pero tienen tambien sus espias asociados como asesores, para que no abusen de su autoridad.

»La policía de las ciudades pertenece tambien á los Gobernadores, pero como no pueden exercerla por sí mismos en toda su extension, tienen varios subalternos que le descuidan en esta parte. Los llamamos *ancianos*; porque en efecto antiguamente se escogian para este fin los vecinos de mas edad, pero al presente estos empleos se dan comunmente á jóvenes. Estos tienen sus Tenientes, cuyos empleos son vitalicios, y otros subalternos que se mudan todos los años. Su principal obligacion es dar todos los dias al Gobernador cuenta puntual de todo lo que pasa en la ciudad, y presentarle los memoriales y querellas de los pretendientes, porque no á todos se

permite hablarle, y solo éstos que saben el respeto que se le debe, son los que tienen derecho para presentársele. Hay en cada calle un Comisario que cuida de que se haga la guardia por la noche, y de que se executen puntualmente las órdenes de la Policía. Es elegido por los principales de cada calle; pero su eleccion debe ser confirmada por el Gobernador. Como el pueblo juzga de la autoridad de un empleo por el aparato del que le obtiene, de aquí es que estos ministros inferiores procuran dar mucha pompa á su dignidad con un exterior magnífico, que sirve de velo para encubrir su pobreza.

»Ademas del Comisario de que he hablado, hay en cada calle un Escribano, cuyo oficio es dar los pasaportes y certificaciones de vida y costumbres, tener una lista exâcta de todos los habitantes de la calle, de las personas que viajan ó mudan de domicilio, de los que nacen y mueren, con qué disposicion han muerto, de qué religion eran, &c

»Hay en Nangasaqui otra especie de ministros, que llaman *los mensageros de la ciudad*, y que al mismo tiempo sirven de alguaciles. Forman una compañía considerable, compuesta de cerca de treinta familias, que de tiempo inmemorial están en posesion de este empleo. Estos son unos

hombres muy sagaçes y diestros, á quienes á veces se encarga la execucion de los suplicios, principalmente si es cortar cabezas. El oficio de estos alguaciles, aunque baxo y despreciable segun vuestras ideas en Europa, es aquí considerado como un empleo militar y noble, por lo que pueden llevar espada como la nobleza."

Nuestro Japonés se hubiera detenido en otras particularidades de la policía de las ciudades, pero como se acercaba la noche, hube de retirarme al quartel de los Holandeses, adonde es preciso recogerse ántes de anochecer. Esta retirada forzosa nos trae á lo ménos la utilidad de librarnos por la noche del estruendo horrible, que resuena continuamente en esta ciudad tumultuosa. Todo lo que se vende en Nangasaqui, se publica á gritos por las calles: los obreros y artesanos están siempre cantando en tono sumamente despreciable: los marineros gritan aun mas descompasadamente: los soldados de la guardia tienen su modo peculiar de gritar para mostrar su vigilancia, y despiertan á todos para hacerles ver que ellos no duermen; de suerte que toda la ciudad está en un grito continuo. Otros guardias, para señalar las horas, tienen unos grandes pedazos de madera huecos, que golpean uno con otro, y se oyen á larga distan-

cia. Los Chinos contribuyen tambien á aumentar este estruendo con sus tambores y otros instrumentos con que aturden toda la ciudad, principalmente por la noche quando sacan en procesion sus ídolos al rededor de los templos, y encienden en su honor pedazos de papel, que arrojan al mar. Pero todo esto es nada en comparacion de los gritos que dan los Sacerdotes y los parientes de los que están en la agonía, y de los que han muerto en ciertos dias consagrados á celebrar la memoria de sus difuntos. Todos estos ruidos reunidos hacen á Nangasaqui una de las ciudades mas incómodas del mundo.

CARTA LXIX.

Continuacion del Japon.

Deseo, Señora, que la descripcion de un pais tan ameno como el Japon os cause tanto placer como á mí el haberle visitado. Voy á pintaros estas islas famosas, llenas de populosas ciudades, donde reyna una admirable policía. Se ven aquí casas sumamente aseadas y cómodas, jardines deliciosos, puentes magníficos, caminos muy llanos, que parecen paseos, y en ellos señaladas las distancias como en los de las cercanías de nuestra Corte. Junto á los caminos se encuentran posadas muy bien provistas, y hasta en medio de los bosques se ven hosterías muy deliciosas en donde se halla todo lo necesario para el regalo y comodidades de la vida. He aquí, Señora, un compendio de todo lo que me ha encantado en mi viage á Jedo: vamos ahora por partes, empezando por los caminos.

Los principales caminos son tan anchos, que dos tropas de caminantes, por numerosas que sean, pueden pasar juntas sin embarazarse. La tropa que sube,

esto es, en el lenguage del pais, la que vá hácia Meaco, toma la izquierda, y la que baxa, la derecha. Hay á cada lado una fila de pinos muy recta, que hacen estos caminos no ménos agradables que cómodos, mayormente en tiempo de los grandes calores. A cada lado hay un foso para el desagüe en tiempo de lluvias; y los habitantes de los pueblos inmediatos están encargados de limpiarlos y conservarlos. Pero no creais que este trabajo les es gravoso, ántes bien sacan la mayor utilidad de todo lo que ensucia y embaraza los caminos: las ramas que caen de los árboles, les sirven de leña, y con el estiercol benefician sus tierras.

Todos los caminos Reales están divididos en millas geométricas, que comienzan desde el puente de Jedo, como centro comun de todo el Imperio, por cuyo medio se sabe á qué distancia se halla uno de la capital. Las millas están señaladas con dos montones de piedra y tierra, uno enfrente de otro, con árboles plantados en la cima. En la extremidad de cada territorio se encuentra una pilastra, que indica á qué Señor pertenece aquel pais, y quáles son sus límites. En los caminos de travesía hay tambien sus inscripciones para guiar á los caminantes, y estos caminos particulares tienen el nombre de la provin-

cia adonde conducen. Los caminos principales están siempre cubiertos de gran multitud de pasageros, mercaderes, peregrinos y mendigos. Los mendigos de ambos sexôs están alistados en ciertas cofradías: unos de ellos enfermos, y otros sanos y robustos, piden limosna cantando, gritando, tocando instrumentos, y haciendo varias habilidades. Este tropel se aumenta con una gran porcion de muchachos que corren tras los pasageros ofreciéndoles frutas, cordeles, correas, y otras varias cosas de que pueden necesitar. Se encuentra tambien gran cantidad de hombres á caballo, que llevan en la cabeza un gran sombrero de paja; y una gran capa de papel barnizado, que cubre enteramente al ginete, la maleta y el caballo. El ginete no toca á la brida, la qual lleva un criado del diestro, y vá siempre cantando. Quando ha de pasar un Grande, se cuida de limpiar el camino, y de cubrirle de arena. De distancia en distancia hay cuebas cubiertas de ramos destinadas para las personas de calidad, que son las únicas que pueden entrar en ellas. Quando éstos van á la Corte, caminan con una pompa extraordinaria: su comitiva es á veces tan numerosa, que ocupa un espacio de algúnas leguas, y las ciudades mas populosas apenas bastan para su alojamiento, por lo que las

reparten por las aldeas cercanas. Algunas semanas ántes de pasar, envian ministros á todos los parages en que han de detenerse, y fixan sobre unos maderos altos unas láminas, que expresan el tiempo de su mansion. Es cosa muy curiosa ver el gran número de criados, pages, ministros y bagages de estas comitivas: unos llevan armas y picas guarnecidas de plumas y otros adornos; otros llevan maletas cubiertas con reposteros, en que están bordadas las armas del Señor, y en que se encierra la parte mas preciosa de su equipage. El Grande camina sobre un soberbio palanquin, en hombros de quatro ó mas personas ricamente vestidas, relevándolos otros muchos que van al rededor del palanquin. Dos nobles van á los lados para dar al Señor lo que necesite, ó para sostenerle quando sube ó baxa: otro lleva un parasol, y todos caminan en silencio, y con el mayor órden. A excepcion de los criados, que llevan su vestido de librea, todos los demas van vestidos de negro, y este color junto con la gravedad de su porte, dá á esta marcha un aspecto magestuoso. Pero quando entran en alguna ciudad, ó encuentran á otro Príncipe, muda de aspecto toda la comitiva: los criados de librea, los pages, y los ganapanes, empiezan una danza grotesca, acompañada de gesticula-

ciones ridículas, lo qual se tiene por una especie de urbanidad obsequiosa. A cada paso levantan un pie hácia atras lo mas alto que pueden, inclinando el cuerpo, y extendiendo los brazos hácia adelante en la actitud de nadar, menean á un lado y otro la cabeza, agitan las manos, las picas, &c.

Hay en el Japon, como he dicho, postas arregladas, en las que cada caballo tiene su tarifa segun la distancia, el precio del forrage, la calidad de los caminos, el tamaño de las maletas y el peso de los fardos. Estas postas son propias de los Señores del distrito, y en ellas hay varias oficinas llenas de gente. Unos escriben todo lo que sucede cada dia: otros están encargados de las cartas y edictos del Emperador: los mensageros las llevan atadas á la punta de un baston al hombro, y van acompañados de otros postillones para encargarse de las cartas, si al mensagero le sucede alguna desgracia que le impida proseguir. Todos los caminantes, sin excepcion de clases ni estados, deben cederles el paso, y se les conoce por una campanilla que llevan, que se oye desde léjos. En las casas de posta se hallan no solamente caballos, sino tambien sillas de mano, y mozos para llevarlas: estas sillas, que van sostenidas por dos, quatro, ú ocho

hombres, son quadradas, algo prolongadas y bastante capaces, de suerte que un hombre puede ir sentado ó tendido cómodamente. Están cerradas con un enrejado de cañas de bambú; á cada lado hay una portezuela, y una ventanilla detras y otra delante. Los Japoneses viajan mas comunmente á caballo, y no llevan las piernas colgando como nosotros, pues las cruzan sobre el lomo, ó las extienden por el cuello del animal. Una de las cosas que mas estrañan los estrangeros en estos caminos es ver á los criados, y principalmente á los silleteros sin calzones, y con la ropa arremangada hasta la cintura, sin ningun respeto al pudor.

Se acostumbra en el Japon, quando se viaja, llevar un abanico, en donde están señalados los caminos principales, las distancias de los lugares, las posadas, el precio de los víveres &c. Hay gran número de posadas, principalmente en los lugares en que se halla establecida la posta: en la mayor parte de ellas hay un jardin, y tienen muchas ventanas cubiertas de celosías. Luego que todos los huespedes se han levantado de la cama, quitan las mamparas que dividen los quartos para que los ventile el ayre. Todo lo interior esta blanqueado y barnizado con primor: no hay posada alguna que no tenga sus baños, y

se sirve en ellos con tanto esmero como á un Señor en su palacio. Los Japoneses se bañan todos los dias por causa de la limpieza y de la salud: las letrinas, que son muy aseadas, están en lo mas retirado de la casa al fin del corral, y á la puerta hay una pila con agua para labarse. El portal de las posadas es ordinariamente obscuro, y está poco limpio, porque en él se alojan los pobres y los que viajan á pie. Los quartos están cubiertos de esteras de paja, y como en la cocina no hay mas hogar que un hoyo revestido de ladrillo, sin chimenea, regularmente está llena de humo toda esta parte de la casa.

Ademas de estas grandes posadas hay en todos los caminos, hasta en medio de las selvas y de las montañas, una infinidad de hosterías en donde los caminantes hallán en todo tiempo, y muy barato, thé, vino, pasteles, dulces, &c. Las casas mas pobres de esta especie tienen siempre alguna circunstancia que atrae á los pasageros; ya hay un jardin ó un vergel ameno, ya un arroyo delicioso que convida á gozar de su frescura, y en todas ellas se encuentran mugeres muy lindas, que nada omiten para complacer á los huespedes. A vista de tantas comodidades y regalos, no es estraño que los caminos principales se hallen tan llenos de gente como las ciuda-

des. Muchos viajan por divertirse, y van de posada en posada buscando algun placer nuevo. Principalmente á medio dia, despues que estas mugeres se han ataviado, es quando se presentan en público: salen á la puerta de la casa, ó se sientan en los balcones, y desde allí convidan á los pasageros con el mayor descaro. En cada posada hay á veces seis ó siete, y jamas baxan de tres, y sucede con freqüencia, que á fuerza de gritar y reñir unas con otras sobre la preferencia, causan un estruendo que aturde. Este desórden es tan franco en el Japon, que algunos ricos Chinos van allí á gastar su dinero con estas mugeres, como muchos estrangeros van á Francia con el mismo fin, y por esto llaman al Japon el burdel de la China. El abuso de estos lugares de prostitucion es muy antiguo en este pais: atribuyen su origen á un Emperador del Japon, que temiendo no fuese que sus soldados cansados de una larga guerra, abandonasen sus vanderas para irse con sus mugeres, no halló arbitrio mas propio para contenerlos que el establecimiento de estas públicas mancebías. En todas las ciudades hay un parage señalado para las cortesanas, y en él tienen casas muy adornadas varios sugetos, que las alquilan á estas mugeres. Los pobres que no pueden mantener á sus

hijas, las envian á estos burdeles, acompañándolas regularmente sus propios padres. Los Chinos dicen que es mas decente matarlas luego que nacen, y los Japoneses defienden que es mayor humanidad venderlas, y proveer de este modo á los placeres del público, y á la subsistencia del resto de la familia. La costumbre de los Chinos es el extremo de la ferocidad; la de los Japoneses prueba qué es un pueblo torpe y sin pudor. Esta es la causa de que se multiplique tanto el número de estas miserables mugeres. No las reciben en los burdeles hasta la edad de diez años, porque los que las compran no quieren arriesgarse á perderlas, por causa de las muchas enfermedades de la infancia. Las dan la educacion propia de su infame profesion, enseñándolas á cantar, baylar, escribir cartas amorosas, y en fin, todo lo que pueda hacerlas mas amables. El precio de sus favores es de tres reales hasta sesenta, y las está prohibido con penas rigurosas el recibir mas. Estàn sujetas á unos directores que reciben el dinero, y á unas mugeres que han envejecido en este oficio, y las enseñan todo género de torpezas. Una de estas viejas debe quedar de guardia á la puerta por la noche para satisfacer á la brutalidad de qualquiera, y á veces castigan á las jóvenes, haciéndolas

estar de guardia. Estas infelices despues que han cumplido su tiempo de esclavitud, pueden casarse, y no tienen dificultad en encontrar maridos. Jamas las improperan su vida pasada, porque todo el oprobio se atribuye á los padres, que por miseria ó por avaricia las prostituyeron en una edad en que no podian resistirse; y obran con rectitud en atribuir la culpa á los verdaderos reos. Los Japoneses son tan aficionados á las cortesanas, que se vé aquí, como en Europa, á muchos ricos quedar reducidos á la mayor pobreza por ellas.

Esto pudiera parecer el colmo de la abominacion; pero en el Japon hay otros parajes aun mas detestables, destinados para la prostitucion de los mancebos, sobre lo qual me permitireis correr un velo, pues ni vuestro pudor sufriria la descripcion de estos horrores tan infames, ni puedo escribir, sin estremecerme, los excesos de esta nacion brutal. Por lo que hace á los hombres encargados de la direccion de estas casas de prostitucion, son generalmente despreciados. Por mas riquezas que adquieran, siempre los tienen por infames, y los tratan como á los curtidores, cuyo oficio es aquí muy despreciado, porque son los que executan los suplicios capitales: igualmente se obliga á los rufianes á que ayuden á estos verdugos en sus funciones, ó

á lo ménos á que les presten sus criados.

Despues de esta digresion, vuelvo, Señora, á proseguir la relacion de mi viage de Nangasaqui á Jedo. Llegamos por tierra en cinco dias á la Ciudad de Kokura, situada á la extremidad de la Isla de Ximo. De allí nos embarcamos para Osaca, y tardamos una semana en llegar á esta ciudad. Desde Osaca atravesamos por tierra el continente de la grande Isla de Niphon hasta Jedo, en lo que nos detuvimos cerca de quince dias.

Sin apartarnos de nuestro camino, vimos treinta y tres ciudades grandes, cinqüenta y siete pequeñas, y un gran número de aldeas. Al salir de Nangasaqui hallamos una, llamada Mangom, únicamente habitada de curtidores, que como he dicho, hacen aquí oficio de verdugos, por lo qual está cerca del lugar en que ajustician á los reos. Es un espectáculo terrible el modo con que se executan aquí los suplicios. Algunos dias ántes de nuestra partida fueron condenados á muerte dos hombres y una muger. Esta, en ausencia de su marido, habia citado á dos amantes suyos á horas distintas: el que debia venir el último se anticipó, y la sorprendió con su rival. Lleno de furor embistió con el otro á cuchilladas: acudió al ruido la vecindad, y prendieron á todos tres. Los Jueces, sin

hacer la debida distincion en su delito, los condenaron á todos tres á muerte; oid el órden y gravedad con que fueron conducidos al suplicio.

La marcha empezaba por un hombre que llevaba una hacha al hombro, y caminaba á paso muy lento: seguíale otro al mismo paso con un azadon al hombro por si fuese necesario abrir la sepultura para enterrar á los ajusticiados: otro llevaba una tabla en que estaba escrito el delito y la sentencia. Seguian detras los reos con las manos atadas á las espaldas, llevando sobre la cabeza un pedazo de papel con la misma inscripcion que la tabla, pero en letras muy gruesas. A cada uno seguia un verdugo, que llevaba asida la punta del cordel que les ataba las manos. Dos soldados acompañaban á cada reo con la pica en la mano, y apoyados sobre sus hombros, para quitarles toda esperanza de escaparse. Me admiré de la fortaleza de aquellos miserables que caminaban á la muerte con la mayor resolucion. Luego que les hubieron cortado las cabezas, se acercaron algunos de los espectadores, y para probar sus sables hicieron pedazos los cadáveres, y despues haciendo un monton de estos pedazos, empezaron de nuevo la carnicería, apostando á quien cortaba mas de un golpe. Los cadáveres así despedazados,

quedaron para pasto de los perros y de las aves carnívoras.

Las leyes penales son muy severas en el Japon; la mas ligera transgresion se castiga con penas corporales, y á veces con la muerte. El homicidio involuntario, y aun forzado, el contravando y la infraccion de ciertas providencias de Policía son castigados con el fuego, ó con la rueda. En los delitos que tienen alguna relacion con la tranquilidad del Estado ó con la magestad del Soberano, todos los parientes del acusado son comprehendidos en su ruina; de esta severidad tan excesiva nos contaron algunos casos. Un Administrador de rentas fue convencido de haber hecho acopio de espadas y otras armas que intentaba enviar á Coréa: esta culpa acarreó la ruina de toda su familia que era numerosa, y una de las mas distinguidas del pais. El reo fue condenado con todos sus cómplices á ser crucificado: su hijo único, de edad de siete años, fue degollado en su presencia; su casa fue asolada, y sus parientes, despojados de sus bienes, fueron desterrados para siempre.

Un Gobernador de un distrito pequeño fue acusado de haber cometido algunas vexaciones contra los habitantes: la sentencia fue, que él, sus hijos, hermanos, primos y tios se abriesen el vientre, género

de muerte muy usado en el Japon. Estas personas estaban separadas y distantes unas de otras mas de cinqüenta leguas, y sin embargo se mandó que todos muriesen en un mismo dia y hora. Las órdenes se despacharon con tanta exâctitud, que toda esta infeliz familia pereció en un mismo punto.

Quando se quiere favorecer á un reo, se permite á su pariente mas cercano que le mate en su casa; y este suplicio no deshonra al que lo padece, ni al que lo executa. Pero es mucho mas honor matarse á sí mismo; por lo que casi todos suplican con instancias el favor de abrirse el vientre gloriosamente. El reo que consigue este honor, junta su familia y amigos, se adorna con sus mejores vestidos, hace un discurso patético sobre su situacion, y con aspecto sereno y alegre se descubre el vientre, y se hace en él, con mucho garbo, una abertura en cruz. El atentado mas horrible queda borrado con este género de muerte: el difunto es puesto en la lista de los valientes, y sus parientes no contraen ninguna afrenta.

Quando las pruebas que resultan de los autos no son suficientes para condenar á un malhechor, se recurre á varios géneros de tormento: uno de los mas crueles es hacer tragar al acusado cierta cantidad de agua que le echan por un embudo. Lue-

go que está bien hinchado, le tienden en el suelo, y los verdugos le pisan el vientre con fuerza: si persiste negando, le fajan estrechamente el cuerpo con vendas de lienzo desde el cuello hasta los talones, y en esta disposicion le dexan expuesto al ardor del sol, ó al rigor del frio, tendido de espaldas sobre guijarros agudos. Si este tormento no le arranca la confesion que pretenden, no por eso le absuelven, sino que le guardan en prisiones, ó le envian á una isla desierta. Este último castigo se dá principalmente á los Señores y Grandes del reyno: la isla adonde los transportan, está á catorce leguas de Jedo, y no tiene mas que una legua de bogéo. No tiene puerto, ni ensenada, y sus costas son tan escarpadas, que quando llevan á ella víveres, ó algun reo, ó tienen que mudar la guardia, es preciso subir el barco con toda su carga por medio de una grua. Su terrreno no produce mas que algunas moreras, y es preciso enviar los víveres con que se han de mantener los desterrados, cuyo alimento se reduce á un poco de arroz, algunas raices, y algo de carne salada. No los dexan allí en ociosidad, pues les hacen ganar su alimento criando gusanos de seda, y fabricando telas.

Si un reo muere en la carcel, séa de muerte natural, ó porque él se mate á sí

mismo, lo que sucede con mucha freqüencia, su cuerpo no queda libre del suplicio: se le forma el proceso como si viviese, conservan su cadaver en sal hasta el dia de executar la sentencia, y se la aplican como si estuviera vivo.

Desde la aldea de Mangom, hasta otra en donde dormimos, no vimos otra cosa notable sino un ídolo labrado en una roca, que nos dixeron era el protector de los caminantes. Tenia delante de sí unas columnas pequeñas en que ardian unas lámparas, mantenidas de las limosnas de los pasageros. A corta distancia de allí hay un pilon lleno de agua, adonde se laban los que quieren hacer algun sacrificio.

Despues de algunos dias de marcha encontramos unos baños calientes, famosos por las virtudes que les atribuyen. El edificio está rodeado de balaustradas, trabajadas con primor: cada baño tiene dos caños con sus llaves, uno para el agua caliente, y otro para la fria: la primera sale tan caliente, que apenas se puede meter en ella la mano.

Saliendo de aquí, atravesamos unos valles amenos y fértiles, y unos campos cercados de árboles que produce el thé. Los habitantes aprecian tanto las tierras, que solamente destinan los linderos para plantar árboles. El mejor thé del Japon se cria en las cer-

canías de Meaco, en donde se coge todo el que gasta la Corte. Las personas distinguidas no lo toman en infusion, sino en polvo, para lo qual muelen sutilmente las hojas, echan una pequeña porcion en una taza de agua hirbiendo, y la menean hasta que hace espuma, y se pone como un caldo claro, el qual toman sin echarle azucar. El thé de que usa el Emperador, se coge en una montaña que está plantada toda de estos arbolillos. Un oficial cuida de esta montaña, y varios jardineros velan con la mayor atencion en el cultivo de esta planta, en recoger la hoja y prepararla. La montaña está rodeada de un foso que impide la entrada: cada dia se limpian los árboles, sin dexar la menor inmundicia sobre las hojas. Los que las cogen deben abstenerse de comer pescado salado, y qualquier otro manjar de olor subido, para que su aliento no las aje ó altere su buen olor. Tampoco pueden tocar á las hojas sino con guantes, y durante todo el tiempo de la cosecha, se les obliga á bañarse muchas veces al dia.

Cerca de este mismo paraje en que se cria el thé con abundancia, el arroz me pareció el mejor de todos los paises del mundo. Hay allí hasta seis especies diferentes de arroz, y la mejor se transporta

ta á Jedo para la mesa del Emperador.

Al dia siguiente pasamos por una gran Ciudad, llamada Sanga: sus calles son anchas y rectas, con canales y arroyos que las riegan, y van á desaguar al mar. Las casas son baxas, y las tiendas están adornadas con colgaduras negras. Nos admiramos de la pequeñez y gracia de las mugeres de esta provincia, las quales son de tan corta estatura, que parecen niñas, pero al mismo tiempo son muy bien proporcionadas, y por la mayor parte muy lindas. Se pintan el rostro, y con esto se asemejan con mas propiedad á nuestras muñecas, pareciendo mas bien figuritas de cera, que personas humanas. En general, las mugeres de esta provincia tienen fama de hermosas: aun los hombres, que son muy feos en todo el Japon, aquí son bien formados, y de fisonomía agradable. Los Japoneses de las demas provincias tienen los ojos pequeños y hundidos, el color cetrino, las cejas gruesas, la nariz aplastada, la cabeza gruesa, las piernas cortas, y la talla ménos que mediana. Todo esto se verifica en la gente comun, que en efecto es muy disforme; pero las personas de calidad, los descendientes de las antiguas familias, tienen el aspecto mas noble, son mas corpulentos, y aun de buena fisonomía.

Por lo que hace al caracter de esta

nacion, todo lo que he visto hasta ahora, y todo lo que me han dicho, me hace creer que los Japoneses son de excelente natural, de corazon generoso, benéficos, y de costumbres amables; sobrios, frugales, económicos, pero magníficos y pródigos en las ocasiones de lucimiento: altivos, intrépidos, enemigos de toda baxeza, muy sufridos en los trabajos, y despreciadores de la muerte, que se dan á sí mismos por motivos muy leves. El honor es el movil de todas sus acciones, pero son muy falsas las ideas de honor que hay establecidas entre ellos. La buena fé, la franqueza y el desinteres son tambien prendas particulares de esta nacion: son curiosos, ingeniosos, aficionados á las artes y ciencias, aunque no las conocen sino superficialmente. Consideran el comercio como una profesion vil, y por esta causa no hay nacion alguna bien civilizada que sea tan pobre como esta. Todas las riquezas de este Imperio están en poder de los Grandes, y no se conoce aquí ningun opulento en la clase ínfima del pueblo, como en otras naciones.

Los Japoneses aman á su patria, adoran á su Soberano, respetan á sus Magistrados, y son fanáticos por su religion. Por otra parte son inquietos, revoltosos, en extremo inconstantes, excesivamente su-

persticiosos, ciegos adoradores de sus Sacerdotes, y entregados á las prácticas supersticiosas mas necias y ridículas. Todos ellos, aun los mas ínfimos, se precian tanto del pundonor; que el hombre mas baxo se dá por ofendido de una palabra poco comedida que le diga algun Grande, y se cree autorizado para vengarse. Esta pasion les hace olvidar su caracter, y los vuelve tétricos, desconfiados, pérfidos y crueles. Su incontinencia es extremada, y las leyes no ponen aquí ningun freno á la lascivia: en todos ellos se advierte un libertinage desenfrenado. Ya os he insinuado aquel vicio horrible; justamente detestado entre nosotros, al qual se abandonan los Japoneses sin el menor rubor. Sin embargo, es facil convencer á estos hombres de sus errores, porque aman la verdad, y en haciéndosela palpable, la abrazan á toda costa. Gustan sinceramente de que los instruyan en sus obligaciones, y de que les hagan ver sus defectos, y quando se les demuestra que no tienen razon, convienen en ello de buena fé.

La campiña algunas leguas al rededor de Sanga, es una llanura fertil por donde atraviesan varios arroyos, rodeados de diques y presas para regar en tiempos secos toda la extension del terreno. No solamente labran los campos llanos, sino que se ven cultivadas hasta las montañas mas

escarpadas, arándolas con bueyes ó á fuerza de brazos, quando estos animales no pueden subir hasta su cima. La industria excitada por la necesidad, ha hecho vencer los mayores obstáculos: los Japoneses se han enriquecido á fuerza de trabajo, sin dexar de ser laboriosos. Deben esta ventaja á la prohibicion del comercio con los estrangeros, que les obliga á procurar sacar de la tierra todo lo que necesitan. De aquí procede, que la agricultura, que es su único recurso, no ha llegado en ningun pais á mas alto punto que en el Japon. Han hallado arbitrios para hacer fértiles los terrenos mas estériles, y esto prueba que la tierra paga con usura los sudores del hombre, que la obliga á descubrir sus verdaderos tesoros.

Llegamos á Kokura, situada á la extremidad de la Isla de Ximo: esta ciudad fue antiguamente grande y bella, y aun se ven algunos vestigios de su magnificencia, como son sus jardines, sus baños públicos, sus posadas, y un puente con una balaustrada de hierro á los dos lados muy bien trabajada. Nos dirigieron hácia la costa para pasar en unos barcos pequeños á la Isla de Niphon. No sucedió ninguna cosa extraordinaria, durante nuestra navegacion, y con viento favorable llegamos en quince dias al puerto de Osaca. Unas bar-

cas magníficas que esperaban al Embaxador, nos conduxeron hasta la misma ciudad, atravesando sus arrabales. Nos alojaron en aposentos separados con mamparas, segun la costumbre del pais; y al dia siguiente fuimos llevados á la audiencia del Gobernador. Hicieron que cada uno de nosotros nos pusiésemos un manto de seda á la Japonesa, el qual es aquí el vestido de gala. Atravesamos un patio de unos treinta pasos para llegar á la sala de guardias, donde habia quatro soldados de centinela, y fuimos recibidos por dos Gentiles-hombres. Las paredes estaban cubiertas de armas colgadas, y dispuestas en buen órden. Entramos en otra sala, donde dos Secretarios nos recibieron con urbanidad, nos presentaron thé, y nos dieron conversacion hasta la venida del Gobernador. Presentóse éste acompañado de dos hijos suyos; sentóse á algunos pasos de distancia del lugar en que nosotros estabamos, separados con celosías. No se habló mas que del tiempo que estaba algo frio, de lo largo del camino, de la dicha de ser admitidos á la presencia del Emperador, y de la distincion de los Holandeses, que de todas las naciones del mundo son los únicos á quienes se concede esta gracia.

Estos Isleños son casi tan ceremoniosos en sus visitas como los Chinos: se hacen

mil cumplimientos al encontrarse, al sentarse, al despedirse: el que hace la visita debe llevar una bata de seda negra sobre sus demas vestidos. Estas batas son los regalos mas comunes del Japon, y las envian sobre vandejas, teniéndose esto por el favor mas insigne, quando un Grande lo envia á un inferior. Lo que os parecerá muy estraño es que se ponen aquí los vestidos de gala para estar dentro de casa, y se los quitan para salir. No es esta la única costumbre que me hace considerar á los Japoneses como antípodas nuestros: el color blanco es aquí el de luto, y el negro para el regocijo: montan á caballo á la derecha, saludan con el pie, y no con la mano ni la cabeza &c.

En los pocos dias que estuvimos en Osaca visitamos el castillo, y algunos otros parages de la ciudad, la qual está situada en una fertil vega, á la orilla de un rio navegable, y aun ocupa un largo espacio de cerca de quatro mil pasos, y unos dos mil de largo. Varios canales atraviesan por las calles principales, de bastante profundidad para sufrir barcas que acarrean los víveres y todo lo necesario para la vida hasta las mismas puertas de las casas. Me causó admiracion la regularidad con que están distribuidos estos canales, sobre los quales hay puentes muy bellos. Las dos ri-

beras del rio están revestidas de parapetos de piedra con escalones para poder desembarcar en qualquier parte. Las calles estrechas, pero rectas, no tienen mas empedrado que unas losas por las dos haceras para comodidad de los que van á pie. Al fin de cada calle hay unas puertas fuertes que se cierran por la noche, y en cada una de ellas hay un parage rodeado de una varandilla, donde se hallan todos los instrumentos necesarios para apagar los incendios, y pozos dispuestos para el mismo fin, precaucion muy necesaria en el Japon, donde son muy freqüentes los incendios. En todo el Imperio no hay otro castillo sino el de Fingo, que exceda en extension, magnificencia y fuerza al de Osaca: su forma es quadrada, y tiene mas de una legua de circuito. El Soberano mantiene allí siempre una fuerte guarnicion, y dos de los principales Señores de la Corte mandan en él alternativamente por espacio de tres años. Quando el uno de ellos entra á mandar, el otro debe ir á la Corte á dar cuenta de su gobierno. No pueden verse uno á otro en esta mudanza, y el que marcha, dexa por escrito en su quarto sus instrucciones al otro que ha de sucederle. No tienen nada que ver con los Gobernadores de la ciudad, á los quales son superiores en el grado.

Osaca debe de ser sumamente populosa, si es cierto, como aseguran los Japoneses, que de solos sus habitantes se puede sacar un exército de ochenta mil hombres. Su situacion, que es igualmente ventajosa para el comercio de mar y tierra, la hace una de las ciudades mas mercantiles del reyno: está llena de artesanos, obreros, y ricos comerciantes. Los víveres se hallan allí en abundancia, como tambien todo lo que sirve al luxo y al deleyte.

Los habitantes de esta ciudad son muy dados á la música, á las diversiones, y á los espectáculos, por lo que los Japoneses la llaman *el teatro de los placeres*. Todas las horas se anuncian con la música de varios instrumentos, y para cada hora hay su instrumento particular que las distingue. De todas las provincias del Imperio concurren gentes á Osaca para gastar en placeres lo superfluo de sus bienes. La mayor parte de los Grandes tienen casas en esta ciudad, aunque no se les permite detenerse en ella mas que una noche. Uno de ellos dió un banquete al Embaxador Holandés, y á parte de su comitiva: he aquí lo que se practica en estas ocasiones. Cada convidado tiene su mesa particular, y todas ellas son pequeñas y muy baxas, porque todos se sientan en el suelo sobre sus talones. No las cubren con manteles ni ser-

villetas; pero á cada plato traen una mesa nueva: todas ellas están bien barnizadas, y los Japoneses las cuidan con tanto aseo, que jamas se advierte en ellas una mancha. No hay nacion que se precie tanto de la limpieza en la mesa: los platos se presentan adornados de flores ó cintas, y todas las aves que se sirven á la mesa, tienen dorado el pico y los pies: en todo lo demas observan el mismo esmero. El alimento mas ordinario es el arroz, el qual es aquí mas delicado y nutritivo que en casi todo el Oriente. Le dexan cocer hasta que se hace una masa dura, que usan en vez de pan. Sus demas alimentos son el pescado, y principalmente la carne de ballena, ostras y marisco con todo género de hierbas y raices silvestres que cogen en los bosques y parages incultos. Las cuecen en agua con sal, y las sazonan con una salsa de harina de habas, mezclada con un poco de sacki: así se llama el licor mas comun del Japon, el qual es una cerveza fuerte, hecha de arroz fermentado. Usan tambien otra bebida que extraen de las ciruelas, la qual es muy agradable, pero poco comun. El vinagre, la manteca de vacas, el azafran y la especería, no entran en sus salsas, las quales se componen con aceyte de nueces, que prefieren al de aceytunas. Hacen tambien bollos de harina de trigo

mezclada con la de habas negras, y algunas raices machacadas: tambien usan de pastas finas, cortadas en pedazos, parecidas á las de Italia; en fin, las mesas de los Japoneses están abundantemente provistas de compotas, y de todo género de dulces.

La música acompaña regularmente á estos banquetes, pero el regocijo está desterrado de ellos por causa de las muchas ceremonias que ocupan fastidiosamente á los convidados. Este ceremonial se distingue poco del que se practica en la China; sin embargo, los Japoneses lo executan con mas desembarazo, por lo que la urbanidad es ménos pesada y molesta. Despues de concluida la mesa, se entretienen en tomar thé, en cantar, en proponerse enigmas y otras diversiones inocentes, que sin duda son mas racionales que los naypes, cuyo uso, por fortuna, no se conoce en el Japon. Tampoco se permite ningun juego de suerte, porque esta nacion juzga, y con mucha razon, que son un tráfico sórdido, indigno de personas de honor.

Durante nuestra mansion en Osaca, vimos dos veces representar comedias: las composiciones dramáticas, el canto, la danza y los demas espectáculos de esta especie son muy del gusto de los Japoneses, y su religion los autoriza como entre los antiguos Griegos y Romanos. Sin embargo,

aunque estas diversiones son á veces una parte de las fiestas que se celebran en honor de sus ídolos, las costumbres corrompidas de los actores hacen muy despreciable esta profesion en este pais. Por lo que hace á su teatro, se ven en él decoraciones y máquinas asombrosas, acompañadas de una música muy rara, compuesta de flautas, tambores, timbales, y grandes campanas, lo qual forma una algaravía confusa, muy agradable á los Japoneses. Esta nacion tiene la particularidad de que arreglan el canto á la danza y movimientos del cuerpo, y no la danza á la música. Por lo que hace á las máquinas, es preciso confesar, que despues de los Chinos ninguna otra nacion les aventaja en esto: nuestros tramoyistas deberian ir á estos paises á estudiar el arte de adornar y servir bien las decoraciones de un teatro. Allí verian presentar gigantes monstruosos, montañas ambulantes, ciudades pobladas y animadas, fuentes con sus caños que arrojan el agua á grande altura, y otros mil prodigios de esta naturaleza, que nosotros no sabemos imitar sino pintándolas en un telon.

Aunque los Japoneses son muy apasionados á las decoraciones y á las máquinas, no por eso abandonan el placer del entendimiento, y tienen comedias que les hacen mas impresion que á nosotros las mejores

nuestras. El argumento de sus dramas está tomado ordinariamente de la historia de sus dioses ó héroes, cuyas proezas representan en verso, y á veces sus aventuras amorosas. Mezclan por lo comun todos los géneros, trágico, cómico, lírico y pantomímico: sus dramas están distribuidos como los nuestros en escenas y actos: el argumento y plan se explican en un prólogo, pero sin tocar el desenlace, con el qual pretenden sorprender á los espectadores. Los intermedios son bayles, ó algunas farsas burlescas; pero en las tragedias y comedias procuran moralizar con seriedad. El estilo de sus tragedias es enfático y enérgico, y su objeto son las acciones mas heroycas. Un mismo drama no puede repetirse de un año para otro. Los actores son unos mancebos que se escogen entre los vecinos que hacen el gasto del espectáculo, porque cada barrio de la ciudad tiene que costearlo por su turno una ó dos veces al año: las actrices son unas jóvenes que sacan de las casas de prostitucion. Es cosa muy divertida ver el modo con que los encargados de costear el espectáculo conducen en procesion á los actores y las máquinas. Primeramente se vé baxo un palio muy rico, un escudo muy ancho, en el qual está escrito con caractéres muy gruesos el nombre de la calle ó barrio que cos-

tea el espectáculo : acompáñale una música estrepitosa, siguiéndola un inmenso gentío, y detras van las decoraciones y todo el aparato teatral. Las piezas mas pesadas van en hombros de gente que alquilan para este efecto ; lo demas es llevado por niños vestidos con primor : detras de éstos van los actores, y luego todos los habitantes del barrio con vestido de ceremonia. Cierra la marcha una gran multiud de gente ordinaria, que llevan bancos y esteras, y marchan de dos en dos.

Como los espectáculos se dan aquí ordinariamente en las grandes fiestas, y muchas veces forman parte del culto religioso de los Japoneses, los Sacerdotes ocupan casi siempre los primeros puestos en estas diversiones. Regularmente se executan en la inmediacion de los templos, ó dentro de ellos, quando son bastante espaciosos para erigir en ellos un teatro, y para que el pueblo quepa en él comodamente. Enfrente de los Sacerdotes se sientan los Gobernadores, sus dependientes y guardias : la obligacion de esta tropa es acomodar á los espectadores en los asientos, y hacer observar el buen órden.

Entre las fiestas, que siempre van acompañadas de comedias, hay una muy notable que se celebra todos los años en honor del dios tutelar de cada ciudad. Em-

pieza al amanecer por una procesion de todos los habitantes, que atravesando las calles principales vá al templo, y desde allí al lugar destinado para servir de teatro á las representaciones de varios géneros. He aquí la relacion de las escenas y máquinas que se presentaron sucesivamente en el drama que se representó delante de nosotros en Osaca. Primeramente salieron ocho actrices diversamente vestidas, cada qual con un abanico y flores en las manos: danzaron por su turno, y despues salieron dos viejas con distinto trage, que danzaron igualmente. Despues el teatro representó un gran jardin esmaltado de flores, y en medio una cabaña rústica, de donde salieron á un tiempo otras ocho actrices vestidas de blanco, y executaron una danza. A esta decoracion sucedió la entrada de ocho carros triunfales, á los quales iban uncidos unos bueyes imitados con mucha propiedad: tiraban de estos carros unos jóvenes, adornados con muchas galas, y en los carros iban árboles de varias especies, un collado cubierto de verdura, un bosque espeso, en medio del qual habia un tigre dormido; una ballena medio oculta en el agua, y otras varias figuras. Apareció despues una montaña movible, una fuente rodeada de árboles, una cuba, una casa, y se concluyó la escena con una dan-

za de dos gigantes. Otro gigante salió de la montaña, armado con un grande alfange, y le siguieron siete Chinos, que embistieron con los tres Colosos. Concluida la pelea, uno de los gigantes hizo pedazos la cuba en donde estaba escondido un jóven que recitó un discurso con mucha gracia. Danzó despues con el gigante, al mismo tiempo que tres monos con cabezas de peces, saliendo de la fuente, saltaban al rededor de ellos remedando su danza. Las otras decoraciones que se presentaron sucesivamente, fueron un arco triunfal Chinesco, una casa de campo, el aparato con que viaja un Emperador del Japon, un pozo, y todos los instrumentos necesarios para apagar un incendio, una montaña cubierta de nieve, y todas con intermedios de representaciones, danzas y pantomimas. Es preciso confesar, que aunque estos espectáculos teatrales de los Japoneses no pueden compararse con los nuestros en la regularidad, en la propiedad de la imitacion, ni en los demas requisitos del arte dramático, sin embargo, si los comparamos con las diversiones brutales del circo Romano, y con algunos espectáculos modernos, halléremos que los Japoneses saben divertirse con mas racionalidad que otros pueblos á quienes tenemos por cultos.



CARTA LXX

Continuacion del Japon.

Partimos de Osaca para Meaco, que solo dista trece leguas: caminamos una larga legua por campos sembrados de arroz. El camino es una larga calzada, con dos filas de árboles á los dos lados, los quales son de la altura de nuestras encinas, y están cargados de una fruta amarilla, de que se saca mucho aceyte. Todo este pais está muy poblado: hay tan gran número de aldeas junto al camino, que forman como una calle continua hasta Meaco. En todas ellas se distinguen facilmente las posadas y las casas públicas por las rameras arreboladas que están á las puertas. Por la noche fuimos á dormir á Yodo, ciudad pequeña pero célebre por la belleza de sus edificios, y bondad de sus aguas. Su arrabal es una calle larga, por la qual se vá á un puente magnífico, que tiene quatrocientos pasos de largo. Le sostienen quarenta arcos con balaustradas adornadas con bolas de cobre. En medio del rio hay un castillo construido de ladrillo, que forma un espectáculo soberbio por la elevacion y grandeza de sus torres.

Al dia siguiente descubrimos á Meaco, y llegamos á esta ciudad por una gran calle, por la qual andubimos mas de dos horas hasta llegar á nuestra posada. Era dia de fiesta, y encontramos una gran multitud de personas de ambos sexôs paseándose y divirtiéndose: esta fiesta era al primer dia del mes, que los Japoneses celebran con visitas, paseos, y otras diversiones. Las mugeres estaban bien ataviadas, con batas de varios colores, velos de seda sobre la cabeza, y grandes sombreros de paja para defenderse del sol. Vimos algunos mendigos, con trages muy ridículos, y con máscaras estrañas: unos llevaban sobre la cabeza grandes tiestos plantados de arbolitos: otros cantaban ó silvaban, tocaban flautas y otros instrumentos, mientras que los farsantes divertian al populacho con sus bufonadas. Los templos estaban íluminados con una multitud de lámparas, y los Sacerdotes, golpeando las campanas con martillos de hierro, hacian un estruendo que aturdia.

Al dia siguiente fuimos introducidos en casa del Presidente de la justicia, y á la audiencia de los Gobernadores, pero con la humillacion de tener que dexar nuestro coche á cinqüenta pasos del palacio, para andar á pie lo restante del camino. Nos hicieron esperar bastante tiempo á la puer-

ta, y el Presidente, que ni aun quiso presentarse, recibió nuestros regalos por mano de sus oficiales. En casa de los Gobernadores fuimos tratados con ménos vilipendio, pues se dexaron ver por entre unas celosías como los de Osaca. Nos rogaron que nos detuviésemos un rato para que sus mugeres tuviesen tiempo de mirarnos á satisfaccion: ellas estaban en una sala inmediata, detras de una mampara con muchos agujeros, desde donde exâminaban á su gusto, y sin ser vistas, nuestro trage y figuras. No solamente nos obligaron á que las mostrásemos nuestros sombreros, espadas, reloxes, y todo lo que llevábamos, sino que hubimos de quitarnos las capas para que registrasen á satisfaccion nuestros vestidos y formas por delante y detras. A complacencias tan baxas é indecentes tienen que sujetarse los Holandeses, y yo como uno de ellos, hube de aguantar igual humillacion y abatimiento.

Detuvímonos cerca de ocho dias en Meaco, y esto me bastó para formar idea de esta capital. Los Japoneses la llaman *la ciudad* por excelencia, como hacian los antiguos Romanos con la suya, porque siendo la residencia del Dairi, se la considera como la metrópoli del Imperio. Está situada en medio de una gran llanura, y tiene una legua de largo: los collados que la

rodean, y una infinidad de arroyos que la riegan, hacen su situacion muy agradable. En las faldas de estos collados se vé una infinidad de templos, monasterios y ermitas, y me aseguraron que su número pasaba de seis mil. El palacio del Dairi, que comprehende diez ó doce calles, está separado de la ciudad con murallas y fosos: la habitacion de este Príncipe se distingue de los demas edificios por la altura y magnificencia de sus torres. A cierta distancia de ella están las habitaciones de las mugeres, y de los principales oficiales: todo lo demas está destinado para alojar á los demas dependientes de palacio. A otro extremo hay un castillo bien fortificado para el Cubo, quando vá á visitar al Dairi. Las calles de la ciudad son estrechas, pero rectas, y en extremo largas. Las casas son baxas, como todas las del Japon, y la mayor parte construidas de madera y de tierra, con un depósito de agua sobre el techo para el caso de incendio.

Meaco es el almacen general de las manufacturas y mercaderías del Japon, y el centro del comercio de todo el Imperio. Allí refinan el cobre, acuñan la moneda, imprimen los libros, y fabrican las telas mas ricas de oro y plata. Los mejores tintes, los cincelados mas perfectos, todo género de instrumentos músicos, bellas pinturas, ricos

gabinetes, barnices, hojas de espada del mejor temple, bellas obras de oro, plata y azero, vestidos magníficos, en una palabra, todo lo mejor que se hace en el Japon, se halla en Meaco. No hay manufactura estrangera, ni obra alguna que aquellos artistas no imiten. Se cuentan en esta ciudad mas de seiscientos mil habitantes, y entre ellos hay mas de cien mil Sacerdotes ó Bonzos. En las cercanías de esta ciudad, tenida por sagrada, se ven los mas bellos templos del Japon, los quales estan construidos sobre alturas en una situacion cómoda y amena. La ley manda que se hayan de fabricar en terrenos puros, léjos de los parajes expuestos á inmundicias. He observado que en muchas naciones de nada se cuida tanto como de la magnificencia en los templos: aquellos pueblos á quienes la naturaleza ha negado los ricos metales, han procurado por medio de la delicadeza del trabajo, dar á las piedras, maderas, y tierra mas belleza que la que tienen el oro y la plata; pero en particular los Japoneses han sabido hermanar la mayor sencillez con el mejor gusto, gracia y nobleza. Sus hábiles artífices trabajan con tanto primor la madera y la piedra, que causa admiracion ver sus templos. No hay provincia alguna que no tenga templos de maravillosa belleza: regularmente se vá á ellos por calles espaciosas,

plantadas de dos filas de cedros, cubiertas de una arena muy fina, y adornadas á los dos lados de casas altas, en donde habitan los empleados en el servicio de estas pagodas. Hácia el medio de la calle el terreno se vá elevando poco á poco, y remata en una escalera de piedra, tan ancha como toda la calle. Se hallan despues varios pórticos que se atraviesan ántes de entrar en el templo, los quales están rodeados de balaustradas. A veces se ven pilastras aisladas, que sostienen unas linternas de metal dorado con adornos de la misma materia. Estas linternas se encienden todas las noches, y á veces hay cinqüenta al rededor de un solo templo: en cada pilastra hay una inscripcion en letras de oro, con el nombre de su fundador. Lo interior del edificio es á proporcion de igual magnificencia: por todas partes brilla el oro, y los mas bellos barnices. El edificio está sostenido en columnas de cedro de prodigiosa altura: las paredes están pintadas, barnizadas y pulimentadas como un espejo. Pero nada iguala á la belleza de sus techos, que están dorados ó cubiertos de un barniz precioso. El templo que llaman en Meaco la pagoda Imperial, es un edificio soberbio, destinado para recibir al Cubo quando vá á cumplir sus devociones. Se sube á él por una espaciosa escalera, que conduce á un

edificio mas magnífico y magestuoso que el palacio del Soberano. En medio de la primera sala, que es muy espaciosa, se vé un grande ídolo, rodeado de otros pequeños, y de varios adornos. A los dos lados de esta sala ó nave, se ven muchas capillas con algunos aposentos para recibir al Emperador. Cerca de estos quartos hay un jardin, en que el arte ha reunido todos los primores: sus quadros se forman de varias plantas raras, enlazadas con piedras curiosas; pero no hay espectáculo mas agradable á la vista, que una fila de collados, formados á imitacion de los naturales, y cubiertos de las mas bellas flores del pais. Un arroyuelo cristalino los rodea con apacible murmurio, y de trecho en trecho hay unos bellos puentecillos, que á un mismo tiempo sirven de adorno y de comunicacion para todas las partes del jardin. Conduxéronnos á la extremidad de este sitio encantador, y desde allí vimos las perspectivas mas amenas y deliciosas. Salimos por una puerta de la extremidad, y pasamos á un templo pequeño que está allí cerca, elevado sobre una montaña: en él se conservan los nombres de los Emperadores difuntos, grabados sobre una mesa rodeada de sillas, en la qual hay varios papeles con oraciones. Desde allí dos Bonzos jóvenes muy urbanos que nos servian de guias,

nos llevaron sucesivamente á otros templos: en todos ellos salia á recibirnos una tropa de Bonzos, presentándonos thé, saki, tortas y refrescos. No quiero detenerme, por no molestaros, en la descripcion de todos estos edificios ni de los ídolos de todos sexôs, edades y figuras: solo añadiré que hay siempre en las cercanías un gran concurso de gente, y que en ninguna otra parte se vé mayor número de hosterías y de burdeles que en las cercanías de los templos. Nos mostraron una fuente famosa que sale de un peñasco, cuya agua creen los Japoneses que tiene la virtud de inspirar modestia y prudencia.

Los templos del Japon se diferencian entre sí en la extension y arquitectura, segun la dignidad y clase de los dioses que en ellos se adoran. Los ídolos estrangeros ocupan los mas modernos, y los mas notables: tienen mucha semejanza con las pagodas de los Chinos, esto es, consisten por la mayor parte en una gran torre, que remata en cúpula, fabricada sobre un machon de ladrillo de diez á doce pies de alto: al rededor hay una balaustrada, y en lo grueso del machon hay algunos arcos que conducen á lo interior del edificio. Una gran sala sirve de templo, y no tiene ventanas, entrando la luz por sus pórticos. Se vé allí una infinidad de nichos en las paredes, lle-

nos de estatuas. En medio hay un altar aislado, ordinariamente muy rico, sobre el qual hay uno ó muchos ídolos de figura monstruosa. Nos mostraron uno que tiene quarenta y seis brazos: está rodeado de diez y seis héroes vestidos de negro, mas grandes que el natural: detras de ellos hay dos filas de ídolos dorados, casi del mismo tamaño, cada uno con veinte brazos. Los ídolos mas apartados del principal tenian unos grandes cayados, los otros tenian en las manos guirnaldas y varios adornos. A estos siguen otros de diversos tamaños, graduados de suerte que dexen ver á los que están mas apartados. Los Japoneses aseguran que el número total de estos ídolos asciende á 33333, de cuya circunstancia ha tomado el nombre este templo. Delante del ídolo principal hay un gran candelero con muchos brazos y mecheros, donde encienden unas velas que exâlan gran fragancia.

En las cercanías de los templos, principalmente de los que son mas freqüentados, hay ordinariamente magníficos monasterios de Bonzos. Estos edificios son muy espaciosos, hallándose en cada uno de ellos doscientas celdas, con todas las demas oficinas para el uso comun, como refectorios, cocinas, salas de baños &c. Tienen tambien jardines con fuentes, vergeles, bosques, paseos deliciosos, en una palabra, todo lo

que puede contribuir al placer y á las comodidades de la vida.

Los santuarios consagrados á los antiguos dioses del pais no igualan en belleza á los templos de que acabo de hablar, pues no son mas que unas ermitas pequeñas y muy sencillas; por lo regular quadradas y de madera. Su altura no pasa de quince á diez y seis pies: al rededor de ellas hay una pequeña galería, adonde se sube por algunos escalones. Estas ermitas no tienen puertas, y solo se ven en la fachada dos ventanas baxas, con rexas por donde se descubre todo lo interior; allí es donde se postran los que van á hacer sus devociones, dirigiendo desde afuera sus oraciones á los dioses. En medio de estos templos hay un grande espejo, el qual dicen significa que todas las manchas del alma son tan manifiestas á la divinidad con la misma claridad con que ellos ven en aquel cristal las manchas y señales de su rostro. Del techo cuelgan gran porcion de listas de papel muy picado, lo qual dicen denota la pureza de aquel lugar. Esto es todo lo que se presenta á la vista en lo interior de estos templos, en que rara vez se colocan ídolos. Sin embargo, quando el dios hace algun milagro, le fabrican una especie de nicho, en donde ponen su estatua. En los dias de devocion los Sacerdotes sentados al lado de un atrio,

que hay delante de la ermita, reciben las ofrendas del pueblo: este lugar regularmente está lleno de los dones presentados al ídolo por causa de los votos que le hacen. Cerca de allí hay un cepillo para echar las limosnas, y una campana que tocan los que vienen á hacer oracion para avisar al dios. Ademas de esta prodigiosa multitud de edificios religiosos, que se hallan en todas las provincias del Imperio, las esquinas y los caminos están adornados con la estatua de algun ídolo: los hay tambien cerca de los puentes, y de los templos, conventos y ermitas: sus imágenes se venden al pueblo, que las coloca en las puertas de las ciudades, de los edificios públicos y en las esquinas. No hay casa alguna sobre cuya puerta no se vea alguna imagen que representa á los dioses domésticos y tutelares de la familia. Están pintadas de varias formas, cubiertas con gorros de diversas figuras.

Cada oficio tiene aquí sus dioses particulares, los quales dicen que cuidan directamente de todo lo tocante á aquella profesion. El dios de los pescadores está representado sobre un peñasco en medio del mar, con una caña en una mano, y un pez en la otra. Los mercaderes reconocen por su protector al dios de las riquezas y de la abundancia: está sentado sobre un saco de arroz, y dicen que en donde quie-

ra que toca con su martillo, salen tesoros, víveres, ropas &c.

Hasta las bestias son un objeto de culto en el Japon, y tienen sus templos. En uno se vé un mono colocado sobre un altar, y en los nichos de la pared hay otros en varias actitudes. Los Japoneses creen justificar este ridículo culto diciendo que los cuerpos de estos animales, tan semejantes á los hombres, sirven de alojamiento á almas humanas, y principalmente á las de los héroes, que son los dioses del pais. Aunque los ciervos no son un objeto de adoracion, á lo ménos son muy respetados: nadie se atreve á herirlos ni á inquietarlos, pues el que les hiciese algun daño exponia á peligro su vida ó hacienda. En general, se tiene en el Japon mucho respeto á los animales. Cerca de algunos monasterios se cultiva un bosquecillo, destinado únicamente para las bestias, y los Bonzos las echan de comer: el que está encargado de su manutencion, los llama con una campanilla, y los despide del mismo modo, luego que han acabado de comer.

En el Japon se hallan casi las mismas especies de animales domésticos que en Europa, caballos, toros, cerdos, perros, gatos &c.; pero la mayor parte son salvages, por el poco cuidado que tienen de domesticarlos. Aun las obejas y carneros ha-

bitan en los bosques y montañas, porque no conocen la grande utilidad que pudieran sacar de su lana, y la transmigracion les impide matarlos. En la China, donde esta doctrina está igualmente admitida, comen sin escrupulo la carne de toda especie de animales, porque el hambre es mas poderosa que la supersticion.

Hubo un tiempo en que los Japoneses tuvieron el mayor miramiento y respeto á los perros; he aquí lo que me han contado sobre este particular. Un Emperador que habia nacido baxo la constelacion del perro, tuvo, como Augusto, mucho respeto al animal que creia habia precisado á su nacimiento. Sus vasallos se esmeraron en respetar el objeto de la estimacion de su Soberano, y bien pronto no hubo perro que no fuese erigido en dios. Con esto los perros se hicieron tan insolentes, que no se podia pasar por donde estuviesen, sin peligro de ser mordido. Llegó la superticion hasta el extremo de erigirles capillas en forma de habitaciones; y les pusieron directores que cuidasen de su salud. Se consideraba su muerte como una gran desgracia, y era preciso ir á enterrarlos sobre la cumbre de una alta montaña. Un hombre á quien se le habia dado esta comision, se quejaba de que le pesaba mucho la carga, y maldecia la ley que le obligaba á aquel

trabajo. Dá gracias á Dios, le dixo su compañero, de que el Emperador no hubiese nacido baxo la constelacion del caballo, pues entónces te sería harto mas pesada la carga.

Despues de la muerte de este Príncipe, los Japoneses dexaron de respetar á estos animales, y se desquitaron contra ellos de la molestia que les habian causado. La deidad canina fue perseguida con tan malos tratamientos, que hubo de huirse á los montes á buscar asilo: desde aquel tiempo los perros se hicieron salvages, y muy pocos de ellos viven entre los hombres. En su lugar los gatos son los falderos de las mugeres, y este es ahora el animal privilegiado.

Hay otro animal, á quien tienen tanta veneracion, que está prohibido hacerle la menor violencia: esta es la grulla, á la qual tienen aquí por ave de buen agüero, y el pueblo la dá el título de *señora*. En Francia tenemos tambien señoras grullas; las del Japon son tan familiares, que se pueden contar entre las aves domésticas, como en algunas casas entre nosotros.

Las ratas y ratones son muy comunes en el Japon: no solamente no les tienen aquí ningun temor, sino que los crian para diversion, enseñándoles algunas habilidades, principalmente en Osaca, que es el punto céntrico adonde acuden todos los charlatanes del Imperio.

Lo que llaman en el Japon hormiga blanca, es una plaga tan temible como la langosta. Dan tambien á este insecto perjudicial el nombre de *devorador*, porque ninguna cosa se resiste á su voracidad sino las piedras y metales. Este es el enemigo mas formidable de los almacenes: devora con tanta prontitud, que ántes de percibirle, se halla ya todo estropeado. Siempre van en tropas, como las hormigas ordinarias, contra las quales están siempre en guerra. Se dan batallas sangrientas unas contra otras por causa de una habitacion, y los hormigueros quedan cubiertos de las muertas. Estas hormigas blancas no pueden sufrir estar expuestas al ayre, y quando han de trasladarse de una parte á otra, fabrican largas minas por donde pasan á su nueva morada que construyen de tierra mezclada con sus excrementos. Por estos conductos subterraneos, que les sirven de defensa contra sus enemigos, van y vienen sin que nadie las perciba ni pueda estorbar sus estragos. El único medio para desterrarlas de un parage, es sembrarlo de sal. Estos insectos están armados de quatro tenazas encorbadas y cortantes. Hace algunos dias que al despertar observé sobre mi mesa un montoncillo de serrin del grueso de un dedo: habiéndolo exâminado, ví que las hormigas habiendo subido del suelo ha-

bian atravesado el pie de la mesa, y despues de haber continuado su trabajo por todo lo largo de la mesa, habian horadado el otro pie, y se habian vuelto á meter debaxo del suelo. Toda esta obra se hizo en una noche, y quizá en pocas horas. Pero volvamos á tomar el hilo de nuestro viage.

El dia que partimos de Meaco fuimos á dormir tres leguas de esta ciudad á una villa llamada Oitz, que no tiene mas que una calle en forma de arco: sin embargo, tiene mas de mil casas situadas á la orilla de un lago de agua dulce muy estrecho, pero de mas de cinqüenta leguas de largo. A corta distancia de allí hay una alta montaña cubierta de árboles y verdura hasta la cima: nos dixeron que antiguamente contenia mas de tres mil templos, y un gran número de monasterios. Su situacion y la opinion que se tenia de la santidad de aquel lugar, la hicieron como el asilo de los habitantes de Meaco, durante el furor de las guerras civiles: pero un Emperador, que tenia motivos particulares de odio contra esta ciudad, ademas de su aversion á los Sacerdotes y Bonzos, destruyó los templos, y exterminó á todos los Eclesiásticos.

Hay pocos parages en esta region que no sean famosos por alguna produccion particular. Ya os he hablado de la excelencia del thé que se coge en las cercanías de

Meaco; cerca de este mismo territorio se halla el mejor tabaco del Japon. A algunas leguas mas allá, la naturaleza produce en abundancia aquella especie de caña, llamada bambú, del qual se hacen bastones, los quales traen á Europa los Holandeses, y son conocidos con el nombre de *rottang*. Su precio es ordinariamente muy moderado, pero se encarecen mucho quando el Señor del pais prohibe arrancarlas por algunos años, para que el mucho consumo no sea perjudicial á la planta. El rottang echa raices tan profundas, que para arrancarle es preciso abrir un hoyo muy hondo; y esta es la principal ocupacion, y el único comercio de gran parte de los habitantes de este pais. Pero lo que distingue particularmente al territorio de que voy hablando, es un polvo de admirable virtud para varias enfermedades. Un pobre, que era tenido por el inventor de este remedio, publicó que un dios se le habia aparecido en sueños, y mostrándole varias plantas de las que nacen en las montañas vecinas, le habia mandado que usase de ellas para alivio de sus paisanos. Habiéndose hecho célebre el remedio con esta fábula, su autor adquirió en breve tiempo grandes riquezas. Ya veis, Señora, que la Francia no es el único pais en que se adquieren riquezas con semejantes artificios. El empirico Japonés, pa-

ra autorizar mas su ficcion, hizo construir un templo en honor de su dios benéfico. Sus descendientes, que han continuado el mismo comercio, se distinguen por sus riquezas y fundaciones.

Quando hubimos perdido de vista el lago de Oitz, nos encontramos con algunas de aquellas peregrinas de que os he hablado: se acercaron á nosotros cantando, y su conducta nos pareció no ménos desembarazada que honesta, como un medio entre el pudor y el descaro. Su mendiguez tenia mas bien el aspecto de una escena cómica, que de pobreza ó necesidad, y á fuerza de súplicas y alhagos nos sacaron limosna. Otra muger vestida de seda, bien adornada, y con el rostro arrebolado, conducia á un ciego, y pedia limosna para él.

El parage en que la encontramos, está cerca de Jokaitz, ciudad bastante populosa, en donde presenciamos un entierro de una persona principal. Primeramente vimos pasar una larga comitiva de mugeres, parientas del difunto, vestidas de blanco, cubiertas las cabezas con un velo: las mas distinguidas iban en sillas de manos, cuyo aparato no tenia muchos visos de cosa fúnebre: acompañábanlas sus criadas, y gran número de esclavas.

Detras de ellas marchaban los amigos mas distinguidos del difunto, adornados de

sus mejores vestidos. Despues de ellos á bastante distancia venia una larga tropa de Bonzos precedidos de su superior, que iba en una silla, con una bata sembrada de flores de oro. Los otros traian una especie de roquete, y sobre él un manto negro con una larga cola arrastrando. Uno de los Bonzos venia tocando sin cesar una especie de timbal, y los demas cantaban las alabanzas de sus dioses.

Entre los Bonzos y su superior iba un hombre con una gran tea encendida, y otros llevaban sobre las puntas de las picas unos canastillos de carton llenos de flores, las quales iban derramando por todas partes, sacudiendo las picas, y esto dicen que denotaba que el alma del difunto estaba en el paraiso. En efecto, siempre que ellos sacudian los canastillos, los espectadores tan arrebatados de gozo como si las flores cayesen del cielo, daban gritos de alegría, y repetian en alta voz: "¡Dichoso él, que ha sido recibido en la morada de los bienaventurados!"

Detras de estos hombres á cierta distancia, ocho Bonzos jóvenes llevaban baxo del brazo unas varas largas, tocando en tierra con una punta, que estaba adornada con una vandera, en que se leia el nombre de la divinidad principal á quien habiá adorado el difunto. Seguíanles inmediatamente otros doce Bonzos, diez de los quales llevaban cada qual á la punta de un gran

baston una linterna de tela fina, en la qual se veia tambien escrito el nombre del mismo dios, y los otros dos llevaban una vela sin encender. Despues venia una tropa de gente vestida de pardo, con sombrerillos de figura triangular de cuero negro y barnizado, atados por debaxo de la barba. El nombre del dios del difunto venia tambien escrito con caractéres gruesos en una vandera de tela fina, que iba al fin de esta última tropa.

En fin, llegó el cadaver, conducido por quatro hombres en una especie de litera ó silla muy adornada. Estaba sentado el muerto sobre sus talones, con el rostro descubierto, y las manos cruzadas sobre el pecho, en la actitud de quien hace oracion. Tenia sobre sus vestidos una bata de papel, con la qual se entierra á todos los devotos, porque en ello tienen una superticion. En estas batas están representados los principales objetos de su religion, con unos caractéres mágicos, que dicen es el pasaporte para el paraiso. Los hijos del difunto iban al rededor del cadaver, adornados de sus mejores vestidos, como en dia de fiesta: el mas jóven llevaba una vela encendida. El parage en que depositaron el cadaver, es un campo rodeado de paredes cubiertas de negro, color, que como he dicho, es de gala en el Japon. En medio de este campo habian abierto una se-

pultura, desde cuyo fondo se levantaba una hoguera entre dos mesas, una llena de manjares, y la otra con un brasero.

Los Bonzos pusieron el cadaver sobre la hoguera: el superior se acercó, y tomando la vela que traia el menor de los hijos del difunto, dió tres vueltas al rededor de la hoguera, meneando la vela; y habiendo dicho algunas oraciones, volvió á entregarla al qué se la dió, y éste la arrojó en medio de la hoguera. Entónces los Bonzos encendieron sus velas, pegaron fuego á la hoguera por varias partes, y derramaron encima aceyte, con otras materias combustibles y aromas. Luego que se hubo quemado el cuerpo, se acercaron los parientes á la mesa del brasero, echaron en él perfumes, y se inclinaron profundamente para adorar al difunto, cuya alma creian que habia volado al paraiso.

Por lo demas, la costumbre de quemar los cadáveres no es general en el Japon: regularmente se contentan con enterrarlos, principalmente los pobres siempre lo hacen así. Excepto esto, las ceremonias fúnebres se executan casi uniformemente en todo el Imperio, á pesar de la diversidad de religiones. Los Bonzos asisten á los entierros sin mas premio que lo que quieren darles de limosna; pero ántes de la muerte del enfermo emplean todas sus astucias para alzarse con parte de sus bienes.

Despues de las ceremonias que he referido, se retiró toda la comitiva. Al dia siguiente los parientes y amigos del difunto fueron al lugar de su sepultura, recogieron las cenizas, y las encerraron en un vaso dorado, cubriéndole con un velo muy precioso, y le metieron en la sepultura. Nos dixeron que debia estar allí siete dias, durante el qual tiempo van los Bonzos á repetir sus oraciones, y despues vá la familia á recoger el vaso, que conservan con mucho cuidado. Se coloca sobre un pedestal, en donde está escrito el nombre del difunto, y el del dios cuya religion seguia. Al cabo de siete meses vuelven á repetir al difunto nuevas honras, observando parte de las mismas ceremonias. Hacen lo mismo á los siete años, y hay algunos tan devotos, que lo repiten cada semana. Esto se practica en algunas sectas con un estruendo increible de campanas, platillos, tambores, con el qual las mugeres, niños y Bonzos mezclan sus gritos y alharidos espantosos. El Emperador celebra por sí mismo el aniversario de su padre, y en este dia dá libertad á algunos presos. Es inutil advertir, que las ceremonias que acabo de referir, no se practican entre la gente pobre. Bastante es que se parezcan á los ricos en el modo de morir: por lo demas se les entierra con tan poco aparato, como entre nosotros á los que no pueden costear un entierro.

Quando muere un Grande, sucede á veces que 20 ó 30 de sus vasallos ó esclavos se matan para ir á servirle al otro mundo, á lo qual se obligan antes con juramento, manifestando de este modo el grande amor que tienen á su amo. He aquí como se contrahe esta obligacion. "Yo te doy esta »vida, dice el vasallo ó esclavo, y te pro»meto que no la conservaré sino en tanto »que sea útil á la tuya." Despues de esto, el Señor y el vasallo se beben una copa de vino, lo qual se considera aquí como la ceremonia mas religiosa, y la obligacion mas sagrada. Para hacer esta execucion trágica, juntan á sus parientes en un templo, se sientan sobre una estera, y despues de haber comido con exceso, se abren el vientre en cruz, y si les queda aun bastante valor, se acaban de matar dándose un golpe en la garganta. Hay esclavos, que en sabiendo que su amo vá á construir un templo, le suplícan por favor les permita enterrarse vivos debaxo de los cimientos, creyendo que con este sacrificio voluntario el edificio será indestructible.

En algunas sectas se cree que las almas andan por los ayres por cierto número de años antes de ser admitidas en el paraiso, y que vuelven una vez al año á visitar sus familias. Esta opinion ha sido el fundamento de una fiesta consagrada para recibir las visitas de estas almas. Todas las casas se

adornan con el mismo aparato que si hubiesen de hospedar á una persona de la mas alta calidad: la víspera de esta fiesta todas las familias salen de sus casas para recibir á sus huespedes aereos. Los campos están iluminados con infinidad de luces, para que las almas no equivoquen el camino. Quando presumen que ya habrán llegado, las hacen grandes cumplimientos, las convidan á que descansen, las ofrecen refrescos, y continúan por una hora esta conversacion extravagante. En cada casa hay varias mesas abundantemente provistas y servidas: se ponen cubiertos para los difuntos y para los vivos, y creen que los muertos chupan la substancia mas pura de los manjares que les presentan. Despues de la comida, cada qual va á visitar á las almas de sus amigos y vecinos, y pasan toda la noche en estas visitas. La fiesta dura toda la mañana siguiente, y despues salen todos acompañando á las almas hasta el parage en que suponen las habian recibido el dia anterior. Para evitar que algunas de estas almas no se queden en las casas é incomoden á sus habitantes con molestas apariciones, tiran muchas piedras á los techos de las casas para espantarlas, y registran con cuidado todas las piezas, dando palos en todos los rincones para auyentar á las almas vagabundas.

El luto, como he dicho, es de color blan-

co en el Japon así como en la China: dura dos años, y en este espacio de tiempo deben abstenerse de todos los placeres. El aparato del luto es muy lúgubre, y cubren todos sus vestidos con una bata de tela grosera, toda llana y sin ningun pliegue, sujetándola con un ceñidor grosero y muy ancho. Este trage es uniforme en hombres y mugeres; unos y otros llevan un adorno en la cabeza, que consiste en una banda de lienzo, que se rodean á la cabeza, y de ella cuelga por detras otra lista de la misma tela. Esta sencillez del vestido va acompañada de singular modestia; caminan muy despacio, con los ojos baxos, y las manos metidas en las mangas de la bata. En los dias consagrados á la memoria de algun difunto, no es permitido á sus parientes ni amigos el matar á ningun animal. Durante el año de luto por el Emperador, está prohibido en todo el Japon matar ó llevar al mercado ningun animal vivo.

El entierro que encontrámos en Jocaitz detuvo nuestro camino por algunas horas, y fuimos á dormir á Oruano, ciudad grande de la provincia de Ovari. Acababa de llegar aquí una tropa de mugeres, enviadas para representar comedias, y son como nuestros cómicos de la legua, que andan vagueando de pueblo en pueblo. Traían provision de vestidos y decoraciones acomodadas á sus dramas, cuyo argumento era al-

guna aventura amorosa ó de guerra. Estas mugeres dependen de un solo hombre, de quien son esclavas, y él las asigna varios paises, prohibiéndolas con pena de muerte el recibir mas precio del señalado por sus representaciones. Este oficio, que las proporciona una vida divertida y cómoda, es tenido por infame. Despues de haber vivido en compañía de las personas mas distinguidas, porque los Señores principales del Japon suelen amancebarse con ellas, quando mueren, las atan un cordel al cuello, las meten en la boca un manojo de paja, y de este modo las arrastan ignominiosamente por las calles; despues abandonan sus cadáveres en algun basurero, para que sirvan de pasto á los perros y aves de rapiña.

El castillo de Oruano está fabricado sobre el agua, y debe su orígen á un Emperador, de quien nos contaron la siguiente anécdota. Este Príncipe por causa de un vicio detestable contrahido desde su juventud, habia adquirido tanta aversion á las mugeres, que no queria casarse. El Dairi temiendo que faltase heredero á la corona, escogió entre sus parientas mas cercanas, y entre las Princesas mas distinguidas del Imperio dos doncellas jóvenes de rara belleza, que envió al Emperador, suplicándole que tomase por esposa á la que mas le agradase. Este Príncipe tuvo la complacencia de consentir en lo que se le pedia, pero sin desistir de

su abominable vicio, de suerte, que trató á su esposa con la mayor indiferencia. Esta Princesa cayó en una melancolía tan profunda, que estuvo á pique de perder la vida: su aya, movida á compasion, se tomó la libertad de hacer reconvenciones al Emperador un dia que le encontró de buen humor. Este hombre brutal se irritó en extremo, y retirándose á su quarto, mandó á su Arquitecto que fabricase con la mayor prontitud un castillo fortificado con fosos y puentes levadizos, para encerrar en él á su esposa, al aya, y á todas sus mugeres.

Lo mas notable que observamos desde Oruano hasta Togitz es el grande y famoso rio de Osingava, la montaña de Fudsi, y el célebre lago de Fakone. El Osingava es un rio de corriente tan rápida, que es imposible vadearle despues de las grandes lluvias. En los demas tiempos es tambien muy peligroso su paso, por las grandes piedras que arrastra de la montaña. Los habitantes de los lugares vecinos que conocen perfectamente su cauce, cobran un derecho fixo por ayudar á los pasageros á atravesarle; y si alguno tiene la desgracia de perecer entre sus manos, las leyes del pais castigan con pena de muerte á los que se encargaron de pasarle. Se les paga á proporcion de la altura del agua, que se mide por un madero plantado á la orilla. Aunque estaba bastante baxa quando nosotros pasamos,

nombráron cinco hombres para cada caballo de nuestra comitiva, dos á cada lado para sostenerle, y uno para llevarle de la brida. Quando la creciente es muy grande, se emplean doce ó quince hombres para cada pasagero.

La montaña de Fudsi es una de las mas altas del globo terrestre, pues cuentan seis leguas desde el pie hasta la cumbre. Las montañas vecinas parecen cerros en su comparacion, y se descubre desde tan léjos, que puede servir de guia para los caminantes. Su figura es cónica; la basa es muy ancha y termína en punta: casi todo el año está su cima cubierta de nieve. Como en la parte superior siempre corre viento fuerte, la supersticion conduce al pueblo á su cumbre, para adorar allí al dios de los vientos. Se tardan tres dias en subir, pero se puede baxar en tres horas por medio de una rastra de juncos, con la qual se deslizan por la nieve en invierno, y por la arena en verano. Los Sacerdotes que habítan en este parage, están consagrados al culto del dios Eolo Japonés. Los escritores del Japon, y principalmente los poetas hacen tan freqüentes alusiones á esta montaña y al rio Osingava, como los Griegos al Olimpo, y los Hebreos al Jordan y al Líbano.

El lago de Fakone es reputado en el Japon por el purgatorio de los niños que mueren ántes de los siete años, y creen que son atormentados allí hasta que las li-

mosnas de los buenos hayan conseguido su libertad. Las orillas de este lago están cubiertas de ermitas de madera, donde habítan unos Sacerdotes que dan alharidos horribles, golpeando con martillos sobre unas campanas chatas, y reciben limosnas de los viageros. Dan á éstos en cambio unos papeles en que están escritos los nombres de sus dioses, los quales llevan con mucho respeto á la orilla del lago, y los arrojan al agua, atándoles una piedra para que se hundan. Los Sacerdotes aseguran que las almas reciben alivio en sus tormentos á proporcion que estos nombres se van borrando, y quedan enteramente libres luego que han acabado de borrarse. El parage particular, donde suponen que están presas las almas de los niños, está señalado con un monton de piedras que forma una especie de píramide. Lo singular es, que los mismos Sacerdotes están persuadidos de la existencia de este género de purgatorio, y ellos ván tambien á comprar de estos papeles, que arrojan al agua de muy buena fé.

En una de las ermitas de la orilla del lago nos mostraron varias curiosidades, como sables de los antiguos héroes del país, cuyas proezas nos contaron; el vestido que habia usado un espíritu celestial, y que le ayudaba para volar; el peyne de Jerótimo, primer Emperador segiar del Japon; la campana de Kobidais,

fundador de una secta célebre, una carta escrita de propia mano de un dios &c. Esto, Señora, se parece al candil de Epicteto, al espejo de Virgílio, y á otras cosas semejantes de otros países.

El lago de Fakone está poco distante de la ciudad de Odovara, donde se prepara el *cachú* perfumado, del qual hacen píldoras, idolillos, flores y otras figuras. Las mugeres hacen mucho consumo de esta droga, por la opinion que tienen de que fortifica la dentadura y dá buen olor á la boca. El *cachú* es una especie de jarave espeso, que los Holandeses y los Chinos llevan al Japon, y despues de las preparaciones que le dan en las ciudades de Meaco y de Odovara, donde le mezclan con ambar, alcanfor, y otros ingredientes, lo compran para transportarlo á otros paises.

Poco tiempo de nuestra partida de esta última ciudad, nos hallamos en una gran llanura, cuyos términos no se alcanzan con la vista, porque se extiende hasta Jedo. Como no he podido daros noticia de las ciudades, villas, aldeas y caseríos que hemos encontrado en el camino, debo ántes de hablar de la capital, daros una idea general de su forma y construccion. La mayor parte de las ciudades no tienen murallas ni cercas, y aun raras son las que están rodeadas de una empalizada. Las calles, que comunmente son muy regulares, se extienden en linea recta, y están cortadas en ángulos rectos. En el remate de cada calle hay una

puerta de madera, que se cierra por la noche, y aun por el dia en caso de algun motin. Las calles no están empedradas, pero ya he dicho que hay losas á los dos lados para la comodidad de los que andan á pie. Las villas y aldeas son tan freqüentes, principalmente en la Isla de Niphon, que casi ocupan toda la distancia que hay de una ciudad á otra, de suerte que la mayor parte de los caminos están cubiertos de casas á derecha é izquierda. Es verdad que estas aldeas no tienen mas que una calle, porque sus habitantes se mantienen de vender provisiones á los pasageros, y todas las mercaderías de que puedan necesitar. En estas aldeas hay mas mercaderes y traginantes, que labradores, porque estos últimos residen ordinariamente en alquerías ó en chozas por los campos. Las casas de estos tienen mas apariencia de establos que de habitaciones de hombres: quatro tabiques de madera, muy baxos, revestidos de tierra mezclada con cal, y cubiertos de paja ó de tablas groseras, forman su habitacion, en donde se aloja una familia entera, á veces muy numerosa. Detras de la puerta cuelgan una estéra de paja para que los pasageros no vean lo que pasa dentro de la cabaña.

Los castillos de los Señores están construidos comunmente cerca de algun rio, ó sobre una altura, ocupan un terreno espacioso, y están rodeados de tres murallas,

con otros tantos fosos. En medio está la casa en donde habita el Señor: lo interior está adornado con cedro, y las piezas están unidas con tanta habilidad, que no se distinguen las junturas. En todas partes se ven baxos relieves de la misma madera, que representan los principales hechos de la historia del Japon. Este edificio es quadrado, y la habitacion del Señor está mas elevada que todas las demas. Entre el segundo y tercer muro están las habitaciones de los criados principales del Señor, y en el primer recinto viven los soldados, criados, y gente inferior. Todo género de personas puede entrar en este recinto, que es el mas espacioso y poblado. Fuera del castillo hay ordinariamente una grande explanada para exercitar las tropas. Los espacios vacíos que hay entre los recintos, se destinan para jardines, cuya forma es muy singular: son quadrados, y en general pequeños: la tierra está cubierta de cascajo y de piedras redondas de varios colores. Hay algunos quadros de flores, plantadas con una confusion aparente, que no dexa de tener su belleza. En un ángulo del jardin se eleva un collado artificial, ó un peñasco adornado de páxaros é insectos de bronce, graciosamente dispuestos. Un arroyo se precipita de lo alto del collado, y á veces hay estanques llenos de peces, y bordados de céspedes y flores. La cima está ordinariamente corona-

da con un templete acompañado de un bosquecillo. En una palabra, se hallan allí en pequeño casi todas las cosas que contribuyen á adornar nuestros jardines de Europa.

Quando las murallas de estas fortalezas amenazan ruina, no las pueden reparar sin haber obtenido el permiso del Emperador; y aun está prohibido con mas rigor el construir de nuevo ningun castillo sin especial licencia del Soberano. Con esta política los Emperadores del Japon no han conservado en buen estado mas plazas que las necesarias para su seguridad, y no tienen que temer que ningun Señor se atreva á fortificar nuevas plazas contra su voluntad.

Al entrar en los arrabales de Jedo, el sitio destinado para los suplicios nos ofreció un espectáculo terrible, que fue una multitud de cabezas humanas, y de cadáveres, unos medio podridos, otros medio devorados, con gran número de perros, buitres, cuervos, y otras aves carnívoras cebadas en estos horribles despojos. Este arrabal es una calle larga irregular, que tiene el mar á la derecha, y un collado á la izquierda, sobre el qual se descubren algunos bellos templos. Despues de haber andado tres quartos de legua por esta calle, nos detuvimos en una posada, desde la qual la vista del puerto, lleno de gran multitud de embarcaciones de todos tamaños y figuras, presenta una de las mas bellas perspectivas del mundo. Estuvi-

mos allí recreándonos por un par de horas ántes de entrar en la ciudad; prosiguiendo despues nuestro camino, la belleza de las calles, que eran mas anchas y uniformes, el concurso y tropel de gente nos hicieron comprehender que en fin habiamos llegado á Jedo. Pasamos muchos puentes magníficos, entre los quales distinguimos uno de quarenta y dos brazas de largo. Este es el mas célebre del Japon, porque es, como ya he dicho, el centro comun, desde donde se toma la medida de los caminos, y las distancias de los lugares en toda la extension del Imperio. Nuestra admiracion se aumentó particularmente por la multitud increible de gente, el aparato de varios Señores y Grandes que encontrabamos á cada paso, y por los preciosos adornos de las Señoras que pasaban continuamente en sus sillas y palanquines. No nos cansabamos de mirar la variedad y belleza de las tiendas, que adornan las calles á los dos lados, y las muestras que tenian patentes de todo género de telas y bordados. No advertimos como en las provincias, que ninguno tuviese la curiosidad de vernos pasar, porque una comitiva tan pequeña como la nuestra no era capaz de llamar la atencion de los habitantes de una ciudad tan populosa, corte de un Monarca tan poderoso, y capital de un vasto Imperio, donde están acostumbrados á espectáculos magníficos.

Fin del Quaderno XVI.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO DÉCIMOSÉPTIMO.

CARTA LXXI.

Continuacion del Japon.

Habiendo dado parte de nuestra llegada al Ministro de los negocios estrangeros, la primer cosa que nos intimó fue que nos mantuviésemos encerrados en nuestra posada, con órden al Comandante de la embaxada, esto es, al Oficial Japonés que nos habia acompañado en el camino, que no dexase tratar con nosotros sino á nuestros criados. Tuviéronnos algunos dias en este cautiverio, durante el qual nos encargaron mucho que no arrojásemos por las ventanas ningun papel escrito en caractéres Europeos. Poco á poco fueron concediéndonos algo mas de libertad, de la qual me aproveché para visitar la capital, la qual es la ciudad mas grande de todo el Imperio, y es increible la multitud de sus habitantes: los Japoneses aseguran que pasa

de dos millones, pero es probable que exâgeran. Pretenden tambien que tiene diez y siete leguas de largo, cinco de ancho, y veinte y quatro de circunferencia, de lo qual me parece que se debe hacer tambien alguna rebaxa. Está situada á la extremidad de un golfo, y la parte que mira al mar tiene figura de media luna. No está rodeada de murallas, pero tiene fosos por todas partes, con altos baluartes plantados de árboles. La atraviesa un gran rio, que dividiéndose en cinco brazos vá á desembocar en el golfo. Jedo no está construida con la regularidad que las demas ciudades del Japon, porque se ha ido acrecentando por grados hasta la grandeza que tiene al presente. Sin embargo, se hallan en varios quarteles bellas calles dispuestas con muy buen órden. Esta nueva construccion se debe á los incendios, que aquí son muy freqüentes, porque la mayor parte de las casas son de madera: los Cubos, que han establecido aquí su residencia, la han adornado con muy bellos edificios. El palacio en que habita el Monarca, está en el centro de la ciudad: su figura es irregular; le dan cinco leguas de circunferencia, y en este espacio se incluye una prodigiosa cantidad de calles, fosos, canales, patios y jardines. En esta grande extension hay tres recintos: el de enmedio contiene el palacio del Emperador, cons-

truido en un sitio elevado, y rodeado de fuertes murallas flanqueadas de bastiones. En el centro hay una torre alta, dividida en varios pisos, y tan ricamente adornada, que á lo léjos dá á todo el palacio un ayre de magnificencia que causa admiracion: una multitud de techos embovedados, con dragones dorados encima y en los ángulos, producen el mismo efecto. La mayor parte de los edificios no tienen mas que un piso, pero muy elevado: consisten en gran número de galerías y de salas, de las quales las mas principales tienen un nombre particular. Llaman *sala de las mil alfombras*, la que sirve para recibir á los Embaxadores á la audiencia del Emperador. El adorno interior de estas salas es muy sencillo, pero tiene mucho gusto y elegancia. Los techos y las columnas son de cedro, y de madera de jeseri: esta es de singular belleza, porque sus betas forman naturalmente flores, y otras figuras curiosas. Estas maderas están barnizadas, y tienen adornos de baxos relieves y follages muy bien dorados. El suelo está cubierto de alfombras blancas, adornadas con franjas de oro. Los Príncipes del Imperio tienen sus habitaciones en el recinto mas apartado del Emperador: entre ellos y el Soberano habitan los Ministros y los primeros empleados de palacio. Por lo que ha-

ce á los muebles, hay muy poca diferencia entre las salas del Emperador y las de los Príncipes. Muchas de ellas no tienen mas adorno que un simple barniz; otras tienen los mas bellos adornos de escultura, conforme al gusto del pais. El tesoro y los archivos del Imperio se guardan en un edificio, cuyos techos son de cobre, y las puertas de hierro, por temor de los incendios: el miedo que tienen á los rayos, les ha hecho imaginar un aposento subterraneo, en cuyo techo hay un gran depósito de agua, al qual se retira el Emperador quando oye tronar, porque creen los Japoneses que esta defensa es impenetrable al rayo.

Ademas del palacio Imperial, de que acabo de dar una ligera idea, hay una gran multitud de otros muy bellos, distribuidos en los varios barrios de la ciudad, en los quales viven los Príncipes y Grandes del reyno, que no pueden alejarse de la Corte sin licencia expresa del Cubo. Figuraos, Señora, una infinidad de palacios dispuestos en medio de un gran conjunto de aldeas; esta es la idea mas propia que puedo daros de la Ciudad de Jedo.

En fin, se fixó nuestra audiencia para el dia ocho del mes siguiente. Dixéronnos que fuésemos muy de mañana al palacio, y que esperásemos en la sala de guardias hasta que nos llamasen. Primeramente envia-

mos al palacio los regalos destinados para el Emperador, los quales fueron colocados sobre unas mesas en la sala de las mil alfombras, donde el Monarca los registró. Despues marchamos cubiertos con mantos de seda negra, precedidos de ocho Japoneses, y conducidos por criados, que llevaban los caballos por el diestro. El Enviado Holandés, á quien llaman aquí *Capitan*, iba en una silla de manos. Despues de haber atravesado la ciudad, llegamos al primer recinto, adonde entramos por un gran puente, y llegamos á una plaza, en la qual encontramos una guardia numerosa. Los soldados estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, vestidos de seda negra, cada qual con dos sables al lado. Dexamos la silla, los caballos y criados en el segundo recinto. Luego que llegamos al palacio del Emperador, esperamos en la sala de guardias hasta que se juntó el Consejo para mandarnos entrar. Los Oficiales nos ofrecieron con mucha urbanidad thé y pipas con tabaco, y nos hicieron compañía. Estuvimos allí mas de una hora, y en este tiempo vimos entrar varios Consejeros de Estado. En fin, nos conduxeron por medio de un gran patio hasta un salon espacioso, donde todos los que deben ser admitidos á la audiencia, esperan hasta que los llamen: estaba ricamente amueblado, y

la mezcla de sus columnas doradas, que se elevaban entre las mamparas, formaba una perspectiva admirable. Esperamos allí todavía mas de otra hora en medio de una gran multitud de guardias y cortesanos. En fin, nos avisaron que el Emperador habia llegado: entónces tres Oficiales vinieron por el Director, y le presentaron al Emperador. Este Monarca estaba sentado sobre una alfombra magnífica, con las piernas cruzadas, y colocado de tal suerte, que no era facil verle. Los Consejeros de Estado, los Príncipes y los demas Señores del Imperio formaban dos filas en un gran vestíbulo, cuyas salidas estaban ocupadas por una multitud de palaciegos. Luego que entró el Director, los Oficiales encargados de introducirle, gritaron en alta voz, *Holanda Capitan*: á estas palabras se postró por tierra, y fue andando en quatro pies con las manos y rodillas entre el trono y las mesas en donde habian puesto los regalos. Despues se levantó sobre las rodillas, y fue encorbándose poco á poco hasta tocar el suelo con la frente. Hecho esto, se retiró sin hablar palabra, andando hácia atras para no volver la espalda al Emperador. Estas son, Señora, las únicas ceremonias que se observan en la audiencia que este Príncipe dá al Enviado de Holanda, las quales no se distinguen en nada de las que

practican los vasallos, quando van todos los años á postrarse á los pies del trono.

Hecho nuestro homenage al Emperador, sin que él se dignase de hablarnos ni una sola palabra, todos se retiraron con el mayor silencio. Despues nos dieron de comer: cada uno tenia delante de sí una mesita cubierta de manjares á la Japonesa, con unos palillos como en la China, que nos sirvieron de tenedores. Primeramente nos presentaron pescado cocido con una buena salsa, ostras cocidas con sus conchas, y sazonadas con vinagre; quartos de anade asados, pescado frito, y huebos. Despues nos sirvieron varias pastas y dulces; el licor que nos dieron para beber, era excelente. Acabada esta comida, que como veis, no es nada correspondiente á la magnificencia de tan gran Monarca, nos volvimos á nuestra posada con el mismo órden con que habiamos venido, y muy poco satisfechos de la mesa Imperial. Burlándonos nosotros con el Director sobre este asunto, »yo perdono, nos dixo, al Emperador su mala comida por su buena acogida." Pero le repliqué: este Príncipe no se ha dignado de hablarnos; ¿en qué consiste su buena acogida? Es el habernos dispensado, me respondió, de la escena de humillacion, á que han estado sujetos muchos de mis predecesores. No he podido olvidar, continuó,

la especie de farsa á que yo mismo asistí en otra ocasion, y en la que me precisaron á hacer un papel muy desagradable. Yo era joven á la sazon, y no pude ménos de indignarme, que unas personas revestidas del caracter de Embaxadores pudiesen abatirse á semejantes vilezas. Jamas he conocido mejor quánto poder tiene sobre los hombres la codicia de las riquezas, que despues que he observado los abatimientos serviles de nuestros Holandeses en esta ocasion. Bien sabeis que á la edad de veinte años fui enviado por la Compañía de Batavia en calidad de Gentil-hombre, en compañía del Director que enviaba al Emperador del Japon, padre del Monarca reynante. No podré deciros quántos sonrojos experimentamos en las audiencias que tuvimos de este Príncipe, y de los Grandes de su Corte: he conservado esta relacion, y voy á leerosla en tanto que se nos prepara la cena, que espero nos desquitará de la mala comida que nos ha dado el Emperador: supriminé toda la ceremonia del homenage, que fue la misma que la de hoy: lo restante pasó del modo que dice esta relacion, escrita por el Cirujano de la embaxada.

„El Emperador se retiró á su aposento, adonde fuimos llamados con el Enviado. Nos hicieron atravesar varias salas pa-

ra pasar á una galería, donde esperamos un quarto de hora. Despues pasando por diferentes salas, llegamos á una gran pieza, donde nos mandaron sentar. Unos hombres rapados, que eran los médicos del Emperador, los cocineros, y algunos Bonzos vinieron á preguntarnos nuestros nombres y edad; pero pusieron delante de nosotros unas mamparas para librarnos de sus importunidades. Permanecimos allí una media hora, y despues nos hicieron pasar por unos corredores llenos de guardias; á éstos seguia cerca de la sala del Monarca otra fila de palaciegos, vestidos con sus trages de ceremonia, sentados sobre sus talones, y con el cuerpo encorbado. Recibiéronnos en una sala con varias divisiones, unas abiertas, otras cerradas con mamparas, y nos hicieron sentar en medio. El Emperador y la Emperatriz estaban á nuestra derecha detras de unas celosías, formadas de una tela muy fina con aberturas del tamaño de una mano: en ellas pintan varias figuras para el adorno, ó mas bien para ocultar á los que están detras; aunque independientemente de las pinturas, es dificil ver á las personas á alguna distancia. El Emperador estaba en un lugar tan obscuro, que no hubieramos podido distinguirle, á no haberle oido hablar. Sin embargo, hablaba tan baxo, que parecia queria mantenerse sin darse á

conocer. Las Princesas y las Señoras de la Corte estaban enfrente de nosotros, ocultas detras de otras celosias. El Ministro mas favorecido del Emperador estaba sentado solo sobre una alfombra elevada, en un sitio patente, á nuestra derecha, es decir, al lado del Emperador: á la izquierda en otra division estaban los Consejeros de Estado de primera y segunda clase. Una galería que conducia á la division en que estaba el Monarca, estaba ocupada por los hijos de los Príncipes, por los pages, y por algunos Sacerdotes que se ocultaban para observarnos. Tal era la disposicion del teatro, en que habiamos de representar nuestra farsa.

»Nuestro intérprete se sentó un poco mas arriba de nosotros, para oir mejor las preguntas y respuestas, y nosotros nos colocamos á su izquierda, todos en fila, despues de haber andado un poco arrastrándonos y postrándonos hácia el lado de las celosías del Emperador. Entónces el valído nos dixo, que S. M. nos veia con gusto. El intérprete le respondió de parte de nuestro Embaxador, dándole humildes gracias por la bondad que tenia de concedernos la libertad del comercio. El intérprete se postraba á cada explicacion, y hablaba bastante alto para que toda la Corte lo oyese: pero las preguntas del Monarca pasaban por

boca del Ministro, como si fuesemos indignos de recibir inmediatamente de su boca sus palabras. Despues de los primeros cumplimientos, se siguió la farsa ridícula.

Primeramente nos preguntaron nuestra edad, nombres, empleos, habilidades &c., y se nos mandó á cada uno escribir todo esto en un pedazo de papel al modo Europeo. Despues nos dixeron que entregásemos el papel y la escribanía al Ministro, que las hizo pasar al Emperador por un agujero de la celosía. Preguntaron al Embaxador quánta era la distancia de Holanda á Batavia, y de Batavia al Japon, y quién tenia mas poder, el Director General de la Compañía Holandesa, ó el Stathouder de Holanda?

Mi empleo de Cirujano ó de Médico, porque aquí confunden estas dos profesiones, atrajo particularmente la atencion de la junta, y me confundieron con preguntas sobre mi arte. Me preguntaron por exemplo, ¿quál era el caracter de los Médicos de Europa? ¿qué estimacion se hace de ellos? ¿qué juicio hacen de ellos los hombres de talento? Tenemos, les respondí, dos especies de Médicos; los unos adquiriendo habilidades agenas de su profesion, cuidan mas de agradar que de curar; como afectan ser graciosos ó bufones, solo tratan de decir chistes, y de contar cuentos y noti-

cias: su ciencia se reduce á un corto número de remedios comunes, y á ciertas frases que no sirven mas que para hacer reir. Su fisonomía anuncia su grande indiferencia hácia sus enfermos, y su grande ansia de adquirir riquezas, que es su único ídolo. Estos son los Médicos mas estimados; y esto no es porque nos deseemos con eficacia sanar, pero el Médico que no es mas que Médico, que no busca mas que los medios para curar al enfermo, que se opone con valor á todo lo que puede estorvar el efecto de los remedios, que habla siempre la verdad, que no quiere deshonrar su estado con viles complacencias, es tenido por un hombre grosero, sin educacion, ni miramiento. Por consiguiente, se estima mas al Médico agradable que mata, que al hombre ingenuo que sabe curar.

»El Emperador, que se habia mantenido hasta entónces léjos de nosotros, se acercó hácia nuestra derecha, y se sentó detras de las celosías lo mas cerca que pudo. Nos fue mandando sucesivamente que nos quitásemos los mantos, que nos pusiésemos de pie, que andubiésemos, que nos parásemos, que nos saludásemos unos á otros, que saltásemos, que hiciésemos el papel de beodos, hablásemos en lengua Japonesa, leyésemos en Holandés, cantar, baylar, ponernos y quitarnos los mantos &c. Executamos

todas estas órdenes, y con ellas y otras pantomimas de esta especie tuvimos el alto honor de divertir al Príncipe, y á toda su Corte.

»Juzgad, prosiguió el Enviado, quál seria mi confusion al verme convertido en bufon, y obligado á satisfacer todos los caprichos de un hombre que nos consideraba como aquellos animales que se muestran entre nosotros para divertir al pueblo. Despues que nos hubieron cansado bien por espacio de tres horas, nos sirvieron una comida, que no era mejor que la que hoy nos han dado, y concluida ésta, nos volvieron nuestros mantos, y nos mandaron retirar. Sin duda creereis, que nos volveriamos á nuestra posada, pero no fue tanta nuestra fortuna, porque era preciso repetir la misma farsa. Fuimos á visitar á los principales Señores, y en cada una de estas casas hubimos de repetir nuestras danzas y cánticos, cumpliendo con el caracter de farsantes, con que el Emperador nos habia revestido tan solemnemente. Este escarnio desagradable y ridículo dura por muchos dias, sirviendo de juguete á las mugeres y á los niños en las antesalas de los nobles Japoneses. Solamente el Embaxador, por respeto á su caracter, fue dispensado de estos vilipendios, y ademas mostró tanta gravedad en su aspecto y conducta, que

les hizo conocer que no le agradaria aquel abatimiento. Por lo demas, no tuvo inconveniente en permitir que los de su comitiva se diesen en espectáculo, porque sabia que los Señores Japoneses son muy aficionados á las farsas, y no tienen por deshonra el ser ellos mismos los actores."

Quando estabamos en esta conversacion, nos traxeron los regalos del Emperador, que consistian en treinta batas soberbias, y añadieron lo que se llama aquí *carta de fortuna*, y es un testimonio de la proteccion del Soberano. Se recibieron estas cosas con todas las ceremonias establecidas: el Embaxador se postró quatro veces, y para manifestar su respeto, puso la punta de una de las batas sobre su cabeza. Al dia siguiente, otros varios Señores de la Corte nos enviaron tambien otros regalos de la misma especie: unos criados los traian en unas sillas con unas tablas, sobre las quales se debian colocar estos regalos. El que venia encargado de la comision, fue introducido en el quarto del Director, y sentándose enfrente de él á alguna distancia, le hizo este cumplimiento. "N. mi Señor, os dá la enhorabuena de haber recibido vuestra visita, y haber tenido esta diversion, lo que es una gran fortuna. Habiéndole sido agradables vuestros regalos, de-

sea que recibais en cambio este corto número de vestidos." Al concluir, dió al intérprete una gran hoja de papel, que contenia en caractéres gruesos el número de los vestidos, y sus colores. El Embaxador, á quien entregó este papel, le tuvo algun tiempo sobre su cabeza, para manifestar su respeto: todos los espectadores permanecian en un profundo silencio, unos sentados, otros de rodillas. Se habia advertido al Director Holandés el cumplimiento con que debia responder, y lo repitió con una profunda inclinacion, en estos términos: »Doy las mas humildes gracias al Señor, vuestro amo, por el cuidado que ha tenido en procurarnos una audiencia pronta y favorable. Le suplico continúe sus buenos oficios á favor de los Holandeses: tambien le doy gracias por sus preciosos dones, y no me descuidaré de participarlo á mis amos de Batavia." Despues de estos cumplimientos traxeron tabaco para fumar, con thé y aguardiente.

Desde este dia ya no nos observan con tanto cuidado, y tenemos la libertad de ir y venir por donde nos parece. Los Japoneses nos convidan á sus banquetes, fiestas, y diversiones, y no estamos obligados á vivir en un barrio separado, como en Nangasaqui, ni á estar encerrados por la noche en casa como prisioneros. »No seria

justo, me ha dicho un Japonés, que en la capital de un grande Imperio se tuviese tanto rezelo, y se tomasen tantas precauciones, como en una ciudad fronteriza, por lo qual advertireis que aquí no somos tan desconfiados como en Nangasaqui. Bien conozco, que los estrangeros que no han penetrado en lo interior del reyno, nos deben considerar como una nacion soberbia y altiva, que trata á los demas hombres como esclavos, que no exercita la hospitalidad, y en donde no puede tener lugar la amistad, porque unos son espias de otros. Pero á poco tiempo que permanezcais aquí, yo os aseguro que depondreis esta preocupacion. Las precauciones excesivas de que se quejan los estrangeros en algunos lugares de nuestras provincias, no tanto son una conseqüencia de nuestra desconfianza, como de la policía rigurosa que se observa en todas las ciudades. No hay duda que esta, asegurando la autoridad del Príncipe, nos reduce á una especie de esclavitud, porque aun en los lugares, donde consta que no habitan sino Japoneses, á la menor alarma se cierran las calles con barreras, y todos quedan como presos en sus casas. Esto sucede no solamente en las sediciones y alborotos, sino tambien quando se persigue á algun reo, ó se hace alguna pesquisa de parte del Go-

bierno. Mientras que ésta dura, nadie puede salir de su barrio, á no llevar en la mano un baston señalado con las armas del Ministro que preside á semejantes pesquisas.

»Por una conseqüencia de esta extremada vigilancia nos hacen observar gran número de formalidades, quando habemos de mudarnos de una casa á otra. Primeramente es necesario presentar un memorial con un regalo al Comisario de la calle adonde uno se ha de mudar. El se informa de la conducta y costumbres del suplicante, y quando los informes son favorables, envia al mensagero de la calle á casa de todos los vecinos, para saber si quieren admitir al pretendiente. Estos pueden oponerse fundándose en algun vicio incómodo ó escandaloso del nuevo vecino, y en tal caso no ha lugar su solicitud: pero si no hay oposicion, el Comisario toma baxo su proteccion al recien venido, y le pone en la lista de los habitantes de su barrio. El vecino nuevo paga su admision dando un banquete á los principales.

»Aquí no se puede comprar una casa sin el consentimiento de los habitantes de la calle en que está situada, y estas dificultades se aumentan quando hay alguna acusacion contra el comprador, ó no es persona conocida de los demas propietarios de casas. Como todos son responsables, cada

qual sólidamente, de los desórdenes que se cometen en el barrio, tienen un interés personal en no recibir por vecinos sino á personas de conducta irreprensible. Vencidos todos los obstáculos, el comprador tiene que pagar á toda la calle un derecho de ocho por ciento, la qual suma se reparte en ocho porciones iguales, las cinco para los habitantes, y las tres se entregan al Comisario para los gastos de un banquete público. El nuevo vecino hace y recibe las visitas de estilo; los vecinos le ofrecen sus obsequios, le aseguran de su amistad, y le prometen todo género de socorros en sus urgencias.

»Quando tenemos que hacer un viage, sea por necesidad ó por diversion, debemos proveernos de una certificacion, firmada por los principales vecinos de nuestra calle; en ella se exponen los motivos de nuestro viage, asegurando nuestra vuelta con fianzas, y determinando el tiempo de nuestra ausencia. Esta escritura se entrega al Comisario, que la envia á los Magistrados de la ciudad, y éstos dan un pasaporte con su sello. Todas estas formalidades se hacen de valde, sin mas gastos que los del papel, que se paga al mensagero, y esto es una parte de su renta.

»Quando se acusa á alguno de un delito, la causa se ventila primeramente an-

te el tribunal de la calle, compuesto de un Comisario y de los principales vecinos. Si la hallan demasiado complicada, la remiten á los primeros Magistrados municipales: si este segundo tribunal advierte en ella las mismas dificultades, se remite su decision al Gobernador, que á veces la envia al Consejo de Estado de Jedo, donde se sentencian los pleytos de importancia definitamente y sin apelacion.

»Si se origina alguna pendencia en una calle, ya sea entre los vecinos ó entre los que pasan, los vecinos mas cercanos están obligados á impedir que vengan á las manos, porque si se comete alguna violencia, son ellos responsables. Si sucede alguna muerte, el matador es condenado á pena capital, aunque probase que él no fue el agresor, y que no pudo salvar su vida, sino matando á su contrario. La severidad de nuestras leyes no se reduce á este solo castigo, pues los dueños de las tres casas mas cercanas al sitio en que se cometió el delito, son condenados á no salir de casa por espacio de muchos meses. Se les cierran las puertas y las ventanas con fuertes barreras, y apenas les dexan tiempo para proveerse de los víveres necesarios para subsistir durante su encierro. Los demas vecinos de la calle tambien participan del castigo, pues los condenan por algunos dias,

y aun á veces por meses, á los trabajos mas penosos, ya en las obras públicas, ya en casa del Gobernador. Los Xefes del barrio son castigados aun con mayor severidad, á proporcion de su descuido. El mismo rigor se observa en las demas causas criminales: el huesped del reo, sus parientes, su amo, en una palabra, todos sus superiores participan del castigo."

¿Qué pensais, Señora, de una policía, que debiendo tener por objeto la felicidad pública, destruye la libertad de los ciudadanos inocentes? ¿Y qué juicio podemos hacer de este Gobierno, en donde no hay persona, por mas justa y virtuosa que sea, que esté libre de los castigos mas vergonzosos, estando todos expuestos continuamente á ser castigados por los delitos agenos? Un hombre que saca la espada contra otro, aunque no le hiera, es condenado á muerte; medio el mas seguro para aumentar los homicidios en una nacion tan colérica y arrebatada como esta. Si un reo se escapa huyendo, el Comisario de la calle está obligado á buscarle, sopena de ser responsable personalmente de su evasion.

El Japonés que me contó todas estas particularidades, me llevó, hace algunos dias, á una boda que se celebraba en su familia. Al amanecer vinieron á buscar á los novios, poniendo á cada uno en una espe-

cie de carro separado, tirado por quatro bueyes; conduxéronlos fuera de la ciudad con música de varios instrumentos, hácia un collado, donde debia celebrarse la boda, y llegaron allí cada qual por distinto camino. Al carro del novio seguian otros varios, llenos de ropas, muebles, y con el sofá de su esposa. Quando la novia llegó á la falda del collado, se baxó de su carro: el novio hizo lo mismo, y cada uno por su lado llegaron á la cima del cerro: los parientes, los músicos, y los demas concurrentes subieron tambien por distinto camino. Llegados todos á la cumbre, los parientes se colocaron detras de la novia, y los músicos detras del novio: los primeros estaban de dos en dos baxo un parasol que tenia un criado; los músicos se colocaron sin órden al otro lado, unos sentados, tocando varios instrumentos, y otros en pie, golpeando con palos sobre unos globos de cobre colgados con cadenas de dos maderos atravesados, y algunos danzaron al compas de esta música tan estraña.

La ceremonia nupcial se executó en una tienda plantada en la cima del cerro: los novios entraron en ella por dos puertas opuestas, como plenipotenciarios que se juntan para un congreso de paz. En medio habia un altar adornado, sobre el qual se veia un ídolo de figura monstruosa, que

représentaria al Dios Himenéo: tenia cabeza de perro para mostrar que la fidelidad y la vigilancia son igualmente necesarias en el matrimonio. Un cordon que tenia en la mano, es otro símbolo de la fuerza y necesidad de este lazo. Delante del altar estaba un Sacerdote, á cuyos lados se colocaron los novios, ella á la derecha, y él á la izquierda, teniendo cada uno en la mano una tea nupcial, como antiguamente entre Griegos y Romanos. Mientras que el Sacerdote rezaba confusamente unas oraciones, la novia encendió su tea en una lampara, y el novio la suya en la de la novia: entónces todos los asistentes levantaron el grito de alegría, pidiendo para los novios toda prosperidad, y el Sacerdote añadió su bendicion.

Al tiempo que se executaba esto en la cumbre del cerro, una parte de la comitiva que se habia quedado abaxo, se ocupaba en hacer várias ceremonias consagradas por el uso: unos arrojaban al fuego las muñecas y demas juguetes que habian servido á la novia; otros estaban manejando de varias maneras un huso y una rueca, instrumentos que debian suceder á los juguetes de la infancia. Concluidas estas ceremonias, conduxeron la novia á la casa del novio entre las aclamaciones del pueblo. Unos jóvenes coronados de guirnal-

das, plantaron vanderas sobre el techo de la casa, y sembraron de flores todos los aposentos. Es costumbre de los Japoneses no exîgir dote de sus mugeres, para evitar que no sean altivas é imperiosas: tambien se acostumbra pagar una suma de dinero á los padres de la novia, y ella es la que la entrega á sus padres, como en recompensa del trabajo que les costó su crianza; por lo qual un padre que tiene muchas hijas, es tenido por rico, principalmente si son hermosas. Los Japoneses se casan sin escrupulo con sus parientas mas cercanas, exceptuando el primer grado. Quando el primógenito de una familia llega á edad madura, los padres acostumbran entregarle su patrimonio, no reservándose mas que una corta porcion para su subsistencia, y para la manutencion de los demas hijos, los quales se ven reducidos á una herencia muy mediana, en la qual no tienen parte las hijas, y de este modo nunca salen los bienes de la familia.

No me acuerdo, Señora, si os he dicho que es costumbre en el Japon, así como en la China, el ahogar ó matar á sus hijos quando no pueden ó no quieren criarlos. El temperamento se adelanta tanto en las Japonesas, que es preciso casarlas á los doce años ó ántes. Para la eleccion del marido no se consulta su gusto

ni inclinacion: se casan sin haberse conocido, y los padres son los que hacen los contratos. A la verdad, este contrato ciego no tiene nada de opresivo, porque los dos esposos tienen la libertad de separarse por motivos muy leves. Una muger vive en la mayor sujecion, mientras que permanece con su marido, porque entónces la menor licencia las cuesta la vida, y el adulterio siempre es castigado con pena capital. Estas leyes rigurosas sobre la castidad obligan igualmente á las personas destinadas á servir á las Princesas, cuyas faltas se castigan con la muerte. Con esta severidad tan grande se hace en ellas habitual el pudor, lo qual distingue particularmente á las Japonesas.

En este pais se permite la poligamia, pero solamente una muger tiene el título de esposa, y el derecho de comer con el marido: las otras propiamente no son mas que concubinas ó esclavas destinadas á servir á la muger legítima: los hijos de éstas no perciben mas que una muy corta porcion de la herencia paterna. Las mugeres de los Príncipes y Grandes están encerradas en una especie de harem, en donde la mayor parte de las criadas envejece en un estado muy triste y oprimido. No pueden casarse mientras permanecen allí, y sus amas, una vez acostumbradas á ellas,

casi nunca las dexan salir de este cautiverio. Las Señoras Japonesas viven en el mayor retiro: rara vez reciben visitas de hombres, y quando esto sucede, se tapan siempre con un velo que las cubre el rostro, y á veces todo el cuerpo. Salen muy pocas veces de casa, y ordinariamente van en sillas de manos, como tambien todas sus criadas. Quando van á pie, que sucede rara vez, van acompañadas de un gran número de esclavas: unas llevan los pañuelos de su ama, otras parasoles, abanicos, dulces, &c.

Se acostumbra muy desde niñas á las Japonesas á que no se mezclen en ningun asunto, y á no hablar jamas á sus maridos de ningun negocio; y ellos nunca tratan con ellas sino de sus placeres. Dos cosas solamente hacen aquí á una muger recomendable, la buena educacion que dá á sus hijos, y la fidelidad á su marido. El Japonés que encuentra á su muger encerrada con un hombre, tiene derecho para matarlos á ambos, y en su ausencia, su padre, su hermano, ó su criado, tienen la misma facultad. La historia siguiente me la han contado varias veces desde que estoy en el Japon. Un mercader que tenia sospechas de la infidelidad de su muger, fingió que iba al campo, y volviendo de repente, la sorprendió en el hecho: mató al adúltero, ató

á su muger á una escalera, y la dexó colgada toda la noche. Al dia siguiente convidó á comer á todos los parientes, y despues de comer, como no parecia la muger, con el pretexto de que estaba en la cocina, suplicaron al marido que la hiciese venir. El entró en el quarto donde la tenia atada, la desató, la puso una mortaja, y la dió una caxita cubierta de flores, mandándola expresamente que no la abriese. »Anda, la dixo, muestra esa ca»xa á nuestros parientes, y vé si debo sal»varte la vida en virtud de sus súplicas." Ella entró con este trage en la sala del banquete, y poniéndose de rodillas, presentó la caxa al principal de ellos. Pero apenas la abrieron, viendo la cabeza de su amante dentro de ella, cayó desmayada. El marido acudió inmediatamente, y sin darla tiempo para que volviese de su accidente, la cortó la cabeza. Esta escena horrible causó tal asombro á los presentes, que huyeron horrorizados.

Estos excesos de infidelidad son raros en el Japon; al contrario, se ven muchos exemplos de pudor, de modestia y de fidelidad conyugal. Ha habido muger que se ha precipitado de una torre por defender su honor contra un Príncipe que intentaba violentarla: otras se han dexado morir de hambre, de sentimiento por la muer-

te de sus maridos. Pero voy á referiros un exemplo, que aunque no pertenece á la fidelidad conyugal, prueba el exceso de rubor y modestia de las Japonesas Una criada estaba sirviendo de rodillas á la mesa de su amo, y al ir á tomar un vaso que estaba algo léjos, hizo tanto esfuerzo, que se la escapó cierto ruido; fue tan excesiva su vergüenza, que cubriéndose la cabeza con su ropa, no quiso descubrir su rostro, y se despedazó la lengna, y todas las partes de su cuerpo que pudo llegar á la boca, hasta que espiró.

Los Japoneses son tan modestos y reservados en sus palabras, que jamas hablan de matrimonio delante de los solteros: y si alguno por inconsideracion toca esta materia, los jóvenes se levantan al punto, y se retiran.

No se omite aquí medio alguno para formar el corazon, é ilustrar el entendimiento de los hijos, y esta educacion es comun á los dos sexôs. Los tratan con mucha blandura, y aunque los padres tienen sobre ellos derecho de vida y muerte, rara vez se propasan á usar de violencia contra sus personas. Jamas los castigan, y rara vez los reprenden. Si por una parte esta educacion fortifica el caracter tenaz de los Japoneses, por otra contribuye mucho á darles aquella viveza de ingenio y de jui-

cio que descubren desde la niñez. Los Sacerdotes están encargados de la educacion de la juventud; las niñas son educadas en Colegios de mugeres, y los niños en Conventos de Bonzos, hasta la edad de catorce años. Lo primero que se les enseña es el amor, respeto y obediencia á sus padres. Sobre esto me han contado un lance, que merece la atencion de todo el mundo: contómelo un Japonés, cuyas palabras repetiré fielmente. »Una muger habia quedado viuda con tres hijos, manteniéndose de lo que éstos trabajaban; pero como no podian ganar bastante para mantener á toda la familia, tomaron una resolucion muy estraña, para procurar á su madre una vida mas cómoda. Se habia publicado un edicto, ofreciendo un premio considerable al que descubriese á un ladron; conviniéronse entre los tres, que el uno de ellos fingiese ser el ladron, y que los otros dos le entregasen al juez: para esto echáron suertes, y le tocó al mas jóven. Atáronle sus hermanos, y le conduxeron como si fuese un ladron: le hicieron su interrogatorio: respondió que habia robado: le ponen en prision, y entregan á los dos la suma prometida. Su corazon se enterneció entónces al considerar la desgracia que amenazaba á su hermano: hallaron medio de entrar en la carcel, y creyendo que nadie los

veia, se entregaron á todos los extremos de su tierno amor. Un Ministro, que por casualidad observó sus abrazos y sus lágrimas, quedó muy sorprendido de aquel espectáculo: mandó que siguiesen á los dos delatores para averiguar la causa de una conducta tan estraña. Refiriéronle que aquellos dos mancebos habian entrado en una casa, y que les habian oido contar el suceso á una muger, que sin duda era su madre: que ésta habia dado gritos lamentables, y habia mandado á sus hijos que restituyesen la suma recibida, protestando que queria mas morir de hambre, que prolongar su vida á costa de la de su hijo. Este informe causó al Juez no ménos compasion que asombro: hizo traer al preso: repitió el interrogatorio; y viéndole firme en fingirse delinqüente, le declaró por fin que todo lo sabia. Luego que se aclaró todo el suceso, abrazó al mancebo, y fue á dar parte al Emperador, el qual prendado de una accion tan heroyca, quiso ver á los tres hermanos, y los trató con el mayor cariño: señaló al mas jóven mil y quinientos ducados de pension, y quinientos á cada uno de los otros dos."

Desde la niñez se acostumbra á los jóvenes á pensar con honor; pero estos principios mal entendidos los precipitan, quando son grandes, á acciones violentas y ex-

traordinarias. El mismo que me refirió la anécdota de los tres hermanos, me contó, que habiéndose encontrado dos nobles en una escalera del palacio Imperial, tropezaron sus espadas una con otra. El que baxaba se dió por ofendido de este accidente, y el otro se excusó diciendo, que habia sido una pura casualidad: añadió, que al cabo no era cosa de importancia, pues toda la desgracia consistia en haberse tocado dos espadas, y que la una valia tanto como la otra. Pues yo voy, dixo el otro, á mostraros la diferencia que hay entre los dos. Sin duda creereis, Señora, que van á desafiarse, y á tirar de las espadas, como hubieran hecho dos Franceses. Nada de eso: en el Japon no hay duelos; pero hay otro modo de manifestar la valentía, como lo executó el que se creyó ofendido. Al punto sacó un puñal, y se abrió el vientre. El segundo, sin replicar, subió con velocidad á servir un plato en la mesa del Emperador, y volviendo inmediatamente, halló al otro que estaba espirando. Díxole, que él se hubiera anticipado á abrirse el vientre, sino hubiera estado ocupado en servir al Emperador, pero que iba á hacerle ver, que su espada valia tanto como la del otro; y al decir esto, se abrió el vientre y cayó muerto. ¿Os hubiera parecido mejor, Señora, que se hubiesen muerto á estocadas co-

mo en Europa? Yo ciertamente no sé quál de las dos es mayor barbarie.

Despues que han dado á los niños la primera instruccion sobre la obediencia y sobre el honor, les enseñan su lengua, esto es, á hablarla correctamente, á leerla bien, y á formar los caractéres. En esto hacen un estudio prolixo, y despues sigue el de la historia de la nacion, el de su religion, y el de la moral. Concluidos estos estudios, se aplican á la eloqüencia, á la poesía, y á la pintura, y muestran bastante genio para estas artes. Los Japoneses tienen mucha imaginacion, gran penetracion para conocer á los hombres, y un talento nada comun para mover los resortes del corazon humano. Las mugeres se aplican á las ciencias con el mismo ardor que los hombres, y como hacen una vida muy retirada, tienen tiempo para adquirir todo género de conocimientos.

Parece que las ciencias especulativas no han sido muy cultivadas hasta ahora en el Japon: no tienen mas que un conocimiento superficial de las Mathemáticas, de la Metafisica, y de las demas partes de la Filosofia. Estos Isleños hacen muy poco aprecio de esta ciencia, considerándola como un entretenimiento para los ociosos, y así la dexan para los Bonzos, que tienen el tiempo necesario para ocuparse en ella.

No tienen cifras ni caractéres para expresar los números de la Arithmética : para contar se valen de una maquinilla de madera, en que hay atravesadas muchas varitas paralelas, en las quales ensartan bolitas de marfil. Por lo que hace al modo de medir el tiempo, dividen el dia en dos partes como nosotros; la primera se cuenta desde salir el sol hasta ponerse. Le dividen en seis porciones iguales, y la noche en otras tantas, de lo qual resulta, que segun la estacion, las horas son mas ó ménos largas. Los meses son de veinte y ocho dias, y se cuentan por lunas; pero como este cómputo es muy inexâcto, le rectifican por medio de lunas intercalares, que añaden á su kalendario; de suerte, que de tres en tres años, y á veces de dos en dos, tienen un año de trece lunas. Los Sacerdotes de la Corte del Dairi son los que están encargados de la composicion de los almanaques, y todos los kalendarios del reyno deben imprimirse en Jedo.

Aunque los Japoneses son mas ignorantes en la Astronomía que los Chinos, sin embargo, no tienen aquellas preocupaciones vulgares de creer que deben suceder grandes trastornos en la tierra, quando hay alguna novedad en el cielo. En la China todos los meteoros y fenómenos son tenidos por de mal agüero : quando ven un

parhelio, dicen que habrá dos Emperadores: todas las novedades que observan en los astros, son consideradas como señales de la cólera del cielo contra el Monarca y sus Ministros. Entónces por poco descontentos que se hallen los Chinos de su gobierno actual, se inunda el Imperio de sátiras, y no se oyen mas que discursos sediciosos. En descubriendo la menor señal en el cielo, cada uno la describe á su modo, la exâgera, y la nacion empieza á publicar que vá á acabarse la dinastía reynante. El enthusiasmo, siempre contagioso, se vá comunicando de unos á otros: se levanta un tumulto, y sino se remedia con tiempo, todo queda trastornado: de este modo una quimera imaginária produce efectos reales y funestos, haciendo que el pueblo se confirme en estas preocupaciones tan fatales. ¿No os acordais, Señora, de haber leido mil exemplos de esta naturaleza en la historia, no solo de nuestros siglos bárbaros, sino tambien de la sábia Roma? Los hombres en todas las edades y naciones son propensos á lo maravilloso; y unas mismas causas y pasiones producirán siempre iguales efectos en todo el mundo. Sin duda, para evitar estos incovenientes, se pondrá tanto cuidado en la formacion del kalendario en la China; porque si los Astrólogos Imperiales no tuviesen el privile-

gio exclusivo de hacer los pronósticos, el Imperio se veria inundado de predicciones astrológicas, perjudiciales al Gobierno. Como quiera que sea, la ignorancia de los Japoneses en Astronomía no llega al extremo de hacerles creer, que los fenómenos que se ven en el cielo, anuncian trastornos políticos,

Por lo tocante á la religion, hace mas de un siglo que la luz del Evangelio brillaba en este Imperio, pero por desgracia fue apagada con la sangre de inumerables mártires. Ya os he dicho en otra carta los verdaderos motivos de esta persecucion, y no debeis dar crédito á las fábulas absurdas con que los verdaderos autores de aquella atrocidad han pretendido cubrir su perfidia exêcrable, echando la culpa á los Jesuitas y á los Españoles. Los Holandeses, repito, fueron los que por motivo de un sórdido interés calumniaron á los Españoles y á la Religion Católica, creyendo que cerrada la puerta del Japon á todos, ellos solos quedarian dueños de su comercio exclusivo. Ya habeis visto el desprecio con que á ellos tambien se les trata, y las indignidades que tienen que sufrir, para que se les tolere el corto comercio que hacen en este Imperio: castigo bien justo, pero aun no bastante, por una conducta tan bárbara.

Pero aunque los Japoneses han desterrado de su Imperio el Evangelio, no por eso se han éntregado al atheismo, pues hay varias sectas de idolatría en el Japon, como ya os he dicho. Muestran el mayor respeto y veneracion á sus ídolos, y son muy exâctos en el cumplimiento de sus superticiones.

Volviendo á las ciencias, estos Isleños no tienen ninguna idea de la anatomía, porque las preocupaciones de su secta no les permiten tocar los cadáveres, ni matar animales. En recompensa, se aplican mucho á la botánica, y esta parte de la medicina es tan estimada en el Japon, que los Príncipes y los principales Señores hacen un estudio muy prolixo de ella, y aun muchos tienen jardines únicamente destinados al cultivo de las plantas medicinales. Los Japoneses tienen un tratado de botánica muy extenso, y en él se ven las figuras de mas de quinientas plantas, que son producciones peculiares del Japon, cuyas virtudes y propiedades explican por menor, muy al contrario de nuestros modernos Botanicos, que se contentan con una simple nomenclatura, y una prolixa descripcion de las plantas, desdeñándose de especificar sus propiedades, que debe ser el principal objeto de este estudio.

Entre nosotros la sangría y la purga

son los remedios universales para casi todas las enfermedades; los Japoneses, que los ignoran ó los desprecian, usan de otros dos, que son la aguja y el fuego; la una contra las obstrucciones é indigestiones, que creen es el origen de todas las dolencias, y el otro contra los cólicos que causan dolores muy agudos. Se sirven principalmente de la aguja contra un cólico particular del Japon, procedido del uso inmoderado del *sacki*, especie de vino de arroz, mayormente quando se bebe frio.

Las agujas de que se sirven, deben ser de oro ó de plata, y exîgen cierta forma, que no todos los artifices saben dársela. Para que se hagan como deben, es preciso que el fabricante consiga permiso del Emperador por escrito, y con su sello. La figura es vária, pero generalmente es parecida á la de los punzones con que se escribe en la India. El modo de usarla es meterla en la parte doliente, golpeando sobre ella con un martillito, poco á poco, y con repetidos golpes. Al sacarla, comprimen la parte con los dedos para que salga la ventosidad que pretenden está allí detenida. La habilidad consiste en conocer el lugar en que está el dolor, y en no meterla mas ni ménos de lo necesario. Atribuyen á este remedio un efecto tan pronto como maravilloso, y dicen que los Ho-

landeses lo han adoptado en sus colonias vecinas al Japon. Yo no puedo creer lo uno ni lo otro, si no es mas que lo que parece por esta relacion que me han hecho de este modo tan bárbaro de curar.

El otro remedio del fuego no parece tan ridículo, y quizá no es increible que con él curen la gota y el reumatismo. El modo de aplicar el fuego es mas tolerable que el de la aguja: forman unas bolitas prolongadas de hilas de algodon, y aplicándolas á la parte doliente, las pegan fuego, el qual produce en aquella especie de estopa un calor moderado y tolerable. Por la disposicion de la cicatriz dicen que conocen quál debe ser el efecto del remedio. A veces lo repiten, si es necesario, y aun por tercera vez, si la enfermedad lo exîge. Este dolor no es comparable con el que causan los demas cáusticos, los quales no se aplican siempre en la parte afecta, ni aun en los parages mas cercanos, porque tienen sus precauciones y aforismos sobre esto, que es la parte principal de su ciencia. En los males de pecho ó de estómago algunos Médicos aplican el cauterio á las espaldas; en los dolores de costado, les queman las vertebras del espinazo &c. El paciente está sentado en el suelo, con las piernas cruzas, y el rostro apoyado sobre las manos. Esta operacion es tan co-

mun en el Japon, que las personas de ambos sexôs tienen siempre llenas de cicatrices las espaldas, como entre nosotros se ven las de las sangrías. Y así como entre nosotros hay gentes que usan de este remedio sin estar enfermas, he visto tambien Japoneses muy sanos que hacian uso de su cauterio, porque lo tienen por excelente preservativo contra todo género de enfermedades. Los niños, los viejos, las mugeres delicadas, los pobres y los ricos, en una palabra, todas las personas cuidadosas de su salud, se aplican el cauterio todos los meses, así como hay entre nosotros personas que se hacen sangrar por precaucion dos ó tres veces al año. En fin, todos los Japoneses están tan persuadidos de la eficacia de su remedio, que aun á los que están condenados á prision perpetua se concede licencia para salir con buena guardia, para hacerse quemar el espinazo con el *moxa*, que es el nombre que dan á este cáustico, cuyo origen dicen que proviene de la mas remota antigüedad. No es ménos estimado de los Chinos y de las demas naciones que comercian en el Japon: en casa de los libreros, y aun por las calles, se vende la receta para saber el modo de aplicar este cauterio.

Los Médicos Japoneses distinguen tres especies de viruelas, la seca, la confluen-

te, y la roxa. Esta enfermedad hace aquí terribles estragos, y el remedio ordinario es envolver al enfermo en un paño roxo. Quando enferma de viruelas algun Príncipe, cuelgan de telas de este color no solo su aposento y cama, sino que todos los que entran á verle, deben ir vestidos del mismo. El mal venereo es tambien conocido en estas islas, y le llaman el *mal Portugués*, porque ellos fueron los primeros que lo traxeron al Japon.

La Cirugía y la Farmacia no son aquí profesiones particulares como en Europa: los Médicos abrazan todos los ramos relativos á la curacion y salud de los hombres. Siempre van acompañados de un criado con una caxa llena de drogas, de donde sacan las que convienen al enfermo para curarle ó despacharle inmediatamente sin necesidad de Cirujanos ni Boticarios.

Estos Isleños no entienden de jurisprudencia, y así como todas las naciones de Oriente, tienen un medio muy expedito para obtener justicia: el pleyto se expone sin dilacion ante el tribunal que debe juzgarle; se oye á las partes, se exâminan los testigos y las circunstancias, y al punto se dá la sentencia. Muchas veces he admirado en los viages que hecho por este pais, la concision y laconismo de los edictos que fixan en los caminos principales: las órdenes del

Emperador se expresan con toda la brevedad posible ; no se dá el motivo de haber hecho tal ley , y el Emperador jamas dá razon de su conducta en sus edictos; creyendo que este modo es mas propio de su autoridad. Bástale que él mismo sepa las razones que le mueven para publicar sus órdenes y leyes , porque seria un delito de lesa magestad poner en duda su discernimiento.

CARTA LXXII.

Continuacion del Japon.

Esta es, Señora, la última carta que recibireis de Jedo, y probablemente del Japon, porque como debemos volver á Nangasaqui por el mismo camino, seria preciso repetir las mismas cosas. Voy á comunicaros otras particularidades, que son el fruto de mis conversaciones con los Japoneses, y de las excursiones que hemos hecho por las cercanías de esta ciudad.

Una atencion mas particular sobre las producciones naturales de este pais me ha hecho conocer varias plantas, que no habia observado en otras partes. Entre otras observé con cuidado el arbol del papel, el qual es una especie de moral, cuya corteza tiene varias propiedades apreciables: de ella hacen cordeles, mechas, telas, y sobre todo papel. Su raiz es fuerte y ramosa, su tronco recto y liso, sus ramas gruesas y cubiertas de hojas muy espesas. Produce una fruta rodeada de vello, de color purpureo, y de un gusto fastidioso. Este arbol crece con una prontitud increible, y solo con meter en

la tierra sus renuevos, prenden y echan al punto raices. He aquí el método que observan los Japoneses en la composicion de su papel. Cortan las ramas tiernas de tres pies de largo á lo ménos, y las atan en haces: los tienen en remojo por espacio de veinte y quatro horas en agua fria, y despues los ponen á hervir en lexía de ceniza. Luego que se enfrian, les quitan la corteza, hendiendo las ramas á lo largo, de la qual materia se hace el papel. La limpian con esmero, quitan la primera corteza, separan todas las partes nudosas y groseras, que ponen á parte para hacer el papel de estraza. Luego que está bien purificada la corteza, la hacen hervir en una lexía clara, y la menean continuamente, añadiendo de quando en quando de esta misma lexía. Despues que ha cocido hasta ponerse como una masa blanda, la dexan enfriar, la echan en una criba, y la comprimen continuamente con la mano. Luego que esta masa está bien labada, la extienden sobre una tabla de madera lisa, la baten con palos, y despues la meten en una cuba, mezclándola una infusion glutinosa de arroz, y de cierta raiz. Lo revuelven todo con una caña, hasta que resulta una substancia líquida, de la qual fabrican el papel. Es muy fuerte, muy blanco, y mas

suave que el nuestro. En el Japon se venden papelés pintados en pliegos muy grandes, que parecen telas de seda.

El arbol del barniz es diferente del de la China, tan comun en toda la India, y no se halla sino en el Japon. Por medio de una incision que hacen en el tronco, destila una goma blanquecina, que reciben en unas hojas muy delgadas, y despues las exprimen con las manos para sacar la materia mas pura y fluida. Con este licor mezclan algunas gotas de aceyte particular, y lo echan en vasos de madera, donde este barniz se conserva perfectamente. Se le dá el color roxo, mezclándole cinabrio de la China, ó una especie de tierra roxa, que se halla tambien en aquel pais. Los Japoneses lo aplican indiferentemente sobre toda especie de muebles, y aun en la vaxilla en que comen. El Emperador no usa de otros platos que de madera barnizada, los quales aguantan las comidas y licores mas fuertes, y los laban todos los dias sin que el barniz padezca la menor alteracion.

El pino y el ciprés son los árboles mas comunes en los bosques de todas estas islas, y con ellos construyen las casas y los navíos: hacen tambien de esta madera gabinetes, cofres, caxones, cubas, y toda especie de muebles. Las ramas sirven para el fuego: á nadie es permitido cortar un arbol sin

noticia del Magistrado, y los que consiguen esta licencia, deben siempre plantar otro arbol en lugar del que arrancan. La verdura perpetua del pino le grangea tanto respeto, que llega hasta atribuírsele influxo sobre la felicidad de la vida humana: con sus ramas adornan los templos y las pagodas en los dias festivos y de regocijo. Los Oradores hacen freqüentes alusiones á las propiedades de este arbol.

Como la naturaleza y situacion del Japon son poco favorables para la fertilidad, seria este pais uno de los mas miserables del Asia, si la industria maravillosa de sus habitantes no supliese la esterilidad del terreno. La necesidad, que tanto enseña, les ha obligado á inventar mil recursos ignorados de las demas naciones: aprovechan hasta las producciones incultas que se crian sobre los peñascos, en los arenales, y en el fondo del agua: comen algunas plantas venenosas, que saben despojar de su mala qualidad: todas aquellas cosas que se arrojan en otros paises, y que aun los mismos animales miran con hastío, son aprovechadas por estos Isleños, y contribuyen á su diaria subsistencia. No hay planta de las que nacen en el fondo de las aguas, que no se aproveche aquí para alimentarse: las mugeres de los pescadores son las que las preparan y las venden. Es admirable su des-

treza para cogerlas, sumergiéndose hasta 30 ó quarenta brazas de profundidad. Los Japoneses saben por medio del condimento, dar á estos alimentos tan groseros é insípidos un gusto agradable. ¿Podreis creer, Señora, que hacen un plato excelente con un musco que se halla sobre las conchas en las cercanías de Jedo? Despues de haberlo labado bien, le dexan secar, le pican muy menudo, le laban de nuevo, lo amasan, y forman una pasta gruesa, que ponen á secar al sol.

No solamente cultivan aquí todos los campos susceptibles de cultivo, sino hasta la cima de las montañas mas escarpadas; y si no pueden subir á ellas los bueyes, suplen las manos de los hombres, cargando con todas las fatigas de la labranza. El poco comercio que hacen con los estrangeros, los precisa á proveer á sus necesidades por medio de su trabajo. Los granos que principalmente se siembran en el Japon, son el arroz, el trigo, la cebada, y dos especies de habas. El arroz es de una especie infinitamente superior al de la India en la belleza y en la calidad: le cuecen y hacen de él una masa que les sirve de pan. La cebada es el principal alimento de los ganados y de los caballos, y tambien hacen de ella tortas, de que se hace mucho uso. El trigo es el grano ménos estimado; y las ha-

bas son despues del arroz el alimento mas usual de estos Isleños. Los rábanos crecen facilmente, y son de un tamaño enorme: esta es tambien una de las producciones de que se hace mas uso en el Japon, pero como se benefician aquí las tierras con estiercol humano, tienen un olor tan fuerte, que los Europeos no pueden sufrirlo; los comen crudos, cocidos, ó escabechados en vinagre.

Ademas de nuestras legumbres, que se dan bien en el Japon, hay una infinidad de otras peculiares de este pais, que nacen sin cultivo. Para abonar sus tierras estos labradores tienen siempre grandes montones de estiercol y de todo género de inmundicias, á lo qual añaden ropas viejas quemadas, y conchas de ostras, lo qual produce un estiercol excelente.

El Gobierno, atento á fomentar la industria de los labradores, concede la cosecha de dos ó tres años al que se toma el trabajo de desmontar un terreno inculto que no sea suyo: pero el que dexa de cultivar por un año su propio campo, pierde el derecho de propiedad, y el Gobierno lo adjudica al primer comprador. Aunque estos Isleños han conocido la grande utilidad de la agricultura, no han tratado de ennoblecerla, sino que aquí, como en otras muchas partes, hacen consistir la nobleza no

en los oficios útiles, sino en los que lisonjean y favorecen á las pasiones.

Todas las tierras se miden dos veces al año, la primera ántes de sembrarlas, y la segunda quando se acerca la cosecha. Están encargados de esta comision unos agrimensores nombrados por el Gobierno. Quando se acerca el tiempo de la cosecha, hacen segar un pedazo de terreno, y contando los haces que se cogen, calculan por aquí lo que debe producir toda la heredad. Esta precaucion es aquí muy necesaria, porque los arrendadores no pagan á los propietarios sino en granos, y á proporcion de lo que cogen. El uso ordinario es que el propietario percibe seis partes de diez, y las otras quatro son para el arrendador. Todas las tierras propias del Emperador están arrendadas en estos términos: la administracion de ellas está confiada á un Comisario, que cobra un derecho anual de sesenta por ciento, y lo restante pertenece al labrador.

El Japon produce abundancia de moreras, que sirven para criar gran cantidad de gusanos de seda, pero esta es grosera, y no sirve mas que para telas ordinarias y bastas. Se distinguen aquí varias especies de higueras, que se parecen bastante á las de Europa, y producen con tanta abundancia, que los pobres tienen en ellas una

provision que suple la escasez de otros alimentos. Las castañas son mas gruesas y mejores que las nuestras. No se conocen aquí las manzanas, y solamente se cria una especie de peras de un tamaño extraordinario que se comen cocidas. Se ven muchos nogales en las provincias septentrionales, pero como estas nueces tienen un sabor muy fuerte, solamente las aprovechan para extraer de ellas un aceyte excelente, casi tan agradable como el nuestro de almendras dulces. Hay muy pocas viñas en este pais, porque las ubas no maduran bien, pero hay muchas naranjas y limones. Todas las frutas roxas son insípidas, como tambien las que tienen hueso. Los campos, collados, valles y bosques presentan en la primavera el espectáculo mas ameno y variado, por la inmensa quantidad de flores que los adornan. Estas exceden á las nuestras en la belleza y en el brillo de los colores, pero regularmente carecen de fragancia. Lo mismo sucede en la mayor parte de las frutas; son agradables á la vista, pero no tienen olor ni buen gusto.

El Japon está tan poblado y bien cultivado, que las fieras tienen muy pocos parages desiertos en donde puedan vivir y multiplicarse libremente. No se ven aquí tigres, leopardos, ni animal alguno carnicero: los gamos, los javalíes, los osos y las

zorras, son casi los únicos habitantes de los montes. Por lo que hace á los animales domésticos, como los Japoneses no comen su carne, ni aun su leche, no es estraño que crien tan corto número de ellos, y éstos se reducen á bueyes y caballos, destinados para el cultivo de los campos, y para los carruages.

Por los mismos principios de la transmigracion crian muy pocas aves domésticas, y éstas solo por diversion: las únicas que he visto son gallinas, gallos y codornices. Tienen gran veneracion á estas últimas, porque los Japoneses estan persuadidos que estos animales miden el tiempo, y pronostican las mudanzas del ayre. La codorniz es una de las aves mas bellas del Japon, porque su pluma está variada con los mas bellos colores: el roxo sobresale al rededor del cuello, su cabeza está adornada con un penacho magnífico, su cola se eleva, y despues se encorba en la extremidad. Todas las especies de palomas son salvages, y no las crian en las casas, porque dicen que su estiercol se inflama, y causa incendios.

Entre los insectos de estas islas hay uno de singular belleza, que conservan como una alhaja preciosa: es una especie de mosca, cuyas alas adornadas con manchitas azules y doradas han inspirado á los poetas Japoneses una fábula graciosa. Dicen que

las mariposas se enamoraron de esta mosca, y que ella para librarse de sus importunaciones, las mandó maliciosamente con pretexto de probar su fidelidad, que fuesen á buscar fuego por la noche. Sus amantes, ciegos con la pasion, la obedecieron, y corriendo á todas las luces que encontraban, se quemaron, de donde les ha quedado á las mariposas esta costumbre.

El mar que rodea al Japon suministra á sus habitantes abundante alimento con la multitud de peces que encierra en su seno, y con la gran cantidad de ostras que arroja á su orilla. Se cogen tambien en él ballenas de varios tamaños, y no hay parte de este animal de que no saquen alguna utilidad. Comen su piel, carne é intestinos, y los conservan salados: de su grasa sacan aceyte, y de sus huesos una substancia cartilaginosa, de que se hace gran consumo: despues secan los huesos al sol, y los aprovechan para el fuego. Los nervios y tendones sieven para cordeles y otras obras; y de las demas partes hacen otros varios usos. Seria muy prolixo si hubiese de hacer enumeracion de todos los pescados que se cogen en los mares del Japon: solo haré mencion de uno, que es el enemigo mortal de la ballena, á la qual mata, introduciéndose por su boca, y comiéndole la lengua. Sus dientes son muy estimados, y

se ven muchos colgados en los templos y palacios como un grande adorno. Hay otro pescado, á que son muy apasionados estos Isleños, aunque pretenden que su carne es venenosa y mortal, á no limpiarla con mucho esmero. Los Japoneses quando están cansados de vivir, acuden á comer de esta carne, mas bien que á un dogal ó á un puñal. Luego que se come, causa un desmayo, despues convulsiones y delirio, y á esto sucede un vómito de sangre que quita la vida. Una ley prohibe esta comida á los soldados, que entre todos los vasallos del Imperio se tienen por los mas estimables, y cuya vida es mas importante.

Aunque aborrezco la costumbre de aquellos viageros que en sus relaciones no presentan mas que sucesos relativos á sus personas sin ninguna instruccion ni utilidad, y fastidian al lector contando si tuvieron buen ó mal tiempo en sus viages, como si esto pudiese interesar á nadie; no puedo ménos, Señora, de hacer mencion de las horribles tempestades que padecí, y de los terremotos que son muy freqüentes en el Japon. El clima de estas islas no es nada templado; el invierno es muy riguroso, y hace un calor intolerable en el estío. Las lluvias son muy abundantes en todas las estaciones, pero principalmente en los meses de Junio y Julio, que por esta razon se

llaman aquí *los meses del agua.* Sin embargo, si se ha de hacer juicio de estas islas por la duracion de la vida de sus habitantes, no se puede negar que su temperamento es excelente. Los hombres viven hasta una vejez abanzada; las mugeres son fecundas, y reynan aquí pocas enfermedades. En uno de nuestros viages nos mostraron una aldea compuesta de una sola familia, y todos sus habitantes eran hijos, nietos y viznietos de un solo hombre, que aun vivia, y estaba sano y robusto.

El mar del Japon está siempre agitado y sujeto á terribles tempestades, lo qual junto con sus muchos escollos, hace aquella navegacion muy peligrosa. Los Japoneses tienen tambien su Scila y Caribdis, esto es, dos simas horribles, cuyo ruido, que se oye á larga distancia, inspira el mayor terror, y suministra á los oradores y poetas un fondo inagotable de comparaciones y alusiones. En ningun otro mar se vé tan gran número de trompas marinas como en este, y los naturales las llaman *dragones del agua*, del qual fenómeno ya os he hecho en otra parte una larga descripcion.

Son espantosos los estragos que causan todos los dias en estas islas los terremotos, los quales son tan freqüentes, que casi no hacen impresion en los Japoneses, habituados á verlos, aunque á veces tras-

tornan ciudades enteras. Hace mas de medio siglo que la ciudad de Jedo fue casi arruinada por un terremoto, quedando sepultadas en sus ruinas mas de doscientas mil personas. Lo que hace este pais tan expuesto á esta calamidad, es la naturaleza sulfurea de su terreno, y la gran cantidad de fuegos subterraneos y de volcanes de que está lleno. De estas mismas montañas, de donde se ven salir llamas y humo, brotan muchas fuentes, unas frias, otras calientes, que sirven para curar varias enfermedades; pero los Bonzos, para sacar ganancia, las atribuyen tambien la eficacia de limpiar los pecados. Segun ellos, cada fuente no tiene virtud mas que para purificar de una determinada especie de pecado, y muestran á cada pecador la que es propia para limpiarse de su delito, por lo qual todos tienen que manifestarles las culpas que han cometido.

La calidad sulfurea del terreno tiene la ventaja de producir toda especie de metales y de minerales: pocos paises hay en que haya tanta abundancia de azufre, y esta es una de las principales riquezas de este Imperio. Se encuentra tambien mucho oro, ya en las minas, ya entre las arenas: la plata del Japon, si se ha de creer á los habitantes, es mas pura y de mejor aligacion que en ninguna otra parte del mun-

do. El cobre es el metal mas comun en el Japon, y con su producto se enriquecen varias provincias. Al contrario, el hierro es tan raro, que emplean el cobre en la mayor parte de los instrumentos que en otros paises se hacen de hierro. En las montañas hay varias especies de agatas, muchas cornalinas, jaspes, y otras piedras de esta naturaleza. En las costas se coge mucho ambar gris, que creen los Japoneses se engendra en las entrañas de la ballena, siendo una produccion del mar. Estos Isleños lo falsifican muchas veces mezclando la cascarilla del arroz pulverizada, y añadiendo estoraque, benjui y varios ingredientes. Aseguran que el ambar gris mezclado con el opio es un excelente confortativo para reparar las fuerzas perdidas; los Japoneses hacen de esta mezcla unas píldoras, que toman con freqüencia, y cuentan mil prodigios de sus efectos.

Querreis saber, Señora, quánta es la extension de este Imperio, que encierra tantas riquezas. Su longitud será de cerca de doscientas leguas de Francia, y su anchura, aunque muy irregular, no tiene por ninguna parte ménos de sesenta ó setenta. La Isla de Niphon ha dado el nombre á lo restante del pais; este nombre en la lengua del Japon, significa *nacimiento del sol*, porque esta nacion situada en la parte mas

oriental del Asia, imagina que el sol tiene su origen en aquella parte; y de esta palabra mal pronunciada formaron los Portugueses la de *Japon*. Las tres grandes islas que componen este reyno, están rodeadas de infinito número de otras pequeñas, algunas de las quales son fértiles, bien pobladas, y de bastante extension para formar provincias y gobiernos separados: otras son pobres, estériles, y aun absolutamente desiertas. Parece que la naturaleza, haciendo este pais casi inaccesible, y proveyéndole de todo lo necesario para la vida, y aun para el regalo, pretendió hacer un pequeño mundo separado é independiente de todo el universo. El Japon estuvo dividido al principio en siete provincias, y despues en setenta, gobernadas por otros tantos Señores: despues se hicieron otras subdivisiones, y actualmente se cuentan hasta setecientos distritos. Unos pertenecen directamente al Emperador, y componen su patrimonio; otros han sido dados á particulares, ó en feudo, ó en propiedad con título de Principados hereditarios. El Cubo se contenta con su patrimonio, sin exîgir ningun subsidio, á lo ménos en los tiempos ordinarios.

Ademas de las provincias que forman lo que se llama propiamente el Japon, hay otras regiones mas remotas, que

están baxo la dependencia ó proteccion de este Imperio, como son la tierra de Yeso, y la península de Kamschatka (1). La mayor parte de los viageros confunden estos dos paises, que sin embargo son muy distintos. La primera es una isla vecina del Japon, á la qual atribuyen todo lo que es propio de Kamschatka: la segunda, que está mas al Oriente, es parte del Continente de la Tartaria Rusa. Al Mediodia de esta península está la nacion de los Kuriles, ó los Kurislki; al Norte están los Korjakis, que se extienden tambien por toda la parte Occidental. Estos son tres pueblos particulares, dependientes ó vecinos de este Imperio que voy á describiros, y son los Yeseses, los Kuriles, y los Korjakis; los dos últimos ocupan un mismo Continente. No he estado en ninguno de estos paises, pero no tengo duda en dar crédito á la relacion que de ellos me han hecho un Japonés ilustrado, que ha vivido en Yeso, y un Ruso, encargado por la Czarina, de informarse de todo lo concerniente á la península de Kamschatka. Los Yeseses, segun el retrato que de ellos me ha hecho el Japonés, son hombres fuertes y robustos, pero salvajes, sucios, da-

(1) Véase sobre esto la adicion que se pone al fin de este quaderno.

dos á la pesca, que se alimentan casi siempre de pescado, muy diestros en el arco, y se dexan crecer el cabello y la barba.

El pais de los Kurislki, que algunos han creido estaba contiguo al Japon, aunque está separado de él por la Isla de Yeso y por un brazo de mar, está habitado por diversas naciones, algunas de las quales pagan tributo á la Rusia. La que los Rusos llaman Kuriles, se considera como una colonia de Japoneses; he aquí lo que me contó el Ruso sobre este particular. Esta nacion es muy pendenciera, y tienen las cabezas llenas de cicatrices de cuchilladas, efecto de su genio inquieto y colérico. Su barba, y cabellos largos les dan un aspecto salvaje y feroz; y á juzgar por su apariencia, se les tendria por salvajes ó vandidos; sin embargo, no hay gente mas humana con los estrangeros, ni mas circunspecta en sus modales. Siempre que se les trate con franqueza y familiaridad, se muestran muy afables y risueños. Los hombres y las mugeres se agujerean las orejas, en las quales los mas ricos ponen anillos de oro ó de plata. El trage de los dos sexôs consiste en batas largas de seda, de lino ó de algodon, bordadas de varias figuras. Cada hombre tiene dos mugeres, las quales se ocupan en hacer esteras, en coser los vestidos de sus maridos, en guisar

la comida, en traer en unos barcos pequeños la leña que cortan en los bosques, y conducen estos barcos á remo. Las que están de parto se separan de sus maridos, y habitan en una casa particular, donde no entran éstos por espacio de dos ó tres semanas. Los niños recien nacidos son muy blancos; las madres quando les dan de mamar delante de hombres desconocidos, ocultan con mucho cuidado el pecho. Las muchachas andan desnudas por el buen tiempo, pero quando encuentran á algun estrangero, manifiestan rubor, baxando la cabeza y cruzando las piernas. Las mugeres llevan á sus hijos sobre la espalda, colgados de una cincha que afirman en la frente. Sus vestidos son muy sucios, y casi jamás se los mudan, pero son muy aseadas en el comer y en sus casas, cuyo suelo está cubierto de esteras, sobre las quales duerme toda la familia. Su alimento mas ordinario es la grasa y el aceyte de ballena, varias hierbas, toda especie de raices, y algunas frutas silvestres.

Los Kuriles tienen zelos de los estrangeros, y si viesen que intentaban seducir á sus mugeres ó hijas, se arrojarian á las mayores violencias. A la muger, á quien se convence de adulterio, se la rapa la cabeza, para que todos la reconozcan por adultera: sus parientes y su marido tienen de-

recho para castigar al adultero, y este castigo consiste en quitarle las armas, y en despojarle siempre que le encuentren, sin que pueda defenderse. El vino es muy comun en este pais, y todos le beben con exceso. Esta nacion es muy perezosa, no cultiva la tierra, y no tiene mas ocupacion que la pesca ó la caza. Sus canoas son unos troncos de árboles ahuecados, á cuyos lados añaden algunas tablas para dar mas altura á los bordes: se embarcan en estas pequeñas canoas, y van osadamente á pescar ballenas, y otros pescados, los quales dan á los Japoneses en cambio de arroz, algodon, hilo, tabaco, pipas, seda, y otras cosas que no se hallan en este pais. La peletería forma otro ramo de su comercio, á lo qual añaden varias especies de plumas de aves, que colocan con primor en unas caxas, y son muy estimadas en el Japon. Son muy inteligentes y sutiles en lo tocante á su comercio, aunque son muy enemigos del hurto. Adonde quiera que vayan, llevan siempre su cuchillo y flechas para matar los osos, ciervos y otros animales que encuentran. Estas flechas son largas y bien trabajadas, con un harpon de caña á la punta, el qual tienen la detestable costumbre de untar con veneno quando van á la guerra. Quando quieren matar á un prisionero, le tienden en el sue-

lo, dos de ellos le tienen asido por los brazos, y otros dos por las piernas, y el que ha de matarle, viene danzando, con una maza guarnecida de hierro en la mano, y descarga muchos golpes sobre la cabeza y pecho del infeliz. Este mismo suplicio se executa á veces contra los que sorprenden con sus mugeres ó hijas.

Esta nacion tiene una idea muy confusa de Dios: adora al sol y á la luna, á los quales tiene por autores de todos los bienes. Sin embargo, reverencia á un Rey invisible, á quien dice que pertenecen las montañas, los bosques, los mares y los rios, pero no le dá un culto arreglado, y no se vé allí ningun Sacerdote, ni práctica exterior de religion. Solamente se ha observado, que quando beben junto al fuego, echan algunas gotas de agua en varios parages del hogar en forma de ofrenda. Clavan tambien en tierra unas varas, en cuya punta ponen unas vanderas pequeñas, y cuelgan de estas mismas en sus casas. Estas no tienen regularmente mas apoyo que unos troncos de árboles fixados en tierra; por los lados las cierran con tablas, y el techo está cubierto con cortezas. No tienen mas altura que unos dos estados, y las puertas son tan baxas, que es preciso encorbarse para entrar. En el techo abren un agujero para dar salida al humo del hogar,

que está siempre en medio de la choza.

Entre los Kuriles no se vé ninguna policía ni forma de gobierno, ni especie de subordinacion. No conocen el uso de la escritura, y la historia del pais pasa de unos en otros por tradicion verbal, la qual es muy limitada.

Los Korjakis, establecidos en la parte Septentrional de la tierra de Kamschatka, son mas sucios, asquerosos y groseros, que los Kuriles. He aquí un hecho que os parecerá increible, y que me lo aseguró el mismo Ruso: se sirven de una especie de cubeta para las necesidades naturales, y quando está llena, la vacian, la limpian, y traen en ella agua para el gasto de la casa. Una familia entera duerme amontonada y desnuda baxo un gran cobertizo. Los Rusos que comercian con ellos, les llevan una especie de seta, que cambian por pieles de armiño, de martas, zorras, comadrejas, y otros animales. Los mas ricos hacen gran provision de estas setas para el invierno: quando se dan algun banquete unos á otros, las echan en un vaso, las dexan en remojo en agua, la qual ponen á herbir, y componen un licor que los embriaga. Los pobres que no pueden adquirir estas setas, van á las chozas de los ricos, y esperan á que éstos vayan á orinar para recoger los orines en una escu-

dilla de madera, y los beben con ansia, porque conservan el gusto de las setas, y aun dicen que embriagan como el mismo licor. Por primavera y estío recogen gran cantidad de pescado, lo almacenan en unos hoyos que hacen en tierra, y los cubren con cortezas. Quando presumen que está corrompido, le sacan para su gasto ordinario, le cuecen en agua, y le tienen por un manjar delicioso: pero su hedor es tan grande, que los Rusos que comercian con ellos, aunque no son delicados, no pueden sufrirle.

Los Korjakis son de un caracter sencillo y sin malicia: tienen mágicos, pero no adoran ídolos: sin embargo, quando van á caza, piden al Sér Supremo que bendiga sus trabajos. Sus chozas no están construidas sobre la tierra, sino elevadas sobre quatro pilastras para librarlas de la humedad, de las inundaciones y de las fieras. Suben por una escalera hasta el techo, en el qual hay una abertura por donde baxan á estas raras habitaciones.

Este Caballero Ruso me ha asegurado que el pais de Kamschatka confina con la América por un istmo lleno de montañas escarpadas, y casi inaccesibles, y cree que por allí pasaron los primeros hombres á poblar el nuevo mundo. Otros pretenden que entre Kamschatka y la América hay un

brazo de mar, y que este es el paso que hace tanto tiempo se buscaba para ir desde el mar del Norte al gran Océano Indico.

Pero volvamos al Japon, del qual Imperio tengo aun algunas particularidades que referiros. Hay en esta nacion una diferencia de estados y condiciones mas sensible y notable que en ningun otro pais del Oriente. La nobleza ocupa el primer lugar, la qual se puede dividir en tres clases, que son los Príncipes, los Magistrados, y los simples nobles. Los primeros tienen la mayor representacion, y poseen la mejor parte de las tierras del reyno: de los segundos se eligen los Ministros de Estado, los Gobernadores de las provincias, los Administradores de rentas &c.: los terceros se destinan al servicio de los Príncipes y Gobernadores, tienen empleos subalternos en palacio, ó sirven en los exércitos. Quando los nobles salen de sus casas, van acompañados de una numerosa comitiva de criados, de los quales uno lleva el parasol, otro el sombrero, otro el abanico, y en fin, cada qual algun mueble para el uso de su amo. Los que obtienen algun grande empleo, van precedidos de un Oficial, que lleva una pica levantada; esta distincion es peculiar de los Magistrados. Los Principes y los Grandes tienen otras prerogativas: su comitiva es siempre muy numerosa, prin-

cipalmente quando viajan, y á veces van acompañados de 150 hombres.

Los Sacerdotes forman una clase á parte, que es muy estimada, y se tiene por de órden superior; pero como son pobres, y no tienen ningun influxo en el gobierno, viven en la obscuridad. Los mercaderes, artesanos y labradores forman otra clase; estos últimos son muy miserables; y pueden considerarse como los esclavos de los nobles. En la misma clase se pueden contar los soldados, que por la mayor parte son como esclavos, obligados á seguir á sus amos á la guerra. Hay comerciantes muy ricos en el Japon, pero su profesion es despreciada; y en conseqüencia de este modo de pensar acerca de los Comerciantes, los Holandeses y los demas estrangeros que van á comerciar al Japon, son mirados con desprecio. En vano se esfuerzan en distinguirse por sus riquezas, y por cierto ayre de ostentacion, que procede de la opulencia, pues los nobles no permiten que los mercaderes se familiaricen con ellos.

Cada persona muda varias veces de nombre durante su vida: en la niñez tienen uno, al salir de la adolescencia les ponen otro, y en la vejez toman otro distinto. Si consigue alguna dignidad en el Estado, si pasa á otra clase, se le condecora con otro. Estas mutaciones de nombres, que

se hacen siempre con grandes ceremonias, causan mucha confusion en la historia de esta nacion, y ocasionan á veces embarazos en la Sociedad.

Entre las varias clases de ciudadanos, hay en el Japon muchos que cultivan las letras, y algunos han hecho progresos. Estos Isleños se distinguen en la eloqüencia y poesía: sus oradores tienen un talento particular para excitar los afectos, y es muy comun arrancar las lágrimas del auditorio. Sus versos tienen bastante gracia, y lo que os he dicho de sus dramas, prueba que no carecen de talento para este género de literatura. En sus bibliotecas se encuentran muchos libros de historia, de moral, de religion, de medicina, de agricultura y de algunas partes de la historia natural. Los Bonzos y los Sacerdotes son los que mas se aplican al estudio de las letras, como sucedia en los siglos de barbarie en Europa: en todas las provincias tienen colegios adonde vá á estudiar la juventud.

La música es tan imperfecta en el Japon como en la China: su canto es tan desagradable, que los oidos de los Europeos no pueden acostumbrarse á ella. Esta nacion tiene varias especies de instrumentos de ayre, tambores, címbalos, campanillas &c. La pintura ha hecho muy pocos progresos en el Japon: tienen un conocimien-

to muy imperfecto del diseño y de la perspectiva, y si juzgais de sus quadros por algunos papeles pintados que vienen de aquel pais, no formareis una idea muy ventajosa del talento pintoresco de estos Isleños. Sin embargo, ha hecho algunos progresos en el colorido, y pintan medianamente los animales y las flores. En las artes mecánicas han mostrado mas talento: trabajan con bastante primor el oro, la plata, el cobre, el hierro, el marfil y la madera. Sus telas y obras barnizadas sobrepujan á las de la China, pero se puede decir que se han aprovechado aun ménos que éstos de los conocimientos que les han llevado los Europeos. El caracter feroz y sanguinario de los Japoneses no permitió mas tiempo á los Apóstoles del Evangelio que para anunciarle: el genio dulce y pacífico de los Chinos dió á sus Misioneros espacio suficiente para manifestar juntamente con su zelo sus talentos en las artes y ciencias.

Ya os he dicho, Señora, que los Chinos pretenden no se fabrica porcelana en el Japon; pero ved aquí lo que sobre este particular me dixo un Japonés muy instruido. »No hay duda, me dixo, que toda la porcelana de que usamos, no está fabribricada en el Japon, pues compramos mucha á los Chinos; pero nosotros tenemos tambien nuestras fábricas de ella en la pro-

vincia de Figen. La materia que emplean nuestros artífices, es una arcilla blanquecina que se encuentra abundantemente en las montañas. Aunque naturalmente es muy pura, exîge sin embargo que la laben y amasen para adquirir la transparencia; y este trabajo es tan penoso, que ha dado motivo á un proverbio que dice, que los huesos humanos son uno de los ingredientes de esta porcelana. Bien sabeis, añadió, que nuestra antigua porcelana es mas estimada que la de la China, y que justamente merece esta preferencia; pero la que se fabrica actualmente está muy distante de tener la misma belleza, lo qual prueba que se ha perdido el secreto de prepararla. Pero tenemos otros vasos mas preciosos aún que los de esta antigua fabrica, llamados *maatsubos*, que tienen la propiedad no solamente de conservar el thé, sino tambien de aumentar su virtud. El Emperador tiene gran cantidad de ellos en su tesoro, y todos los Señores procuran adquirirlos á toda costa. Su figura se asemeja á la de un barril pequeño, excepto el cuello que es muy estrecho, lo qual los hace tan propios para conservar el thé, como si se hubiesen hecho de intento para esto: son de una tierra transparente, muy fina, y de un color blanco que tira á verde. No se sabe su origen, pero he aquí la tradicion del pais.

Dicen que estos vasos se fabricaban antiguamente en una isla, llamada Mauri, dependiente del Japon, y situada en la cercanía de Formosa; y añaden que esta isla famosa por sus riquezas, y principalmente por su porcelana, fue sumergida por el mar. Lo cierto es que se encuentran aun de estos vasos en las cercanías de Formosa en una bahía muy poco profunda, donde los buzos van á buscarlas: esta bahía está sembrada de peñascos, los quales se descubren quando el mar se retira. Puede muy bien haber sucedido, continuó el Japonés, que algunos navíos cargados de porcelana hayan naufragado en este parage. Quando sacan estos vasos del mar, están cubiertos de conchas, corales, y otras producciones marinas, que se les pegan: son raros los que se conservan enteros, pero los artífices los componen con tanta habilidad, que apenas se distingue la rotura. Sin embargo, cuidan de dexar algun parage sin pulir, para prueba de que no son contrahechos. Algunos se venden á peso de oro."

En el Japon se sirven de los mismos caractéres para escribir que en la China, y el modo de imprimir es casi el mismo en ambos Imperios. Por lo que hace á la lengua, la de los Japoneses parece original y primitiva, sin ninguna analogía con las demas que se hablan en el Oriente, á ex-

cepcion de algunas palabras que ha tomado de su vecinos. Su pronunciacion es en general limpia, articulada, suave y sonora. Escriben con un pincel de derecha á izquierda; pero al adoptar las letras y el método de los Chinos, han añadido muchos acentos, y otros signos que sirven para distinguir las palabras.

Estos Isleños no han hecho mas progresos en el arte de la navegacion, que en las otras ciencias que exîgen conocimientos geométricos y astronómicos. No hay cosa mas miserable que su marina: los navíos de mas porte son bastimentos mercantiles, que no se atreven á separarse de las costas. Su construccion es tan fragil, que al levantarse un viento recio, es preciso acogerse á un puerto, y como las ensenadas son tan freqüentes en las costas del Japon, casi siempre tienen lugar para retirarse. La razon de esta marina tan imperfecta es que los Emperadores quieren quitar á sus vasallos hasta el deseo de emprender viages largos, impidiéndoles por este medio que abandonen su patria. Como creen que pueden pasar sin el socorro de los géneros de otros paises, todo su comercio se reduce á lo interior. Sus comerciantes son en extremo activos é industriosos, y son inumerables las ciudades comerciantes y opulentas en este reyno. Los Portugueses, que fueron

los primeros que arrivaron á este Imperio, sacaban al principio las mayores ganancias de este comercio. Llevaban infinitas bujerias, que los Japoneses compraban con ansia, porque no conocian su poco valor, y las pagaban á qualquier precio. En los primeros quarenta años que comerciaron en el Japon, sacaron inmensas riquezas, pero su decadencia empezó luego que llegaron allí los Holandeses, los quales arruinaron su comercio y el Christianismo. Las principales mercaderías que los Holandeses llevan al Japon, consisten en sedas de la China, de Tunquin, de Bengala y de Persia; telas de seda, de lana, de algodon, sacadas de la costa de Coromandel, y otros varios parages de la India; paños, xergas y otras telas de Europa; palo de tinte, peletería, pimienta, azucar, clavo, nuez moscada, y otras drogas: alcanfor, azogue, cinabrio, alumbre, plomo, salitre, espejos, anteojos, reloxes, y otras muchas mercaderías Europeas. En cambio reciben oro, plata, cobre, gavinetes barnizados, caxas, parasoles, pieles de pescados, pedrería, papel pintado, juncos, arroz, frutas en conserva, y varias especies de thé.

La Compañía Holandesa paga á la Ciudad de Nangasaqui un derecho de quince por ciento, el qual se reparte entre los vecinos para recompensarlos de las incomo-

didades que les causa el comercio estrangero, el qual en efecto les es muy gravoso por las corbéas rigurosas y trabajos personales á que los obligan. Esta reparticion es desigual, y á cada uno se le recompensa á proporcion de las obligaciones mas ó ménos penosas que se exîgen de ellos. Entre los efectos que los Holandeses sacan del Japon, todo lo que tiene la figura de un ídolo, todos los libros impresos, todos los papeles y metales que representan algunos caractéres Japoneses, la moneda, las telas que se fabrican en el pais, y principalmente las armas y todo lo que tiene su figura, son géneros de contravando, y estos fraudes se castigan con pena capital.

No me acuerdo si os he dicho, que los habitantes de Lieuckieu, como tambien los Chinos son los únicos que tienen parte en este comercio con los Holandeses. Los Ingleses tuvieron en el Japon un establecimiento, pero no quisieron permitirles continuasen en él, por causa de sus enlaces con los Portugueses. Mr. Colbert pensó en fundar allí una factoría, pero este proyecto no llegó á execucion. La ley que prohibe la entrada á todo navío estrangero en el Japon, muestra la debilidad de este Imperio, ó á lo ménos el poco talento de los que le gobiernan: porque si los puertos estuviesen bien guardados como en Eu-

ropa, ¿ qué tenia que temer una nacion tan numerosa y valiente como la Japonesa? Por lo demas, los Chinos están sujetos á unas órdenes tan rigurosas como los Holandeses, y no gozan de la menor libertad. Su comercio se reduce á cierta cantidad de mercaderías, y mientras permanecen en Nangasaqui, están encerrados en un espacio muy estrecho. Solamente permanecen en esta habitacion, que pagan muy cara, el tiempo que dura la venta de sus géneros, lo qual sucede tres veces al año, en la primavera, estío y otoño. No tienen ningun Agente ni Director que resida en el Japon, como los Holandeses. Concluida la venta, todos se embarcan, y la factoría queda desierta. Sus principales cargamentos consisten en seda, algodon, azucar, y en todo género de drogas aromáticas y medicinales. Tambien hacen gran tráfico de libros de filosofia y de moral, pero ántes de presentarlos para la venta, son exâminados con la mas severa atencion por los Censores públicos, cuya principal obligacion es impedir que entre los libros estrangeros no se introduzca alguna obra que trate del Christianismo. En vez del derecho de quince por ciento, que pagan los Holandeses, los Chinos pagan un sesenta por ciento, y se les obliga á emplear en cobre y en otros géneros del pais, todo el producto de su

venta, no siéndoles permitido extraer moneda.

Lo que llaman barras del Japon es una especie de moneda de plata de muy mala forma, cuya variedad no es menor en el peso que en la figura y en el sello. Las mas considerables son de siete onzas, y las menores de adarme y medio. Las monedas de cobre se ensartan como en la China, en varias quantidades, hasta la suma de seiscientas, que equivalen á cosa de quatro ó cinco pesetas. Todo el oro que los Japoneses convierten en moneda, es casi de la misma ley que el nuestro: las piezas mayores pesan una tercera parte de las grandes, y todas tienen diferentes sellos.

Solo me resta, Señora, deciros algo del trage de los Japoneses, en lo que se diferencian muy poco de los Chinos. Este trage consiste en una túnica suelta, mas ó ménos larga segun la calidad de las personas, pero que en los Señores principales es generalmente de ricas telas de seda con flores de oro y plata, las quales se fabrican de intento para su uso. Sobre esta primera túnica se pone otra ú otras, al modo de unas chupas muy largas, y se las sujetan por el pecho con un largo cinturon. Las túnicas son muy anchas, con las mangas y la cola muy largas. Los calzones, que pasan de las rodillas, unos botines cortos, y unos pantuflos barnizados componen el res-

to de su trage. Todos llevan sus abanicos que pasan de la cintura, pero su principal adorno es el sable y el puñal, cuyos puños y baynas están guarnecidos de preciosa pedrería.

La gente comun gasta una túnica que no pasa de la mitad de la pierna, y sus mangas no baxan del codo. En el invierno usan botines y sandalias de cuero, junco ó madera, y en las demas estaciones del año van descalzos de pie y pierna, y se ciñen el vestido con un cinturon. Los Japoneses no usan de sombrero, á no ir de viage ó estar en la guerra, y los principales se rapan lo alto de la frente, dexando crecer el cabello del casco, al contrario de los plebeyos que dexan crecer el pelo delante de la cabeza, ó sobre la frente, y se rapan lo demas, dexándose solo un mechoncillo como los Chinos. Se arrancan la barba con pinzas al paso que vá creciendo.

Las Japonesas visten casi del mismo modo que los hombres, pues llevan tambien su túnica flotante, con una cola muy larga, y sobre ella una infinidad de jubones, porque en esto se distingue la calidad de las personas; y así es que aseguran que las mugeres de la mas alta condicion usan hasta treinta, bien que son de una tela por lo comun tan delicada y fina, que son necesarias muchas para formar un grueso con-

siderable. El ceñidor ó cinturon es muy ancho y sembrado de flores perfectamente trabajadas. Las solteras lo atan por la espalda, y las casadas por delante, y todas se peynan el cabello, aunque no de un mismo modo, pues en él manifiestan su edad y nacimiento. Las del estado plebeyo lo llevan recogido en rodete sobre lo alto de la cabeza, atravesando una aguja. Las damas principales lo atan por detras, y lo dexan pendiente en trenzas. Un poco mas baxo de la oreja izquierda se ponen un rascamoño largo hasta cerca del rostro, y en la extremidad de él un diamente ó una perla pendiente, lo que no quita el que se adornen con pendientes y perlas en las orejas.

De todo lo que os he dicho, Señora, podeis formar una idea muy particular de esta nacion, recopilando las particulares circunstancias que forman el caracter de ella. Consideradla acantonada en un rincon de nuestro globo, cerrando su Imperio á la comunicacion de todos los pueblos de la tierra, que repele con violencia á todos los viageros que se le presentan, que condena á una prision perpetua á los que las tempestades arrojan á sus costas, que impone á los habitantes la pesada ley de no salir jamas de aquel recinto, y en una palabra, que renuncia á toda especie de comercio con

las demas naciones, y que de todos modos rompe los nudos de la sociedad y alianza que debe haber entre todos los hombres. La causa de aborrecer tanto el comerciar con los estrangeros, es que se creen bastante laboriosos y ricos para sobrepujar á las naciones; bastante poderosos y valientes para juzgarse seguros de los insultos de sus enemigos. El Japon es sumamente poblado, y casi parece increible que en tan corta extension se pueda acomodar tan inmensa multitud de habitantes, y proveer á su subsistencia. Los espaciosos caminos están poblados de villas y aldeas, que se tocan unas á otras; apenas se sale de un pueblo se entra en otro; y hay parajes donde en muchas leguas no se encuentra el mas pequeño espacio despoblado. A mas de esta multitud de gente, que abunda en lo interior del reyno, están tan pobladas las costas del mar, que podria justamente conceptuarse que toda la nacion se hallaba establecida en ellas, y que el interior del Imperio está desierto. El Japon contiene muchas ciudades; pero las dos principales llamadas Méaco y Jedo pueden competir con las mayores del universo. Los Japoneses son tan guerreros, que su esfuerzo toca en temeridad; desprecian los peligros, y léjos de temer la muerte, se la dan ellos mismos con muy ligero motivo: y por tanto unos

hombres de esta clase no es facil se dexen vencer. Por otra parte, estan tan bien fortificadas estas Islas, por su natural posicion, que nada tienen que temer de los pueblos vecinos. La naturaleza, como os he dicho, las ha rodeado de un mar tan borrascoso y lleno de escollos que las hace casi inaccesibles. Las costas son allí sumamente escarpadas, y no hay mas que un solo puerto donde puedan anclar los navíos mercantiles con seguridad, que el que llaman de Nangasaqui cuya entrada es muy peligrosa. Los Tártaros que han conquistado la China, y sujetado muchos paises ya en Asia, ya en Europa, han intentado muchas veces, aunque inutilmente, subyugar á estos isleños; pero no hay esperanza de que los Japoneses lleguen jamás á rendirse á los esfuerzos de otras potencias. La China que es la única á quien pudieran temer, es demasiado debil para semejante empresa: y el Emperador que actualmente gobierna en ella, está ya tan agobiado con el peso de la edad, que no puede cuidar de extender sus límites mas allá de los mares. La antigua paz que disfrutan los Japoneses no será bastante á producir en ellos aquella inaccion, que con el tiempo suele degenerar en afeminacion; porque su espiritu guerrero y su grandeza de ánimo, transmitidos de padres á hijos, parece los preservará siempre de ella. Ge-

neralmente acostumbran á los niños desde la cuna al ruido de los instrumentos bélicos, y todas las canciones con que se les arrulla, son de hazañas militares. Los primeros libros que ponen en sus manos son los que contienen las historias de sus héroes, y principalmente de aquellos que se dieron á sí mismos la muerte, pues entre ellos esta es la mayor prueba de valor. Añadid á esto, Señora, el fino temple de sus armas que manejan con particular destreza; y son tan esmerados en su conservacion, que les está prohibido con pena de muerte el venderlas á los estrangeros ó sacarlas fuera del reyno. Finalmente estos pueblos son laboriosos, acostumbrados al trabajo, y á mantenerse con poco. Ya os he dicho que una infinidad de cosas despreciables á la mayor parte de las otras naciones, forman sus mas delicados manjares y comidas: con algunas plantas comunes, malas hierbas marinas ó unas ostras, se dan por satisfechos. El agua es su mas comun bebida; llevan la cabeza y las piernas desnudas, y duermen en el suelo, ó quando mas sobre una estera, sin mas almohada que un pedazo de madera.

Para evitar las sediciones, que ó bien la ociosidad, ó bien la indigencia pudieran producir, tiene el Príncipe gran cuidado de emplear una considerable porcion de sus vasallos en los trabajos públicos. Cien mil obre-

ros que se mudan y relevan de tiempo en tiempo, se emplean diariamente en la construccion ya de Templos, ya de Palacios, ya de caminos, ya de toda especie de edificios y obras públicas. La naturaleza parece ha dado á este pueblo con particularidad un cuerpo apto para el trabajo, y un ingenio capaz de las mas extraordinarias invenciones; y además los Japoneses tienen sin salir de su continente, las producciones útiles y agradables que pueden apetecer: pues allí se halla todo género de metales y de minerales: el azufre, la arcilla para fabricar el ladrillo, toda especie de alfarería; el cristal, las piedras preciosas, maderas de construccion, grande cantidad de granos, legumbres, plantas, y drogas medicinales, todo lo tienen en abundancia. En quanto á las artes mecánicas, el Japon abunda de todos los necesarios materiales para la industria.

Por lo tocante á las leyes, la mas digna de admiracion, es la que prohibe la entrada de los estrangeros en el Reyno: pero aunque á primera vista parece demasiado rigurosa, no se puede negar, que es fundada en buena política, atendiendo al caracter de los habitantes, y á la forma de gobierno que los Emperadores se han propuesto mantener. Porque juzgan, no sin algun motivo, que los viages de los Japoneses á otros pueblos, ó los de los habitadores de estos al

Japon son perjudiciales á la tranquilidad del estado, como capaces de introducir nuevos usos contrarios á las costumbres é índole de la nacion. Luego que se cerró el Imperio, nada sirvió ya de obstáculo al despotismo de los Cubos, ni estos tuvieron que temer desde entónces la ambicion de los poderosos que habian sujetado, ni la rebelion del pueblo que vive esclavizado baxo el yugo de la obediencia, ni los consejos, auxîlios y seducciones de las potencias estrangeras. Desde aquella época establecieron una policía exâcta y rigurosa en las ciudades y en los campos; reformaron las antiguas costumbres, y en su lugar introduxeron otras nuevas; inspiraron á sus vasallos la actividad y el amor á la industria; velaron sobre la conducta del pueblo, le contuvieron dentro de los límites de sus deberes por medio de infinitos inspectores, y rígidos magistrados dedicados á contenerle; en una palabra, lograron establecer el gobierno mas absoluto y cruel que se conoce en todo el universo, manteniendo al pueblo en la ignorancia, y privándole de todos los medios de sacudir un yugo tan duro.

CARTA LXXIII.

La Coréa.

Deseoso, Señora, de correr la Tartaria, emprehendí mi viage embárcandome en Nangasaqui, con designio de atravesar el Reyno de Coréa, que, como sabeis, está muy inmediato al Japon. Pero nos costó mucha dificultad abordar á ella, por la multitud de peñascos, y bancos de arena que la rodean, y hacen su entrada sumamente dificil y peligrosa. Sin embargo tomamos tierra en ocasion muy favorable; pues con motivo de llegar entónces un Mandarin Tártaro en calidad de enviado del Emperador de la China, á quien habia yo tratado en Pekin, me permitió incorporarme con su comitiva, asociándome á un Mandarin de segundo órden, y á un Misionero Capuchino. Entramos pues juntos en la capital llamada *Kin-ki-tau*; y noté en ella no sin particular admiracion, que quando el Emperador de la China envia algun Embaxador á Coréa, vá el Rey en persona á recibirle fuera de la ciudad, acompañado de una considerable multitud de guardias, y de cortesanos: y al contrario los Embaxadores de Coréa en la

China no reciben mas que una pequeña distincion. Estan obligados á ceder el paso á los Mandarines de la primera, y aun de la segunda clase: se aloxan en una casa particular, donde parece estan detenidos como en una prision; y no salen de ella sino con una guardia que dé quenta de todas sus acciones. Bien es verdad que tampoco en Coréa tienen mayor libertad los Embaxadores de la China, aunque se les trata con otra distincion. Todo el distrito que hay desde el aloxamiento de aquellos, y el Palacio Real está poblado de soldados únicamente destinados á pasar de mano en mano los partes que se remiten á cada instante al Príncipe, para que tenga noticia de todas las operaciones de los enviados. Estos villetes los arrojan por las ventanas de sus alojamientos, y contienen la relacion mas puntual de sus acciones y palabras: cuyas prevenciones y desvelos se dirigen á precaver las secretas inteligencias que podrian tener sobre la administracion del gobierno.

Al principio como reputado por uno de los de la comitiva del Embaxador, sufrí la misma opresion; mas poco á poco fue relaxándose el rigor de su observancia, y al fin logramos la misma libertad que los demas habitantes del pueblo. El oficial que nos acompañaba los primeros dias, y que vituperaba el rigor con que se tratan reciprocamente es-

tas dos potencias, se admiraba mucho mas de esta mutua confianza, porque los Chinos y los Corenses habian antiguamente estado tan unidos, que formaban, por decirlo así, una sola nacion. "Los mas versados en nuestra historia, me decia el Oficial, suponen que el primero que gobernó este Imperio, era sobrino de un Emperador de la China, y dan tanta antigüedad á esta época, que la hacen pasar de tres mil años. Este Príncipe civilizó, é hizo política á la Coréa introduciendo en ella las leyes de su país. Sus descendientes reinaron en ella cerca de novecientos años; y despues los Chinos conquistaron este país, que hicieron tributario, dexando á nuestros Reyes unicamente el nombre ó título de *Gobernadores*. Nuestra Monarquía despues de su caida volvió á levantarse; pero con la obligacion de pagar cierto tributo al Emperador de la China. Este Reyno ha padecido otras muchas revoluciones, sufriendo alternativamente la suerte, ya de esclavo, ya de independiente de la China, y casi una continua guerra con esta nacion. Los Japoneses y los Tártaros han subyugado tambien una parte de nuestras provincias, y los primeros poseen aun en el dia un pequeño terreno situado en las fronteras marítimas mas próxîmas á sus Islas. Pero sobre todo lo mas vilipendioso á nuestra nacion es el homenage que nuestros

Soberanos prestan todos los años al Emperador de la China, quien tiene el derecho de confirmar á nuestros Soberanos en su elevacion al trono, en cuyo caso son enviados Mandarines para conferirles el título de Reyes. Estos reciben de rodillas semejante investidura, y pagan por ella una cierta suma: y por último punto de abatimiento, el nuevo Rey no puede dar á su muger la qualidad de Reyna sin que preceda el consentimiento de la Corte de Pekin: y para que veais á que extremo llega esta vergonzosa dependencia, os quiero manifestar la copia de una súplica hecha en tiempos pasados al Emperador *Cang-Hi*, por uno de nuestros Soberanos."

Al decir esto, echó mano nuestro Oficial de una cartera, y entre varios papeles sacó uno concebido en los términos siguientes: "Yo, Señor, vasallo vuestro, (así escribia el Rey de Coréa al Emperador) Yo, Señor, vuestro humilde vasallo, soy el mas desgraciado de los hombres. He vivido muchos años sin heredero, hasta que por fin tuve uno en cierta concubina, á la qual creí deber hacer mas afortunada con este motivo. De esta desgracia me han provenido, Señor, todas las demas. Obligué á la Reyna, mi esposa, á retirarse, y dí su lugar á mi concubina, segun os manifesté entónces. Pero reflexîonando que fue creada Reyna por

V. M., que gobernó mi familia dilatado tiempo, que me asistió en todos mis sacrificios, que ha servido muy particularmente á la Reyna mi madre, y que ha derramado muhas lágrimas en pocos años; he reconocido que debí tratarla con mas honor. Por lo tanto desearia, Señor, restablecerla en su antigua dignidad y alteza, restituyendo á mi concubina á su primitiva condicion. Por este medio reinará el buen órden en mi familia, y tendrá principio feliz en mi Reyno la reforma de las costumbres. Yo, Señor, vasallo vuestro, aunque por mi ignorancia, y estupidez he mancillado el honor de mis predecesores, he servido á V. M. por espacio de 20 años, y soy deudor de quanto tengo á vuestra bondad, mi único refugio y proteccion. No tengo negocio alguno secreto para vos, y por lo tanto he tenido dos ó tres veces el atrevimiento de poner esto en vuestra consideracion. Me causa rubor, á la verdad, exceder los límites de mi obligacion, mas como media el bien de mi familia, y los deseos del pueblo, he creido poder presentar esta súplica á V. M. sin ofensa del respeto que se le debe."

Esta peticion fue remitida al Tribunal de Ritos, que reputó por justa la demanda; y en conseqüencia diputaron ciertos Comisarios á Coréa, para restablecer la Reyna á su antiguo puesto, y destituir de él á la

concubina. En este Tribunal se exâminan todos los escritos que el Rey de Coréa dirige al Emperador de la China; y si hallan en ellos algunos términos ménos decorosos, imponen al Príncipe tributario una multa proporcionada á la falta cometida. Sin embargo, á pesar de esta extremada sumision á un Monarca estrangero, no son los nuestros por eso ménos absolutos en sus estados. Ninguno de sus vasallos, sin exceptuar aun los mas altos personages, tienen propriedad sobre ninguna tierra. El Rey las reparte á su arbitrio á quien le parece, y por el tiempo que juzga á propósito: y despues del fallecimiento de los usufructuarios vuelven al dominio real.

El Consejo del Rey se compone de los principales oficiales de mar y tierra. Sus Ministros se juntan todos los dias en su Palacio; pero ninguno tiene derecho de dar dictamen sino le preguntan, ni mezclarse en negocio alguno sin ser consultado. Ellos pueden tener la seguridad de permanecer en sus empleos miéntras que su conducta sea irreprehensible; pero si se desvian de su deber, pierden sus tierras y sus honores, lo qual nunca pasa en herencia á sus hijos, como quiera que los padres se hayan portado en sus empleos. Lo mismo se practica con los demas oficiales de Palacio, los quales nunca dexan sus empleos, sino para ocupar otros

mas elevados, á no ser que los depongan. A los Gobernadores y Magistrados de las ciudades y de las provincias no les dura su cargo mas de tres años; y por lo comun los mas no lo gozan tanto tiempo, pues son depuestos á la mas leve falta. La muerte ó el destierro son las penas ordinarias de sus delitos, los quales llegan á noticia del Príncipe por medio de las muchas espias que hay repartidas en todas las ciudades del Reyno.

Las rentas del Rey consisten en el producto de sus tierras, y en las imposiciones que cobran de todas las heredades, percibiendo el diezmo de todas las producciones en géneros y no en dinero. Los recaudadores generales, que son de la clase comun, los recogen en el campo al tiempo de la cosecha ántes de que el propietario saque nada de ellos, y los depositan en los almacenes Reales construidos en las Provincias. Los Oficiales públicos perciben sus salarios en géneros de los que producen los lugares de su residencia. Además del diezmo que pagan todos sin excepcion de personas, cada particular que no esté empleado en la milicia, debe trabajar tres dias al año para el Príncipe: estas corbéas se arreglan á disposicion de los Gobernadores, y no se conocen en Coréa otros tributos ni exacciones.

La justicia criminal es muy severa: los

rebeldes y los traidores son exterminados con toda su parentela, y la casa del delinqüente es enteramente arrasada sin que nadie se atreva á reedificarla. Si una muger mata á su marido, se la entierra viva hasta los hombros en un camino; junto á ella se pone una hacha, y cada pasagero que no sea noble, tiene obligacion de darla un golpe en la cabeza; aunque los mas compasivos la cortan de una vez para no prolongar su martyrio. Los Magistrados de el pueblo donde se comete un delito, quedan suspensos de oficio por cierto tiempo, y aun las mismas Ciudades pierden su Gobernador, y quedan dependientes de otras. Este mismo castigo se impone tambien á las que se sublevan contra sus Comandantes, ó se quejan infundadamente de ellos.

Un marido que coge á su muger en adulterio, ó en qualquier otra falta grave tiene derecho para matarla, con tal que conste el delito: y si la entrega á la justicia es condenada á muerte; pero se la dexa escoger el suplicio, y por lo comun escogen ser degolladas. El adulterio es tambien en los hombres un delito de muerte, principalmente entre la gente de distincion; y el padre del delinqüente si vive aun, ó en su defecto el pariente mas cercano debe hacer el oficio de verdugo. El reo puede tambien escoger el género de muerte á su ar-

bitrio: y ordinariamente se hacen atravesar por la espalda con una espada. Un hombre libre cogido en el hecho con una muger casada es castigado de un modo muy singular. Le desnudan de todos sus vestidos sin dexarle mas que los calzoncillos; le atraviesan una flecha en cada oreja, le cubren el rostro con cal, le atan á las espaldas una bacia de cobre, y de este modo le pasean los verdugos por las calles: de tiempo en tiempo golpean en la bacia, y por último, le quitan los calzoncillos y le dan quarenta ó cinqüenta palos en las nalgas.

El amo que mata á un esclavo propio, aunque sea por muy leve motivo, no está sujeto á ninguna pena, pero si quita la vida al esclavo de otro, debe pagarle su valor triplicado. El homicidio de una persona libre se castiga del modo siguiente. Despues de estar hollando con los pies largo rato al matador, toman una porcion de vinagre con el qual han lavado el cadaver del asesinado, y se lo hacen tragar al asesino con un embudo, y en estando bien inflado le dan de palos en el vientre hasta que espira. La pena del ladron consiste en estarle pisando hasta que muere, y aun este rigor no es bastante para contener á los Corenses, que son muy propensos á hurtar. Los deudores que no quieren pagar á sus acreedores, son condenado

à sufrir cierto número de palos en las espinillas; cuyo castigo se renueva de quince en quince dias hasta que pagan la deuda. Si acaso mueren sin acabar de pagarla, están obligados á hacerlo sus parientes baxo la misma pena: con lo qual consiguen que nadie se exponga á perder lo que prestó: que ningun comerciante se arruine, aunque tenga muchos créditos, y que no dexen de cumplirse las promesas hechas á los acreedores.

El castigo de los palos no es en Coréa menos comun ni mas infamatorio, que en la China. Una palabra inconsiderada es bastante causa á veces para merecerlo, y se aplica indistintamente ya en las piernas, ya en las plantas de los pies, ó ya mas comunmente en las nalgas: este último modo es el que con especialidad está destinado á los niños, á los Bonzos, y á las mugeres. A éstas se las hace poner unos calzoncillos por la decencia, y los sufren tambien en la misma parte. A todos los que se les impone esta pena, se les viste un saco desde la cabeza hasta los pies para executarla con mas facilidad. Cien palos equivalen á la muerte, y á veces no hay quien llegue á los sesenta, por lo que no siendo el delito capital, no se pueden dar mas de treinta de una vez; pero dos ó tres horas despues se repite la execucion hasta comple-

tar el número de la sentencia. El palo de que se sirven los verdugos, es una manopla de madera del largo de un brazo, redonda por un extremo, y aplanada por el otro, y el grueso del todo como un baston regular. Los Gobernadores particulares de los pueblos, y los demás Jueces subalternos no pueden imponer pena capital sin que sea confirmada la sentencia por los comandantes generales de provincia. Los reos de estado deben ser juzgados en el consejo real, el qual no puede resolver sin consultar al Príncipe.

El gobierno militar está arreglado baxo el mismo órden que la administracion civil. Cada provincia tiene un General á quien estan subordinados quatro ó cinco Oficiales, cada uno de los quales manda un regimiento. Estos Coroneles tienen à su mando varios Capitanes que al mismo tiempo son Gobernadores de un pueblo, ó de una fortaleza. No hay aldea por pequeña que sea, en que no haya Comandante que cuide del buen órden. Los Oficiales subalternos deben tener una lista de los soldados de cada cuerpo, y presentarla una vez al año al Capitan juntamente con una razon de los pueblos que están baxo su jurisdiccion; y de este modo tienen simpre noticia individual del número de las tropas. Las armas de los soldados de infantería son un

mosquete, una espada, una pica, su coselete y casco. A todos ellos se les obliga á proveerse á sus expensas de cincuenta tiros de polvora y valas. Los de caballeria llevan tambien su casco y coraza, y en lugar de mosquete un arco y flechas, un sable, y una especie de vara larga de hierro lleno de puntas á un extremo. A cada uno se le dá todos los años tres piezas de tela para vestirse, sea de á pie ó de á caballo.

Hay tambien en este país cierta especie de Ordenes Militares de las quales se echa mano para las guarniciones de los castillos en las plazas fuertes, al modo que nosotros lo hacemos con los inválidos. Cada Ciudad provee en el tránsito un destacamento de estos soldados, los quales están sujetos á los Oficiales de la misma profesion, y en lo demas son gobernados del mismo modo que las demas tropas. Aseguran que son muy valientes, y son reputados por los mejores soldados de la Coréa. El Soberano ocupa en su capital un número considerable de tropas, cuyo principal cargo es hacerle la guardia en su palacio, y escoltarle en sus viages: de siete en siete años envian las provincias á todos los habitantes solteros, por su turno, para hacer la guardia por dos meses. Quando el Rey sale en público, lleva toda la pompa

de que es capaz su reyno. Toda la nobleza le acompaña, llevando cada uno las insignias de su calidad; que se reducen á un pedazo de tela bordada en el pecho, ó en la espalda, una vestidura negra de seda, y una banda muy ancha. Varios Oficiales á pie y á caballo preceden al Monarca, unos con banderas y estandartes, y otros con instrumentos belicos. Los Guardias cuyo cuerpo se compone de los principales ciudadanos, siguen á aquellos, y en medio es conducido el Monarca baxo un rico dosel. Todos guardan un profundo silencio, y para evitar la sospecha de que lo quebrantan, llevan la mayor parte de ellos un pedazo de madera atravesado en la boca á modo de una mordaza; pues apenas es permitido toser. Los que se hallan al paso del Rey deben volver la espalda, sin poder mirarle. Al Príncipe precede un Oficial de distincion con una bolsa, en la qual pone los memoriales que el pueblo le presenta en la punta de una caña. Algunos fixan en las paredes estos memoriales, para que no se sepa de mano de quien vienen: y cuidan de recogerlos varias personas destinadas para ello. El Monarca hace le den cuenta á su vuelta, y las órdenes que dá en esta ocasion se executan al punto. En todas las calles por donde pasa el Rey, deben estar cerradas las puertas y ventanas de las casas.

Como la Coréa es una península que está unida al Continente por una montaña inaccesible, el gobierno pone toda su atencion en la defensa de los puertos; para lo qual mantiene una esquadra considerable. Cada Ciudad debe equipar un navío con trescientos hombres de tripulación, algunas piezas de artillería, y un gran número de fuegos artificiales. En cada Provincia hay un Almirante particular, encargado de hacer todos los años la revista de los navíos que se arman en ella, y de dar cuenta al Almirante general, y el que falta al cumplimiento de esta disposicion, tiene la pena de destierro, palos, ó muerte.

La Religion de Foé, tan acreditada en la China, tiene tambien muchos sectarios en Coréa aun de la gente principal. Todo este país está lleno de templos dedicados á esta divinidad Indiana; pero están fuera de poblado, porque no se permiten pagodas dentro de las Ciudades, y en general los Corenses cuidan muy poco del culto de sus dioses. De aquí es que en este país no se ven como en el Japón todas aquellas romerias cuyo pretexto es la devocion, siendo su verdadero motivo el libertinage; y que hacen andar vagando numerosas familias de pueblo en pueblo. Los Corenses hacen algunas contorsiones delante de sus dioses, pero los reverencian muy poco. En los dias

mas solemnes se juntan en el templo, encienden una grande hogüera de madera aromática delante del Idolo, le hacen una profunda reverencia y se van; y á esto se reduce allí el culto de la divinidad. Sin embargo, creen que hay premio y castigo en la otra vida para la virtud y el vicio. Los mas adoran á Foé, y los que no á Confucio.

Los Bonzos, de que está inundado este país, hacen mas pública ostentacion de reverencia à los Dioses. Su principal exercicio se reduce à ofrecerles dos veces al dia incienso, à cuyos sacrificios asiste y preside el superior en los dias solemnes. Los demas Bonzos tambien concurren à ellos, y hacen resonar en el Templo un confuso ruido de calderos, bacias de cobre, y tambores.

Todos los monasterios y sus templos se mantienen à expensas de los pueblos, están construidos fuera de poblado, y en las montañas, sugetos al pueblo que los fundó. En cada uno hay de quinientos à seiscientos Bonzos, y hay Ciudad que mantiene en su distrito hasta quatro mil de ellos, distribuidos en cuerpos de diez, veinte, ó treinta hombres. El mas anciano los gobierna; si los inferiores quebrantan la regla, son apaleados al estilo del país: y si el delito merece mayor pena, se entregan los reos al Juez real.

Estos Bonzos no están ligados con voto ninguno, y tienen libertad para abandonar su estado, quando empieza à disgustarles. Su género de vida es bastante austéro: el gobierno los carga de impuestos y corbéas, el pueblo los trata con desprecio, y los mira como à esclavos. No obstante, algunos de ellos viven en la Corte con grande reputacion, à los quales llaman Bonzos *del Rey*, y llevan en el habito una divisa que los distingue de los demas.

Todos los Bonzos del país se cortan el pelo y la barba, y les está prohibido el comercio ó trato con las mugeres, y el comer carnes; cuyos tres capítulos son de tan rigurosa observancia, que al que los quebranta se le echa del Monasterio despues de haber sido rigurosamente apaleado. Quando les rapan el pelo y la barba, que es el modo de iniciarlos, les imprimen una señal en el brazo que no se borra jamas. Se mantienen de su trabajo, y del comercio de la limosna: se aplican á la instruccion de la juventud, y si sus discípulos quieren abrazar aquel estado, se quedan en el servicio del Monasterio, y los productos de su trabajo se aplican al maestro; despues de la muerte de éstos, heredan aquellos sus bienes; y se ponen luto por ellos como si fuesen padres.

Hay en Coréa tambien Monasterios de

Bonzas, y es menester hagan pruebas de nobleza para ser admitidas en ellos. En otros Monasterios se recibe inmediatamente á mugeres de todas clases, nobles ó plebeyas; pero todas las que se dedican á este género de vida, se cortan el cabello; se emplean en el servicio del Templo, y viven célibes hasta que se les proporciona algun casamiento.

La mayor parte de los Monasterios están situados en un parage ameno y cómodo: y aquí tambien como en el Japón se freqüentan dichos Conventos tanto por diversion como por devocion. Su bella situacion atrae á los nobles que concurren á ellos á divertirse con sus concubinas, y á veces con las mugeres públicas que van allí á buscar su ganancia. Es tal, Señora, el desarreglo que se nota, que mas parecen casas de disolucion que de recogimiento. Tambien se advirte que los Bonzos son muy inclinados á la embriaguez.

Hablando en general los Corenses son de una estatura y fisonomía agradables, de un genio dulce, apacible, y sociable con los estrangeros, excepto los que han tenido la desgracia de naufragar en sus costas, porque á éstos las tratan con el mismo rigor que en la Cochinchina. Estos pueblos son simples, y crédulos; pero al mismo tiempo soberbios y fraudolentos. El fraude entre

ellos nada tiene de infame, antes bien fundan en él su mayor vanagloria; sin embargo hay ocasiones en que es castigada la mala fe, y tienen leyes relativas á la satisfaccion que se debe dar á los que han sido engañados en las negociaciones. Son naturalmente afeminados, dados á los placeres y á la prostitucion, y sumamente inclinados al bayle y á la música. Aborrecen la guerra: temen mucho su destruccion, y reputan por la mayor de sus desgracias la obligacion de exponer su vida en los combates: y asi es, que en una de sus últimas guerras con los Japoneses, desampararon á su Monarca, el qual fué muerto por los enemigos, y se refugiaron en los montes, donde perecieron mas al rigor del hambre que al de las armas. Se les ha visto huir muchas veces de un corto número de Europeos, quando se disponian á saquear algun navío que habia encallado en sus costas; y aborrecen tanto la sangre, que huyen si ven muestras de ella en algun camino. No menos les atemoriza la vista de los enfermos, particularmente de los contagiados de la peste: á los quales sacan fuera de los pueblos, y los conducen al campo, donde los acomodan en unas barracas de paja asistidos de sus mas próxîmos parientes que tienen la obligacion de cuidarlos, y de advertir á los pasageros que se aparten y alejen de aquel sitio. El in-

feliz que no tiene ni parientes ni amigos de quienes esperar su asistencia, se ve abandonado de todo el mundo, y le dexan morir sin socorrerle. Quando saben que una Ciudad está infestada, cierran todas las avenidas con fuertes empalizadas, y ponen una señal en los tejados de las casas para advertir que estan contagiadas. El pais produce muchas plantas medicinales, que no son conocidas de los habitantes, y los médicos no visitan sino á los grandes personages, pues la gente pobre se vale de los agoreros y adivinos, que tienen como en todas partes mas fama que los médicos.

Todas las casas son generalmente muy sencillas, excepto las de los sugetos de distincion. Los techos estan cubiertos de paja, ó cañas, y es necesario expreso permiso del Gobierno para cubrirlos con teja. Los edificios son baxos, estrechos, levantados sobre pilares de madera, y separados unos de otros. Las paredes son de tierra ó de mampostería, y su piso es embobedado. Las casas tienen muy corta extension, pues no contienen mas que un alto, y un desvan para las provisiones. Los muebles que son sumamente sencillos se reducen únicamente á los mas precisos.

Las habitaciones de los nobles que son mayores y mas agradables, solo se componen de una sala donde reciben á los ami-

gos, y tienen sus banquetes. Despues hay un gran patio, un estanque, y un jardin con sus calles cubiertas. La habitacion de las mugeres está situada en lo mas interior de la casa, cuya entrada está prohibida á los estraños: sin embargo algunas veces se las permite salir á las visitas, y comer á la mesa, pero se sientan á parte; y siempre delante del marido que no las pierde un punto de vista.

Los Corenses no conocen el uso de las hosterías ni posadas, y suplen esta falta con lo generoso de su hospitalidad. Los pasageros no tienen que hacer mas que sentarse junto á la empalizada de la primera habitacion que encuentran, y al punto les sacan una porcion suficiente de arroz, y otros manjares sazonados; pueden permanecer allí todo el tiempo que les acomode; pues con tal que no vuelvan dos veces á una misma casa, en todas recibirán el mismo tratamiento.

El matrimonio en estos pueblos está prohibido entre los parientes dentro del quarto grado, y algunas veces se trata y concluye entre niños que no tienen mas que siete ú ocho años. El dia de la boda, el novio va á caballo acompañado de sus amigos paseando todo el pueblo, y pára á la puerta de la casa de la novia; á cuyo tiempo salen los parientes de ésta, y la conducen á casa

del esposo, y sin otra formalidad se celebra la boda, y consuma el matrimonio.

Un hombre puede tener muchas mugeres, pero le prohiben las leyes tener mas que una dentro de su casa: los Grandes, que las observan mal, toman algunas veces tres ó quatro. En general los Corenses tienen poco cariño á sus esposas, y las tratan como si fuesen esclavas; las repudian quando se les antoja, y las obligan á llevarse sus hijos con ellas. Estas infelices no tienen derecho para dexar á sus maridos, y solo logran su separacion por medio de la autoridad judicial. Costumbre bárbara ciertamente, pero que tiene la ventaja de favorecer á la poblacion.

Quando muere el padre, la mas rica porcion de la herencia, como la casa paterna, y los efectos que hay en ella pertenecen de derecho al mayor de los hijos varones; los demas bienes se dividen entre los demas por partes iguales; y las hijas no tienen derecho alguno á la sucesion porque no lo necesitan para su colocacion, respecto á que al matrimonio no llevan otra cosa que sus vestidos. Quando un padre de familias llega á su abanzada edad, renuncia voluntariamente sus bienes; el primogénito entra en posesion de la casa, y hace construir otra mas reducida para habitacion del anciano, cuida de su manutencion, le

provee de todo lo necesario, y aunque ya no tiene accion á nada, no por eso es menos respetado y obedecido. Esta bondad de costumbres me pareció tan rara como loable, de lo qual se verian muy pocos exemplos entre nosotros en igual caso.

El luto por el padre dura tres años, y con tanto rigor como en la China: en este tiempo no pueden los hijos exercer empleo público, ni encolerizarse, ni reñir, y mucho menos embriagarse. Los casados ponen cama á parte, porque los hijos que naciesen en este tiempo serian tenidos por ilegítimos. El trage de luto consiste en una bata de lienzo grosero, debaxo del qual llevan una especie de silicio. Sobre el sombrero, que regularmente es de paja, llevan un cordel de cáñamo en lugar de toca. Quando salen de casa, llevan siempre un gran baston, ó una caña para denotar que está de luto; la caña demuestra que el difunto era el padre, y el baston, que era la madre. Tambien está prohibido en este tiempo de luto el uso de los baños, y todos afectan la mayor suciedad y desaliño, de suerte que causan asco.

Luego que un hombre espira, corren por las calles como locos todos sus parientes, sus mugeres, sus hermanos, sus hijos, y toda su familia, arrancándose los cabellos, y dando espantosos ahullidos. Los muertos no

se entierran sino en la primavera, ó el otoño; y hasta el dia de los funerales está depositado el cadaver en una choza de paja formada sobre quatro pilares en medio de un patio ó un jardin. Se encierra el cadaver vestido de sus mejores ropas en un atahud cuyas junturas estan bien tapadas, y ponen á su lado algunas joyas de las quales suponen podra tener necesidad en el otro mundo. Asi que llega el dia de sepultarle, lo qual no se hace sin consultar á los agoreros, todos los parientes van la víspera á la casa del difunto, y pasan toda la noche comiendo y divirtiendose: al dia siguiente al amanecer sale toda la comitiva; y los que llevan el cadaver, van cantando un tono triste, y marchan á compas, al paso que los parientes y demas concurrentes aturden con sus alharidos confusos y lúgubres. Para enterrar á las personas plebeyas, se abre una sepultura de cinco ó seis pies de hondo: pero las gentes principales se entierran en sepulcros de piedra construidos á este fin, sobre los quales colocan sus estatuas con una inscripcion que contiene el nombre, calidades, y empleos del difunto. Tres dias despues de esta ceremonia vuelven al lugar de la sepultura con algunas ofrendas; todos los meses cortan la yerva que crece sobre ella, y se renuevan las ofrendas. Estos funerales son aqui (como sucede en la China) el prin-

cipal y casi el único acto de religion.

Los Corenses han aprendido tambien de los Chinos á estimar las ciencias, aunque no han hecho en ellas ningun progreso. Hay entre ellos letrados y doctores que se dintinguen por la insignia de dos plumas que llevan en su bonete, y adquieren estos grados por medio de exâmenes, á los quales concurren muchos pretendientes; regularmente se compran los votos, y por esta causa son muy costosos estos grados. Los que adquieren el grado de doctor, son atendidos para los empleos municipales y militares, pues su mayor ambicion es ser empleados á un mismo tiempo en la milicia y en la toga.

A los niños se les instruye con tiempo en las ciencias del pais, y su educacion nada tiene de severa; antes bien los estimulan por medio del honor y la emulacion, recordándoles las virtudes y la sabiduría de sus ascendientes; y se les hace ver que el estudio es el solo camino que puede conducirlos á las riquezas y á las dignidades: con estas exhortaciones se excita su ardor y aplicacion. En cada pueblo hay una casa donde se junta la juventud á oir leer la historia del pais, y principalmente los procesos de los reos mas famosos que han sido condenados á muerte por sus delitos.

La ciencia de los Corenses está reducida al conocimiento de la moral, segun los

dogmas de Confucio. Su idioma aunque diferente del de los Chinos se escribe tambien con particulares caractéres, de los quales se sirven generalmente el pueblo y las mugeres: pero los letrados usan los caractéres chinos, cuyo idioma es uno de los principales estudios de los sabios. Tienen muchos libros asi manuscritos como impresos de la misma forma que los Chinos; y en la Capital hay una grande Biblioteca, cuya custodia está encomendada al primer Príncipe de la sangre. A pesar de todo esto, es extremada su ignorancia en todo, y especialmente en materias de geografia, porque creen que no hay en el mundo mas de doce paises que no se extienden mas allá del reyno de Siam: y quando los Europeos les hablan de otras regiones del universo, se rien y preguntan ¿cómo es posible que el sol ilumine tantos pueblos?

Como carecen de la instruccion necesaria para componer un kalendario, se ven precisados á valerse del de la China, y para adquirirlo, envian todos los años un Embaxador con este objeto.

A la Coréa se da generalmente ciento ochenta leguas de largo de norte á mediodia, y ciento y veinte en su mayor latitud. Está separada de la China por medio de una grande empalizada de árboles que sirve de límites á los dos estados: y

se cuentan en ella cerca de cincuenta Ciudades que tienen la misma forma, y están muradas por el mismo estilo que las de la China. La riegan dos rios muy caudalosos, de los quales el uno corre al Este, y el otro al Oeste, aunque ambos tienen su nacimiento en la montaña que une esta península al Continente. El clima es excesivamente frio, especialmente en los países septentrionales; y las nieves son tan abundantes, que es necesario abrir paso por debaxo de ellas para comunicarse de unas casas á otras; por lo qual en el invierno se ponen los habitantes en los pies una especie de zuecos que les sirven para sostenerse en la nieve. El arroz produce allí con dificultad, se coge muy poco algodon, y el pueblo no gasta para vestirse mas telas que un lienzo ordinario de cáñamo ó pieles de cordero. Al contrario tienen muy buena cosecha de *gin-seng*, de que hacen un grande comercio, ya en el Japon, ya en la China. El terreno de la parte meridional es muy fértil, y produce todas las cosas mas necesarias para la vida. Los Japoneses les hán enseñado á cultivar el tabaco, cuyo uso les era enteramente desconocido: y hoy le usan generalmente así hombres como mugeres, y aun los niños se acostumbran á fumar desde edad de quatro ó cinco años. La primera vez que allí llevaron tabaco lo paga-

ron los habitantes á peso de plata, y como están persuadidos de que esta planta les vino en su principio de los Holandeses, miran la Holanda como el mejor país del mundo.

La Coréa tiene muchas minas de plomo, de hierro y de plata: hay grande produccion de pieles de tigres, de martas y de castor: toda especie de animales y pájaros tanto domésticos como silvestres. Los crocodilos son demasiado comunes, y tan voraces como en otros paises. Los Corenses, que como he dicho, hacen todo su comercio con el Japon y la China, les dan plomo, cáñamo, y sobre todo *gin-seng*; y en cambio reciben especias, papel, maderas aromáticas, y otras mercaderías. No conocen mas moneda que unas pequeñas piezas de cobre, y los pagamentos gruesos se hacen en barras de plata sin marcar.

He aqui, Señora, todo quanto puedo deciros de un pais, donde no estaré ya mas que muy pocos dias, porque el Embaxador que me ha permitido le acompañase, tiene otra comision importante en el pais de los Mantcheux, y no perderé esta ocasion de instruirme en las costumbres y caracter de los Tártaros.

ADICION

Sobre Kamschatka, y la tierra de Yesso.

Como al tiempo que escribia Mr. Laporte su viage del Japon, eran muy equivocadas las noticias que se tenian de Kamschatka, me ha parecido necesario anticipar aquí una breve noticia de estos paises, para rectificar sus equivocaciones, dexando para ocasion mas oportuna la relacion de las costumbres, carácter, gobierno, producciones &c. de estas regiones, la qual tendrá su lugar propio en el viage de Siberia y en los descubrimientos del Capitan Coock, y otros viageros modernos: entre tanto no desagradará una breve noticia de estos paises.

De todos los Gobiernos en que divide la Rusia sus Estados, el mas dilatado y menos conocido, es la Siberia. Desde las fronteras de las Provincias de Archangel, de Casan, y de Astracan, se extiende al Orizonte hasta el mar del Japon: toca al Mediodia de la Rusia por el monte Caucaso: confina por esta parte con la Tartaria Meridional; y siguiendo al Norte por la parte del Est tropieza con el mar Glacial ó

Artico. Este inmenso territorio habitado por diversas Naciones, algunas de ellas brabas, esto es, indómitas ó feroces; incluye en la parte mas oriental de su continente la grande península de Kamschatka, cuya figura es algo elíptica, y cuyo isthmo es tan estrecho, que quando el tiempo está sereno se vé desde sus montañas el mar llamado de Penschinska, y el que tiene el nombre de Kamschatka. Por esta cadena de montañas está dividida la península en casi dos mitades, y de ella nacen otras que se extienden hasta el mar, y forman los Cabos. El mar que separa Kamschatka de la América es el llamado Océano oriental, ó mar pacífico.

Movió para el descubrimiento de la Siberia en 1563 el principal género de sus producciones, que son sus excelentes pieles. Un rico habitante de las cercanías de Archangel, llamado Anika, observó que unos hombres de una extraordinaria figura, vestidos de un modo no conocido en aquel pais, hablando una lengua que nadie entendia, solian baxar por el rio que entra en el Dowina, y traer pieles de Martas Zibelinas, y de Zorras negras que trocaban por clavos y pedazos de vidrio, y habiéndolos hecho seguir, logró descubrir su origen. Estos eran los Samoyedos, pueblos muy semejantes á los de la Laponia, pero no de la misma

casta; pues aunque parecidos en algunas cosas, se diferencian notablemente en otras, así en lo fisico como en lo moral. La raza de los Samoyedos en Siberia y la de los Hotentotes en la punta Occidental del Africa, forman un contraste muy digno de reflexîon, que puede dar idea de las variedades de la especie humana. Sin salir del Imperio Ruso puede notarse la gran diferencia de un Finlandés, un Livonio, un Moscovita, al lado de un Kalmuko, de un Lapon, de un Samoyedo, de un Kamchadal, &c.

De resultas de aquel descubrimiento fueron los Czares señoreando el pais, estableciendò algunas Colonias, construyendo algunos fuertes; y desde el año de 1595 dieron pòr conquistados aquellos desiertos. Subiendo el Obi hallaron á la junta del Irtis con el Tobol una pequeña habitacion de que formaron la Capital que hoy conozemos con el nombre de Tobolsko.

¿Quién creerá que gran parte de estas regiones fuese mansion algun tiempo de aquellos feroces Hunos, que baxo el cruel Atila, asolaron el Imperio hasta la misma Roma? Los Tártaros Usbeques sucedieron despues á los Hunos, y los Rusos á los Usbeques. La Siberia, segun los monumentos que se encuentran, fue en lo antiguo mucho mas poblada que lo ha sido despues. Toda esta porcion del mundo hasta las eternas monta-

ñas de yelo que ciñen los mares del Norte, no se parece en nada á las regiones de la Zona templada. Las plantas no son las mismas, ni son los mismos animales que habitan su tierra, ni tampoco los mismos pescados que viven en sus lagos y rios.

En 1734 los sabios Viageros Muller, y Gmelin, pasaron desde Tobolsko al parage donde dicen estaba la antigua Sibir, residencia de los Soberanos de Siberia sobre la orilla derecha del Irtis, á quatro leguas de la actual Tobolsko: parece, segun su opinion que esta antigua Ciudad dió el nombre á todo el pais, y á un riachuelo inmediato llamado Sibirska. En el dia no vieron mas que un muro viejo arruinado.

A los Samoyedos siguen los Dstiakos, y á estos, otros pueblos igualmente idólatras; pero diversos en sus dogmas, en sus costumbres, en su figura, en sus principios, y solo parecidos en ser cazadores, pastores, y pescadores, como los hombres de la primera edad del mundo. Combatiendo y disfrutando mas ó menos corrian los Rusos estos paises sin conocerlos hasta Pedro el Grande. Dió este Príncipe varias providencias para descubrirlos y dominarlos; y le cogió la muerte quando preparaba nuevas y considerables expediciones. De resulta de los conocimientos adquiridos, especialmente por la circunstanciada relacion que el Ca-

pitan de Navío Behering habia hecho de su primera expedicion á su vuelta en Petersburgo el año de 1730, el viage que verdaderamente ha dado á conocer la Sibeira fue el emprendido por órden de la Czarina Aña en el verano de 1733.

Habia mandado esta Soberana que el Senado, el Almirantazgo, y la Academia de las Ciencias tomasen las providencias convenientes para asegurar el feliz éxito de la empresa. En conseqüencia, fueron elegidos para hacer este viage, los Académicos Muller, Profesor de Historia, Delille, Profesor de Astronomía, y Gmelin, Profesor de Química y Botánica. Por parte de la Marina fueron nombrados el referido Capitan Behering, y sus segundos Spanghemberg, y Tchiricoff, con otros muchos Oficiales de mérito conocido. Esta sabia expedicion llevaba todos los instrumentos, instrucciones, órdenes, escoltas, fuerzas, y facultades convenientes para el mejor desempeño de sus importantes comisiones.

Duraron éstas poco mas de diez años, en los de 1743 y 44 fueron volviendo á Petersburgo la mayor parte de los que sobrevivieron á esta expedicion. Dieron cuenta al Gobierno y á la Academia de las Ciencias de sus respectivas observaciones, y laboriosos trabajos hechos; y esparcieron en el emisferio Ruso las luzes que disipasen

las tinieblas en que se hallaba. Habian estas sido tan densas, que en el año de 1690 en Yacutzko solo de nombre era conocido el país de Kamschatka. En 1693 Isbran-Ides en su viage atravesando la Siberia para ir á la embaxada de la China, habla de Kamschatka como de una villa ó lugar muy al Norte, cerca del qual se hacia la pesca de aquel mar, y así la pone en su mapa; y en el de 1729, un año ántes de la vuelta de Behering, eran todavía tan escasas las noticias de este país que, sin embargo de considerarse ya Provincia del Imperio, en el discurso que se puso al fin del Kalendario de Petersburgo, no se supo determinar si Kamschatka era isla ó península, ó si era la misma, que el país llamado tierra de Yedso ó Yesso inmediata al Japon.

En la primavera del año 1733 salió de Petersburgo el Comandante Behering con los Capitanes Spangerberg y Tschirikow, varios Oficiales de Marina, y personas destinadas á una expedicion. Esperaron en Yakouzko y Ochozka hasta que se concluyeron los navíos que se construyeron en este último lugar. Espangenberg partió de Ochozka en Junio de 1738, invernó en Bolscherezkoy-Ostrog en Kamschatka; hizo construir en este lugar una barca cubierta de 24 remos; y en el estío de 1739 hizo su viage al Japon en conformidad de las órdenes que tenia.

Behering y Tschirikow partieron de Ochozka en 4 de Septiembre de 1740, doblaron la punta meridional de Kamschatka, y fueron á invernar y esperar el buen tiempo en el puerto de Abatska ó San Pedro y San Pablo. Cada uno de estos dos Capitanes mandaba su navío, el segundo baxo las órdenes del primero, los dos con el mismo destino, y solo separados en dos baxeles para poderse socorrer mejor en caso de accidente. El 4 de Junio del mismo año se hicieron á la vela estos Capitanes en busca de las costas de la América, y aunque segun sus instrucciones no debian separarse, al cabo de ocho dias de navegacion se perdieron de vista sin poderlo evitar á causa de espesas nieblas y fuertes borrascas. En un Consejo de Marina que habian tenido ántes de hacerse á la vela, habian resuelto buscar las pretendidas tierras de Don Juan de Gama, y con esta idea navegaron al Sud-est hasta la altura de 46 grados; pero no hallando señales algunas de la tal tierra, mudaron de rumbo. Se dirigieron al Nord-est, y ambos llegaron á las costas de la América, pero en diferentes alturas, y sin que el uno tuviese noticia del otro.

Behering descubrió las costas de la América despues de seis semanas de navegacion: echó la ancla á 239 grados de longitud, y como á 57 de latitud: se proveyó de agua fresca: tuvo indicios de los habitantes, pe-

ro no descubrió á ninguno de ellos; y habiendo consultado con sus Oficiales el partido que debian tomar, resolvieron volverse al puerto de San Pedro y San Pablo, y se hicieron á la vela el 21 de Julio despues de tres dias de detencion. La multitud de islas embarazaban la navegacion costa á costa, y las freqüentes tempestades la retardaban, y hacian bien molesta. La necesidad de hacer aguada los obligó á acercarse otra vez á tierra, de la qual procuraban mantenerse apartados. Descubriéronla como á diez millas de distancia, y anclaron entre varias islas, poniendo el nombre de Schovmagin-Ostrow á la una de ellas en que hicieron aguada. En vano procuraron descubrir á los naturales del país cuyos fuegos veian encendidos por la noche en la costa; y aunque el 4 de Septiembre se dexaron ver algunas canoas, no se logró el poder tomar ni tratar á ninguno de los que las conducian. El 6 de Septiembre se continuó la navegacion. Fueron infinitos los embarazos y los riesgos con que lucharon en las costas entre la multitud de islas que hay en ellas, y en las furiosas borrascas que padecieron, y que les hicieron conocer quan poco merecia en aquellas partes aquel mar el nombre de Pacífico. En fin, el 5 de Noviembre varó el navío contra las costas de una isla desierta á la altura 56 grados: el buque se hizo

pedazos pero la tripulacion se salvó en tierra. El Capitan Behering murió el 8 de Diciembre en esta isla, donde desesperado de volver al comercio de los hombres, se entregó á su melancolía, y rehusó comer y beber, faltándole fuerzas en su vejéz para consolarse en tan triste situacion. La gente jóven pensó de otro modo: hicieron cabañas, juntaron los pedazos del navio que el mar echó á la costa, fabricaron una buena barca cubierta con sus ánclas y velas, se mantuviéron de pescado, y se embarcaron en su chalupa en el 17 de Agosto de 1742. Despues de nueve dias de una feliz navegacion llegaron al puerto de Avatecha distante sesenta millas de esta isla.

El Capitan Tschirikow, despues de la separacion de Behering, tirando al Nord-est, vino á parar el 11 de Junio á la vista de una tierra cubierta de peñascos escarpados, en los quales se rompia una mar profunda. Esta tierra estaba á 56 grados y algunos minutos de latitud, y como á 241 de longitud al Norte de California. Mantuvose un poco distante de ella y al cabo de tres dias embió al Piloto Abraham Dementiew con diez hombres de su tripulacion para reconocer el país. Ni Dementiew, ni nadie de su comitiva parecieron mas, con universal sentimiento; seis dias despues Mr. Ischirrkow embió al BotsmanSidor-Sawelew con tres hombres que tampoco volvieron. Todo el

tiempo que el navío se mantuvo á la vista esperando estas gentes, se vió constantemente humo en la costa, y la mañana inmediata á la separacion del Botsman vinieron á él dos hombres en dos canoas, desde el lugar donde Dimentiew y Sawelew habian desembarcado, y á corta distancia del navío gritaron *Agai Agai* y se volvieron. Tschirikow desesperado de volver á ver los suyos, y no teniendo mas barcas para enviar á tierra, resolvió el 27 de Agosto hacerse á la vela costeando quanto le fue posible, y navegó por espacio de 200 leguas sin perder la tierra de vista; sufrió muchas tempestades; la falta de agua y el escorbuto le mataron mucha gente, y entre los Oficiales perdió dos Tenientes de muchas esperanzas y mérito distinguido, sin haber logrado en toda la costa otra ventaja que la de ver 21 canoas de cuero, cada una con un hombre, con los quales no pudo lograr comercio ni comunicacion. Mr. de la Croyere, que iba en este navío y murió en él, dixo que los Américanos de estas canoas eran muy semejantes á los habitantes del Canadá, en donde habia servido 17 años en las tropas de Francia. En fin, este navío llegó al puerto de Avatschade donde habia salido el dia 23 de Octubre de 1741.

Si quando los navíos Rusos estaban en la altura de 45 grados, en vez de mu-

dar su rumbo al Nord-est, lo hubieran seguido en derechura al Est, hubieran acertado ó arribado muy cerca de la California, y sí hubieran continuado al Sudest, como empezaron, pudieran haber arribado á alguno de nuestros puertos de América. La tierra mas próxîma á nuestros establecimientos es la que descubrió el Capitan Tschirikow á 56 grados de latitud, y por conseqüencia distante 13 grados del Cabo Blanco, que está á la extremidad septentrional de la California. Bien pudiera alguno de los Rusos que quedaron en esta costa haber llegado por tierra á alguna de las Misiones Españolas: pero es natural que perecieran ántes á manos de los Indios.

Aunque estas expediciones llenaron una parte considerable de los fines de la Rusia y fueron de grandísima importancia, escarmentaron al Ministerio Ruso las dificultades que habia que superar, y tardó en volver á emprehender otras, mas de 20 años.

Se ignora el orígen y primer establecimiento de los Kamschadales. Es bien singular su fabulosa tradicion. Pretenden que han sido creados en aquel mismo país, y que su primer ascendiente Kutku residia en el Cielo. Vive este pueblo en estado de pura naturaleza como los brutos, únicamente ocupado en la existencia de esta vida, sin tener idea de la eterna. Antes del

arribo de los Rusos no conociendo otras naciones que la de los Korekis y Khutkis, poco habia que conocian á los Kuriles, y mas modernamente han conocido á los Japoneses, por casualidad, en un navío del Japon que naufragó en su costa. Entre las opiniones formadas por los sabios Académicos que han exâminado éste punto, la mas seguida es que descienden de los Mongoles que habitan las orillas del rio Amur, por las conjeturas que se sacan de sus facciones, de su figura, de su carácter y genio, y de muchos vocablos de su idioma, comunes á la otra. El singular volcan de las aguas thermales, los lagos, los rios, los desiertos, los montes, las habitaciones en grutas, chozas, cabañas, zaurdas, ó cuebas; la estraña variedad de sus idiomas, las correspondientes especulaciones de aquel comercio: todo en fin, así en lo fisico como en lo moral, merece especial consideracion. Cierta semejanza ó conformidad de costumbres que se han observado entre los Américanos Septentrionales, y los Kamschadales, hace juzgar fundada la sospecha ó creencia en que se estaba, de que los Asiáticos pasaron á la América, como parece verosímil estando tan vecinos estas dos partes del golfo, y hallándose tan sembrado de islas todo aquel mar y sus costas; y aun puede conjeturarse que estuvieron unidos en tiempos remotos an-

bos continentes por un isthmo. Se comprehenden baxo del nombre de Kuriles las islas que se extienden desde la punta meridional de Kamschatka hasta el Japon, tirando hacia el Sud-oueste desde 51 hasta 43 grados de latitud. No se sabe precisamente su número, pero segun la relacion de los mismos Kuriles, de los habitantes de las islas mas meridionales, y de los Japoneses, que el mal tiempo ha arrojado algunas veces á las costas de Kamschatka, son veinte y dos; pero no se cuenta en este número las muy pequeñas, segun la relacion del Capitan Spangenberg que por esta parte llegó hasta el Japon.

La Isla veinte y dos que está inmediata á este país, llaman los Japoneses Matma ó Matsumai; es la mas grande de todas, y despues de ella tiene el segundo lugar la de Kunatir. Los naturales de las islas de Uturpu y de Urupi, llamadas tambien islas de las naranjas la una, y isla verde la otra, se llaman Keekkuriles, y son absolutamente independientes como tambien los de Kunatir que no reconocen Soberano ninguno. Los Japoneses dan á estas quatro islas el nombre comun de Yesso, lo que hace corregir el error en que estaban los Geógrafos, creyendo eran una grande region al Nord-este del Japon; pero ahora se sabe que solo es un conjunto de las dichas islas.

La Isla de Matma está sujeta al Japon muchos años hace. El canal que la separa de la Isla de Niphon solo tiene tres ó quatro leguas de ancho, y en parages aun es mas estrecho, y muy peligroso á causa de los cabos que se abanzan de una y otra parte, y de la rapidéz del fluxo y refluxo. Los Japoneses han edificado una ciudad poniéndola el mismo nombre de la Isla, sobre la costa del canal; la han fortificado y abastecido de toda suerte de municiones de guerra, y han establecido un cuerpo de guardia sobre la punta del Sud-oueste, todo verosímilmente con el fin de oponerse á las incursiones de los Chinos Coreos. La mayor parte de los establecimientos de los Japoneses en Matma han sido hechos por los desterrados en ella.

Los Naturales de Kunatir compran de los habitantes de Matma sedas, telas de algodon, y toda suerte de utensilios de hierro que venden á los Japoneses, y diferentes peleterías que sacan de las Islas vecinas de Kamschatka, como tambien pescado seco, y aceyte de vallena, que los de Matma emplean en sus alimentos.

En todas estas Islas es muy notable la diferencia de que las que están situadas al O. no tienen ninguna madera, y están precisados sus naturales á servirse de la que arroja el mar sobre sus costas, y que se cree viene de las del Japon, de la China

ó de la América ; y las que están al E. tienen buenos montes y terreno, pues da viñas, y produce frutales, como naranjos y otros, y tambien ciertas hiervas venenosas, cuyas raices amarillas como el azafran, y y del grueso del ruibarvo conocen los habitantes de las otras Kuriles, y las usan para envenenar sus flechas.

El año de 1711 fué la primera vez que los Rusos pusieron los pies en el país de los Kuriles, habiendo desembarcado en la Isla mas inmediata á Kamschatka, cuyos habitantes quedaron tributarios. Siguieron á este paso repetidas expediciones hasta la ya mencionada del Capitan Spangenberg.

El nuevo Archipiélago descubierto en los referidos años de 1765, 66 y 67, se compone de una multitud de Islas. Para mas facil comprehension las dividen los Rusos en tres partes incluyendo las descubiertas por Behering y Tschirikoff. Merecen estos descubrimientos particular atencion, no solo por la variedad de objetos que ofrecen al comercio de Rusia, sino tambien por las grandes ventajas de su situacion, para el que puede hacerse en la América, y para escalas entre ésta y el Asia. Los navegantes Rusos y los Mapas las colocan entre los 50 y 70 grados de latitud Boreal. La primera division comprehende la Isla de Behering, y las de San Macario, San Abraham, Olmana y Mesidoi, situadas entre 50 á 57 grados de

latitud, y en 180 y 190 de longitud, cuyos habitantes se asemejan á los de las Islas Kuriles, como tambien las estaciones del año y producciones de mar y tierra.

La segunda se compone de las descubiertas por la Compañía Rusa de comercio, baxo la direccion del Teniente Sindo: está situada entre los grados 55 y 66 de latitud, y 190 hasta 22 de longitud, y se parece casi en un todo á Kamschatka: sus montes están poblados de árboles, y hay en ellos volcanes y minas. La principal Isla es la de San Juan: tienen el nombre de Ulutorkas ó Aleuticas, denominacion que se las ha dado por estar al lado del Golfo Olotura, nombre del rio Olutura, que trae su curso del poniente, y vá á desaguar en aquella bahía.

La tercera division ó grupo de este nuevo Archipielago es la que llaman de Anadir ó Islas Anadiriskas. Corren desde los 58 hasta los 70 grados de latitud, y de 200 hasta 210 de longitud. En algunas hay volcanes, carecen de bosques, y tienen pocas llanuras, otras abundan de caza y bosques, llanuras y frondosidad; pero todas están habitadas por naciones bárbaras. Son casi enteramente opuestos sus habitantes á los de las Islas anteriores en sus costumbres y modo de vivir, aunque tambien son salvages: unos y otros son tan diversos de los naturales de las Islas descubiertas en el mar

del Sur hácia la linea por Franceses é Ingleses, y es su situacion tan opuesta, que pueden estos llamarse los Antipódas de los Corteses Otaitianos.

No se puede regular el número de su poblacion: hay algunas Islas que solo contienen 40 ó 60 personas, otras hay muy pobladas, particularmente de las mas septentrionales. La mayor parte de estos Isleños andan errantes por los Islotes inmediatos, á los que pasan con sus familias en sus barcas á cazar, pescar, y buscar víveres ó nuevo terreno.

No todas se han dexado subyugar: por exemplo, la Isla de Kaglag, que es una de las mas considerables, está habitada por una nacion feroz no conocida hasta ahora. Es muy numeroso este pueblo, pues se dexa ver en gran multitud á las orillas del mar. Su vestido es de pieles de raposa, de castores, de aves marinas, de renos &c. En el invierno llevan para andar por la nieve una especie de grandes zuecos llamados *torpacos*, hechos de piel de reno que cosen con nerbios: no usan de medias ni calzones. Llevan en la cabeza unos gorros de varias hechuras segun el capricho de cada uno. Se pintan comunmente la cara de azul, encarnado y otros colores. Se horadan el labio inferior, en el que por adorno traen colgados varios huesecillos de animales y páxaros. Viven en unas cuebas hechas en la

tierra, en las que no cuidan de la menor limpieza, siendo aun mas sucios que los Kamschadales. Salen al mar dos ó tres juntos en pequeñas canoas. Su alimento es pescado crudo, que pescan en el mar con anzuelos de hueso, ó en los rios con redes texidas de hilos de nerbios. Cazan gran cantidad de raposas negras, castañas y roxas, muchos castores, arminios, osos y ratones que llaman Yewkaschiky, de hermosas manchas semejantes á las del tigre. Pescan becerros marinos, gatos y perros marinos, y en los rios nutrias, arenques de gran tamaño, salmones colorados y otros pescados conocidos, como tambien otros varios, solo propios de aquellos mares.

Se hallan en esta Isla aves de varias especies conocidas, como cigueñas, anades, cuervos, urracas, &c. Hay abundancia de bayas y de sorona, que es una especie de tulipan ó de lirio silvestre, cuya cebolla es de buen sabor, y tiene una virtud corroborante. Abundan sus bosques de olmos, abedules y sauces de varias especies. Sus armas son arcos y flechas, lanzas, cuchillos y hachas: hacen aquellos de hueso de reno, y estas de una piedra negra y dura que tienen, de la qual fabrican tambien las puntas de las lanzas: embrazan ordinariamente unos escudos de madera que llaman Kuiaki: son enemigos de todos los que arriban á aquellas Islas, asi de Kamschatka, como

de los paises circunvecinos, y generalmente hacen ostilidades á todos los estrangeros que se les acercan, como hicieron con los Rusos. No se les conoce religion alguna, ni tampoco á los habitantes de las demas Islas; pero se nota que envueltos en sus tinieblas, se ocupan en varias suertes de hechicerías.

No es de este lugar hacer una prolixâ descripcion de las costumbres y caractér de las naciones que aquí se han nombrado, pues lo reservo para otra ocasion mas oportuna: hora solo insertaré un extracto de otro viage hecho posteriormente.

Con el motivo del segundo paso de Venus por el disco del sol en 1769, la Emperatriz expidió una órden á la Academia de las Ciencias, de que la propusiese una sociedad ó compañía de hombres capaces, inteligentes y laboriosos, á quienes diese sus instruciones para hacer nuevos viages por varias regiones de la Rusia y la Persia. Abrazaban estos viages quantos conocimientos eran posibles y conducentes para el progreso de la Historia Natural, el Comercio y las Artes.

Entre los sábios viajantes, los Señores, Pallas, Samuel Gmelin, Guldemester y otros, fuéron los primeros que salieron. Les siguieron despues los Señores Falk, Georgi, Lowit y otros. De todos estos algunos tuvieron una muerte bien desgraciada. Lowit fue empalado y ahorcado por los reveldes en tiem-

po de la revolucion de Pugachew en Agosto de 1774. En Persia fue muerto Gmelin: Galk se mató asimismo.

Se restituyeron á Petersburgo, Pallas en Junio de 1774, Georgi en Septiembre de el mismo, y los demas con corta diferencia, desempeñadas respectivamente sus comisiones. El Señor Lepechin, Ruso, tuvo la comision de reconocer las Islas y las costas occidentales, hasta la desembocadura del mar blanco: y doblando el cabo de Kanin volvió á Archangel, de donde se restituyó á Petersburgo en 1772.

No puede negarse á la Corte de Rusia la gloria de haber reconocido y exâminado el estrecho que divide el Asia de la América, y de haber descubierto una extensa parte de estas grandes regiones del Norte, y la considerable multitud de Islas que baña el mar pacífico. Aun no se les conoce á los Rusos establecimiento fixo en la gran tierra. Hasta ahora solo se sabe que los tienen al modo que las Naciones Europeas en Terranova. Los navíos ó fragatas arriban á la América: la gente de sus tripulaciones y los Cosakos cazadores se internan en la costa: los unos se atrincheran mientras los otros pescan y cazan: y regresan á Kamschatka despues de haber sido relevados por otras fragatas en los mismos parages ó en distancia mas ó ménos separadas.

Todo el Comercio de los Rusos en Amé-

rica, y en los Archipiélagos Septentrionales, se hace por Kamschatka. El Gobierno de esta grande península se divide en quatro quarteles, que son Botcheres Koy-Ostrog, el fuerte Miguils Loy, el Ostrog baxo, y el Ostrog alto. El primero que es el principal, tiene una Chancillería subordinada á la de Ochotsca, la casa de un comandante que tiene ciento diez y siete hombres baxo sus órdenes entre soldados y Cosakos, los almacenes, veinte y tres tiendas de mercaderías, quarenta y una habitaciones.

Todas las tropas repartidas, asi en Kamchatka, como en las Islas Kuriles, consiste en quatrocientos catorce hombres de tropa reglada, y setecientos seis Kamschadales. El número de habitantes tributarios de Kamschatka es solo de tres mil. Proveen anualmente á la Corona de trescientos treinta y quatro castores marinos, 700 martas zibelinas, y cerca de dos mil zorras.

Fin del Quaderno XVII.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO DÉCIMOOCTAVO.

CARTA LXXIV.

La Tartaria Oriental.

No estrañeis, Señora, el largo espacio que ha mediado entre esta carta y la anterior, porque en este intervalo he recorrido unos paises, desde los quales no es posible dirigir las cartas á Europa; y creo que recibireis á un tiempo todas las que os he escrito desde la Tartaria.

Ya os he hecho mencion mas de una vez de los Tártaros Mantcheoux, que en el siglo pasado conquistaron la China. Hay varias opiniones sobre el origen de esta nacion: unos la hacen descender de un pueblo de salvages, que habitaba en la parte oriental de la Tartaria; otros dicen que desciende de los antiguos Tártaros, cuyo imperio fue antiguamente tan extenso como el de la China. Lo que sabemos de cierto es, que antes de su conquista formaban un es-

tado poco temible, y se reconocian por vasallos de los Chinos, cuyos soberanos son al presente.

Hay otros Tártaros, llamados *Mongoles*, que habitan la parte occidental, y se dividen en varias ramas; unas estan sujetas á los Chinos, otras á los Kanes, ó Soberanos particulares. Por consiguiente, lo que se llama la *gran Tartaria* se compone de dos naciones, que son los Mantcheoux, y los Mongoles, y comprende mas de una tercera parte del Asia. Su longitud de oriente á occidente será de unas mil y doscientas leguas, y tendrá de ancho de norte á mediodia cerca de trescientas. A pesar de esta vasta extension, la Tartaria ha decaido mucho del esplendor y poder que tuvo en tiempo del famoso Genghis-Kan, baxo cuyas ordenes estos pueblos se hicieron célebres con los nombres de Mongoles y de Tártaros, que eran los de sus principales tribus. Habiéndose arruinado este grande imperio en lo sucesivo, todas las potencias vecinas se apropiaron alguna parte de él; y mas de la mitad pertenece actualmente á los Chinos y á los Rusos.

La Tartaria oriental, ó los Tártaros Mantcheoux, que pueden considerarse como una provincia del imperio Chino, estan divididos en tres grandes gobiernos: el Mandarin, á quien yo acompañaba, tenia orden

de visitarlos. La capital del primero es la ciudad de Mugden, que puede considerarse como la de toda la nacion: los Mantcheoux la han adornado con muchos edificios públicos, y han establecido en ella los mismos tribunales supremos que en Pekin, compuestos unicamente de naturales del pais. Estos tribunales sentencian definitivamente todas las causas en los paises de la Tartaria, que estan sujetos á los Chinos. En Mugden tiene tambien su residencia un General Tártaro, con sus Tenientes, y manda un cuerpo considerable de tropas de la misma nacion.

A alguna distancia de las puertas de la ciudad me mostraron dos magníficos sepulcros, donde fueron sepultados los primeros Soberanos de la familia reynante. Los Mandarines estan encargados de la conservacion de estos edificios, y en los tiempos determinados hacen á la memoria de estos Soberanos los mismos obsequios que si ocupasen aun el trono. El Gobernador de Mugden nos recibió con mucho honor, y nos dió un banquete á la Tártara, el qual consistia en dos platos de carne mal picada, y medio cruda, con otro plato que contenia un carnero casi entero, hecho pedazos. A esto acompañaba arroz, leche agria, y un caldo ligero, en que se veian nadar algunos pedazos de carne, á todo lo qual aña-

dieron grande abundancia de thé. Los platos que eran de cobre, fueron servidos en tierra sobre unas esteras, que hacian oficio de mesa, de manteles y servilletas. Presentaron un vino de tan mal aspecto, que ninguno de nosotros se atrevió á probarlo. Alojaronme en el palacio del Gobernador, y al dia siguiente de nuestra llegada di un paseo hasta una legua de la ciudad. Por un lado vi llanuras cubiertas de vacas y ovejas; por otro espaciosos vergeles, ó por mejor decir grandes arboledas de manzanos, perales, y otros frutales. Adverti tambien que aquel distrito abundaba en mijo, en algodon y en trigo no menos que en ganados y en frutas. No os digo nada de las poblaciones de este Gobierno, porque merecen poca atencion: nuestras aldeas estan mejor construidas y mas pobladas, y nuestros simples Alcaldes de aldea tienen mejores habitaciones que los Presidentes de los tribunales supremos de esta provincia. Se ven aquí muy pocas casas de campo: los ricos no habitan sino en las ciudades, y quando quieren salir á gozar del campo en el verano, les llevan tiendas y provisiones: su única diversion es la caza.

Mugden, donde nos detuvimos algun tiempo, es la única ciudad de este pais que merece este nombre: su proxîmidad á la Corea la hace muy comerciante. Sus principa-

les manufacturas en que consiste casi toda la riqueza del país, son las fábricas de papel de algodon, que es tan blanco y transparente como el nuestro. Se transporta gran cantidad de este papel á la China, donde lo emplean para tapar las ventanas en vez de vidrieras.

Dicen que en una montaña famosa que está en las cercanías de esta ciudad, se encuentra el ave maravillosa de que hablan los Chinos en todas sus historias, y representan en todas sus pinturas. Si se ha de creer á sus relaciones, este animal tiene el cuerpo de grulla, el cuello de serpiente, y la cola de dragon: canta armoniosâmente, jamas se sienta sobre los árboles, y no come ninguna fruta. Ningun Chino se atreve á asegurar haberla visto, pero todos pretenden que exîste, y que es muy buen agüero quando se la encuentra, y añaden que quando nació Confucio, se vió uno de estos páxaros. ¿Esta fábula, Señora, no os hace acordar la del Fenix de los antiguos, que en todas las épocas famosas salia de la Arabia ó de la India, se dexaba ver de los hombres, y renacia de sus propias cenizas? Los antiguos afirman con mucha seriedad, que la nueva Fenix llevaba los despojos de su antiguo cuerpo á la ciudad de Heliopolis en Egipto, y los colocaba sobre el altar del sol. Los tiempos de su aparicion han variado, se-

gun la naturaleza de los periodos y épocas que se esperaban. Los Japoneses tienen tambien un animal fabuloso é imaginario; unas veces es un quadrupedo alado; otras una especie de aguila de una velocidad increible, y de un carácter muy benéfico para todas las criaturas. Se le considera como el precursor del siglo de oro, como una señal de feliz agüero, que no se muestra sino baxo una constelacion particular, para anunciar el nacimiento de los buenos Reyes, de los heroes, de los grandes filósofos y de los hombres raros. De aquí podeis inferir, Señora, que la imaginacion del hombre, siempre inclinada á lo maravilloso, ha producido en todos tiempos y paises los monstruos mas ridículos y absurdos, debiéndose añadir á los que he mencionado, la chimera, la hidra leernéa, los hipocentauros, sátiros, y demas ficciones de la antigüedad.

Entre otras diversiones que nos proporcionó el Gobernador de Mugden, nos dió una caceria al modo Tártaro, que es en todo semejante á la que os describí en una de mis cartas sobre el Mogol. En el espacio de tres horas cogimos mas de ciento y cincuenta liebres en medio de un círculo de unos quatrocientos ojeadores, armados de arcos y flechas: solamente el Enviado y algunos de los oficiales principales entraron á caballo en el recinto, y dispararon contra

los animales. Entre esta multitud de liebres, unas procuraban escaparse por entre nuestras piernas, y otras eran muertas á palos: se veia correr á algunas con las flechas clavadas, y otras estropeadas hacian sus esfuerzos por escaparse; pero como habia fuera del recinto gran cantidad de ojeadores con palos y perros, á ninguna dexaban escapar.

Nuestro Enviado Tártaro no debia detenerse mucho tiempo en cada uno de los lugares de su visita, por lo que volvimos á ponernos en camino con nuevas provisiones, y entramos en el Gobierno de Kirin-Ula, que es el segundo del país de los Mantcheoux, adonde llegamos despues de un camino muy penoso, atravesando montes y desiertos. Esta Ciudad nada tiene de notable; las murallas son de tierra, y los edificios mas bien parecen chozas que casas. La ciudad de Ninguta no es mas considerable ni mejor construida, exceptuando los arrabales, que tienen casas bastante agradables. Los bosques de las cercanías producen la preciosa raiz de *gin-seng*, que se cria allí en abundancia, y es un ramo muy importante de comercio. Para poblar esta region casi desierta, el Emperador envia allí á todos los reos Chinos ó Tártaros, que son condenados á destierro.

Partimos de Ninguta, y por espacio de muchos dias que viajamos por los desiertos,

no nos faltaron espectáculos amenos, y perspectivas deliciosas. A veces despues de un camino árido y montuoso, descubriamos de repente valles amenos, llenos de arroyuelos, y esmaltados de flores; vi prados enteros cubiertos de azucenas amarillas, mas bellas y olorosas que las nuestras. Pasamos varios rios, unos en barcos, otros vadeando: el llamado Usuri es sin duda el mas bello de esta region, así por lo cristalino de sus aguas, como por la extension de su corriente. A sus dos orillas se ven varias aldeas, abunda en toda especie de pescados, parte de los quales sirve para alimento de los habitaantes, y parte para sacar aceyte. Los perros son allí muy utiles, pues sirven para tirar de los trineos (1) ó rastras quando los rios estan helados, y pasan con estos carruages sobre el hielo y la nieve con una rapidez increible. Se acostumbra hacer que vayan algunos perros delante para abrir camino; siguen los demas con sus trineos, y son relevados su-

(1) Estos *trineos* son muy comunes é indispensables en todos los paises septentrionales, para viajar sobre la nieve. Son como unos carros pequeños sin ruedas ni exes, dispuestos de tal forma que puede un hombre ir dentro de cada uno, sin peligro de caerse, y regularmente estan forrados en pieles. En Siberia, Laponia y otros paises se sirven de renos para tirar de estos trineos, los quales corren con la mayor velocidad sobre la nieve y por los montes.

cesivamente hasta el fin del viage. A veces andan sin descansar una jornada de seis leguas. La pesca no solo provee á estos habitantes de sustento, sino tambien de vestido: tienen la habilidad de preparar las pieles de ciertos pescados, y teñirlas con tal arte, que parecen telas de seda. La forma de su trage es la misma que entre los Chinos, pero los grandes mantos con que se cubren las mugeres, estan guarnecidos en las extremidades con medallas de cobre, que hacen mucho ruido. Sus cabellos, divididos en varias trenzas, estan cargados de espejitos, anillos, agujas y otras bugerías. Estos habitantes carecen de granos, de frutas y ganados; los rios son sus únicas riquezas. No hay cosa mas célebre en la historia de los Mantcheoux que el rio de Songari, y las montañas donde tiene su origen: el rio es notable por la multitud de sollos que produce, y las montañas por su elevacion y blancura: este color procede de la arena que las cubre, y por esta razon se llaman *las montañas blancas*. Su cima termina en cinco peñascos de enorme tamaño, que parecen pirámides arruinadas, y estan siempre húmedas con las continuas nieblas que los cubren: entre estos peñascos hay un lago profundo, de donde nace el Songari.

Los habitantes de la ribera de este rio parece que no tienen ningun culto, ni idea

de religion. Los idolos de la China no han hallado todavia entrada en este país, quiza porque los Bonzos no se cuidan de ir á establecerse en este país miserable, en donde no encontrarian ningunas comodidades, ni medios de enriquecerse.

Os he hecho recorrer, Señora, una parte de los desiertos de la Tartaria Oriental, de donde quizá no hubiera podido salir, si no hubiera ido en compañía de una persona tan respetable como nuestro Enviado. Como iba de órden de la Corte, en todas partes le hacian los mayores obsequios, nos daban escoltas, y nos proveian de todo lo necesario. No nos faltaban guias, ni barcas para pasar los rios, ni caballos para montar. En fin llegamos á Tsi-Tsi-Kar, tercer gobierno de los Tártaros Mantcheoux que toma su nombre de una nueva ciudad, edificada por el Emperador Cang-Hi, para asegurar sus conquistas contra los Rusos. En vez de murallas está rodeada de una empalizada de mediana altura, con un buen parapeto. La guarnicion se compone principalmente de Tártaros, y la mayor parte de sus habitantes son Chinos, atrahidos por el comercio, ó enviados alli en destierro. Sus casas estan situadas fuera de un recinto formado de una empalizada, que no contiene mas que los tribunales de justicia y el palacio del Gobernador. A alguna distancia de esta

ciudad, á la orilla del rio Saghalia, hay otra que toma el nombre de este rio, donde se venden las martas zibelinas, que son aqui mas bellas que en ninguna otra parte: los Mantcheoux las traen de mas de cincuenta leguas, y son la principal riqueza de este país. Los perros que estan adestrados en esta caza, trepan á las montañas mas escarpadas, y eluden todas las astucias de estós animales. Los grandes bosques de que está cubierto aquel pais, son la guarida de las martas, y proporcionan á los Tártaros la adquisicion de estas pieles tan estimadas. Entre estos bosques y la ciudad los campos producen abundantes cosechas, y las aldeas que están contiguas unas á otras parece que forman con la ciudad una poblacion inmensa. Ademas del comercio de martas, que es aqui muy considerable, se venden tambien muchas perlas, las quales se pescan en casi todos los rios que desembocan en el Saghalia. El modo de pescarlas es muy facil y sencillo: el pescador se sumerge, recoge en el fondo todas las conchas que puede, y otros las abren, segun las van sacando; á veces encuentran perlas muy gruesas, pero casi todas defectuosas. En el Saghalia no se cogen perlas, sea que no las produzca, sea que su profundidad impida buscarlas.

Mer-Ghen, ótra gran ciudad del go-

bierno de Tsi-Tsi-Kar, es bastante populosa, pero de malos edificios, y aunque la mayor parte de sus cercanías son estériles, se coge bastante trigo y mijo para sustentar á sus habitantes. Ademas de los Mantcheoux, que son los dueños del pais, se ven allí tambien Tártaros Solonos, y Timgutes, cuyos usos y costumbres son diferentes. Los Solonos, mas diestros y robustos, no conocen mas ocupacion que la caza: sus mugeres montan á caballo, manejan el arco, y acompañan á sus maridos en la caza de martas y de ciervos. Quando salen para ocuparse en este exercicio, van juntos hasta mil y mas de ellos, vestidos de unos coletos cortos y estrechos de piel de lobo. Llevan consigo perros, caballos y provisiones para tres meses: todo este tiempo viven en los bosques y montañas, expuestos al frio mas riguroso, y con mucho peligro de ser devorados por las fieras. Nada acobarda á estos intrépidos cazadores, ni los hielos, ni las inundaciones de los rios, ni las fatigas de esta vida errante y miserable. Por la primavera vuelven á sus casas, y van á vender á la ciudad las pieles que han cogido. Las mas preciosas se separan para el Emperador, y este es el único tributo que exîge de esta nacion: las otras se venden á precio muy subido, aunque es produccion del pais. Su valor se au-

menta á proporcion que se llevan mas lejos de la Tartaria, y por esto son tan caras en Europa. No se caza á las martas zibelinas, como á los demas animales, porque su piel es tan delicada, que facilmente se estropea, y entonces no hay quien las quiera comprar. Para cazarlas se sirven de podencos pequeños y de una red; quando se encuentra el rastro de una marta sobre la nieve, el cazador la sigue por dos ó tres dias, hasta que el animal fatigado trepa sobre un árbol: el Tártaro tiende entonces su red al rededor del árbol, y enciende fuego debaxo: apenas la marta percibe el humo, baxa del árbol, y cae en la red.

Se cree que los Solonos descienden de diferentes tribus, subyugadas por los Mantcheoux: los Tungutes ó Tunguses, asi llamados de un rio de Siberia, de donde descienden estos Tártaros, se diferencian de los Solonos en la lengua, en las costumbres y en el trage. No tienen casas, y habitan en los bosques ó á las orillas de los rios. Quando llegan al parage, en que determinan acamparse, forman unas cabañas, ó chozas, cubriéndolas de cortezas, y dexando arriba una abertura para que salga el humo del fuego, que encienden en medio de la choza. Esta nacion es muy afable y humana, y todos son muy aficionados al tabaco y al aguardiente. Los hombres son altos,

robustos, y honrados; las mugeres son de talla mediana, y tienen mucho pudor. He visto á muchos de estos Tártaros que tenian en la frente figuras ovaladas, y la de una rama de árbol, que les llegaba desde el lagrimal del ojo hasta la boca. Empiezan á formar estas figuras desde la infancia, picando la piel con una aguja, y frotando las picaduras con carbon, lo qual les dexa una marca que jamas se borra. Las mugeres se adornan con una túnica de pieles, que las llega hasta las rodillas, la qual sujetan con un cinturon de tres dedos de ancho, bordado de aguja. A cada lado llevan un anillo de hierro, de los quales cuelgan sus pipas, y algunas otras alhajas de poco valor. Atan sus cabellos, que son muy negros, al rededor de la cabeza en trenzas, y encima ponen un gorro pequeño de pieles, que las hace mucha gracia. Usan de unos borceguies de piel de gamo, que sujetan á la canilla de la pierna con correas. El vestido de los hombres es muy sencillo y desembarazado: consiste en una chaqueta de piel, con mangas estrechas, cuyo pelo cae afuera: sus medias y calzones son de la misma materia, y todo en una pieza, como un pantalon. Su gorro de pieles está abierto por arriba, para sacar por alli el cabello, que dexan colgar en trenzas. Llevan sus flechas en una aljaba colgada del hombro, y el arco en la

mano izquierda: ademas usan de una lanza corta y de una hacha pequeña. Con estas armas acometen á las fieras, y acaban con ellas, porque son muy diestros y valientes. En invierno, que es el tiempo de la caza, usan de una especie de patines, hechos de una madera muy ligera: tienen un pie de largo con cinco ó seis pulgadas de ancho; por detras son chatos, y puntiagudos por delante, y se los aseguran al pie con unas correas. Sin estos zuecos ó patines seria imposible andar por la nieve, pero no sirven mas que para las llanuras. Para andar por las montañas tienen otro calzado, cubierto de pieles, y estas se ponen á contrapelo, para no resvalar. Trepan por los cerros y alturas con mucha facilidad; y para baxar, se dexan deslizar por la nieve.

La nacion de los Tungutes era antiguamente muy numerosa, pero las viruelas la han disminuido considerablemente. No conocieron esta enfermedad hasta la venida de los Rusos, y la temen tanto, que quando alguno está inficionado de ella, le hacen una choza separada, le dexan agua y algun alimento, y levantan su campo, dirigiéndose á la parte de donde corre el viento: cada qual lleva brasas encendidas en un vaso de tierra, y van dando horribles lamentos por todo el camino. No visitan al enfermo hasta que juzgan ha pasado ya todo peligro; y si

le encuentran muerto, le cuelgan de un árbol.

Quando estos Tártaros van á caza, no llevan consigo ningunas provisiones, fiados en la caza que cogeran. Comen de todos los animales que encuentran, osos, zorras, lobos, &c. pero particularmente son muy apasionados á la carne de ardilla. Por lo que hace á la de armiño, tiene un gusto tan rancio y desabrido, que es preciso estar muy apurados del hambre para comerla. Quando un cazador mata un gamo, ó algun otro animal, no se marcha de aquel sitio hasta haberselo comido todo; pero si está cerca de su familia, reserva una porcion para ella. Llevan siempre eslabon, pedernal y yesca para encender fuego, y quando les faltan estos aparejos, hacen lumbre frotando dos pedazos de madera uno contra otro con mucha fuerza y velocidad. Los Tungutes no comen carne cruda sino en la mayor extremidad: algunos me han dicho, que quando se ven muy apretados del hambre, se ligan estrechamente el vientre con correas, con lo qual sienten mucho alivio, y esta práctica es muy comun en otros pueblos salvages, siendo muy natural que produzca este efecto.

Volviendo á los Mantcheoux, aunque son los dueños del pais, no es muy grande su número, principalmente despues que sus Soberanos ocuparon el trono de la Chi-

na, y los han atrahido cerca de su persona, y por toda la extension de aquel vasto imperio. Son muy favorecidos de la Corte, y poseen grandes empleos, en los què adquieren muchas riquezas. Tienen la misma religion que los Chinos, y forman con ellos casi una misma nacion. Entre los que han quedado en la Tartaria, unos no tienen ningun culto exterior, otros adoran al gran Lama, de quien os hablé largamente en mi carta sobre el reyno de Butan; otros, en fin, tienen una religion mixta, que se reduce á algunas ceremonias nocturnas, en que practican algunos sacrilegios. Se juntan por la noche hombres y mugeres en un sitio, y uno de ellos se tiende en tierra, permaneciendo en esta disposicion mientras que todos los demas dan grandes gritos al sonido lúgubre de un tambor, destinado para estas ceremonias. Al cabo de dos horas se levanta como extático, y cuenta sus visiones á los presentes: suponen que en su arrobo ha sábido lo que debe suceder á uno, lo que otro debe emprehender &c. y todas las palabras que habla, se reciben como oráculos.

Estos supuestos mágicos son muy venerados: muchas mugeres fingen tener esta gracia, y aseguran que tienen comunicacion con los espíritus malignos, que las enseñan lo pasado y lo venidero. Deseando yo in-

formarme de la verdad de algunas historias que me habian contado, fuí á ver á una de estas mágicas, que era tenida por la mas célebre de todo el país. Quando entré en su casa, no hizo caso de mí, prosiguiendo en ocuparse en las cosas de su casa: dixéronla el motivo de mi visita, pero apenas hizo aprecio de lo que la decian. Sin embargo, despues de haberse fumado una pipa de tabaco, y haberse bebido un vaso de aguardiente que la dí, se puso de mejor humor. Hízela varias preguntas, y fingió que no me entendia; pero despues de haberse fumado otra pipa, bebídose otro vaso de aguardiente, y recibido algunos regalos que la hice, empezó á sacar los instrumentos ridiculos de su profesion. Sacó primeramente un pedazo de madera, que tenia figura de una cabeza humana, adornada de varios andrajos de seda y lana de diferentes colores. Tomó despues un tamboril, de un pie de diámetro, guarnecido de anillos de hierro y de cobre, y rodeado igualmente de harapos. Entonó una cancion lúgubre, acompañándose con el tamboril; algunas vecinas, á quienes habia llamado, la acompañaban tambien cantando; y durante esta ridicula escena, que duró cerca de un quarto de hora, ella se mantuvo en un rincon de la pieza, dando estrechos abrazos á aquella figura de madera.

Concluida esta farsa, me dixo, que la propusiese mis preguntas, y respondió á todas ellas de un modo tan equívoco y absurdo, como hacian los antiguos oráculos.

Como estos impostores tienen el mayor crédito en esta parte del mundo, y esta nacion ignorante los tiene por personas inspiradas, voy á hablaros de uno que fue traido á presencia del Enviado por varios personages de su tribu, mientras que estabamos á la mesa. El impostor era un hombre como de unos 30 años, y afectaba mucha gravedad en su continente: presentáronle un vaso de aguardiente luego que entró; bebiólo, pero no quiso repetir con otro vaso. Despues de haber conversado un rato con él, le rogamos nos diese algunas muestras de su profunda ciencia. Hízose mucho de rogar, y en fin, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, y vuelto el rostro á sus camaradas, tomó dos varitas, una en cada mano, para llevar el compas, y entonó una cancion lúgubre. Hizo varias contorsiones, y al fin se fue arrebatando de tanto furor, que arrojaba espuma por la boca; y parecia que los ojos se le saltaban del casco. Los Tártaros atribuyen estos movimientos extraordinarios á la operacion de algun espíritu, y en efecto parecia energúmeno. Despues de haberse fatigado con todas estas convulsio-

nes, marchó hácia la puerta, y dió tres gritos espantosos, llamando al genio que debia dictarle las respuestas á las preguntas que se le hiciesen. Vino luego á sentarse con aspecto muy reposado, y nos dixo que le preguntásemos lo que nos pareciese: yo no pude comprehender una palabra de sus respuestas, porque eran en extremo confusas, y ambiguas. Despues hizo varias arlequinadas, y fingió que se mataba con un cuchillo, dirigiéndolo á su garganta: tuvo por mucho tiempo una espada desnuda en la mano, y en fin, hizo mil extravagancias tan ridiculas como impertinentes. Á esto se reduce toda la ciencia mágica de estos impostores, y con estas necedades tienen alucinados á los Tártaros que los creen ciegamente.

No consiste únicamente en esto el culto religioso de esta nacion, pues tienen tambien su especie de sacrificios. Cerca de la frontera de la China hay una montaña que tienen por santa, y creerian que sus viages serian desgraciados, si al pasar por ella no la consagrasen algunos de sus vestidos. Cuelgan estas ropas de las ramas de los árboles, de que está cubierta la montaña, y como por todas partes no se ve mas que estos ridiculos presentes, parece la tal montaña santa una tienda de maulero. No es permitido tocar á estas ofrendas consagra-

das, y el que tuviese la osadia de quitarlas, sería castigado como impío y sacrílego.

Por lo que hace á la lengua de los Mantcheux es la misma que los Tártaros llevaron á la China: el Emperador Cang-Hí hizo se formase un diccionario de ella, colocando todas las palabras en diferentes clases. La primera es relativa al cielo, la segunda al tiempo, la tercera al Emperador: las demas pertenecen al gobierno de los Mandarines, á las ceremonias, á las costumbres, á la música, á los libros, á la guerra, á la caza, al hombre, á la tierra, á la seda, á las telas, á comer, beber &c. Cada palabra, escrita en letras gruesas, tiene debaxo en letra menuda su definicion, explicacion y usos. Lo que tiene de particular esta lengua, comparada con la nuestra, es que los Tártaros tienen verbos diferentes, siempre que los substantivos regidos por el verbo difieren entre sí: por exemplo, nosotros decimos, *hacer una casa*, *hacer un vestido*, *hacer pan*, lo qual no pueden sufrir los Tártaros, y así es preciso para conformarse en algo con su lengua, decir, *fabricar una casa*, *coser un vestido*, *amasar pan.* En la conversacion familiar sufren la repeticion de un mismo verbo para cosas distintas, pero en los escritos les parece intolerable. Tampoco perdonan la repeticion de una misma palabra en el es-

pacio de dos líneas, porque les parece una monotonia insufrible. No se puede negar que su lengua es abundante, pero tiene aquella abundancia frívola, inútil, y embarazosa, que no puede constituir el mérito de ningun idioma. De esta extravagante propiedad de la lengua Tártara se sigue que está llena de pleonasmos, porque si cada substantivo tiene un verbo que le es propio, es inútil la expresion de este substantivo, y todos los verbos activos pueden ser neutros.

Otra singularidad de la lengua Tártara es que expresa con una sola palabra lo que en otros idiomas necesita de un largo rodeo: por exemplo, para decir que un perro tiene el pelo de las orejas largo y espeso, lo expresan con la sola palabra *tayha*, y de esta concision pudiera citar muchos exemplos, pues para expresar otras muchas qüalidades buenas ó malas de un perro, tienen palabras particulares. Pero es menester advertir, que de todos los animales el perro no es el que suministra mas voces á la lengua Tártara, aunque es de los que mas necesitan así para la caza, como para tirar de los trineos, y otros usos. El caballo, que es para los Tártaros mas útil aun que el perro, tiene mas nombres que éste, para expresar sus varias qüalidades, y todos sus usos; pues no solo hay nombres para sig-

nificar sus colores, edad, propiedades, y defectos, sino tambien para todos sus movimientos.

Aunque esta nacion no tiene mas que una especie de caractéres, son quatro los modos de usarlos. El primero es quando se trata de servirse de un estilo grave y respetuoso; en este caso el escribiente mas laborioso apenas puede en todo un dia concluir 25 líneas, porque este estilo exîge tal delicadeza y correccion, que es preciso empezar la obra de nuevo muchas veces. Los otros tres modos de escribir son mas ó menos perfectos y fáciles, segun las circunstancias. Como creo, Señora, que no os vendrá deseo de aprender la lengua Tártara, no me detendré mas en otras curiosidades sobre ella: lo que os he dicho es para haceros ver que en todos los países por donde viajo, procuro lo primero adquirir algun conocimiento de la lengua del país, á lo menos quanto baste para explicarme con los naturales sin necesidad de intérprete, porque debeis tener por cierto, que todos los errores y patrañas que se leen en muchas relaciones de viages, hechas por hombres de buena fe, y que han visto los países que describen, proceden por la mayor parte de la ignorancia de la lengua del país.

Los Mantcheux están muy preocupados á favor de su lengua: un Misionero, que

acompañó al Emperador de la China en unò de los viages que suele hacer anualmente á la Tártaria; me refirió una conversacion que tuvo con él Príncipe heredero sobre este particular, la qual os referiré con sus propios términos.

„Estoy persuadido, me dixo el Príncipe, que no se puede expresar el sentido de los términos de nuestra lengua, y mucho menos la magestad de su estilo en ningun idioma de Europa. Para convencerme, me dictó una carta en lengua Tártara, mandándome que la traduxese en latin. Executé fácilmente lo que me mandó; pero qué sé yo, me dixo, lo que habeis escrito? Es acaso mis pensamientos, ó los vuestros? no habeis omitido, mudado, ni añadido nada? Despues me mandó que le recitase en Chino lo que habia escrito en latin, lo que executé inmediatamente, y el Príncipe quedó tan satisfecho como admirado. Sin embargo, manifestaba siempre el mayor desprecio á nuestros caractéres, y los comparaba á las huellas que dexa una mosca en una mesa cubierta de polvo. Cómo es posible, me decia, que con estos caractéres se puedan expresar tantos pensamientos y acciones diferentes, tantas cosas visibles é invisibles? Al contrario, nuestros caractéres son bellos, claros, bien distinguidos; su número es muy grande, y se puede escoger

entre tantos; el lector los distingue fácilmente, y causan placer á la vista. En fin nuestra lengua es firme y magestuosa; las palabras hacen una harmonia agradable al oido en vez de que quando vosotros hablais vuestra lengua, no distingo mas que un murmullo sordo (1). Yo le hice conocer respetuosamente, que por la misma razon que estimaba mas los caractéres Tártaros que los Chinos, porque estos con su infinidad de letras no podian expresar todos los términos de la lengua Tártara, debia apreciar los caractéres Europeos mas que todos los de su país, pues con ellos, siendo tan corto su número, los Europeos expresan facilmente todas las palabras Chinas y Tártaras, y otras infinitas que ni unos ni otros podian expresar. Añadí, que miéntras mas sencillos y en menor número son nuestros caractéres, mas faciles y admirables deben ser, pues bastan para expresar todo lo que se quiere: que la

(1) En esta parte tenia mucha razon el Príncipe Chino: todas las lenguas de Europa se pronuncian de un modo monótono, y no se distingue la quantidad de las sílabas, sino en las penultimas de las palabras de mas de dos sílabas; y aun esto no se verifica en la lengua Francesa. Al contrario, las lenguas China y Tártara se pronuncian como el griego, y el latin, quando eran lenguas vivas; y por consiguiente su pronunciacion es un verdadero canto, en que se expresa no solo la quantidad de las sílabas, sino tambien su acento.

abundancia en esta parte es un gran defecto, y que esta era la causa de que la lengua China fuese mas pobre que la Tártara, y esta que las Europeas. Entónces le propuse que escribiese en letras Tártaras estas palabras, *grifo*, *fragil*, *premio y platina*, lo que no pudo hacer, porque en su idioma no se pueden juntar dos consonantes. Además le hice observar que faltan en su alfabeto la *b* y la *d*, por lo que estan obligados á substituir en su lugar la *p* y la *t*; y de aquí procede, le dixe, que hay una infinidad de sonidos Europeos que vosotros no podeis pronunciar. En fin, mis respuestas le hicieron formar mejor idea de las lenguas Europeas, las quales prefiere á la China, pero se obstina en que son inferiores á la Tártara."

Aunque el clima de los Mantcheux está casi á los mismos grados de latitud que Francia, sin embargo es muy diferente por lo que hace á las estaciones y á las producciones naturales. El frio se hace sentir mucho antes y con mas fuerza que en Francia, y desde principios de Septiembre los rios empiezan á acarrear témpanos de hielo. Este frio excesivo y anticipado procede en parte de la abundancia de nitro que exhalan las tierras, y en parte de los bosques espesos é impenetrables que cubren aquel país. Se ven allí manadas numerosas de ciertas cabras roxizas que son peculiares de esta region, las

quales se distinguen mucho de los gamos, corzos y gazelas. Los machos tienen hastas de un pie de largo, y cuyo grueso en la raiz será de una pulgada, con nudos á distancias regulares. Se parecen á nuestros carneros en la cabeza, y á los gamos en el cuerpo y pelo; pero tienen las piernas mas largas y delgadas que estos. Son estos animales muy ligeros, y como corren por mucho tiempo sin cansarse, no hay perros que pueden darles alcance. Su carne es bastante tierna y de buen gusto; pero los Tártaros no saben sazonarla. Caminan siempre en manadas, y se establecen mas bien en las llanuras desiertas, que en los montes, donde nunca se las encuentra, sin duda porque en las llanuras conocen que pueden escapar mas facilmente de todos sus enemigos. Son tan tímidas estas cabras, que quando descubren á un hombre, no cesan de huir hasta que le pierden de vista. Corren siempre en linea recta, y van en fila unas detras de otras, sin que se vea jamas correr dos de frente.

Se encuentran tambien en este país unos asnos silvestres, que se parecen á nuestros mulos, pero son de distinta especie; pues procrean como los demas animales, y jamas se les puede acostumbrar á llevar cargas: los cazadores matan muchos de ellos para alimentarse de su carne, la qual tienen

por excelente. Los caballos salvages que se crian en los montes, son mas veloces que los domésticos : andan en manadas como carneros, y no dexan que nadie se les acerque : estos caballos salvages no pueden ser domados, sino quando los cogen muy pequeños, y su vigilancia en guardarse es increible. Siempre hay uno que está sobre las alturas como de centinela, y quando recela algun peligro, avisa á los demas con sus relinchos, con cuyo aviso todos escapan velozmente por los montes trepando como cabras. El caballo padre vá siempre el último, y muerde á los que no corren con bastante ligereza. A pesar de esta sagacidad, son sorprehendidos muchas veces por los Tártaros, que los persiguen corriendo en caballos muy ligeros, los matan á lanzadas, comen su carne, y aprovechan sus pieles para varios usos.

En el país de los Solonos he visto venados del tamaño de nuestros bueyes. El Chulon es otro quadrupedo, que tiene la figura y color del lobo; pero su pelo es largo, suave y espeso; su piel es muy estimada de los Rusos y de los Chinos que hacen de ella excelentes forros. El tigre es muy comun en la Tartaria, como tambien el leopardo : el primero tiene la piel de un color leonado con manchas negras, sus ojos de un color encendido anuncian su ferocidad, y su grito

inspira el mayor terror. Dicen que quando se ve rodeado de cazadores, al principio se queda inmovil como recelando el peligro; pero quando le acosan, se irrita tanto que se arroja contra el primero que se le presenta. La piel de este animal es muy estimada en Pekin, la qual se emplea en cubrir las sillas de manos de los Mandarines quando salen en público ó viajan. El leopardo es mas pequeño que el tigre, y se distingue de este en otras muchas cosas, como son el color, propiedades, &c.

La caza de los ciervos se hace en Tartaria de este modo: llevan consigo algunas cabezas de ciervas, que colocan en parages visibles, y remedan su voz. Inmediatamente acuden los ciervos de las inmediaciones, y quando se acercan al parage en que estan las cabezas, salen los cazadores de sus emboscadas, y los matan sin mucha dificultad.

No debo olvidar las zorras negras, de las que se vé aquí un gran numero. Su piel es aquí tenida por la mas bella, y los Tártaros la prefieren á la marta zibelina, porque es mas caliente y ligera. Encontramos una gran manada de liebres tan blancas como la nieve, sobre la qual corrian; me parece que pasarian de 400. Encamináronse hácia los montes, pero no mostraban mucho miedo. Me dixeron que por la primavera se

retiran hácia el mediodia aun en mayor número, y que volvian por el otoño, quando los rios estan helados y empieza á nevar. Hallamos abundancia de esta caza en la mayor parte de las aldeas; pero los habitantes estiman poco su carne, y no las matan sino por las pieles, de las quales hacen un comercio considerable.



CARTA LXXV.

La Tartária Occidental.

La comision del Señor Tártaro, que me habia permitido le acompañase, se extendia tambien á los Mongoles, nacion vecina de los Mancthеux. Estos últimos estan, como ya os he dicho, inmediatamente sujetos á los Chinos, ó por mejor decir, ellos son los que actualmente mandan en la China, pues los Emperadores que ocupan el Trono, son de su nacion y descienden de sus antiguos Soberanos. Los Mongoles dependen tambien del imperio de la China, y pagan un tributo, pero son gobernados por Príncipes particulares que antiguamente conquistaron la China, como despues lo han hecho los Mantcheux, y uno de estos Príncipes Tártaros Mongoles formó una nueva disnatia en la China en el siglo XIII. de la era Christiana. Ellos son tambien los que han establecido la mayor parte de las Monarquias Asiáticas, y especialmente la del Mogol, que les debe su nombre y pujanza. Su país estaba antiguamente muy poblado, y se encuentran aun ruinas de vastas ciudades. En este país tuvo principio el famoso imperio de Gen-

giskan, y allí tuvo su Corte: las artes y las ciencias se han cultivado allí por mucho tiempo: todas las riquezas del Asia se han reunido muchas veces en este país, y han vuelto á esparcirse; y las mayores revoluciones políticas del mundo han tenido su origen de estos Tártaros, aunque la Historia no los distingue bien. Pero las largas y sangrientas guerras que han sostenido contra los Mantcheux, y contra los Chinos, y mas que todo las guerras y disensiones entre ellos mismos han convertido este imperio floreciente en una vasta soledad.

Los Mongoles ocupan un país mucho mas extenso que los Tártaros Orientales: baxo su nombre se comprehenden los Kalkas, y los Eluthes ó Kalmukos, que habitan la parte del O. hasta el mar Caspio. Todos tienen una misma lengua, y casi las mismas costumbres: profesan una misma religion: viven errantes sin tener domicilio fixo: su principal subsistencia consiste en sus ganados, que llevan siempre consigo á qualquier parage que se muden. La pereza les impide sujetarse á los trabajos de la agricultura, y además es maxîma general entre ellos, que las hierbas deben alimentar á los animales, y que estos han sido criados para alimento del hombre. Esta nacion está dividida en varias tribus ó aduares, cada uno de las quales tiene un Kan ó Príncipe parti-

cular, y jamas se introducen unos en las tierras de los otros. Viven en tiendas, en cuya parte superior dexan abierto un agujero para la salida del humo, y prefieren estas chozas groseras á los palacios de la China; no habiendo en su concepto cosa alguna que se pueda comparar con su vida libre y errante. El thé es su bebida ordinaria, y además usan de otro licor muy fuerte, compuesto de leche de yeguas destilada por alambique: algunas veces mezclan con ella carne cruda, la qual dexan fermentar antes de destilarla. Son naturalmente muy sucios y asquerosos: los mas distinguidos no usan de mas servilletas que sus propios vestidos para limpiarse manos y boca quando comen, y despues de haber bebido una salsa grasienta, se frotan los labios con sus mangas. Jamas laban su vagilla: para labarse ellos mismos, se contentan con tomar una bocanada de agua, y vaciándola en las manos se estregan ligeramente la cara. Sus tiendas cubiertas de pieles y lana de sus obejas, tienen un hedor intolerable, el qual se comunica á sus cuerpos, y por esta razon los Chinos los llaman por escarnio *Tártaros hediondos* para distinguirlos de los otros Tártaros.

Los Mongoles son de mediana estatura, pero robustos; tienen el rostro ancho y aplastado, poca barba, el color baxo, los cabellos negros, y tan ásperos como cer-

das : ordinariamente se los cortan, sin dexar mas que un mechon en lo alto de la cabeza, que dexan crecer libremente. Son tan groseros, que duermen y viven entre el estiercol de sus animales, que les sirve de leña para el fuego ; pero son muy diestros en la caza y en el manejo de los caballos. Su genio es alegre y franco, y estan siempre dispuestos al regocijo : tratan con humanidad y buena fe á los estrangeros : nada les inquieta, porque no tienen ningunos asuntos que les causen afanes ni cuidados. Su trage consiste en unas grandes camisas y calzoncillos de coton, y sobre este llevan unas túnicas ó batas de la misma tela, ó de otra mas ligera que forran con pieles, y les llegan hasta el tobillo. A veces van vestidos únicamente de pieles de carnero, vuelta la lana hácia el cuerpo, y se sujetan el cuerpo con un cinto muy ancho. Sus botas son muy grandes, hechas de baqueta de Moscovia : llevan unos gorros redondos, forrados en pieles, y con un bordado de quatro dedos de ancho. El trage de las mugeres es casi lo mismo, excepto que sus batas son mas largas, sus botas de color roxo, sus gorros chatos, y llevan algunos adornos. Las armas de los Mongoles son la lanza, el arco y el sable, y pelean siempre á caballo. Sus ganados consisten en camellos, vacas, y ovejas : los carneros tienen unas colas tan

anchas, que pesan de diez á doce libras, y toda ella es un pedazo de sebo de muy mal gusto. Estos Tártaros aborrecen el tocino, y no crian mas animales que los que se alimentan solamente de yerba. Aunque la poligamia no está prohibida en esta nacion, ordinariamente estos Tártaros no tienen mas que una muger. Acostumbran quemar los cadaveres, y entierran sus cenizas en un parage elevado, donde forman un monton de piedras, y encima ponen banderas. Los mercaderes de la China concurren en gran número á este país, y traen á los Mongoles arroz, thé, tabaco, telas de algodon, y todo lo que necesitan; en cambio reciben ganados ó pieles, porque aqui no se conoce el uso de la moneda.

La religion de estos Tártaros consiste principalmente en el culto de Foe: creen en la transmigracion de las almas, tienen una obediencia ciega á los Lamas, y les dan lo mejor y mas precioso que tienen. Toda la sabiduría de estos impostores se reduce á saber leer sus libros dogmáticos que estan escritos en la lengua del Thibet: su libertinage es extremado, y principalmente procuran seducir á las casadas. Sin embargo de esta conducta tan desordenada, los Kanes ó Príncipes de los Tártaros se dexan gobernar por sus consejos, y en todas ocasiones les ceden siempre el primer lugar, dándoles la

preferencia en las funciones públicas. Estos Lamas discurren de tienda en tienda, y van repitiendo ciertas oraciones, por las quales se hacen pagar abundantemente. Se jactan tambien de ser muy hábiles en la medicina, atribuyéndose el poder de mandar sobre los temporales para que llueva, granice, &c. y sobre todo, dicen que tienen facultad para perdonar los pecados, y para todo género de sortilegios. La religion de estos Lamas es casi la misma que en el reyno de Butan; pero como los Tártaros son mas ignorantes, tienen sobre estos mas influxo, que sobre los demas pueblos en que domina su secta.

Los Mongoles estan divididos en unas cincuenta banderas, cada una de las quales tiene su caudillo, á quien se le señala renta fixa. Hay en Pekin un tribunal adonde se apela de sus sentencias, al qual tienen obligacion de presentarse en persona, quando se les cita. El Emperador de la China, que toma el título de Gran Kan de los Mongoles, los eleva á esta dignidad ó los depone, segun su buena ó mala conducta. Sin embargo, los Tártaros consideran á sus Kanes, como á Señores del pais, y en estos Príncipes se advierte cierta urbanidad que los distingue del pueblo. Aunque sus vasallos se apropian el título de esclavos suyos, sin embargo no los tratan con rigor, y aun vi-

ven con sus caudillos en la mayor familiaridad, sin que esto disminuya nada el respeto que les tienen.

De todas las tribus de Mongoles, sujetas al dominio de los Chinos, la mas célebre es la que toma su nombre del rio Kalka; estos son los descendientes de los Tártaros que fueron arrojados de la China, despues de la extincion de su dinastia. Es muy estraño, que habiendo vivido por tanto tiempo acostumbrados al regalo y comodidades de la vida urbana, hayan podido acomodarse tan facilmente á la vida errante y grosera de sus mayores; pero la especie de independencia en que viven, los consolaria bien pronto de todas las comodidades de luxo, que habian dexado en la China. En esta parte de la Tartaria habia antiguamente varias ciudades que ya no existen, pero se ven aun algunas ruinas. A pesar de todas mis averiguaciones no he podido descubrir los vestigios de Kara-Korum, antigua capital del Imperio de los Tártaros.

Lo que os he dicho en otra parte acerca del Dalay Lama, supremo Sacerdote del reyno de Butan, conviene igualmente al Khoutouktou, gran Sacerdote de los Mongoles-Kalkas, que antiguamente era un dependiente del Gran Lama, y movido de la ambicion de ser independiente, rehusó reconocerle por superior. Con el discurso del

tiempo, y con su sagacidad han logrado estos impostores tener tanta autoridad y crédito entre los Tártaros, que ya no se acuerdan del Gran Lama. La autoridad del Koutouktou se halla tan bien establecida, que el que dudase de su poder absoluto, seria tenido por sacrílego. Este impostor se jacta de tener un conocimiento universal, y esto es lo que significa la palabra *Khautouktou*, y el pueblo cree ciegamente que sabe lo pasado, presente y venidero. Como todos los Lamas que estan baxo sus órdenes, tienen tanto interes en fomentar la preocupacion del pueblo á favor de su gefe, no hay medio de que no se valgan para persuadir las fábulas mas absurdas en orden á su virtud y sabiduría. El Koutouktou está vestido de amarillo, igualmente que todos sus súbditos, y solamente ellos y el Príncipe pueden usar de este color, que les atrae el mayor respeto. Los Tártaros estan persuadidos, que su Gran Lama envejece á proporcion que la luna va menguando, pero que rejovenece quando empieza la luna nueva. En los dias festivos se presenta acompañado de música baxo un magnifico dosel de terciopelo, sentado sobre un almohadon con las piernas cruzadas, teniendo á cada lado un ídolo. Los demas Lamas de distincion estan en un parage mas inferior sobre almohadas mas baxas, teniendo cada qual en la mano un li-

bro en que estan leyendo en silencio. El pueblo se postra delante del Sacerdote, haciendo algunas exclamaciones en honor de su Dios y de su Gran Lama. Despues algunos Lamas traen incensarios con perfumes, y van incensando al Dios, al Koutouktou, y al pueblo: presentan vasos llenos de licores y de dulces: el Gran Lama los gusta primero, hace distribuir lo restante á los caudillos de las tribus, y se retira á su tienda con acompañamiento de música. El deseo de mantenerse en la independencia del Gran Lama del Thibet obliga al Koutouktou á ganar con dádivas á los Ministros del Emperador de la China; y la Corte que tiene necesidad de él y de sus Sacerdotes, para contener á los Mongoles en la obediencia, los trata con mucho miramiento. Los Lamas no viven aqui en comunidad como en otras partes, pero hacen sus oraciones en comun.

Hay otra tribu de Mongoles, que vive mas al occidente que los Kalkas, â los quales llaman Eluthes, ó Kalmukos: este pais comprende la mayor parte de las vastas regiones que en Europa se llaman la *gran Tartaria.* Su grande elevacion la hace mucho mas fria, que los otros paises situados baxo la misma latitud, y aun en estío suele helar como entre nosotros por invierno. A esta misma elevacion es preciso atribuir la

multitud é inmensidad de sus desiertos; y aunque la mayor parte de los rios grandes del Asia tienen su nacimiento en este pais, se halla falto de agua en muchos parages. Sin embargo, estos desiertos no son tan horribles como se pudiera presumir, pues á excepcion de algunos parages que son muy areniscos, todos los demas ofrecen excelentes pastos. La yerba crece á la altura de mas de tres pies, y si se regase, llegaria á la altura de un hombre. Como los habitantes han observado, que quando esta yerba se seca, sufoca á la nueva que retoña, pegan fuego á estos pastos á principios de primavera, y á veces se extiende el incendio á mas de diez leguas de terreno, quando sopla el viento, causando asombro el ímpetu con que se esparce, el ruido que hace y el humo que levanta. Quando alguno se halla á la parte de donde viene esta llama, el único medio para librarse de su furia, es pegar fuego en el parage donde está, y seguir este incendio, por lo qual nadie viaja por estos parages, sin llevar los instrumentos necesarios para encender fuego. Las caravanas, los mercaderes, y sobre todo los exércitos no se acampan jamas en estas llanuras, porque muchos cuerpos considerables de tropas han sido destruidos por medio de estos incendios inevitables. Los Mongoles queman sus campos, para que sus ganados pue-

dan pacer con tiempo: estas cenizas hacen que la yerba brote despues con tanta fuerza, que cada quince dias crece mas de medio pie. Ya veis, Señora, que aquí no falta mas que el agua para que fuese el país mas abundante del mundo. Los parages que estan regados por fuentes ó rios, bastarian para la subsistencia de mayor número de habitantes, si estuviesen mejor cultivados, pero solamente los Tártaros Mahometanos cultivan sus tierras; los Kalmukos asi como los demas Mongoles no se emplean en la agricultura. Su única subsistencia son sus ganados, y por esta causa son tan amantes de la vida errante, y mudan con tanta freqüencia de domicilio. Cada tribu tiene su distrito, cuya parte meridional habitan en invierno, y la del norte en estío. En toda la extension de este pais no se encuentra ninguna ciudad, y á pesar de su fertilidad produce muy pocos árboles. Allí vi un animal voraz, llamado pòr los Europeos *gloton*, que es peculiar de las montañas del Asia septentrional: no es tan grande como el lobo, pero tiene el pelo mas largo y áspero. Se sube á los árboles, para acechar la caza, y precipitándose sobre ella, hace presa con sus garras sobre el lomo de qualquier animal, y le va devorando hasta que muere. Es preciso á lo menos llevar tres perros para coger á este animal terrible, y regularmente quedan todos

muy maltratados. Los Rusos estiman su piel, de la qual hacen manguitos y forros de vestidos.

El modo de vivir de los Kalmukos se diferencia poco del de los Mongoles: su alimento, su trage, sus chozas ó tiendas son del mismo modo. Generalmente esta nacion es muy apasionada á los licores fuertes, y los que logran adquirirlos, beben de ellos hasta que se embriagan. Quando quieren divertirse juntos, cada qual lleva la provision que ha podido recoger, y se ponen á beber por dias enteros hasta apurar todo el licor. Los Kalmukos aunque naturalmente valerosos, no se mantienen del robo como los Arabes del desierto, pues son muy observantes de los principios de justicia y de honradez, y procuran no hacer daño á nadie. Les es permitido tener todas las mugeres que quieren, ademas de las concubinas que escogen de entre sus esclavas: pueden tambien casarse con sus parientas mas cercanas, á excepcion de sus madres, y aun esto lo dexan de hacer mas por la desproporcion de la edad que por algun otro motivo; pero el casarse el padre con la hija es cosa comun entre los Kalmukos. Los hijos que nacen de estos casamientos incestuosos, se tienen por tan legítimos como los otros, y heredan lo mismo que ellos; pero en las familias de los Kanes, ó de los caudillos de tri-

bus los hijos que nacen de las mugeres legítimas son preferidos en la sucesion á los de las concubinas. Es opinion entre esta gente, que las mugeres son como la tierra, y que no conviene dexarlas sin cultivo, sin mas diferencia que el quedar la muger estéril al cabo de cierto tiempo. Segun este modo de pensar, los Kalmucos que prefieren siempre la juventud en las mugeres, quando estas llegan á la edad de quarenta años, no las consideran mas que como criadas, á las quales mantienen para que cuiden del gobierno de la casa, y de las esposas jóvenes que las suceden. Es muy grande el respeto que los hijos tienen á sus padres: deben llorar su muerte por mucho tiempo, negarse á todo género de placeres, y aun á cohabitar con sus mugeres, durante el luto, y visitar su sepulcro á lo menos una vez al año. Pero respecto de sus madres no observan ninguna de estas costumbres.

En algunos parages de la gran Tartaria se ven algunos cerros, sobre los quales se encuentran esqueletos humanos, acompañados de vasos y de joyas de oro y plata. Algunos creen, que son los cuerpos de los heroes de esta nacion, que perdieron la vida en las batallas. Se les distingue facilmente por un monton de piedras que cubren estos cadáveres. No se sabe en que tiempo ni contra quien fueron estas batallas: se ase-

gura que Tamerlan dió muchas á los Kalmukos, sin haber podido sojuzgarlos. Como estos sepulcros no convienen con la situacion presente de los habitantes, me ha parecido que seran de los Mongoles que acompañaron á Gengiskan á las provincias meridionales del Asia. Habiendo estos conquistadores robado todas las riquezas de los pueblos conquistados, las transportaron á sus desiertos, y las enterraron con sus muertos, segun una costumbre antigua de aquella nacion. Muchas personas de las cercanías van todos los estíos á estos sepulcros, y haciendo excavaciones, hallan oro, plata, cobre, piedras preciosas, espadas y otras armas: entre estas alhajas se encuentran jaeces, sillas, y huesos de caballos, y á veces de elefantes, de donde se infiere, que quando moria algun General ó persona de distincion, le enterraban con sus armas y caballo. Es facil de conocer por la multitud de estos sepulcros, que ha perecido mucha gente en este país, porque aunque hace mucho tiempo que se hacen excavaciones, siempre se encuentran nuevos sepulcros. Los presidarios Rusos que se hallan en la Siberia, van en gran número todos los años á las tierras de los Kalmukos á buscar estos tesoros. Como se ven precisados á internarse mucho en el pais, los habitantes que respetan estos sepulcros de sus mayores, te-

niéndoles la mayor veneracion, miran como sacrilegio el que profanen é inquieten las cenizas de los muertos, y suelen matar tropas enteras de estos Rusos, por lo que está prohibido á estos baxo graves penas el hacer estas expediciones.

La nacion de los Kalmukos, independientes de los Chinos, puede dividirse en tres ramas: la mas considerable, compuesta de infinita multitud de tribus, reconoce la autoridad de un Kan. Estos son los que propiamente se llaman los Eluthes, y su Príncipe es llamado por excelencia *el gran Kan de los Tártaros*. La segunda, llamada el Thibet, ó el reyno de Butan, es gobernada por el Gran Lama, ó mas bien por Príncipes dependientes de este supremo Sacerdote. La tercera, que comprende el pais de Karazam, y de Usbek, tiene tambien sus soberanos particulares. El gran Kan de los Tártaros tiene sobre los demas una especie de soberanía, y saca de los otros paises socorros considerables, quando está en guerra con sus vecinos, y especialmente con los Chinos. Dicen, que quando se sienta á la mesa, un heraldo grita en alta voz, que todos los Príncipes del mundo pueden ya ir á comer; y este bárbaro, que no se alimenta sino de leche, que no tiene casa, que se mantiene del robo, considera á todos los Reyes del mundo como esclavos suyos, y

los insulta dos veces al dia con estas ridículas ordenes.

Cada tribu se compone de gran número de familias, mas ó menos considerables, que viven acampadas en un mismo sitio, y no pueden separarse del aduar, sin dar parte á su caudillo. Este es elegido entre las personas de la misma tribu, y á no ser que algun accidente altere el orden de la sucesion, esta dignidad pasa del padre al hijo primogénito. Todos los Tártaros de qualquier pais y religion que sean, bárbaros ó civiles, de baxa ó distinguida familia, tienen noticia puntual de la tribu de que descienden, y conservan estas noticias con el mayor cuidado, de generacion en generacion. Los caudillos estan sujetos á los Kanes, esto es, á los Soberanos de quienes son vasallos, generales, ó consejeros. Quando muere el Kan, todos los Príncipes de la familia reynante, y los caudillos de las tribus que estan baxo un mismo dominio, se juntan en el lugar en que tenia su residencia el Soberano difunto, para nombrar el sucesor. La eleccion se reduce á averiguar qual de los Príncipes es de mayor edad, y verificado esto, queda hecha la eleccion. Jamas dexan de elegir al de mas edad, á no ser que se le excluya por algunos defectos personales, ó que la fuerza altere el orden establecido.

Los Kanes de los Kalmukos habitan siempre en tiendas, á imitacion de sus mayores, aunque poseen algunas ciudades. Su campamento dividido en barrios, calles, y plazas suele tener una legua de circunferencia: el Príncipe ocupa el centro; sus tiendas, que son muy elevadas y pintadas de varios colores, forman una perspectiva agradable. Se componen de una tela muy fuerte; y en invierno las cubren con encerados, lo qual las hace impenetrables al agua. Las mugeres del Kan viven en unas chozas de madera, que con facilidad se desbaratan, para transportarlas á otro sitio, quando se muda el campamento. No hay que buscar la magnificencia en las cortes de los Kanes; sus rentas solo consisten en el diezmo de los ganados, y en el de las presas que sus vasallos hacen á los enemigos en tiempo de guerra. Los Kalmukos tienen que pagar dos diezmos todos los años, el uno al Kan, y el otro á los caudillos de las tribus; pero este es el único tributo que pagan.

El gran Kan de los Tártaros puede poner en campaña mas de cien mil soldados; sus riquezas y poder consisten en el número de tribus que le obedecen. Cada tribu tiene su bandera, que se reduce á un pedazo de tela, puesto sobre una lanza que tiene doce pies de alto: en estas banderas se representa la figura de una vaca, de un ca-

ballo, de un camello, ó de qualquier otro animal, debaxo del qual está escrito el nombre de la tribu: quando estas se ponen en marcha, la bandera va siempre delante inmediatamente despues del caudillo. Las principales armas de los Kalmukos son unos arcos muy grandes y flechas proporcionadas, que disparan con mucho acierto y vigor: son muy diestros en hacer estas descargas, ya acometiendo, ya retirandosè, á manera de los antiguos Parthos, que peleaban huyendo. Tienen tambien arcabuces de seis pies de largo, cuyos cañones tienen mas de una pulgada de grueso: para dispararlos usan de mechas, qne llevan encendidas, y alcanzan á seiscientos pasos. Quando caminan, los llevan colgados á la espalda, asi como sus aljabas, y los arcos van pendientes al lado izquierdo. Como no tienen infantería, y pelean siempre á caballo, casi todos llevan lanzas, cotas de malla, y cascos de hierro. Cada tribu regularmente es mandada por su caudillo, de suerte que una tropa de caballería Tártara es mas ó menos numerosa, segun el número de familias de la tribu. En las batallas no conocen el método de formarse en lineas ni en columnas; se dividen sin orden en tantas quadrillas como es el número de las tribus, y acometen de tropel precedidos de sus caudillos. La velocidad de sus caballos les da

grande ventaja, y muchas veces quando se cree que van derrotados, vuelven á embestir con mas ardor, haciendo el mayor estrago en sus enemigos, si por desgracia los hallan desordenados. Estas tribus, quando marchan, llevan siempre consigo todas sus riquezas, y si pierden una batalla, sus hijos, mugeres y ganados quedan en poder del vencedor con todo lo que poseían: los soldados no tienen mas sueldo que los despojos de los vencidos. Como no tienen necesidad mas que de su propia familia para guardar sus ganados, que componen todas sus riquezas, no se cuidan mucho de hacer esclavos, evitando de este modo el cargarse de bocas inútiles. Quando el Príncipe hace prisioneros en la guerra, se queda con algunos para su servicio, y reparte los demás entre los caudillos de su exército.

Antes de concluir la relacion de este país, quiero contaros algunas particularidades sobre el gran Kan de la Tartaria. Su imperio está cercado por las tres potencias mas grandes del universo, al norte por la Rusia, al Oriente por la China, y al mediodia por el gran Mogol. Sus tierras están separadas de los dominios de la Rusia, y de la China, por llanuras inmensas y desiertas, y del gran Mogol por montañas inaccesibles. Sus tropas armadas de ar-

cos, lanzas, y alfanges, y que se componen de buenos soldados, están acampadas todo el año, y mudan de sitio segun la necesidad ó la inclinacion los mueve. Este modo de vivir es el mas antiguo, y á ellos les parece el mas agradable. Se compadecen de la desgracia de aquellos, que fixándose en un parage, están obligados á mantenerse de su trabajo, lo qual consideran como el último grado de esclavitud, porque no conocen ni estiman las conveniencias de vivir en una sociedad civilizada.

El Kan tiene siempre muchos millares de súbditos suyos acompañados al rededor de su residencia, y los trata como si fueran hijos suyos. Recibe á los Diputados de los Gobernadores de Siberia y de la China del mismo modo que á los Embaxadores de los Soberanos: he aquí las ceremonias que se observan en semejantes ocasiones. El Embaxador y toda su comitiva son admitidos en la tienda donde reside el Kan, y se les hace sentar sobre alfombras ó esteras, porque los Kalmulkos, así como la mayor parte de los Asiáticos, no usan de sillas. Antes de la comida les presentan thé, y despues que han comido, los despide con agrado, encargándoles que vuelvan al dia siguiente para recibir la respuesta á la carta que han traido. Esta respuesta es de un estilo sencillo y conciso, porque los Tárta-

ros en general escriben con mucha claridad y concision.

Hace algunos años que el Emperador de la China tuvo una guerra contra el gran Kan de los Tártaros, con motivo de algunas ciudades fronterizas de que este último se habia apoderado, sosteniendo su derecho al frente de un exército formidable. Los Chinos enviaron contra él un exército de 30@ hombres, mandado por un Príncipe de la sangre: á pesar de la superioridad del número, los Chinos fueron derrotados en varias batallas, de suerte que el Emperador se vió precisado á tratar de ajuste y á pedir la paz. Como los Chinos tenian que hacer un viage muy largo y penoso por desiertos y países estériles, situados al O. de la gran muralla, llevando una artillería numerosa, y gran cantidad de carruages para los víveres y provisiones, se hallaron muy debilitados ántes de llegar á vista del enemigo. Al contrario, el gran Kan, sabiendo que enviaban contra él un exército numeroso, le esperó tranquilamente hasta que supo estaba creca de su campamento. Al punto envió su caballería ligera para talar y asolar al país vecino: despues acometió á los Chinos sin dexarlos descansar de dia ni de noche, hasta que fatigados, y faltos de víveres tuvieron que retirarse con gran pérdida.

Este método de hacer la guerra, asolando los campos, es muy antiguo en esta nacion, y esto los hace muy temibles á los exércitos enemigos, que de este modo se hallan faltos de todo lo necesario para subsistir: en vez de que los Tártaros, que llevan siempre caballos de reserva, los matan, y alimentándose con su carne, jamás les faltan provisiones.

No se ha podido aun averiguar el orígen del nombre de *Kalmukos*, dado á los Eluthes, epiteto que ellos tienen por una injuria: solamente se sabe que este es un apodo puesto por los Tártaros Mahometanos en desprecio de la idolatría que profesan los Eluthes. Los Rusos son los que nos han dado á conocer este nombre de Kalmukos, pero ignoramos su verdadera significacion.

Ya os he hablado, Señora, de algunas costumbres de esta nacion; ahora añadiré algunas particularidades, que os la harán conocer mejor. En el verano, los principales van vestidos de telas preciosas que les vienen de la China: en invierno usan de vestidos forrados en pieles muy preciosas que se traen de los países Septentrionales. Estos vestidos consisten en dos batas, que son necesarias para defenderse del frio, y de la nieve. En lo interior de sus tiendas usan de vestidos muy ligeros. La gente co-

mun forra sus batas con pieles de perros y cabras. Las mugeres llevan un gorro ancho, y redondo hecho de corteza de árbol, ó de otra materia semejante, cubierto de tela de seda, el qual remata en figura cónica, y encima ponen un penacho de plumas de pabo real, y á los lados varios adornos de pedrería. Para asegurar este gorro, se lo atan con cintas por debaxo de la barbilla. Las mugeres montan á caballo como los hombres, sus vestidos talares se sujetan por la cintura con un cíngulo azul, y por los pechos se ciñen tambien con una banda del mismo color. Un velo que les baxa desde la frente hasta el pecho, oculta su rostro á la vista, quando cabalgan. Naturalmente son muy obesas, y es entre ellas una belleza el tener la nariz en extremo pequeña.

Las tiendas ó chozas de los Tártaros son redondas, compuestas de algunos maderos pequeños enlazados con mimbres. Están afirmadas sobre unos carros de quatro ruedas, pero se extienden por cada lado mas de cinco pies, y en todo tendrán cerca de 30 pies de diámetro. Se necesitan seis pares de buyes para tirar de cada una de estas casas movibles, y una muger basta para conducir el carro, quando el terreno es llano.

Los muebles y las alhajas preciosas se conservan en cestos de mimbres, redondos,

adornados de plumas, y cubiertos de encerado negro, el qual untan con grasa de carnero, para defenderlos del agua. Estos muebles se ponen sobre las bestias de carga, quando hay que pasar algun rio. Quando sientan sus tiendas, cuidan de que la puerta mire al mediodia: la cama del amo se pone enfrente de la puerta, las mugeres ocupan el lado izquierdo de la choza, y los hombres la derecha. Encima del sitio en que está el amo de la casa hay un ídolo, que representa al Dios tutelar de la familia. La principal de las mugeres pone junto á su cama otro ídolo, que tiene la figura de una ubre de vaca, y está mirando hácia las criadas, como para advertirlas que no deben descuidarse en ordeñar las vacas. En el lado de los hombres hay otra figura con la ubre de una yegua, para que hagan lo mismo con estos animales.

Los ricos tienen almacenes en que conservan provisiones para el invierno. Los Tártaros se cuidan muy poco de que los animales, cuya carne comen, hayan sido muertos, ó hayan perecido de alguna enfermedad. Quando matan algun animal, ó le encuentran muerto, cortan la carne en tasajos, y los cuelgan al ayre para que se sequen: de este modo la guardan, y se conserva como si se hubiera salado. Con la

sangre de sus caballos hacen unas morcillas, que para su gusto son muy deliciosas. La sal y el agua son los únicos condimentos de sus manjares, que todos se reducen á carne: la presentan para comer en una gran fuente, que puede bastar para 50 ó 60 personas, y cada qual va cortando lo que le parece. El amo de la casa es el primero que trincha su porcion; quando tiene convidados, les corta una porcion mucho mayor de lo que pueden comer; y éstos cuidan de guardar lo que les sobra, en un saco que llevan prevenido para este fin. No solo guardan los pedazos de carne, sino tambien los huesos que no han tenido tiempo para roer, porque son muy voraces. Además del vino que suele traérseles de los países estrangeros, los Tártaros de distincion tienen excelentes licores, que se hacen de arroz, mijo y miel, fermentados; ya os he hablado del que extraen por alambique de la leche de sus ganados. Tambien saben componer con la leche otros varios manjares, y es particular el modo con que sacan la manteca. Llenan de leche un gran cuezo, y le golpean hasta que empieza á fermentar, y toma un gusto agrio, convirtiéndose en manteca: para saber si está en su punto, la prueban, y quando tiene un sabor picante, dicen que tiene toda la perfeccion necesaria. Si la leche es de vacas, despues de haberla batido,

la cuecen, y la echan en cuezos, donde la vuelven á batir para sacar la manteca.

Quando estos Tártaros se juntan para divertirse, arrojan algunas gotas de sus licores sobre los ídolos que tienen en sus chozas, empezando por el Dios tutelar. Despues un criado, saliendo de la choza, con un vaso del mismo licor, derrama una porcion de él por tres veces hácia el mediodia en honor del fuego, y á cada libacion hace una reverencia. Repite la misma ceremonia hácia el oriente en honor del ayre, al occidente en honor del agua, y al norte en honor de los difuntos. Luego que este criado entra, otros criados presentan de beber al amo de la casa, y á su principal muger, los quales están sentados sobre una misma estera ó alfombra. Quando el amo empieza á beber, otro criado hace señal á los músicos, y al punto empiezan á tocar varios instrumentos desagradables. Entónces todos los criados dan palmadas, y se ponen á baylar, los hombres delante del amo, y las mugeres delante del ama. Luego que estos dexan el vaso, el mismo criado repite la señal á los músicos, y éstos cesan de tocar; despues sirven la copa á la redonda, y se repiten los brindis hasta que todos se embriagan. El modo que usan los Tártaros para hacer beber á alguno, es cogerle por la oreja estirándosela hasta que

abra la boca, y le echan el vino que quieren: despues empiezan á dar palmadas y á danzar al rededor de él. En las ocasiones extraordinarias de alegria, dos de los circunstantes llenan un tazon de licor, y se diri-gen cantando y danzando á la persona que es objeto de la fiesta, y le presentan el licor; pero quando va á echar mano del tazon, le retiran y vuelven á repetir la misma farsa. Quando le ven algo picado y deseoso de beber, le dan el tazon, y se ponen á cantar, danzar y dar palmadas hasta que apura el licor.

Un Tártaro no puede casarse si no tiene medios para comprar una muger: luego que está ajustada la venta, se esconde la novia en alguna choza vecina y quando el novio va á buscarla, el padre le responde: "mi hija ya es tuya, y así puedes cogerla donde quiera que la encuentres." En virtud de este derecho, la va buscando por todas las casas, donde presume que puede haberse escondido, y luego que la encuentra se la lleva á su tienda como una presa que ha conseguido á pura fuerza.

Quando nace un hijo, llaman á los adivinos ó Sacerdotes para que expliquen su signo: tambien los llaman para que usen de sus ensalmos contra las enfermedades, y les declaren si son naturales ó producidas por algun maleficio. Luego que alguno enferma, ponen á su puerta una señal para

que no le visiten sino las personas que le cuidan. En estas ocasiones, los Caudillos y los Kanes ponen guardias al rededor de sus tiendas para que no entre ningun espíritu maligno, ó algun viento dañoso por causa de las personas que se acercasen á la tienda. Si el enfermo muere, hacen grandes lamentos en su familia, y los que deben llevar luto, estan esentos de tributos por todo el año que dura. Al mismo tiempo, todas las personas que han asistido á su muerte ó que se han hallado en la casa, estan excluidas por el mismo espacio de tiempo de asistir á la Corte del Soberano. Cerca de la sepultura se dexa una de las cabañas ó tiendas del difunto, y si es persona de distincion, ponen guardias por algun tiempo.

Las leyes criminales de los Tártaros no son muchas ni severas. Quando dos hombres riñen, á nadie se permite tomar parte en la pendencia, lo qual se observa con tanto rigor, que ni aun los padres se atreven á salir á la defensa de sus hijos; pero el que queda maltratado, tiene derecho de quexarse al Caudillo de la tribu, y en tal caso se les prohibe reñir. Son raros los delitos que se castigan con pena capital en Tartaria; á no ser que el reo sea cogido en el hecho, ó que él mismo descubra su delito, no les quitan la vida. El homicidio, el adulterio, y los hurtos muy considerables se castigan con

pena capital; los hurtos pequeños no tienen mas pena que la de palos.

Algunos Kalmukos no reconocen mas divinidad que un idolo muy grosero de madera, que visten como un arlequien de varios colores. Quando estan de descanso le tienen encerrado, y solamente le sacan quando van á caza ó á hacer correrias. En estas ocasiones le llevan en un trinéo particular, y le sacrifican el primer animal que encuentran en el camino. Si la caza ha sido abundante, quando vuelven á sus casas, colocan el ídolo en un nicho en el parage mas elevado de la choza: le adornan por todos lados de las mas bellas martas zibelinas que han cogido, y las dexan allí hasta que estan ya viejas, porque seria un delito emplearlas en usos profanos ó venderlas.

Este seria el lugar, Señora, de hablaros del Thibet; pero ya he tratado largamente del reyno de Butan, que es la parte principal y mas curiosa de este país, y no haria mas que repetir aquí lo que ya os he referido en otras cartas. Solo añadiré ahora dos particularidades que entónces ignoraba, y que me han referido algunos viageros. Estos me han asegurado, que las mugeres de aquel país pueden casarse á un mismo tiempo con muchos maridos, aunque sean parientes y aun hermanos. El hijo primogénito pertenece al mas viejo de los maridos, y los

demas que van naciendo se apropian á los otros, segun el órden de su edad. No sé que crédito dareis á esta noticia tan singular; yo por mi parte no me inclino á creerla; pues en todas partes el sexô mas fuerte domina al debil, y el orgullo del hombre no le permitirá jamas el privarse de la facultad de poseer exclusivamente una ó mas mugeres; prescindiendo de los grandes inconvenientes que se seguirian de una costumbre tan absurda, que no podria subsistir por mucho tiempo en una sociedad sin que se destruyese visiblemente. Sin embargo de que este hecho me parece absolutamente increible, he querido contaroslo, para que no os fieis de las relaciones de algunos viageros, que parece se complacen en llenar sus relaciones de fabulas que ellos mismos inventan, ó adoptan las infinitas que oyen contar en varios paises: por lo que os encargo mucho leais siempre las relaciones de viages con las mas severa crítica; cotejando unos viages con otros, y á veces los hechos que un mismo Autor refiere con otros principios y hechos que ántes ó despues se hallan esparcidos, tendreis suficientes fundamentos para juzgar de la verdad de sus relaciones.

Estos mismos viageros me contaron, que quando en el Thibet se desespera de la salud de un enfermo, le sacan fuera del pueblo, y le arrojan en un hoyo lleno de cadáveres, de-

xándole perecer miserablemente. Añaden que los cadáveres son abandonados á las fieras y aves de presa, y que se tiene por honor el ser sepultado en el estómago de una criatura viviente. Estos dos hechos no son tan increibles, principalmente el último; pero del primero dudo mucho, pues lo único que he visto en mis viages ha sido, que en algunos paises echan fuera de poblado á los que padecen alguna enfermedad contagiosa, como se hacia entre los Judios con los leprosos.

CARTA LXXVI.

Continuacion de la Tártaria Occidental.

Solo me resta ya, Señora, daros cuenta de mis excursiones por los paises de la Tártaria Occidental, conocidos con los nombres de Karazam, Usbekes, y la Bukaria grande y pequeña. Urgenz, Capital del reyno de Karazam, está á 20 leguas del mar Caspio: esta ciudad fue célebre antiguamente, pero ha perdido su esplendor, desde que ha tomado otro curso un brazo del rio Amú, que bañaba sus muros. Tendrá como una legua de circunferencia; sus murallas son de ladrillo cocido al sol, y el foso que las rodea es estrecho, y está lleno de maleza. Sus edificios son unas malas chozas de tierra; y de su antiguo palacio no queda parte alguna que se pueda habitar. Sus mezquitas no se hallan en mejor estado; porque los Tártaros son mas inclinados á destruir que á reedificar. La única parte de la ciudad que conservan con algun cuidado, es una calle que está en el centro, y la parte en que se tiene el mercado, está cubierta para guarecerse de la lluvia. El haber mudado el rio de madre ha sido causa de que haya abandonado esta

ciudad la mayor parte de sus habitantes, porque su territorio que ántes era fertil, se ha hecho muy esteril. Aunque su situacion es cómoda para el comercio, al presente es muy poco el que se hace, porque los comerciantes no encuentran ninguna seguridad entre los Tártaros Mahometanos, mas dados al robo y violencia que los idólatras. Los derechos que ordinariamente se pagan, no son mas que tres por ciento, pero las exacciones exceden muchas veces al valor de las mercaderias.

Las demas ciudades del Karazam son poco dignas de este nombre, pues se componen de miserables chozas de tierra, habitadas por los Turcomanos y por los Tártaros Usbekes. Los primeros traen su origen del Turkestan, de donde algunos juzgan que descienden los Turcos. Los Turcomanos salieron de su país hácia el siglo XI. de la Era Christiana á buscar fortuna en otros paises, y fueron á establecerse á orillas del rio Amú, que los antiguos llamaron Oxô, en las cercanías del mar Caspio. Los Turcomanos son altos y rubustos, tienen el rostro aplastado y redondo, y su color es obscuro. Por el estío llevan batas largas de telas ligeras, y se acampan en los parages donde hay agua y pastos; en invierno se abrigan con pieles de carnero, y habitan en poblaciones. Su religion es el Mahometismo, ó por mejor decir, no tienen mas religion que algunas

prácticas y apariencias de esta secta. Generalmente son de un carácter inquieto y reboltoso, y solo obligados de la fuerza se sujetan al yugo de los Tártaros: como fueron sojuzgados por estos á fuerza de armas, les pagan un tributo y algunos impuestos, á lo qual se debe atribuir el odio que tienen á sus conquistadores.

El Turkestan, de donde salió esta nacion, tiene por capital una ciudad del mismo nombre, situada cerca del rio Sir. Este rio desemboca en el lago de Aral ó de las Aguilas, que tiene casi la misma forma que el mar Caspio, y cerca de la quarta parte de largo. Este es uno de los mayores lagos del Asia septentrional, y le dan á lo menos treinta leguas de norte á mediodia, y quince de oriente á poniente. Sus aguas, que son saladas, producen en abundancia casi las mismas especies de peces, que se hallan en el mar Caspio; y este lago jamas sale de madre, aunque recibe las aguas del Sir, del Kesel, y de otros muchos rios. Los habitantes conducen en estío el agua de este lago por acequias á las llanuras arenosas, y quando el agua se evapora, queda sobre la superficie de la tierra una costra de sal cristalina, que basta para la provision de todo el pais.

El Sir es el mismo rio que los Moscovitas llaman *Daria*, y se ha hablado mu-

cho de él en estos últimos tiempos con motivo de sus arenas que se suponia estaban mezcladas con oro, sobre lo qual Pedro el Grande mandó hacer algunas averiguaciones. Por medio de las que se han repetido, se sabe que el oro no proviene de este rio, sino que los habitantes de la Bukaria lo recogen en las montañas por el lado que mira á la India, y lo llevan á Siberia para cambiarlo por peletería.

Aunque la ciudad de Turkestan está fabricada de ladrillo, es muy triste, y no tiene nada de notable sino la amenidad de su situacion. Los habitantes de esta Provincia son vandidos, que no tienen otro modo de subsistir sino robando á los Kalmukos y á los Rusos. Pasan las montañas en tropas numerosas, y juntándose con los Tártaros Mahometanos hacen correrías hasta la Siberia. Acostumbran vivir en poblado por invierno, pero en estío se acampan á las ori-del mar Caspio y del lago de las Aguilas. Sus armas son el alfange, la lanza y el arco, pues las de fuego son muy poco usadas entre ellos. La mayor parte de sus mugeres son altas y bien proporcionadas; su rostro ancho y aplastado no las impide el que tengan algo de agradables. Sus trages son casi como los de sus vecinas las Kalmukas, excepto que sus gorros son puntiagudos, y estan inclinados hácia la derecha. Los hombres van siempre á

caballo, y quando no se ocupan en robar, su único exercicio es la caza. Dexan al cuidado de sus mugeres y esclavos sus ganados y habitaciones, y no cultivan la tierra mas que lo que exîgen sus necesidades. Les sucede muchas veces salir muy maltratados de sus correrías, y lo que roban no es comparable con lo que pudieran recoger de sus campos, si los cultivasen : pero ellos prefieren exponerse á todo género de peligros viviendo de lo que roban, y no quieren sujetarse á un trabajo sosegado, que les proporcionaria la vida mas cómoda y tranquila. Venden á los Persas, á los Armenios y á veces á los Indianos los esclavos que cogen en el Karazam y en la Rusia, y no conservan en su poder mas que los precisos para guardar sus ganados; sin embargo, se reservan todas las mugeres jóvenes que pueden robar en la Siberia. Aunque hacen profesion del Mahometismo, no tienen Sacerdotes ni Mezquitas, pero siempre estan en guerra con las naciones idólatras de sus cercanías.

El nombre de Usbekes, que se da indiferentemente á los Tártaros del Karazam y á los de la Bukaria, les viene de sus primeros Kanes. Se ha observado siempre entre los habitantes de estas regiones el uso de tomar el nombre de sus Soberanos, para manifestarles el afecto general de la nacion, y de aquí han procedido tambien los nombres

de *Mongoles y de Tártaros*. El modo de vivir de los Usbekes se parece mucho al de los Turcomanos del Karazam ; pero hay esta diferencia, que estos se mantienen del producto de sus ganados, y aquellos viven siempre de lo que roban, haciendo continuas excursiones en los paises vecinos, y principalmente en Persia. Los tratados son un freno muy debil para contenerlos, porque todas sus riquezas consisten en los esclavos y en las presas que hacen. Aunque se encuentran excelentes pastos en varios parages de este país, y especialmente á orillas de los rios Sir y Kesel, sin embargo, rara vez conducen á ellos sus ganados, porque como los habitantes de este país son tan diestros como ellos en el robo, no sacarian ganancia de sus correrías. Además de esto, los Tártaros Mahometanos no se infestan unos á otros con continuas invasiones, á no ser que se declaren la guerra. Por lo que hace á los Kalmukos, que viven cerca del reyno de Karazam, acostumbran alejarse de las fronteras al principio del estío, por no estar expuestos á las correrías de estos vecinos tan perjudiciales ; y no vuelven á sus habitaciones hasta la entrada del invierno, quando las lluvias y nieves hacen intransitables los caminos.

Los Usbekes se sirven de aves de rapiña para cazar los caballos salvages : las acostumbran á coger el animal por la cabeza ó

por el cuello; y miéntras que los fatigan sin soltar la presa, los cazadores que no pierden de vista su caza los matan facilmente. Todo este gran pais no produce mas hierba, que una especie de matorrales, que sin embargo sirven para alimentar á los ganados. Allí no se conoce el pan, y no cultivan la tierra; estos habitantes prefieren á todas las comidas la carne, la qual cortan en pedazos pequeños, y la comen á puñados. Su principal licor es la leche de sus yeguas: pasan su vida en ociosidad, y quando no cazan, su diversion es tenderse por los campos en gran número, y hablar unos con otros. Son gobernados por Príncipes de su misma nacion, uno de los quales toma el título de Kan con una especie de autoridad, que no está arreglada por ningunas leyes, y que es mayor ó menor segun la destreza y talento del que obtiene este empleo. Tiene su residencia en la ciudad de Urgem, aunque por el estío vive acampado ordinariamente en las orillas del Amú. Quando un Príncipe está en guerra con otro, lo que sucede con mucha freqüencia, si es vencido sin perder la vida, se retira al desierto con sus partidarios para vivir allí de lo que roben, hasta que tenga fuerzas suficientes para ir á vengarse de sus enemigos. Como los Turcomanos tienen una oposicion mortal á los Usbekes, esta envidia ú odio ocasiona continuas guerras entre estas

dos naciones, y de aquí provienen los disturbios que agitan siempre el Reyno de Karazam. Este país estaba antiguamente sujeto á los Persas; despues se apoderaron de él los Arabes, y últimamente fue sojuzgado por Gengiskan. Tamerlan lo conquistó tambien, pero los Persas volvieron á recobrarlo; poco tiempo les duró su dominio, porque los habitantes llamaron en su socorro á los Usbekes, los quales lo poseen hasta el presente.

No léjos del Reyno de Karazam está la gran Bukaria, donde se hallan las ciudades de Bokara, de Samarcanda y de Balk. La primera es muy grande; sus murallas son de tapia muy altas, y tiene un palacio, en donde reside ordinariamente el Kan. Aquí, como en todas las ciudades de los Tártaros, las casas tienen una apariencia muy miserable, pero los edificios públicos son de mejor construccion. Me han hablado de un rio pequeño que pasa por esta ciudad, cuya agua es tan enferma, que los que la beben, padecen una enfermedad que les produce gusanos en las piernas. Esta enfermedad no es peculiar de la Tartaria, pues se halla tambien en algunos parages de América, donde la llaman *culebrilla*, y en Massuah en el Africa, donde la llaman *Farentat*, voz corrompida del Arabe, que significa gusano de Faraon. He aquí lo que dice de esto

gusano Mr. Bruce en su viage á las fuentes del Nilo.

"Este estraño gusano de Faraon acomete principalmente á los que acostumbran beber aguas estancadas, sea de pozos ó cisternas, como en el Reyno de Senaar, sea del agua que proviene de las lluvias del Tropico, que se encuentran cabando en la arena, por medio de la qual se filtra hasta el nivel del mar. Este gusano se descubre en varias partes del cuerpo, pero principalmente en las piernas y en los brazos: yo jamas los he visto en el rostro ni en ninguna otra parte de la cabeza. Quando el gusano de Faraon empieza á descubrirse, se advierte una cabecilla negra con una boca muy ancha, corba y blanquizca: su cuerpo es tambien blanco, y se parece á un nervio delgado bien limpio y desecado. Luego que asoma la cabeza este gusano, los naturales del país que estan muy prácticos en esta operacion, le asen sutilmente de la cabeza, y arrollándole al rededor de una plumita de páxaro, van con mucho tiento sacando todo lo que pueden; pero si hace la menor resistencia, se detienen por no romperle. He visto algunos de estos gusanos que tenian mas de cinco pies de largo, el qual habian sacado con mucha paciencia arrollándole poco á poco por espacio de tres semanas. Sacado el gusano, no queda en el agujero mas que una materia linfatica, que

se exprime apretando con el dedo: al cabo de tres dias se cierra el agujero, y no queda el menor rastro.

"Yo tambien fuí acometido de esta enfermedad hallándome en el Cairo de vuelta de mi viage: se emplearon varios remedios para curarla, pero todos en vano, de suerte que fue preciso usar del método de Africa. En los ocho primeros dias se sacaron como unas tres pulgadas del gusano; pero habiéndome embarcado, el cirujano de la embarcacion le rompió por su descuido ó precipitacion. Siguióse una inflamacion horrible en la pierna, que se puso de color de escarlata, el agugero se cerró, y temí se me engangrenase; pero el cuidado que se puso en mi curacion en el Lazareto de Marsella, me libró de esta horrible enfermedad."

Estos gusanos van saliendo poco á poco de la carne, y se cuida de tirar de ellos suavemente para que salgan enteros, porque si se rompen en la operacion, la enfermedad es mortal. A pesar de este inconveniente, está prohibido en Bokara el beber ningun otro licor sino agua y leche de yegua: hay ministros establecidos para visitar las casas, y si encuentran vino ó aguardiente, rompen las vasijas, y castigan á los transgresores. A veces se descubre á los bebedores por su aliento, y son castigados severamente, siendo la pena mas suave el azotarlos en las plazas pú-

blicas. Esta prohibicion tan rigurosa proviene del supremo Sacerdote ó xefe de religion, el qual es mas respetado en Bokara, que el mismo Kan, y depone á estos Soberanos á su arbitrio. En general, la autoridad y las riquezas de los Kanes son muy limitadas, y no tienen mas rentas que las que sacan de la ciudad para su manutencion. Le pagan el diezmo de todo lo que se vende, impuesto que es muy gravoso al pueblo. Quando el Kan tiene necesidad de dinero, envia á las tiendas á tomar mercaderias fiadas, las quales revende á baxo precio, como hacen entre nosotros algunos para arruinarse mas pronto.

Los Persas y los Moscovitas son los que hacen el principal comercio de la Bukaria: los primeros traen collares, telas de seda, y otros géneros que truecan por esclavos: los Rusos les compran estas mismas mercaderías de la Persia, dándoles en cambio baqueta roxa, pieles de carnero y otros géneros. Aunque la situacion de Bokara es muy ventajosa para el comercio que hace con estas dos naciones, son pocos los comerciantes estrangeros que acuden á ella, porque estan expuestos á continuas vexaciones. Sin embargo, los Estados del gran Mogol y la Persia sacan de aquí todo género de frutas secas, que son muy apetecidas por su sabor exquisito.

La famosa ciudad de Samarcanda ha per-

dido mucho de su antigua magnificencia: fue la capital del imperio de Tamerlan. Aunque ha decaido de su antiguo esplendor, no dexa de ser todavia muy populosa. Hay en ella una especie de academia de ciencias, la mas célebre y freqüentada de todos los países Mahometanos: allí van á estudiar de todas las partes de la Persia, del Mogol y de Turquía. Su terreno produce frutas excelentes, y sobre todo son muy estimados los melones, como tambien los del reyno de Karazam. Estos últimos se conservan por mucho tiempo, y se transportan á Astracan y á Petersburgo. En medio del invierno tenen el mismo gusto que en tiempo de la cosecha: son redondos, verdes por defuera, y la carne es de color mas subido que los melones ordinarios. Todo se come á excepcion de la corteza y de la simiente, y aunque es excesivamente frio, jamas hace daño: los cogen verdes, y despues se van madurando, lo mismo que sucede con nuestros melones de invierno.

En Samarcanda se fabrica el mejor papel de seda de todo el mundo. Un rio que atraviesa esta ciudad, y desemboca en el Amú, podria proporcionar á sus habitantes las mayores ventajas por medio de las comunicaciones que pudieran tener con los paises vecinos, si tuviesen la industria de hacerle navegable; pero era preciso que Sa-

marcanda no tuviese por dueños á los Tártaros, para que floreciese su comercio. Sus fortificaciones son unos baluartes muy gruesos de tierra, y sus casas se parecen á las de Bokara.

Balk, que al presente es la ciudad mas considerable de todas las que poseen los Tártaros Mahometanos, es grande, bella y populosa: la mayor parte de sus edificios es de piedra ó ladrillo. El palacio del Kan es un grande edificio al modo oriental, fabricado todo de marmol, el qual se saca de una montaña vecina. Como los estrangeros gozan de una perfecta libertad en esta ciudad, se ha hecho el centro del comercio, que se hace entre la Bukaria y las Indias. El bello rio que atraviesa sus arrabales, contribuye mucho á su amenidad. Ademas, no se paga mas que un derecho de dos por ciento de todas las mercaderías, y las que no se venden en el pais, nada pagan.

En la gran Bukaria se distinguen tres naciones, los Bukarianos que son los antiguos habitantes del pais, los Mongoles que se establecieron allí despues del reynado de Gengiskan, y los Tártaros Usbekes, que actualmente son los que mandan. Los Bukarianos son de mediana estatura, pero bien proporcionados; su color es mas claro que el de los otros habitantes, los ojos grandes,

negros y vivos, la nariz aguileña, el pelo negro, la barba espesa, y nada participan de la deformidad de los Tártaros, entre quienes habitan: sus mugeres, que generalmente son altas y bien formadas, tienen buen color, y sus facciones son muy regulares.

Así hombres como mugeres usan de camisas y calzoncillos de lienzo; los hombres llevan encima un caftan, ó bata de seda, que les llega hasta las pantorrillas, y un gorro redondo bordado, y forrado en pieles. Algunos usan turbantes como los Turcos, y se ciñen el caftan con un cinturon, que es una especie de faja de seda, que les da muchas vueltas al cuerpo. Quando salen de casa, llevan un manto forrado; sus botas se parecen á las de los Persianos, las quales hacen de piel de caballo, preparada de un modo que es peculiar de esta nacion. Las túnicas ó batas de las mugeres son anchas, y las llevan sueltas: en la cabeza se ponen un bonetillo chato, dexando colgar sus cabellos en trenzas, adornados de perlas y joyas.

Los Bukarianos profesan el Mahometismo segun los principios de los Turcos, de los quales no se diferencian sino en algunas ceremonias. Se mantienen exerciendo oficios mecánicos, ó del comercio, que los Mongoles y los Usbekes les abandonan; pero co-

mo vienen pocos comerciantes estrangeros á este pais, principalmente á los distritos en que dominan los Tártaros Mahometanos, van en tropas numerosas á la China, á las Indias, á Persia y á la Siberia, de donde sacan grandes ganancias. Aunque ocupan todas las ciudades de estas provincias, no se mezclan en guerras por ningun pretexto, y su principal atencion se dirige á sus asuntos particulares. Pagan regularmente por cada ciudad y aldea un tributo anual á los Mongoles y á los Usbekes, que como ya he dicho, son los soberanos de este pais. Esta sujecion los hace despreciables en el concepto de los Tártaros, que los tratan de viles y cobardes, casi lo mismo que nosotros tratamos á los Judios, de quienes sin duda han aprendido el comercio, y las astucias para ganar dinero.

Los Mongoles, que se hallan establecidos en la Bukaria, no se distinguen casi nada en los usos y costumbres de los Eluthes ó Kalmukos, pero su religion que es la Mahometana, y la propension al robo, los hace muy diferentes. Por lo que hace á los Usbekes, se diferencian en varios puntos de los del Karazam: son reputados generalmente por los mas civilizados de todos los Tártaros Mahometanos, aunque no son menos apasionados que los demas, al robo y latrocinios. A excepcion de sus botas, que son

muy groseras, el trage de ambos sexôs es el mismo que el de los Persianos, pero no tiene tanta gracia: sus caudillos se adornan el turbante con una pluma de garza. El arroz cocido al modo de los Turcos y la carne de caballo son el alimento mas delicioso de los Usbekes de la gran Bukaria: su licor mas apetecido se hace de leche de yegua. Su lengua es una mezcla de Turco, Persiano y Mongol, y sus armas son como las de los otros Tártaros. Se precian de ser los mas valerosos y fuertes de su nacion, y en efecto tienen reputacion de tales en todo el Oriente. Sus mugeres aspiran tambien al honor de la gloria militar; van á la guerra con sus maridos, y ningun peligro ni fatiga las acobarda. La mayor parte de ellas son bien formadas, no las falta gracia, y aun algunas pasarian por hermosas en qualquier pais del mundo.

Esta nacion está continuamente en guerra contra los Persas, porque las bellas llanuras del Korazan favorecen á sus incursiones. No les es tan facil penetrar en los estados del gran Mogol, de los quales estan separados por medio de montañas inaccesibles á su caballeria. A pesar de la mala figura de sus caballos, y de su flaqueza deforme, estos animales son muy veloces y casi infatigables. Cuesta muy poco su manutencion; la hierba mas comun, y aun los

matorrales bastan para su alimento quando no hallan otra cosa ; y para el uso que de ellos hacen los Tártaros, son los mejores caballos del mundo.

Los Usbekes habitan poco en las ciudades, en las quales, como ya he dicho, solamente moran los Bukarianos, que son los antiguos habitantes del pais. Los que se mantienen únicamente del producto de sus ganados, habitan en cabañas, y mudan de sitio, segun los obliga la necesidad de buscar nuevos pastos; pero los que cultivan los campos, habitan en las aldeas ó en chozas que fabrican.

No sé la razon de llamar Bukaria pequeña á un pais vecino que tiene mas extension que la grande ; quiza será porque es inferior en el número y belleza de las ciudades, fertilidad del terreno, y multitud de habitantes. Su capital fue antiguamente Kasghar, pero ha decaido mucho desde que los Kalmukos la poseen, y actualmente Yarkien es la ciudad principal de esta provincia. En ella se ve un palacio, adonde va el Kan á residir algunos meses, quando cree que su presencia es necesaria. Como ésta ciudad es el centro del comercio entre las Indias y el norte del Asia, entre el Thibet y la Siberia, entre la Bukaria y la China, está muy poblada, y llena de riquezas. Los naturales del pais son hermosos, bien for-

mados, y no les falta cierta urbanidad: son muy inclinados al comercio, y en extremo codiciosos, por lo qual es menester mucha precaucion para no ser engañados por ellos en los tratos.

El trage de los hombres es poco diferente del de los Tártaros: sus batas les llegan á media pierna con mangas anchas en la parte superior, y estrechas junto al codo. El vestido de las mugeres es lo mismo que el de los hombres: los pendientes de las orejas les llegan hasta los hombros: reparten su cabello en trenzas, adornándolos con cintas y otros atavíos, que las cuelgan hasta cerca de los talones. Se adornan el cuello con joyas de plata, y collares de perlas.

Así hombres como mugeres usan de unos calzoncillos muy estrechos, y de botines ligeros de baqueta de Moscovia, sin zapato ni tacon: su calzado para los pies es unas babuchas á manera de los Turcos con tacones muy altos. Los gorros para la cabeza son iguales en ambos sexôs, excepto que las mugeres, y principalmente las jóvenes, los adornan con varias joyas. Las casadas se distinguen de las solteras en una banda larga de lienzo que rodea la cabeza dando vuelta al cuello, se la atan por detras, y cuelgan las puntas hasta la cintura.

Las casas de los Bukarianos son de piedra y bien construidas, pero tienen muy

pócos muebles. No se ven en ellas sillas, mesas, ni otras comodidades mas que unas arcas guarnecidas de hierro, sobre las quales colocan por el dia los colchones ó frazadas que les sirven de cama, cubriéndolos con una manta de varios colores.

Son muy limpios en la comida, la qual guisan á su vista los esclavos comprados, ó los que roban á los Kalmukos, Rusos, y otros pueblos vecinos. Tienen cerca de la chimenea gran cantidad de ollas y calderos de hierro; y ademas se ve allí alguna baxilla de loza, ó de porcelana con varias vasijas de cobre para cocer el thé, y el agua con que se lavan. No usan de cuchillos ni de tenedores; les presentan la carne ya trinchada, y la reducen con los dedos á pedazos mas pequeños.

Su plato mas comun es carne picada, de la qual hacen unos salchichones en forma de media luna, que les sirven de provision para sus viages, principalmente en invierno. Despues que está bien endurecida esta carne con el frio, la meten en un saco, y quando han de usar de ella la ponen á cocer. No usan de mas licor, que de una especie de thé negro, que componen con leche, sal y manteca.

Los Bukarianos adquieren sus mugeres por dinero, y las compran mas ó ménos caras segun su mayor ó menor belleza, por

lo qual no hay medio mas seguro de enriquecerse, que el tener muchas hijas hermosas. La ley prohibe á los novios el verse ni hablarse desde el dia del contrato hasta que se celebra el matrimonio. Las fiestas de la boda consisten en banquetes, que duran por tres dias. En el discurso del año tienen varias fiestas solemnes que se celebran del mismo modo. La víspera de la boda, se junta en casa de la novia una quadrilla de solteras jóvenes, y pasan la noche cantando y baylando. Al dia siguiente por la mañana vuelven á juntarse en el mismo parage, y se ocupan en ataviar la novia. Se avisa al novio, el qual viene acompañado de sus parientes y amigos, y traen en su compañía á los músicos que tocan varios instrumentos. Si es persona rica el novio, hay fiestas y corridas de caballos, y se reparten premios á los vencedores segun las facultades del novio, los quales consisten en telas de seda, pieles de martas y zorras, telas de algodon, &c.

Los novios no se ven uno á otro mientras los casan, pero responden á las preguntas que les hace el Sacerdote. Despues el novio se vuelve á su casa con el mismo acompañamiento con que habia venido, y da de comer á los que le han acompañado: concluida la comida, va á casa de la novia, y entónces ya tienen libertad para ha-

blarse. Sale de allí y vuelve por la noche, pero despues se retira á su casa; repitiéndose esta ceremonia por tres dias, al cabo de los quales adquiere el derecho de casado, y se lleva á la novia á su casa.

Los quarenta dias que se siguen al parto, se tienen por impuros, y durante este tiempo no se permite á la muger ningun acto de religion. Á los tres dias de nacido se le pone nombre al niño, y le circuncidan á los 7 ú 8 años de edad; con cuyo motivo hay banquetes y fiestas semejantes á las de la boda.

Aunque la poligamia se tiene por ilícita entre los Bukarianos, se ven hombres que tienen hasta 10 mugeres. El marido tiene siempre la libertad de repudiarlas; pero en caso de divorcio la muger tiene derecho para quedarse con todo lo que ha recibido del marido. Si es la muger la que se separa, pierde todo lo que la habian dado.

La medicina se reduce en la Bukaria á un puro ensalmo. Quando alguno enferma, viene un Sacerdote, lee algun pasage en sus libros, sopla sobre él varias veces, y pasa un cuchillo al rededor de sus megillas, con lo qual dicen que cortan la raíz de la enfermedad, y el pueblo estupido lo cree. Quando el enfermo muere, el Sacerdote le pone el Alcoran sobre el pecho, y reza al-

gunas oraciones: despues entierran el cadáver en un sepulcro, escogiendo para este efecto algun bosque agradable, y rodeándole con una empalizada.

Los Bukarianos no tienen mas moneda que la de cobre: quando han de recibir ó entregar alguna suma considerable en oro ó plata, pesan estos metales del mismo modo que hacen los Chinos.

Aunque el Mahometismo es la religion dominante en la pequeña Bukaria, sin embargo se toleran los demas cultos. Los Bukarianos Mahometanos tienen alguna noticia de nuestro Salvador J. C. pero mezclada con mil fábulas absurdas, propias de su ignorancia. Creen en la inmensidad de Dios, y tienen por pecado decir que Dios está reducido á un solo lugar. Admiten un paraiso y un infierno en la otra vida, pero niegan la eternidad de las penas. Todos los años tienen su ramazan ó ayuno de 30 dias, y así como los demas Mahometanos: no empiezan á comer hasta la noche, durante la qual hacen dos comidas, y no beben sino thé. Los que quebrantan esta ley, están obligados ó á poner en libertad al mejor de sus esclavos, ó á dar un banquete á 36 personas, además de 80 azotes que el Sacerdote les hace dar sobre las espaldas desnudas con una correa de cuero. Es verdad que se consiguen dispensas con facilidad, y rara vez

llega á verificarse este castigo: principalmente los artesanos tienen facultad de comer por el dia.

Los últimos Kanes de los Kalmukos, que conquistaron la pequeña Bukaria, establecieron en ella magistrados, cuya sucesion dura todavía, y están subordinados unos á otros. Los inferiores tienen inspeccion sobre diez ó doce familias; los que mandan á estos, tienen jurisdiccion sobre cien familias, y los últimos sobre mil. Todos dependen de un Comandante general, á quien elige el Kan de entre los descendientes de los antiguos Príncipes del país. Estos magistrados deciden todos los pleytos y altercaciones que se originan en sus subditos, y están obligados á dar parte de todo á los superiores.

Ya os he dicho, Señora, que la Ciudad de Urgenz no está muy distante del mar Caspio, y por consiguiente hace algunas excursiones hácia su orilla. Este mar es tan extraordinario, que si no os hablase de él, os privaria de una de las mas curiosas investigaciones de mis viajes. Es muy estraño, que este mar, rodeado por todas partes de tierra, sin comunicacion visible con ningun otro mar, está siempre reducido á los límites que le ha prescrito la Providencia, sin que jamás salga de ellos á pesar de la multitud de rios que desembo-

can en él, y que deberian naturalmente hacerle salir de madre. Este raro fenómeno ha atormentado á los Geógrafos, pretendiendo averiguar por qué conductos se descarga del agua que le entra por tantos rios; pues si se considera lo caudalosos que son éstos, y el mucho tiempo que hace están desaguando en este mar, es claro que deberia haber inundado no solamente la Pérsia, sino tambien la mayor parte del Asia, si no tuviera algunos canales subterraneos, por donde se descargase á proporcion del agua que recibe. La dificultad está en saber baxo de que países corren estos canales, y con qué mar tienen comunicacion: sobre esto hay varias opiniones, que he oido controvertir á algunos doctores de Samarcanda.

Unos dicen, que estos conductos secretos van por debaxo de la Georgia á desaguar en el mar Negro, fundando esta opinion en el corto espacio que media entre estos dos mares, y en las corrientes que se observan en el mar Negro, que tienen su direccion de oriente á occidente, principalmente hácia el estrecho de Constantinopla. El mar Negro aumentado por la prodigiosa cantidad de agua que el mar Caspio le envia por estos canales subterraneos, se ve obligado á descargarse en el mar de Marmora por este canal. Esta opinion sirve tambien para explicar, porque las agitaciones

son mas continuas, y los movimientos de las olas mas violentos en el mar Negro, que en ningun otro, lo qual dió motivo á los antiguos para llamarle por ironía *Ponto Euxîno*, esto es, cruel para los navegantes; y por la misma razon los Turcos le pusieron el nombre de *Negro*, para significar la violencia de sus tempestades, y los muchos naufragios que ocasionan.

Otros pretenden que el mar Caspio se desagua por debaxo de la Pérsia, comunicándose por conductos subterraneos de mas de 400 leguas con el Océano Indico hácia el golfo de Pérsia, y he aquí las razones en que apoyan esta opinion. En qualquier parage de la Pérsia se encuentra agua, á poco que se cabe la tierra, sin embargo de que raras veces llueve en este país, y son pocos sus rios, adviertiéndose siempre que esta agua es algo salobre, á cuya bebida sin embargo se acomodan los habitantes. Añádese á esto, que en varios parages se ve el terreno cubierto de salitre, y la sal es allí tan comun, que se dá casi de valde. En este mismo país hay campos espaciosos, desiertos é incultos, porque siempre tienen un pie de agua, la qual no puede venir sino de lo interior de la tierra, porque en las cercanias no hay ninguna fuente, arroyo, ni manantiales, y las lluvias, como he dicho, son muy raras. Los Pér-

sas encuentran agua en los parages mas áridos, para lo qual no tienen que hacer mas que abrir un pozo á la falda de algun cerro, y en breve se llena de agua: abren otro pozo un poco mas abaxo, y quitando la tierra que hay entre uno y otro, forman una especie de canal por donde el agua se comunica desde estos pozos á otros que van abriendo sucesivamente siguiendo la inclinacion del terreno, hasta que desde el último pozo que está al nivel de los campos, sacan un arroyo ó azequia para regarlos. Pero lo que mas confirma esta opinion es que apenas se han abierto estos pozos, se ve en ellos gran cantidad de pezes de mediano tamaño, cuyo sabor es muy insipido, lo qual se atribuye al mucho tiempo que habran estado debaxo de tierra, arrastrados por las corrientes del mar Caspio. Los que habitan junto al golfo Pérsico, observan todos los años gran cantidad de hojas de sauce á fines de otoño; siendo, pues, este árbol absolutamente desconocido en aquella parte de Pérsia, y al contrario estando cubiertas de él las orillas del mar Caspio, parece probable que estas hojas serán conducidas por los canales subterraneos.

Á pesar de estas razones, me dixo un Doctor, yo creo que este mar no tiene ninguna comunicacion, y que la sola evaporacion en un clima tan cálido le hace per-

der tanta agua como la que recibe de los rios. Esta opinion es para mí la mas probable, pues sabemos que por este mismo medio de la evaporacion el Océano se descarga de las infinitas aguas que le entran de tantos rios, sin salir de los términos prescritos por la Providencia.

Este mar tiene una figura irregular: su longitud de norte á mediodia será de cerca de 150 leguas con 40 ó 50 de ancho. Su agua es en extremo salobre, excepto en la desembocadura del Volga, donde es algo mas dulce. Los Rusos es la única nacion que navega en este mar; los Pérsas y los demas pueblos que habitan á sus orillas, no tienen mas embarcaciones en él, que los barcos para pescar. El mar Caspio abunda mucho en pezes, pero no se encuentran en él ningunas otras conchas, que una especie de petúnculos de muy bello color. Hay parages en que este mar es muy profundo, y no se advierte en él ningun otro movimiento de fluxo ó refluxo, que el que causan los vientos.

En sus cercanias ví una cantidad prodigiosa de gansos salvages: los habitantes los cogen con redes, mas bien por causa de sus plumas, que por la carne, la qual en efecto no es nada gustosa. Para cogerlos, tienden sus redes, se esconden en una choza que hacen de matorrales, y colocan de tre-

cho en trecho algunos disecados y llenos de paja, dispuestos en varias actitudes. Los cazadores imitan con un reclamo su graznido, al qual acuden, y van á juntarse con los señuelos que tienen á la vista: entónces tiran de un cordel, y cogen todos los que se han posado debaxo de las redes.

No debo dexar de advertiros, Señora, que de toda esta parte de la Tartaria y cercanias del mar Caspio, de que os he hablado, salió una nacion célebre, que fundó Monarquías poderosas en Europa, Asia y Africa, que tuvo imperios mas dilatados que el de Roma, Emperadores ilustres, Legisladores, Conquistadores; una nacion con la qual los Chinos, los Indianos, los Persas, los Arabes, los Griegos, los Romanos, los Franceses, los Polacos, los Húngaros y los Rusos han tenido freqüentes y sangrientas guerras; que contribuyó á la destruccion del imperio de occidente, arruinó el de los Califas, saqueó la Francia, Italia, Alemania, y todos los países del norte de la Europa; un pueblo, en fin, que ha subsistido con esplendor por mas de dos mil años, y que desde Pekin hasta París, baxo los nombres de Hunos, Alanos, Vándalos, Turcos y Tártaros occidentales, ha esparcido el terror y espanto en todos los países donde ha llegado con sus armas. En los anales Chinos se halla hecha mencion de esta

nacion desde los primeros tiempos de la Monarquía China, y se la puede considerar como una de las mas antiguas del mundo. En casi todos los reynados de los Emperadores Chinos se hace mencion de alguna invasion de los Hunos; pero Teou-Man, que exîstió 200 años ántes de la era Christiana, es el primero de sus Príncipes, cuyo nombre ha llegado á nuestra noticia. He aquí lo que me contó de este Príncipe un Doctor de Samarcanda, muy instruido en la historia de esta nacion. Tenia un hijo, á quien tocaba la sucesion del imperio: este Príncipe heredero vivia tranquilamente en la Corte del Rey su padre, quando una muger introduxo la discordia entre padre é hijo. Esta era una de las mugeres de Teou-Man, de quien habia tenido un hijo, sobre cuya cabeza queria recayese la corona despojando de ella al primogénito. El Emperador no teniendo bastante fortaleza para resistir á los pérfidos alhagos y calumnias de esta muger, á quien amaba, desterró de la corte al Príncipe Me-té, enviándole como en rehenes á una nacion vecina; y para que estos bárbaros le matasen, les declaró la guerra, creyendo que se vengarian en su hijo de la falta de fidelidad en cumplir los tratados que habia entre los dos imperios. Habiendo en efecto sido vencidos estos bárbaros, buscaron al Príncipe para qui-

tarle la vida : Me-té tuvo aviso con tiempo de lo que intentaban sus enemigos, y escapándose de sus manos, se refugió en los estados de su padre, donde se formó un partido á su favor. Los historiadores refieren que este Príncipe inventó una especie de saetas, á las quales dió el nombre de *saetas razonables*, y exercitó á su gente en el arte de dispararlas contra las aves, castigando con pena de muerte á los que no acertaban. En fin, para asegurarse mas del valor y fidelidad de sus subditos, los obligó á que las disparasen contra sus mugeres mas queridas, no queriendo admitir entre sus soldados sino á los que executaban sus órdenes crueles; los demas fueron muertos. Ultimamente, Me-té acometió con su tropa escogida á su padre; le persiguó y mató, no perdonando á la Emperatriz que le habia perseguido, ni á su hijo, ni á los Grandes que no quisieron someterse.

Los Tártaros Orientales, informados del gran número de malcontentos que se habian sublevado contra este Príncipe por su bárbara crueldad, se aprovecharon de esta ocasion para hacerle la guerra. Este Príncipe tenia un caballo muy estimado, que era de extremada velocidad en la carrera: enviaron á pedir este caballo creyendo que Me-té no queria entregarlo, y esta negativa seria un pretexto para declararle la guerra. Este Mo-

narca juntó á los principales caudillos de su nacion para tomar su consejo sobre esta peticion, y todos fueron de parecer que no entregase el caballo; pero el Príncipe no teniendo esto por suficiente motivo para un rompimiento, entregó el caballo á los Embaxadores. Los Tártaros creyeron que los Hunos les habian cobrado miedo, y haciéndose mas insolentes exigieron que se les diese una de las mugeres de Me-té. Este, que deseaba evitar la guerra, la remitió tambien contra el dictamen de sus Consejeros, protestando que su pasion á una muger no le obligaria jamas á acarrear una calamidad á sus vasallos, empeñándole en una guerra con unos vecinos tan temibles. Los Tártaros, que absolutamente querian la guerra, pidieron se les cediese un territorio abandonado, que servia de límites á los dos imperios: los caudillos de los Hunos, considerando la poca utilidad que se sacaba de este territorio, se mostraron inclinados á que se les cediese. Pero el Monarca fue de distinto parecer, diciendo que este territorio no era un bien que le perteneciese en propiedad, sino que era parte de sus estados, y por consiguiente no podia disponer de él como de su caballo y de su muger. Irritado pues de la insolencia de los Tártaros por esta última peticion, marchó contra ellos, los derrotó, mató á su Rey, hizo un

crecido número de prisioneros, y les tomó gran porcion de ganados.

Los enlaces entre los Chinos y los Tártaros Occidentales no suavizaron las costumbres salvages de estos últimos, que siempre conservaron su ferocidad. La razon de estado y varias consideraciones políticas habian obligado á una Princesa de la China á casarse con un Rey de los Hunos: para disipar la tristeza que la causaba verse reducida á vivir entre una nacion tan bárbara, se ocupaba á ratos en hacer versos, en los quales pintaba su desgracia. He aquí la traduccion de algunos que nos han conservado los Historiadores. »Mi familia me ha dado un esposo, y me ha precisado á vivir en un país remoto, donde mis palacios son unas miserables tiendas, cuyas murallas se componen de estacas: la carne cruda es mi único alimento, mi bebida mas deliciosa es el suero. Ay cara patria! continuamente pienso en tí: mi corazon está herido de muerte: ¡quién fuera ave para volar y juntarme con los mios!"

Los Tártaros Occidentales que vinieron á desolar la Europa, estaban gobernados por varios caudillos; los mas famosos fueron Balamir, Aspar y Atila: estos fueron vencidos, unos por los Romanos, otros por varias naciones. Atila se dirigió contra los Borgoñones, que habitaban á las orillas del

Rhin, haciendo en aquel país un estrago horrible: tomó á Tréveris, Strasburgo, Spira, Wormes, Maguncia, Besanzon, Laon, Toul, Metz, Orleans, y el terror se esparció hasta París. Dos batallas que perdió, le obligaron á repasar el Rhin: formó un nuevo exército, que conduxo á Italia, tomando y saqueando varias ciudades. Se ha escrito mucho de sus atrocidades, pero muy pocos han hablado de sus buenas prendas y de la estimacion que hacia de la virtud. No era bárbaro y cruel sino con sus enemigos, pero con los suyos era muy humano é indulgente: despreciaba el fausto y las riquezas, amaba á los pobres, defendiéndolos de la opresion y haciéndoles justicia. Este es el retrato que hacen de él aun al presente sus compatriotas, entre los quales se conserva su memoria con veneracion.

El imperio de los Tártaros Occidentales pereció en Europa con Atila: las naciones vencidas por ellos sacudieron el yugo, y los Hunos se destruyeron con sus mismas sediciones. Dispersáronse baxo la conducta de diferentes Capitanes por las llanuras situadas al norte de la Circasia, del Ponto Euxîno, y del Danubio, donde se confundieron con otros bárbaros. Si se ha de creer á los Doctores de Samarcanda, esta nacion era de horrible aspecto, y desde la infancia se hacian incisiones en el rostro que

ſos afeaban, é impedian que les naciese la barba. Eran tan fornidos de cuerpo, y tan mal formados de talle, que parecian troncos de árboles. Su modo de vivir era muy duro: no comian mas que carne cruda, algo manida entre la silla y lomos de sus caballos, y algunas raíces. Como vivian errantes por los campos y bosques, dexaban á sus mugeres é hijos en tiendas, y no tenian morada ſixa. Sufrian el hambre, la sed, y los rigores de las estaciones con la mayor paciencia, y su vestido eran pieles ó alguna tela grosera, que dexaban podrirse sobre sus cuerpos. Estaban siempre á caballo, y en esta disposicion tenian sus asambleas: peleaban sin órden, dando grandes alharidos. Sus caballos eran tan veloces, que causaba la mayor admiracion verlos acometer al enemigo, y desaparecer en un instante. En fin, esta nacion era pérfida, inconstante, sin religion, codiciosa de riquezas, cruel, colérica, en una palabra, semejante en todo á la mayor parte de los Kalmukos de estos tiempos.

Otras colonias de esta nacion se habian esparcido por varios parages de la Tartaria, y en lo sucesivo han vuelto á parecer baxo diferentes nombres; pero el de *Hunos* ha desaparecido enteramente y en su lugar se oyó el de *Turcos*. El capitan de éstos tomó el titulo de Kan, que tuvieron todos sus

sucesores: penetraron por la parte de occidente, y formaron gran número de dinastias, quitando á los Califas la mayor parte de sus provincias. Los Turcos, pasando de la clase de esclavos á la de conquistadores, se apoderaron del Egipto, y se establecieron en él: otros se apoderaron del Korosan y de una parte de la India. Dividieronse despues en varios ramos, uno de ellos se estableció en la Persia, extendiendo sus dominios desde Antioquía hasta el Turkestan: otro llegó hasta Constantinopla, y quitó á los Griegos toda el Asia menor: otro en fin formó un imperio en la Siria. La invasion de estos bárbaros desoló las regiones orientales: el ver la Tierra-Santa conquistada por ellos excitó el zelo de los Christianos, y juntándose numerosos exércitos de casi toda la Europa, con el nombre de *Cruzados*, pasaron al Asia, y arrojaron á los bárbaros de Jerusalen.

En estas circunstancias, Gengis-Kan sale de lo interior del Turkestan, atraviesa paises inmensos, é inunda toda el Asia. Sus hijos continúan sus grandes proyectos, y sojuzgan el grande imperio de la China. La Persia es conquistada, el Asia menor desolada, la Rusia reducida á provincia, y la Hungria saqueada. Durante este tiempo, los restos de los Turcos, que se habian acogido á los montes, salen de sus guaridas, y

dan principio al imperio Otomano, que quita á los Christianos la ciudad de Constantinopla. Por otra parte, sale del Turkestan otro conquistador que destruye el imperio de Gengis-Kan: el famoso Tamerlan recorre casi toda la Asia, y llega, por decirlo así, hasta las puertas de Constantinopla. Funda un imperio poderoso, de cuyas minas nace despues el de la India: los Príncipes de su descendencia reynan aún en la Tartaria, dividiendo su imperio con los descendientes de Gengis-Kan. He aquí, Señora, un breve resumen de las grandes revoluciones que han agitado al antiguo continente, todas las quales han tenido su origen en la Tartaria, haciéndola el país mas célebre del universo.

FIN DEL TOMO VI.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO VI.

QUADERNO DÉCIMOSEXTO.

CARTA LXVII.

El Japon.

CARTA LXVIII.

Continuacion del Japon.

CARTA LXIX.

Continuacion del Japon

CARTA LXX.

Continuacion del Japon.

QUADERNO DÉCIMOSÉPTIMO.

CARTA LXXI.

Continuacion del Japon.

CARTA LXXII.

Continuacion del Japon.

CARTA LXXIII.

La Coréa.

QUADERNO DÉCIMOOCTAVO.

CARTA LXXIV.

La Tartaria Oriental.

CARTA LXXV.

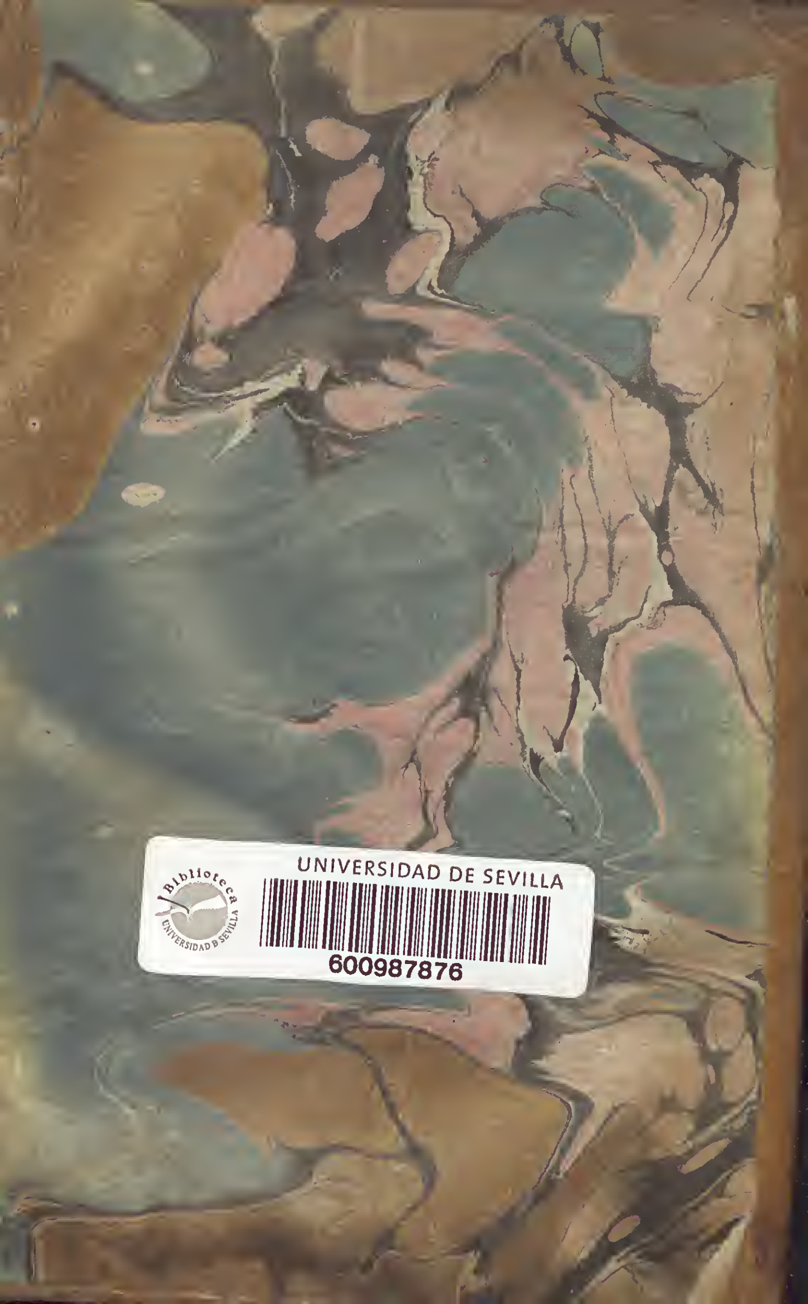
La Tartaria Occidental.

CARTA LXXVI.

Continuacion de la Tartaria Occidental.

FIN.




Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987876

VIAGERO UNIVERSAL

6

